Mónica Prelooker

Los Caídos

UN LUGAR DE ENSUEÑO
UNA GUERRA SECRETA

Un mundo invisible se agita a sólo un paso de los circuitos que miles de turistas de todo el mundo visitan cada año.

Y alguien debe evitar que ambos mundos se encuentren.

Nacida en el seno de un clan de cazadoras dedicado a proteger todo el continente, Lucía Márquez alterna ser madre soltera con su trabajo como agente de turismo y mantener a raya a los demonios y criaturas que amenazan su ciudad en la Patagonia argentina.

Hasta que dos ángeles caídos se cruzan en su camino, y queda atrapada en el desenlace de un drama que comenzó miles de años atrás.

Mónica Prelooker

Los Caídos

2009, Mónica Prelooker

I - El Despertar

El Cruce

- 1 -

Un rugido estremeció el bosque. Ronco, gutural, sus ecos fueron a morir a orillas del lago, que reflejaba la noche quinientos metros más allá. La luz de la luna en el claro reveló la silueta, gruesa y bestial ahora que la criatura había revelado su verdadera forma y se erguía sobre sus ancas. Sus ojos rojos relumbraron como brasas al clavarse en mí, que quedaba empequeñecida por sus más de dos metros de altura.

Me permití sonreír ante su furia incrédula. Era comprensible. A los treintiocho años ya no te molesta saberte anodina y común, carente de cualquier característica que pueda llamar la atención. Y yo, en particular, estaba agradecida de ser así. Todo los que me conocían veían un par de etiquetas inevitables: estatura arañando la media, una cara bonita gracias a los ojos celestes, oficinista, madre. Además de inevitables eran ciertas. Tan cierta como la más grande de mis etiquetas, la única que yo mantenía invariablemente oculta: cazadora.

Como mis dos hermanas. Como lo fueran mi madre y mi abuela, y la abuela de mi madre y la abuela de mi abuela. Algunas familias dejan herencias de comercios, deportes o adicciones a las nuevas generaciones. En la nuestra, cuando una mujer alcanza la pubertad, recibe una espada consagrada y una Cruz de Caravaca, la que tiene dos brazos horizontales. En vez de fiesta de quince, nosotras celebramos una cacería de iniciación, la primera que dirige la nueva cazadora de la familia.

El aliento fétido de la bestia silbó entre los colmillos amarillentos. Alzó las garras con actitud amenazante y volvió a rugirme en la cara, un rugido largo para ponerme en fuga sin luchar. No me moví, y apreté con fuerza la empuñadura de mi espada. En atención a mis gustos, al ser iniciada me habían regalado una auténtica katana samurai, traída de Japón

especialmente para la ocasión. Me había costado aprender a manejarla, porque hasta entonces siempre había practicado con espadas occidentales, más cortas y livianas. Pero tras casi veinticinco años juntas, podía decirse que habíamos llegado a entendernos a la perfección.

Lo que mi katana y yo estábamos a punto de exterminar era un demonio nivel siete, una bestia estúpida y torpe, creada con el único propósito de formar una fuerza de choque. De tanto en tanto una de ellas hallaba una brecha hacia nuestro mundo, y entonces a los vecinos empezaban a desaparecerle las gallinas o las mascotas. Eran fáciles de detectar, y relativamente fáciles de matar.

Su bramido se interrumpió abruptamente y la bestia bajó la vista atónita hacia mi katana, que acababa de atravesarle el pecho. Con un solo tirón liberé la hoja y empuñé mi Cruz con la mano izquierda. Medía unos quince centímetros y se la veía ordinaria e inocua. Pero cuando el demonio se abalanzó sobre mí, la aplasté contra su pecho herido y la mantuve ahí, soportando el calor hediondo que me envolvía, los sacudones, los humores viscosos que chorreaban de la boca y la herida de la bestia. La Cruz creció y se encendió, envolviéndonos en un resplandor enceguecedor. La bestia comenzó a desintegrarse en la luz, y finalmente estalló con un último rugido desesperado.

Retrocedí, limpiándome la inmundicia de la cara para ver dónde pisaba. Donde un momento antes se erguía el demonio escapado del inframundo, no quedaba más que un puñado de cenizas humeantes y malolientes. Guardé la Cruz, que volvía a ser una pieza de madera ordinaria, inofensiva, y murmuré una oración breve de agradecimiento. Por suerte estaba cerca del arroyo, donde me lavé las manos y la cara. Hundí la katana en la corriente fría y cristalina, para que se llevara la inmundicia de la hoja. Me dejé caer sentada bajo un coihue al lado del agua y prendí un cigarrillo. Ya había perdido el último colectivo. Bien podía tomarme un descanso antes de caminar los tres kilómetros hasta donde tuviera señal para llamar un remís.

Menos mal que al día siguiente no me tocaba abrir la oficina.

- 2 -

—Turismo Alerces, buenas tardes, habla Lucía.

La puerta del local se abrió y se cerró un segundo antes de que Mauro se asomara a la oficina posterior.

—¿Quién vendió cuatro Cruce de Lagos en quince minutos? —exclamó radiante.

Mauro, mi socio, tenía treinta años, pelo corto pero abundante y desordenado al mejor estilo Harry Potter, y la sonrisa fácil. Nos conocíamos hacía mucho, y en el 2004, tres años atrás, había aceptado su propuesta de invertir mis magros ahorros en abrir juntos la agencia. Una decisión por la cual todavía me felicitaba, porque Mauro era el mejor socio y compañero de trabajo que podría haber tenido.

Le guiñé un ojo sin desatender el teléfono, anoté en la planilla de salidas el nombre que me dictaban, me despedí y corté.

—¿Y quién completó la salida al Bolsón con tres llamados? —repliqué satisfecha, mostrándole la planilla en la pantalla de mi computadora.

—¡Vamos todavía! Ya puedo sentir los ceros acumulándose en las ganancias de este mes.

—¡Los ceros! ¡Dios te oiga! ¿Querés que te pase las reservas…?

—¿Mientras yo hago mate? ¡Perfecto!

Mauro odiaba pasar las reservas de los mails a las planillas, así que se apuró a meterse en la cocinita que habíamos improvisado en la parte delantera del baño de la oficina. Pronto me alcanzaba un mate humeante y se sentaba al otro lado de mi escritorio, al lado de la puerta interna al local, para ver si entraba alguien.

—¿Ya decidiste quién va a guiar mañana Circuito Chico? —preguntó.

—No estoy segura. Es el primer grupo de Tango, tiene que ser bueno —respondí pensativa—. Pero Germán está ocupado, así que había pensado llamar a…

—Vos sabés quién es el mejor para grupos de gringos —me interrumpió con una sonrisita burlona.

En ese segundo que apartó la vista de la puerta, se abrió y una voz potente retumbó en el local y la oficina. —¿Alguien habló del mejor guía bilingüe de la Patagonia?

Un hombre alto se asomó a la oficina con una gran sonrisa. Ahogué un gruñido poniéndome los anteojos y volví a concentrarme en mis planillas, ignorándolo mientras él y Mauro se saludaban con sus vozarrones futboleros.

—¡Lucas, querido!

—¡Maurito, cada día más groso!

Evité enfrentar a Lucas mientras pude. Su mera presencia bastaba para ponerme de mal humor. Era una reacción instintiva que nunca había logrado explicarme, así que había terminado por aceptarla y ya no la reprimía. Todo en él me molestaba. Que llevara tan bien sus cuarenta años. Que su cara fuera tan perfecta, que siempre oliera tan bien, que toda su ropa pareciera haber sido cortada exclusivamente para que él la vistiera, que su pelo claro y corto fuera tan sedoso a ojos vistas, el brillo de sus ojos grises, su sonrisa suficiente, esa confianza en sí mismo a prueba de balas. Que todos los hombres quisieran tenerlo de amigo y que todas las mujeres quisieran tenerlo de amante.

Se dieron la mano riendo y Mauro cruzó una mirada rápida conmigo. Al ver que yo asentía, le indicó a Lucas que se sentara frente a su escritorio.

—Hola —disparó Lucas al pasar frente a mí.

—Hola —repliqué en el mismo tono cortante, sin siquiera mirarlo.

Su tono cambió por completo al volver a hablarle a Mauro. —¿Entonces tenés algo para mí?

Mi socio le tendió la lista de pasajeros recién impresa.

Él la leyó de un vistazo. —Bien. Más gringas que gringos.

—Tranquilo, galán, que es un tour de jubilados —rió Mauro—. Es el primer grupo de la cuenta que hace meses que tratamos de conseguir, y ésta es su primera excursión. El fuerte de esa empresa son jubilados americanos y canadienses, así que a vender mucho y olvidate de seducirme una pasajera. ¡No quiero que me infartes a los vejetes!

Lucas iba a responder cuando sonó el celular de Mauro. Él leyó al vuelo quién llamaba y atendió apurándose hacia afuera. Lucas lo

vio salir sorprendido, la lista de pasajeros todavía en la mano. Un silencio incómodo llenó la oficina hasta que sonó el teléfono. Mi tono al atender era cortés, muy diferente al que usaba con Lucas. Pero sabía que a él no le importaba. Por más que no nos pudiéramos ni ver, trabajo es trabajo: yo manejaba la mesa de operaciones de una de las pocas agencias que podía ofrecerle trabajo regular durante todo el año, y él era un excelente guía bilingüe, con buena presencia y buen trato con la gente. Y era el mejor amigo de mi socio. Así que no teníamos más alternativa que tolerarnos.

Mientras yo hablaba por teléfono, Lucas se cebó un mate y miró a su alrededor, sin saber bien qué hacer. Antes de que pudiera cortar me entró un mensaje al celular. Vi de quién era y alcé la vista hacia él, mi cara un cartel de neón que le preguntaba qué hacía ahí todavía. Él me mostró la lista de pasajeros. Asentí sin el menor rastro de una sonrisa.

—¿A qué hora mañana? —preguntó en voz baja.

Cambié el cartel de mi cara por otro: "¿todavía no sabés a qué hora salen las excursiones?" —Nueve menos cuarto.

Salió con un simple cabeceo. Apenas estuve sola, terminé la llamada tan rápido como pude y abrí el mensaje de Diego. Era raro que me escribiera. Quería decir que tenía algo.

—¡La veo esta noche!

La alegría de Mauro parecía demasiada para la estrecha oficina cuando volvió a entrar. Le devolví la sonrisa y el mate vacío. No necesitaba preguntar de quién hablaba. Mauro se dejó caer en su silla giratoria y dio un par de vueltas, sonriéndole al techo de oreja a oreja.

—Me puede, Lu —suspiró, las manos tras la nuca—. Va a ir con sus amigas al Dutch esta noche. ¿Me harías el aguante? Una birrita y te libero temprano, lo juro… ¡ay, tu hijo! No podés, ¿no?

—Tranquilo, Romeo. Ariel está con el padre y yo estoy libre. Podemos ir cuando cerramos. Después de comer algo que corre por tu cuenta.

—¡Gracias! ¡Sabía que podía contar con vos!

—Pero quiero más mate.

—Tomá. ¿Y Lucas?

—Se fue mientras vos hablabas con tu Julieta. No te preocupes,

le confirmé la excursión.

—Bien. Vas a ver que mi suegro te trae a los gringos contentos y con ganas de gastar.

—¡Tu suegro! ¡Vergüenza debería darte! ¿No te podías fijar en la hija de cualquier otro?

—Nada qué hacerle. Y vos podrías suavizar tus púas así salimos los cuatro. ¡Como una familia!

Vio mi cara y sus carcajadas llenaron la oficina hasta que se quedó sin aliento.

- 3 -

El Dutch estaba vacío cuando llegamos. Gabriel, el dueño del bar, jugaba ajedrez en la barra con Diego, el único cliente tan temprano. Diego tenía unos veinticinco años, vestía siempre pantalones cargo y gorra calada sobre los ojos, ensombreciendo su cara. Era lo que podría llamarse mi informante, la única persona fuera de mi familia que sabía a qué me dedicaba realmente. Años atrás había sacado de su casa a un espíritu vengativo, y desde entonces, cada vez que se enteraba de algo que pudiera interesarme, “me pasaba el caso”, como solíamos decir.

Interrumpieron su juego cuando la puerta se abrió con un chirrido de madera quejosa. Al vernos entrar, Gabriel apartó el tablero con cuidado de no mover las piezas. Mauro y yo fuimos a sentarnos a la barra junto a Diego y aceptamos la botella de cerveza que Gabriel abría para nosotros. Poco después, Mauro estaba tras la barra, mirando videos con Gabriel, y yo conversaba a media voz con Diego, cerveza y cigarrillos a mano.

—Por lo que pude saber es lo que la gente llama un alma en pena —decía Diego—. Nada demasiado terrible, pero se está poniendo agresiva.

Reí por lo bajo, volviendo a llenar los vasos. —Y tus amigos pandilleros están muertos de miedo.

—Me contaron que la última vez que la vieron, pasó de la terraza del edificio de al lado al piso donde ellos estaban. Eso no es tan gracioso.

—Está expandiendo territorio. ¿Cuánto hace que murió?

—Seis meses, pero estuvo desaparecida hasta hace un par de semanas. Parece que la violaron y la mataron a golpes. La encontraron en una zanja sobre la Ruta 40.

—Pobrecita, yo también estaría enojada. Si no la mataron ahí, alguno de tus amigotes debe estar relacionado con lo que le pasó. Eso explicaría que aparezca donde se reúnen.

—Ese dato te lo debo. No es algo que la gente ande contando, “ayer nos cargamos a una”. Creí que al estar enterrada su fantasma

no andaría por ahí asustando gente.

—La mayoría de los fantasmas están enterrados como Dios manda. ¿Tenés el nombre completo?

Mientras charlábamos, el Dutch se fue llenando y la música fue subiendo de ritmo y volumen. Cuando abrí la tercera cerveza, estábamos acorralados en un huequito contra la barra, rodeados de gente. Mauro apareció de la nada junto a nosotros y se apoyó en mis hombros con su mejor sonrisa.

—¡Aflojale a la birra que mañana abrís vos!

—Ni me lo recuerdes. Por eso tomo: para olvidar que tengo que empezar el día temprano y con Lucas. ¿Majo todavía no vino?

—No, pero en cualquier momento llega.

—Disculpá, ¿me darías fuego?

Nos interrumpimos para mirar a mi izquierda, al desconocido que nos enfrentó con una sonrisa. Encontré sus ojos color miel que me observaban con un destello entre irónico y provocativo que no comprendí. Le di mi encendedor, estudiándolo. Era de mi edad, y su ropa oscura quedaba oculta bajo un sobretodo negro decididamente ochentoso. El pelo le caía hasta los hombros, oscuro, ondulado en las puntas; barba de un par de días, cara agradable, de facciones discretas en las que la línea firme de la mandíbula aportaba fuerza y equilibrio. Un tipo con el que podría haberme ido. Y sin embargo.

—Gracias. —El desconocido me devolvió el encendedor, siempre sonriendo—. Blas, mucho gusto. —Alzó su vaso de Fernet—. Salud.

Me limité a asentir con una breve sonrisa de cortesía, todavía tratando de precisar qué era lo que no me terminaba de gustar de él, algo que a mi estómago no le cerraba. En ese momento entró un grupito de chicas precedido por una cabeza alta y clara, a cinco pasos y un mundo de gente de donde estábamos. La cabeza alta se abrió paso hacia la barra seguida por otra más baja pero igualmente rubia. La expresión de Mauro se iluminó.

—¡Ahí llegó Majo! —susurró.

—Sí, y Lucas —gruñí—. ¿Qué hace acá? Se supone que las chicas no salen de noche con sus padres.

No pudimos seguir hablando. Majo, la hija de veinte años de Lucas, ya me estaba estrechando en un abrazo caluroso. A pesar de la aversión que le tenía a su padre, Majo me parecía la chica más dulce y simpática que conociera en mi vida. Mientras la saludaba,

Diego me tocó un brazo y se apartó de la barra. Se fue sin que pudiera siquiera despedirme de él. Me agaché para recuperar mi mochila.

—¿Ya te vas? —exclamó Mauro—. ¡Es viernes y estás sola!

—Pero como bien me recordaste, mañana abro yo. Dijimos una cerveza y ya terminamos la tercera.

Majo me detuvo tratando de hacerse la ofendida, pero no aguantó la risa y terminó contagiándome.

—En serio, chicos. Disculpen pero estoy cansada, y tengo colectivo en diez minutos. —Señalé a Majo intentando recuperar la seriedad—. Te lo encargo. Que mañana llegue temprano. Y entero.

¿Cómo era que decía mi abuela para enseñarme el pretérito subjuntivo? “Si las miradas mataran, muerta quedase.” Ignoré la mirada fulminante de Mauro para no caerme muerta ahí mismo.

—No te preocupes, Lu —decía Majo—. Queda en buenas manos.

Me tragué el “ya lo creo que sí” para no seguir tentando al destino. Me separé de ellos y me demoré junto a la puerta, despidiéndome de Gabriel. Lucas pasó a mi lado hacia las mesas en el desnivel, un metro por debajo del piso de la barra. Lo vi reunirse con un grupo de mujeres jóvenes que lo recibieron con gran alboroto. Un momento después, una bocanada de humo y vapor salía conmigo del bar a la noche fría, un poco húmeda.

- 4 -

La construcción había quedado inconclusa más de quince años atrás, dejando un enorme esqueleto de concreto con pisos y unas pocas paredes internas. Una escalera de tramos cortos se enroscaba en torno a un pozo oscuro regado de basura y escombros, trepando desde el subsuelo hasta el cuarto piso, que tenía el cielo por techo más allá de las vigas de cemento que se encontraban allá arriba en un ángulo agudo. La cerca de chapas que rodeaba el amplio lote abandonado había sido abierta en un solo lugar, como si los grupitos de adolescentes y las parejas que solían darse cita ahí no quisieran que el acceso fuera demasiado evidente.

En el silencio de la madrugada, aparté la chapa sólo lo indispensable para deslizarme dentro del predio, dos mil metros cuadrados de concreto y malezas. Me detuve en la luz anaranjada que llegaba desde la calle y observé la enorme estructura, irguiéndose sobre mí sombría y desierta. Ninguna voz, ningún rumor, nada que indicara la presencia de los usuales visitantes nocturnos. Avancé sorteando escombros y bolsas de basura hasta sumergirme en la penumbra fría del edificio. Las paredes y las anchas columnas eran una galería de grafitis de orientación variada: consignas políticas, palabrotas, elaborados dibujos en colores.

Subí prohibiéndome apartar la vista de los escalones. Un piso, otro. A mi derecha, el hueco cuadrado era una invitación para que mi vértigo se desbocara. Llegué al tercer piso y apreté los dientes para encarar los últimos tramos de escalera, ahora sin paredes. Pronto avancé en la luz fría y pálida de la luna creciente. La ciudad se abría a mi izquierda, brillante en la noche de primavera. El lago era una pizarra negra allá adelante, a doscientos metros, atravesado por la estela vacilante de la luna, que insinuaba las montañas al otro lado.

Caminé hasta el centro del piso desierto, cruzado por las sombras de las vigas sobre mi cabeza. Giré con lentitud, observando el lugar con mirada atenta. Todo indicaba que estaba sola. Salvo el vacío en la boca de mi estómago, que se acentuó cuando volví a

detenerme de espaldas al lago.

—Sé que estás acá, Mariana Isabel Rodríguez —dije, procurando sonar firme y serena—. Dejá de esconderte.

Nada se movió, nada cambió. Una brisa tenue recorrió el lugar, agitando una bolsa de plástico que crujió en el otro extremo del piso, a más de diez metros de donde yo estaba. Suspiré metiendo una mano en la mochila, saqué mi réplica de la Cruz de Caravaca y esperé. Al fin, viendo que iba a tener que tomar la iniciativa, extendí el brazo empuñando la Cruz, que se veía más clara en la luz de la luna.

—¡Mariana Isabel Rodríguez! ¡Por el Poder que esta Cruz representa, te ordeno que te muestres! —exhorté, subiendo la voz.

A pocos pasos, la sombra de una columna pareció espesarse y arremolinarse. Una voz amenazante, que no tenía nada de humana, retumbó en la penumbra.

—Andate si no querés que te pase nada.

Sonreí de costado, sin bajar la Cruz.

—Sé quién sos y en lo que te convertiste. Ahora mostrate, tal como eras en vida.

El remolino de sombras se hizo más denso.

—¡No!

Como un eco, la Cruz en mi mano se hizo más clara, y un resplandor tenue reverberó a lo largo de sus bordes. El remolino empezó a alargarse y estrecharse hasta tocar el suelo.

— ¡No! —La voz ya no sonaba amenazante sino rabiosa.

—Salí de esa oscuridad, Mariana. Ése no es tu lugar. Tu lugar es con la luz.

Mi voz tenía ahora una inflexión cálida que halló respuesta en el fantasma. Las sombras formaron una silueta nítida que se apartó de la columna y se acercó a mí.

—No vine a hacerte daño, Mariana —dije—. Vine a ayudarte.

—¡No necesito ayuda! —La voz era más aguda y me hizo pensar en un berrinche adolescente.

Me permití sonreír de costado y me quité los lentes. La silueta frente a mí se hacía más y más nítida, toda una gama de grises definiendo los contornos de una chica de pelo largo en uniforme de escuela privada.

—Demorarte acá no te sirve —tercié—. La venganza sólo

aumentaría tu dolor.

La chica de sombras se cubrió la cara con las manos y dejó oír un gemido ahogado. Me acerqué lentamente a ella. La Cruz brillaba más a cada paso. Me detuve a dos metros del fantasma y el resplandor de la Cruz iluminó la carita bonita y lastimada, la falda manchada de sangre, la camisa desgarrada. La rabia y la pena me colmaron.

—Ésta no sos vos, Mariana —dije con suavidad—. Esto es lo que ellos hicieron.

Se me cerró la garganta de angustia al enfrentar la mirada de completo desamparo de la chica muerta, que tenía los ojos amoratados llenos de lágrimas. Le tendí la mano. No la tomó pero tampoco retrocedió. Se secó la nariz con una mano sucia, de uñas rotas y ensangrentadas. La Cruz brilló aún más, iluminándola, y en su luz el fantasma volvió a cambiar. Ella lo percibió y se miró sorprendida, viendo que no quedaban rastros de abuso ni de violencia.

—¿Qué…? —murmuró.

—Ésta sos vos, Mariana. Así te recuerdan los que te aman.

La chica volvió a enfrentarme y sus ojos de sombras se clavaron en la Cruz.

—Esa luz… es tan… Me hace sentir mejor.

—Y no es más que un atisbo de lo que te espera. ¿Me dejarías ayudarte a llegar?

La chica muerta asintió. Entonces tomé la Cruz con ambas manos y cerré los ojos. Las palabras brotaron solas de mi boca, una letanía rítmica, armoniosa. Las dejé fluir. Al lado de la chica, en el suelo frío y sucio, apareció un círculo de luz que creció, alzándose como un arco refulgente. Abrí los ojos y la vi mirando el arco con más curiosidad que temor. Callé, observándola. Ella sonrió, los ojos ahora límpidos. Tocó la luz y soltó una risita, luego me enfrentó.

—Viniste a ayudarme aunque nunca nos conocimos. Ni siquiera sé tu nombre.

—Lucía, ése es mi nombre —respondí.

—Gracias, Lucía.

Me regaló una última sonrisa y dio un paso. Su pie desapareció en la luz.

—Que Dios te bendiga, Mariana —murmuré, viéndola fundirse

con el fulgor que llenaba el arco.

El portal resplandeció con intensidad por un instante, antes de comenzar a empequeñecerse hasta desaparecer por completo.

Cuando todo volvió a quedar en penumbras, guardé la Cruz y giré hacia el lago. Disfruté el silencio y la quietud con un cigarrillo, la brisa fresca del este en la cara. Faltaban quince minutos para el colectivo de las dos y la parada quedaba a una cuadra.

De pronto me pareció ver a alguien allá abajo, en la vereda de enfrente, medio oculto a la sombra de un árbol. Un hombre con un abrigo oscuro que se agitaba apenas en la brisa nocturna. Un sobretodo como el del tal Blas, el tipo que conociera un rato antes en el Dutch. Pero cuando me incliné para mirar mejor no había nadie ahí. Seguramente había sido un efecto de la sombra del árbol, que replicaba el movimiento blando de las ramas.

Ahora, mirando hacia atrás a esa noche, me pregunto si era casual ese deseo de fumar un cigarrillo ahí arriba, disfrutando la luna en el lago, viendo dormir tranquila esta ciudad pequeña y ruidosa que Dios, el destino o el azar habían puesto a mi cuidado. Porque aquélla fue la última cacería ordinaria. Yo aún lo ignoraba, por supuesto. Pero esa ignorancia iba a durar poco. Demasiado poco.

Casa Embrujada

- 1 -

La noticia me llamó la atención enseguida.

Un chico de diecisiete años había muerto la noche anterior en una casa abandonada a orillas del lago Gutiérrez. Al parecer estaba en el cumpleaños de un amigo en Villa Los Coihues y alguien apostó a que él y dos chicos más no se animaban a entrar en la vieja casa de los Quireipan. Típico. La casa embrujada del barrio. Una leyenda urbana de cuando yo era chica. Varias personas habían muerto ahí a lo largo de los años. Nada violento, muertes naturales, pero se decía que sus fantasmas permanecían en la casa y atacaban a cualquiera que entrara en su territorio. Historia para fogones en la playa, a la hora de los cuentos de miedo para que las chicas chillen y los chicos se hagan los valientes.

Así que estos tres chicos habían aceptado la apuesta y habían entrado. Y por lo que contaban los dos sobrevivientes, adentro los habían atacado varios perros grandes, que mataron a su amigo a mordiscones antes de que ellos pudieran hacer nada por ayudarlo. La nota seguía comentando el eterno problema de Bariloche de los perros abandonados, diciendo que podían asilvestrarse y hasta formar una jauría que…

—¿Qué te parece un asado en mi casa el domingo?

La pregunta de Mauro me distrajo de la noticia, aunque sólo para asentir sin siquiera mirarlo. Yo conocía esa casa. De pronto Mauro se materializó a mi lado con corazoncitos brotándole de los ojos y su mejor cara de cordero en el matadero.

—¿En serio?

Su exclamación me sorprendió y al fin lo enfrenté, sin comprender su emoción. Él esbozó una gran sonrisa y la soltó a parlotear a velocidad récord hasta para él.

—¡Si venís puedo invitar a Majo! ¡Y pasar el día con ella! ¡Sin ninguna de sus amigas cerca para distraerla! ¡Cocinaríamos juntos!

¡Charlaríamos! Y quién te dice, ¡tal vez hasta pase algo!

Soporté la explosión con estoicismo hasta que se quedó sin aliento, todavía con su sonrisa de oreja a oreja y ojos soñadores. Alcé un dedo hasta su cara con sonrisa malévola. Dicen que en turismo sólo hay mercenarios y tontos, así que.

—Voy, pero con una condición.

—¡La que quieras!

—Abrís vos la agencia los domingos durante un mes.

Se inclinó, agobiado como si acabara de caerle encima una tonelada de piedras, los ojos llorosos, pero no alcanzó a argumentar.

—¡Buenas! —saludó una voz potente desde la puerta del local.

Lucas. Fui al baño a hacer mate para ahorrarme tener que saludarlo. Lucas entró sin más preámbulos en la oficina, como siempre, y notó enseguida el aire apesadumbrado de Mauro.

—¿Todo bien? —preguntó, preocupado.

—Psé. Acá, resistiendo la tiranía.

Giré en redondo, a tiempo para ver el pulgar de Mauro apuntándome. ¿Tiranía? Agarré al vuelo un bibliorato de su escritorio y lo aplasté contra su pecho.

—Tus reservas pendientes —gruñí—. Más te vale que estén al día para mañana. Me voy.

Les di la espalda y suspendí el mate para agarrar mis cosas.

—Después la defendés —dijo Lucas en voz baja.

—Lucas… —gimoteó Mauro.

- 2 -

Conocía esa casa. Claro que la conocía.

Los kilómetros rodaron bajo el colectivo mientras la recordaba.

Había sido la primera vez que mamá me había permitido acompañarla en una cacería. Yo tenía diez o doce años y estaba súper excitada. En la casa de los Quireipan no había ningún fantasma, sino un demonio nivel cinco: un perro infernal. Por algún motivo había establecido su territorio ahí cuando la familia se mudó, y había dado origen a la leyenda urbana de la casa embrujada. Nunca llegué a verlo. Mamá había destruido su cuerpo antes de llevarme, y la acompañé sólo para practicar la forma de sellarlo.

Me había dejado trazar los pentagramas en las paredes, incluso el grande en el suelo, en el centro exacto de la casa. Hasta me había permitido empuñar su Cruz, y habíamos recitado juntas la oración del sello. El pentagrama a nuestros pies se había encendido con una luz muy blanca y brillante que se extendió por toda la casa mientras rezábamos. Cuando terminamos, apoyó su mano en el suelo y permaneció muy quieta varios segundos. Después me enfrentó con sonrisa orgullosa.

—Está hecho —habían sido sus palabras.

Me bajé del colectivo todavía perdida en mis recuerdos y caminé las cinco cuadras por calles de tierra poco iluminadas, tranquilas, seguras.

Y ahora un chico había muerto en esa casa bajo las feroces mordeduras de una jauría de perros asilvestrados. Por supuesto.

Lo que me sorprendía tanto como me preocupaba era que el perro infernal estuviera suelto de nuevo. No porque fuera una criatura especialmente difícil de enfrentar. El problema era que la única forma de que quedara en libertad era que alguien hubiera roto el sello. Así como mi bisabuela había sido experta en ayudar a los espíritus a cruzar, y mi tía Lily era la mejor cazadora de parásitos del continente, nadie superaba a mamá con los sellos. Romper un sello hecho por ella requería un grado de conocimientos

y poder que rara vez se encuentra. En mi familia era aceptado por unanimidad que ninguna de nosotras estaba en condiciones de hacerlo. Entonces quién, cómo, por qué…

Subí los escalones hacia la puerta de casa suspirando. Había pensado que podría irme a dormir temprano. Cenar con Ariel, mirar una película y hasta mañana. Pero no podía dejar esto sin revisar. La nota en el diario iba a despertar curiosidad y atraer gente a la casa. La gente es así. Les decís que hay fuego o un tiroteo y no corren en la dirección opuesta, sino que tratan de acercarse para sacar fotos para Facebook. Tenía que ir a lo de los Quireipan esa misma noche.

Apenas abrí la puerta, un tsunami de música ahogó mis conjeturas.

—¡Hola, ma! ¡Ya bajo la música!

Ariel se apuró a hacer lo que decía y pude trasponer el umbral sin demasiado peligro de quedar sorda de por vida. Dios, los adolescentes hoy en día tienen oídos de amianto. Mi hijo ya estaba en el comedor de nuestra casita para saludarme.

—¿Todo bien, ma? ¿Cómo te fue hoy?

—Bien. —Me encogí de hombros y le lancé una mirada de costado. ¿A qué venía tanto recibimiento?—. ¿Y vos? ¿Qué hiciste hoy?

—Estudié para el examen de geografía, hice las compras, ordené mi cuarto, ¡y te hice mate!

Era demasiado. Lo abracé en un ataque de orgullo maternal, palmeándole la espalda.

—¡Te quiero tanto! ¡Sos el mejor!

Ariel se deshizo de mi abrazo con la habilidad adquirida en trece años de hijo único y me cebó un mate espumeante. Lo tomé y me dejé caer en una silla con un suspiro. Ariel me tendió el diario abierto en la sección de policiales. Reconocí la noticia con una sola mirada: la muerte del chico en la casa de los Quireipan.

—¿Viste esto? —preguntó muy serio, dejando el diario sobre la mesa frente a mí—. Me llamó la atención en cuanto lo vi. No puede haber sido un perro normal lo que mató a ese pibe.

Tardé en volver a enfrentarlo, la vista clavada en la foto de la casa. No me gustaba escucharlo hablar así. Hacía sólo un año que sabía que yo era una cazadora, y me impresionaba la madurez con

que encaraba todo el asunto. Pero a medida que pasaba el tiempo, me inquietaba cada vez más. Yo debería haber tenido una hija mujer que continuara mi labor, pero sólo lo había tenido a él.

Después de que su padre y yo nos divorciamos, había empezado a notar su inusual tendencia a interesarse por lo que la gente llama "lo oculto", y con los años no había podido dejar de advertir que su instinto era más agudo de lo que fuera el de las mejores de nosotras a su edad. La familia lo había notado también, y para gran escándalo, una de mis abuelas había sugerido que debía iniciarlo. Alguien tendría que hacerse cargo de la zona cuando yo ya no estuviera en condiciones de protegerla. Él era el candidato natural, aunque no tuviera ovarios que lo ayudaran a detectar la presencia de criaturas del inframundo.

Ariel ya tenía trece años, y a medida que se acercaba a los quince, mi inquietud se iba convirtiendo en angustia. No me gustaba escucharlo hablar así. No me gustaba que leyera entre líneas con tanto acierto. Él era mi bebé, mi hijo, y palidecía de sólo imaginarlo enfrentando a un demonio de nivel diez, esos enanitos tontos que sólo pueden molestar en sueños. Hasta ahora siempre había encontrado excusas para no empezar a entrenarlo seriamente. Y esperaba seguir encontrándolas.

Respiré hondo, debatiéndome una vez más entre mi amor y mi confianza en él. Cuando alcé la vista, lo encontré observándome con paciencia, dispuesto a esperar cuanto fuera necesario hasta que me decidiera a contestarle.

—Es cierto —dije al fin—. Lo mató un demonio. Un perro infernal. Tu abuela lo selló en esa casa hace casi treinta años. Me preocupa que esté libre, porque sería la primera vez que uno de sus sellos se rompe… o lo rompe alguien.

Ariel asimiló la información con un cabeceo rápido. Hizo a un lado el diario y se sentó conmigo a contarme sobre el partido de fútbol que había jugado en la plaza esa tarde con los chicos del barrio. Siguió cebando mate mientras yo sentía un escalofrío ante su empatía innata. No me opuse a que me apartara de lo que me preocupaba.

Más tarde, mientras levantábamos la mesa después de cenar, le conté sobre el asado. La idea le encantó. El hermano menor de Mauro tenía su misma edad y se llevaban muy bien. Así que decidió

arreglar con su padre para ir a su casa el viernes en vez del sábado y volver a casa temprano el domingo para ir juntos.

—¿Y qué le dio a Mauro por hacer un asado? —preguntó—. ¿Es el cumpleaños de alguien?

—No, le dio Majitis aguda.

—Entonces ojalá también vaya Lucas —dijo, todavía riendo, y pareció sorprendido al ver mi expresión—. Me cae muy bien, ¿a vos no?

Me limité a encogerme de hombros.

- 3 -

No le conté a Ariel mis planes para esa noche. Esperé a que se durmiera y recién entonces me abrigué, me colgué al hombro la funda de mi katana y salí, justo a tiempo para tomar el último colectivo a Villa Los Coihues.

La calle que bordea el lago Gutiérrez hacia la Cascada de los Duendes (nombre nuevo y turístico al que no terminaba de acostumbrarme) estaba vacía y silenciosa. En un par de meses se llenaría de turistas a pie y en auto a toda hora, pero en plena primavera todavía estaba tranquila. Caminé a buen ritmo hasta poco antes del límite del ejido municipal con el Parque Nacional, donde terminan todas las construcciones y el alumbrado público. Crucé el alambrado y el jardín invadido de mosqueta hasta la casa, ubicada a sólo diez metros de la orilla del lago. Me detuve a observarla. Oscura y silenciosa, las ventanas tapiadas, con un aire entre cándido y misterioso bajo los coihues que le daban sombra durante el día. La casa embrujada perfecta para la primera aventura de los chicos del barrio.

Que nadie deshaga lo que Dios ha hecho.
Que las sombras no profanen los dominios de la luz.
Que el mal devenga en bien.

Parecía ayer cuando mamá y yo habíamos rezado juntas en ese mismo lugar, perdidas en el resplandor deslumbrante del sello al activarse.

Ya no importaba cómo se había liberado ese perro infernal.

Le quedaban minutos de vida.

Entré por la puerta principal a un recibidor minúsculo, de donde salía el corredor al que se abrían las habitaciones de la planta baja y la escalera a los dormitorios en la planta alta. El polvo de años en el suelo de madera mostraba huellas que iban y venían. Todas eran humanas ahí frente a la puerta. Pero apenas avancé dos pasos por el

pasillo en penumbras encontré la primera señal que buscaba: una huella diferente. La planta y tres garras, un rastro como de barro entre las huellas de pies. No olía a barro. Era la huella de una pata ensangrentada. De modo que el perro estaba libre pero no había dejado la casa.

Lo mejor era empezar revisando los pentagramas del sello en las distintas habitaciones, y después ver si el principal estaba intacto. Abrí con cautela la primera puerta a mi derecha y me acerqué hasta el dibujo que yo misma hiciera en la pared lateral, veinticinco años atrás. Entonces sentí que me caía encima una avalancha de hielo, dejándome paralizada y sin aliento: una línea roja, oscura, cruzaba el pentagrama de lado a lado, en diagonal. Retrocedí de forma inconsciente ante aquella muestra irrefutable que cristalizaba mi peor sospecha. Noté que me temblaba la mano al palpar la línea roja, y me tembló más aún al olerme los dedos.

Sangre.

Ahí había estado alguien que sabía demasiado sobre sellos. Alguien que sabía cómo romperlos. Pero eso no era todo. Esa persona no lo había roto del todo: lo había debilitado sólo lo necesario para liberar al demonio, pero manteniéndolo atado a la casa.

Miré a mi alrededor con otro escalofrío.

Por primera vez en mi vida me pregunté si podía haber caído en una trampa.

No tuve ocasión de pensar mucho más al respecto. Un rasguñar sordo se acercaba por el pasillo, el sonido inconfundible de garras arañando el suelo de madera a cada paso.

Giré al mismo tiempo que arrancaba la katana de su funda de tela. La empuñé en el preciso momento en que una sombra se proyectó en el piso frente a mí. La sombra de un animal de forma canina, más alto que un gran danés. Ocupó el hueco de la puerta y soltó un gruñido gutural que levantó eco en la casa vacía. Su cuerpo se encendió, el largo pelaje convertido en llamas ondulantes. Apreté la empuñadura de la katana y separé las piernas, preparándome para su ataque.

- 4 -

No era el primer perro infernal que enfrentaba, y pronto comprobé que era mucho más fuerte de lo que se suponía que podía ser. Saltó sobre mí con otro gruñido, su cuerpo en llamas describiendo un arco ardiente en el aire, las garras delanteras extendidas y la boca abierta. Lo rechacé como pude. Esa habitación estrecha no me convenía. Necesitaba más espacio para no convertirme en una presa demasiado fácil.

El demonio cayó parado y giró hacia mí. Además de demasiado fuerte, era más rápido que sus hermanos. Amagué atacarlo y logré quedar de espaldas a la puerta abierta, a sólo dos pasos. Cuando el perro volvió a saltar hacia mí, retrocedí hacia el pasillo. Me alcanzó en un instante. Corría con movimientos elásticos, como un lobo. Me adelantó sin que yo pudiera evitarlo y se plantó ante la puerta de la cocina, cortándome la salida hacia el jardín. Me detuve bruscamente. Inspiré hondo, los ojos fijos en los colmillos desiguales y ponzoñosos. Así que íbamos a pelear ahí adentro.

Cuando volvió a atacarme, alcé la katana empuñándola con las dos manos y la dejé caer con todas mis fuerzas sobre él. Lo abrí al medio desde la cabeza hasta el anca. Cayó a mis pies retorciéndose pero no pude rematarlo, inmovilizada por un dolor ardiente en mi brazo izquierdo. Me había dado un zarpazo antes de que lo abriera en dos. Retrocedí aferrándome el brazo herido. Mi campera de cuero estaba rasgada del hombro al codo y empezaba a humedecerse con sangre. Aquello no estaba yendo nada bien.

Como todos los de su especie, el olor de mi sangre pareció revivirlo. Antes de que pudiera sacar la Cruz, vi atónita que su cuerpo destrozado se volvía a unir y se levantaba, las llamas cerrando la brecha que abriera mi katana. Sus ojos se encendieron con un fuego verdoso y jadeó, mostrándome los colmillos que goteaban veneno.

Imposible describir los siguientes minutos, que parecieron durar horas. El demonio volvió a atacarme una y otra vez. Yo tenía un brazo inutilizado, obligándome a elegir entre la katana o la Cruz. Y

contra toda lógica, mi hoja consagrada no surtía ningún efecto en él, más que demorarlo para volver a reconstruirse después de cada herida que yo le infligía. Sus garras me alcanzaron varias veces y podía considerarme afortunada que no fueran sus colmillos. Su veneno me mataría en el tiempo que tardara mi sangre infectada en alcanzar mi corazón.

Necesitaba usar la Cruz, pero no sabía cómo iba a poder ponerla en contacto directo con su cuerpo y mantenerla ahí lo suficiente para que actuara. El demonio seguía bloqueando mi única salida y yo seguía debilitándome. Y si el perro me derrotaba y se alimentaba con mi cuerpo, iba a ser lo bastante fuerte para romper lo que quedaba del sello atándolo a la casa. Después de comerme, iba a estar libre para ir adonde quisiera y atacar a quien quisiera.

No lo podía permitir.

Conseguí cercenar su cuello. Mientras su herida se cerraba, su pelambre de fuego relumbrando en la oscuridad, obligué a mi brazo izquierdo a doblarse y hundí la mano izquierda en mi bolsillo. Cuando forcé a mis dedos a cerrarse en torno a la Cruz, el dolor fue tan intenso que me hizo hormiguear la cara, algo que sólo me había sucedido durante las contracciones del parto de Ariel. En ese momento el perro volvió a la carga.

Me incliné hacia atrás, trazando un amplio arco horizontal con la katana frente a mí. El perro adivinó mi movimiento y desvió su salto hacia la derecha. Sentí el fuego y el dolor lacerante cuando sus colmillos se clavaron en mi mano. Sus mandíbulas chasquearon al cerrarse sobre su presa. Me quedaba menos de un minuto de vida. Pero junto con la muerte, el demonio me estaba dando la oportunidad que buscaba. Arranqué la Cruz de mi bolsillo y la aplasté contra su cabeza, entre los ojos ardientes. Sus colmillos enterrados en mi carne le impidieron apartarse a tiempo. Los segundos que demoró en arrancarlos de mi mano fueron su perdición.

La Cruz se encendió en un fuego blanco que lo cubrió y la casa se llenó con el siseo de los dos fuegos que combatían. Me agaché siguiendo su forma menguante en aquella luz enceguecedora. La cabeza me daba vueltas, un temblor incontenible me recorría el cuerpo. En ese momento actuaba sólo por instinto, incapaz de coordinar dos ideas coherentes en la niebla fría y viscosa que

llenaba mi cabeza. Caí sentada en el piso, sosteniendo la Cruz frente a mí hasta que el resplandor se extinguió. Todo giraba a mi alrededor. La puerta de la cocina ondulaba a sólo dos pasos. La poca luz que entraba desde afuera se iba desvaneciendo. Atiné a apretar la Cruz contra mi pecho. Sentí el calor que irradiaba y que la pared se tambaleaba tras mi espalda.

Sabía que tenía que restaurar el sello, pero ya no podía moverme. Mis ojos se cerraron sin que pudiera evitarlo. Alcancé a pensar en Ariel, durmiendo en casa. Tal vez quedar a cargo de su padre no fuera tan malo para él. Al menos tendría una vida normal. Y mucho más segura.

Dos en el Espejo

- 1 -

La noche se reflejaba plácida sobre el lago y me llevó un momento reconocerlo: el Gutiérrez. Miré a mi alrededor un poco sorprendido. ¿Cómo sabía dónde estaba? ¿Por qué estaba tan seguro de que ése era el nombre del lago? ¿Por qué tenía en mi cabeza un mapa tan claro que me decía que estaba en una ciudad llamada Bariloche, en una región llamada Patagonia, en un país llamado Argentina? ¿Por qué era el año 2007? Mi último recuerdo era Francia durante la Segunda Guerra Mundial, o sea… ¿1941?

Entonces sentí el tirón. Venía de una casa oscura a orillas del lago. La energía que llegaba hasta mí indicaba que había un demonio ahí. También había un humano. Un momento de concentración me indicó que el humano y el demonio se buscaban mutuamente.

Eso aclaró algunas dudas acerca de qué hacía ahí. Aún después de tantos siglos, mi instinto seguía siendo infalible, mal que me pesara. Seguí el flujo de energía. No recordaba haber descubierto nunca algo así en mi entorno inmediato. Eso alimentó mi curiosidad. Decidí acercarme con cuidado. Nada podía tomarme por sorpresa a esa altura, pero no venía mal ejercitar un poco de cautela.

El jardín trasero de la casa bajaba hasta la orilla misma del lago. A mitad de camino, cerca de la puerta trasera, se alzaba un árbol viejo y frondoso que se inclinaba hacia el agua. Lo identifiqué como un *coihue*, de la familia de los *notofagus*. Y de inmediato me pregunté de dónde había sacado esa información. Pero eso era un coihue, y los arbustos espinosos que cubrían buena parte del jardín eran rosa mosqueta, una especie exótica introducida por los inmigrantes europeos que… Contuve esa avalancha incomprensible de información mientras me adelantaba sin ruido hacia la casa. Un misterio por vez. Primero quería saber por qué estaba ahí.

Distinguí una silueta bajo el árbol. Un hombre. ¿Era el humano que buscaba al demonio? No. La persona que buscaba al demonio estaba dentro de la casa, no afuera. Estudié la silueta un momento más y me quedé sin aliento: ese hombre no era un hombre. Dentro de ese cuerpo de forma humana había otra cosa, una energía mucho más sutil, mucho más fuerte que el simple espíritu humano. Ese hombre ahí delante era igual a mí.

Me acerqué sin prisa para dar tiempo a que el otro me descubriera. Estaba por prender un cigarrillo cuando ladeó la cabeza en mi dirección y pude ver su expresión de asombro. Llegué a su lado en silencio y lo saludé con un breve cabeceo, ignorando la estupefacción en su cara, el cigarrillo apagado colgando de sus labios separados, las manos caídas a los costados.

—¿Te molesta si me quedo a ver? —pregunté, desviando la vista hacia la casa.

El hombre sólo atinó a asentir.

En ese momento el demonio y el humano dentro de la casa se encontraron. Me tocó a mí sorprenderme: el humano le hizo frente al demonio, un perro infernal encadenado a la casa, y comenzaron a luchar. Las explosiones de energía reverberaban en el aire a cada choque. Afuera, bajo el árbol, el hombre y yo permanecimos lado a lado, de cara a la casa, siguiendo las alternativas de la pelea.

—No esperaba encontrar a otro Caído acá —dije, intentando empezar una conversación que me permitiera saber algo de él—. Soy Raziel, de la tribu de Miguel.

—Me imaginé —respondió el hombre con acento casual—. El uniforme te vende.

Miré hacia abajo y vi que tenía razón: llevaba puesta mi chaqueta azul oscuro de faldones hasta las rodillas, mi ancha faja blanca en la cintura y mis botas de caña alta. Él vestía ropa moderna, jeans, botas, un suéter negro, un sobretodo oscuro. Asentí. Sí, el uniforme me delataba.

—Así que de la tribu de Miguel —dijo—. ¿Centinela?

Sonreí de costado y evité mirarlo al responder. —Exorcista.

Sentí su mirada incómoda al escucharme. Se relajó enseguida, pero su reacción indicaba que él tenía alguna relación con la presencia del demonio en esa casa.

Permanecimos en silencio, siguiendo un momento difícil de la

lucha que aún se desarrollaba en la casa.

—Es la primera vez que te veo por acá —dijo luego—. ¿Recién llegado?

Aprecié la ironía de su forma de expresarse. —No, hace rato que ando por ahí. En realidad no sé bien qué hago acá. Creo que me despertó la energía que se mueve en esta casa.

—No sería raro. Nacido exorcista, siempre exorcista, dicen. —Era evidente que yo era un efecto colateral que no había anticipado, y que no le hacía demasiada gracia—. Blas Elorriaga, mucho gusto.

Giré la cabeza para mirarlo. Se encogió de hombros manteniendo los ojos en la casa. Habló en un gruñido bajo, rabioso, y su aura se densificó de una forma que me provocó un escalofrío.

—Alguna vez fui heraldo y mi nombre era Zorael…

—De la tribu de Gabriel —completé, asintiendo.

—Ya no importa. Eso fue hace mucho.

—¿Elegiste seguir caído?

Me enfrentó frunciendo el ceño. —Nadie elige caer. ¿O vos te tiraste de cabeza a este mundo de mierda por puro gusto? Pero ya puesto, decidí que no me interesa desperdiciar la vida tratando de volver.

Por eso su aura era tan densa. —Así que te entretenés liberando demonios para ver qué hacen los humanos.

—Entre otras cosas.

Un estallido de dolor del humano en la casa nos alcanzó con toda claridad, más intenso que los anteriores. Blas, ya que así se había presentado, sonrió de costado. Pero mi atención volvió a ser atraída hacia la casa, porque en medio del estallido de dolor agónico, sentí un fogonazo de satisfacción que me desconcertó. El demonio había herido de gravedad al humano, ¿y el humano estaba contento? La luz y el calor brotaron de la casa en una explosión silenciosa que nos envolvió en su onda expansiva. Hacía mucho que no sentía nada parecido. El humano dentro de la casa tenía alguna clase de amuleto consagrado y lo estaba usando. Tuve la certeza de que ese humano no tenía la menor idea del poder real de ese objeto. Experimenté una oleada de reverencia instintiva ante lo sagrado que ocultaba ese talismán, y de inmediato la sensación fue barrida por un vacío rabioso, doloroso como el de una herida abierta. Lo que era en realidad. Aún. El abismo negro de mi agonía

interminable, sistemática, definitiva. Me obligué a sobreponerme. Como era de esperar, el demonio había sucumbido a semejante ataque y el poder del amuleto lo estaba destruyendo.

—Parece que tu perro sacó las de perder —comenté, tratando de sonar indiferente.

—Bastante duró —replicó Blas en el mismo tono—. No le daba más de cinco minutos.

La casa había quedado silenciosa y oscura. Vacía. El demonio ya no existía, pero tampoco percibí el pulso vital del humano. ¿Había muerto? ¿Se había sacrificado para derrotar a la criatura? Tuve el impulso de entrar a ver qué había sucedido, pero un repentino fogonazo de luz y energía desde el interior me detuvo. Durante varios segundos un brillo enceguecedor brotó de cada abertura de la casa, iluminando todo alrededor como si fuera pleno día. En vez de avanzar, retrocedí, golpeado por la fuerza de aquella energía que recortó todo en blanco y negro.

—A eso llamo yo restaurar un sello —sonrió Blas, irónico.

Adiviné más que sentir el pulso desordenado, débil, del humano en la casa. Seguía vivo pero a duras penas. El fulgor se extinguió y las sombras volvieron a caer sobre nosotros. Giré hacia Blas con curiosidad.

—¿No te molesta que hayan matado a tu mascota?

Volvió a encogerse de hombros sin mirarme. —Para eso lo dejé asomarse. Me sentiría defraudado si hubiera ganado. —Giró como para irse—. Si aceptás un consejo, no andes por ahí así, en uniforme. No le cae nada bien a los de arriba. Y podés estar seguro que no te va a atraer amigos de abajo.

Lo observé alejarse por la orilla del lago a paso rápido y seguro. Él no volvió la vista atrás en ningún momento. Cuando desapareció, me volví de nuevo hacia la casa. Estaba confundido e intrigado. Me preguntaba una y otra vez por qué estaba ahí. Lo que había sucedido resultaba incomprensible. Un Caído que liberaba demonios y les apostaba en contra. Un humano que cazaba demonios y era capaz de conjurar semejante energía. Yo mismo, testigo involuntario de toda la situación.

Fue entonces que vi la silueta que se tambaleaba en el interior de la casa hacia la puerta trasera, abierta por la explosión de energía. Se aferraba a las paredes para dar cada paso. Avancé

expectante. Creía que los cazadores se habían extinguido hacía al menos dos o tres siglos. ¿Todavía quedaba uno en este rincón ignoto del mundo? El humano alcanzó la salida, asomó la cabeza y aspiró con ansiedad dolorosa el aire fresco y perfumado de la noche. Vi su brazo izquierdo herido y ensangrentado. Vi su mano derecha desgarrada, sangrando también. Sus fuerzas flaquearon y alcanzó a apoyarse en el marco de la puerta con un gemido ahogado, la vista alzada al cielo como si esperara que alguien bajara a sostenerlo. Entonces la luz incierta de las estrellas tocó su cara y ahogué una exclamación de asombro. *¿Una mujer?*

Pero esa mujer…

¿Cómo podía conocerla, si era la primera vez que despertaba en más de cincuenta años?

Su nombre acudió a mis labios. No entendía por qué lo sabía. Era imposible que supiera quién era. Nunca antes había estado en ese lugar. Nunca antes la había visto.

Y de pronto, lo que no entendía era qué hacía ella ahí, sin sus anteojos, lastimada y arrastrando… ¿una espada?

—*¿Lucía?*

- 2 -

Me despertó el mismo impulso que me sentó en la cama. Encontré a tientas el celular en la mesa de luz para ver la hora. Las tres de la mañana. ¿Qué hacía despertándome a esa hora después de haber soñado con la socia de Maurito? Reformulé la pregunta: ¿qué mierda hacía soñando con ella? Se me nubló la vista y se me cayó de la mano el celular. ¿Celular? ¿Qué era un celular? Sí, era esa cosa negra y rectangular que resbalara entre mis dedos, pero, ¿para qué servía? Una punzada de dolor entre los ojos me hizo apretarme el puente de la nariz. Abrí los ojos lentamente, sólo lo necesario para mirar a mi alrededor. ¿Dónde estaba? ¿De quién era esa casa? ¿Por qué estaba ahí? Un momento atrás estaba a orillas de un lago llamado Gutiérrez, frente a una casa donde un demonio…

¿¡Qué!?

Me apreté las sienes con ambas manos, mareado y confundido. Aparté las mantas de un tirón y me levanté, con tanta brusquedad que todo giró a mi alrededor. Me quedé quieto hasta que las cosas volvieron a su lugar y me apuré hacia el baño, sintiendo el estómago revuelto. Necesitaba refrescarme la cara. El agua fría me ayudaría a despejarme.

Agua. ¿En la cara? Yo no tengo una cara que el agua pueda tocar. Mi cuerpo es demasiado sutil para eso.

Prendí la luz de un manotazo y volví a paralizarme, los ojos desorbitados fijos en la mano frente a mi cara. En ese momento ni siquiera registré que había necesitado prender la luz para ver. Sólo podía mirar esa mano. Carne, nervios, músculos, huesos, vasos sanguíneos que palpitaban. ¿Qué me había pasado? ¿Cómo podía haberme densificado tanto? Entonces el shock fue devastador. Porque detrás de esa mano extraña había un hombre mirándome con expresión crispada, un brillo de locura en sus ojos. Un *humano*.

Cerré los ojos otra vez y sacudí la cabeza. Enfrenté el espejo agitado. ¿Qué me estaba pasando? Mi propia expresión desencajada me asustó. Me pregunté si seguía dormido y estaba soñando. Abrí el agua fría, me lavé la cara, me refresqué la nuca. Una gota resbaló

bajo mi remera y por mi espalda. Me estremecí de pies a cabeza.

Agua. Humedad. *¡Podía sentirla!*

Otra puntada entre los ojos me hizo vacilar y me apoyé en el lavatorio. Me zumbaban los oídos.

¿Por qué me zumbaban? Yo no tenía sangre que pudiera acelerar su circulación como para marearme. Yo era incapaz de marearme, también. Ni podía dolerme la cabeza. Ni podía sentir agua, frío, calor. Mi cuerpo no tiene ningún equivalente a los nervios animales.

Me agarré la cabeza. Estaba empezando a asustarme en serio. ¿Qué mierda me estaba pasando? Si era un sueño, se estaba convirtiendo en una pesadilla. Volví a mirar el espejo y retrocedí espantado. ¿Dónde estaba mi pelo largo? ¿Dónde estaba mi uniforme? ¿Por qué estaba descalzo, con esos pantalones tan cortos que apenas cubrían mis muslos, con esa camiseta holgada? ¿Por qué podía sentir el frío del piso sobre el que estaba parado? El miedo mismo me provocó una arcada. Giré hacia el inodoro, sintiendo el calor ácido que trepaba por mi garganta.

—¡Mierda! —gruñí cuando pude articular sonido. ¿Desde cuándo usaba esas palabras?—. ¿Qué carajo me pasa?

Otra punzada dolorosa me apartó del inodoro y caí de rodillas en el suelo de cerámicos blancos, veteados. De pronto relumbraron, cegándome. Y en esa luz deslumbrante las escenas se atropellaron contra mis ojos cerrados. Me cubrí la cara con un gemido. Mi hija Majo. ¿Un camino por el bosque? Era la ruta a Tronador, ahí estaba el Mascardi. ¿El qué? ¿Qué era Tronador? ¿Quién era Majo? Un grupo de pasajeros australianos. Sí, los O'Malley. El Valle Encantado del Limay a la vuelta de mi primera guiada a Villa Traful. Mauro, mi mejor amigo. Mi casa. ¿Qué hago con un bebé en brazos? Nayla…

El dolor que me sacudió al evocar su cara sí que me era conocido. Era el mismo que me había obligado a guardar bajo llave todas sus fotos. No importaba que ya habían pasado más de diez años desde el accidente. Ignoraba si alguna vez sería capaz de ver su cara sin que el dolor me derribara. ¿Qué dolor podría derribarme a mí, que había liderado a los mejores exorcistas? ¿Nayla? Mi esposa, mi primer amor, la madre de mi única hija. La que me abandonara con una sonrisa en sus labios de miel. La que había cerrado los ojos en mis brazos para nunca despertar.

Me agarré del lavatorio e hice un esfuerzo por levantarme. Una vez más enfrenté el espejo, mi propia cara desencajada, mi mirada febril. Claro que era yo. Lucas Pefaure. Cuarenta años, guía de turismo, viudo, padre de la chica más linda y adorable del universo, amigo del mejor tipo del mundo, nacido y criado en Bariloche, el lugar más lindo del planeta. Leo con ascendiente en Escorpio. Mono en el horóscopo chino. ¿Qué otra pelotudez podía agregar para que esta pesadilla de mierda me dejara en paz?

—La autoconmiseración no te acerca a la comprensión. Mucho menos a la redención.

Vaya novedad. Miguel y sus obviedades. Hacía más de quinientos años humanos que él mismo me había expulsado, cumpliendo la sentencia dictada por el jurado presidido por el propio Gabriel. Todo por culpa de ese maldito alquimista que enloqueciera de dolor al enviudar. El imbécil no había tenido mejor idea que invocar a un demonio para que resucitara a su esposa. Claro, uno de nuestros principales colaboradores se pasaba de bando, se volcaba a la magia negra, revelaba tantos de nuestros secretos a cambio de que le devolvieran a su mujercita viva. Y yo tenía que salvarlo y ayudarlo a comprender su error. Evitar que el demonio se comiera su alma y lo mandara a hacer gárgaras, traicionándolo como traicionan todos los demonios desde que se inauguró el infierno. Al fin y al cabo, a mí no se me había pasado por la cabeza empezar con el vudú y el espiritismo cuando perdí a Nayla, y eso que…

Mis piernas cedieron y volví a caer de rodillas, apretándome la cabeza como si con eso pudiera despertarme o entender qué mierda me estaba pasando. ¿Miguel? ¿Quinientos años? ¿Alquimista? *¿¡Qué mierda!?*

—Quiero darte una oportunidad, Raziel. Una oportunidad de entender. Una oportunidad de cambiar. Voy a darte la llave que te puede permitir volver a tu único y verdadero hogar. Pero si la echas a perder, ya no habrá camino a tus espaldas.

Las lágrimas llenaron mis ojos y brotaron incontenibles. Jamás alcanzarían para llenar el vacío del exilio, el dolor de haber caído. El recuerdo de esa voz era como una garra helada destrozándome el pecho. Su cara serena, sus ojos llenos de amor y tristeza. Había creído que venía a buscarme, a decirme que por fin podía volver.

Pero no. Sus palabras sólo podían significar que cualquier cosa que estuviera por hacer sólo me alejaría más de mi centro, del lugar al que pertenecía, del origen y razón de mi existencia. Entonces se inclinó sobre mí y apoyó su mano en mi cabeza gacha, agobiada. Aún tanto tiempo después, evocar ese contacto envió oleadas de gratitud y desconsuelo simultáneos por todo mi ser.

—*Esta oportunidad que te traigo es en realidad cierta clase de privilegio* —había dicho, sin aclarar en lo más mínimo mi confusión —. *Vas a tener la posibilidad única de experimentar lo que ninguno de tus hermanos. Durante los breves años de una vida humana, vas a ser un hombre.*

Me erguí lentamente, todavía sacudido por uno que otro escalofrío. Enfrenté el espejo una vez más, mi palidez, el rastro de las lágrimas en mis mejillas, los dientes apretados, el ceño fruncido. La voz de Miguel seguía resonando en mi memoria desde ese recuerdo de sesenta años atrás en un callejón sucio de París durante la ocupación nazi.

—*Vas a moldear tu cuerpo en carne y sangre. Vas a nacer de una mujer, vas a ser hijo y hermano. Vas a conocer todo lo que significa ser uno de estos hijos de Dios que nunca llegaste a comprender lo suficiente como para amarlos. Y cuando tu cuerpo físico muera, volveremos a encontrarnos.*

Miré mis ojos grises que habían sido tan claros como el hielo. Mi pelo rubio, ya no largo y lacio, casi blanco, sino corto como me gustaba usarlo desde la secundaria. Abrí y flexioné mi mano derecha. La que había empuñado una espada de luz en mi eterno batallar contra los demonios. La misma que recordaba la piel cálida de mi madre y el apretón firme y áspero de mi padre. Que había golpeado a algún borracho peleador y sostenía el micrófono cuando guiaba una excursión. La que había acariciado a Majo y se había enredado en el pelo oscuro de Nayla. La que había estrechado la mano de mi señor Miguel a los pies del Trono y la de mi amigo Mauro durante los últimos diez años.

Por fin me reconocí a mí mismo.

Era Raziel, exorcista de la tribu de Miguel.
Era Lucas Pefaure.
Era los dos.

Y era uno.

Reservas

- 1 -

El regreso no fue nada fácil. Lucía logró alejarse vacilante de la casa de los Quireipan doscientos o trescientos metros, lo bastante para tener señal en el teléfono y llamar un remís. En el estado en que estaba, no tenía otra alternativa para volver a su casa.

Se sentó sobre una casilla de luz y cerró los ojos con una inspiración temblorosa. Evitó volver a mirar su mano derecha. Sentirla era suficiente. La Cruz había rechazado el veneno, pero la carne de la palma estaba oscura e inflamada. Pulsaba, picaba, dolía todo el tiempo. El brazo izquierdo estaba completamente entumecido. Se las había ingeniado para ajustarse un torniquete con su propio cinturón por debajo del hombro y había detenido un poco la hemorragia. Y también la circulación de todo el brazo. Las puntas de los dedos le habían hormigueado al principio, después ya ni eso. Había conseguido sacar el brazo de la campera para mantenerlo cubierto y disimular un poco la sangre por si se cruzaba con alguien. Como todo adicto irreversible a la nicotina, encontró la forma de fumar mientras esperaba el auto, que se tomó su media hora para llegar.

Apenas se subió, se derrumbó en el asiento trasero y murmuró su dirección. Sabía que el conductor la observaba por el retrovisor y sacaba sus conclusiones obvias y erróneas: violencia doméstica, huida a casa de un pariente, no era la primera vez. Como si le importara.

Se sintió profundamente agradecida al encontrar a Ariel dormido. Se encerró en el baño y abrió la ducha para disimular sus gemidos ahogados mientras se desvestía. Tomó dos calmantes, rezando para que hicieran efecto pronto. No tenía fuerzas para mantenerse parada, y se sentó bajo la lluvia tibia hasta que se terminó el agua caliente. Consiguió volver a ponerse de pie y llegar a su pieza, y le costó mantener los ojos abiertos lo suficiente para

curarse y vendarse. Apenas alcanzó a taparse antes de desmayarse más que dormirse.

- 2 -

El mail los tomó por sorpresa dos días después, a última hora del sábado. Lucía advirtió la expresión incrédula de Mauro, y antes de que pudiera preguntar nada lo vio pararse de un salto, los brazos en alto como si gritara un gol. Giró hacia ella eufórico y se detuvo justo a tiempo antes de agarrarla por ambos brazos y sacudirla de pura alegría.

Intrigada, Lucía rodeó ambos escritorios y leyó el mail. Alzó la vista con miedo de haber entendido mal, pero la alegría de Mauro no dejaba lugar a dudas. Saltó hacia él y le echó al cuello su brazo sano. Él la abrazó por la cintura y giró con ella, los dos riendo.

Los pasajeros del grupo de Tango habían quedado "excepcionalmente satisfechos" con los servicios, por lo que la empresa les comunicaba que los habían elegido como su receptivo oficial para Bariloche y la Región de los Lagos. También querían consultarlos sobre la posibilidad de organizar un fam tour para que sus vendedores top conocieran el producto y estuvieran en mejores condiciones de ofrecerlo. La fecha sugerida era una semana durante la segunda quincena de octubre.

—¡Eso es en veinte días! —jadeó Mauro cuando releyeron juntos el mail.

—Tranquilo, estamos bien de tiempo. Mañana mismo nos ponemos a organizarlo.

—OK, así ya… ¿Mañana? ¿Y el asado en casa?

Lucía volvió a reír al ver su cara de desencanto.

—¡Tecnología, Romeo! ¿Para qué vivimos en el siglo XXI? Podemos hacerlo después de comer, desde tu casa. —Le revolvió el pelo divertida—. Tranquilo. Yo me encargo mientras vos atendés a las visitas.

El picaporte de la puerta del local reclamó la atención de los dos. No importaba que tuvieran un cartel que decía "cerrado" en cinco idiomas. Siempre había gente que parecía disfrutar ignorándolo y trataba de entrar igual a preguntar cualquier pavada. Lucía se adelantó hacia el local, lista para mandar de paseo a quien

fuera, y se detuvo a mitad de camino. Lucas hablaba por teléfono con una mano en el picaporte. Ella dio media vuelta y señaló hacia atrás.

—Te buscan —le dijo a Mauro en un tono que no precisaba traducción.

Mauro asintió sonriendo y fue a abrirle a su amigo. Un momento después estaban los dos en la oficina. Lucía les daba la espalda, aunque era evidente que eso no le facilitaba la tarea de apagar su computadora.

Lucas se tragó una sonrisa. Su rechazo hacia ella había desaparecido desde que la viera sobrevivir al demonio a orillas del Gutiérrez, pero sabía que no tenía sentido empezar a ser simpático con ella de un día para el otro sin ninguna razón aparente.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntaba Mauro.

En el Brazo Tristeza, para tratar de poner en orden mis recuerdos de los últimos mil quinientos años. Se encogió de hombros. —Tenía que arreglar unas cosas en casa. —Aunque incluso esa pequeña mentira parecía quemarle la garganta, recordar quién era en realidad no le había hecho olvidar sus cuarenta años como humano—. ¿Vamos? Estoy mal estacionado.

Mauro vio que a Lucía le costaba ponerse la campera y la ayudó mientras le contestaba. Pero Lucas no lo escuchó, su atención atraída por los movimientos lentos y cuidadosos de Lucía, y la mueca de dolor que se apresuró a ocultar.

Era natural que estuviera dolorida. Lo sorprendente era verla sobre sus pies, trabajando y en condiciones de hacer como si no le hubiera pasado nada grave. Lucas recordaba perfectamente las tres heridas paralelas, lacerantes, de las garras del perro infernal en su brazo cubierto de sangre. Advirtió la venda que envolvía la palma de su mano derecha, donde el demonio la mordiera. No había rastros de tumefacción, sólo un poco de inflamación. ¿Cómo se había salvado del veneno? ¿Era otro de los atributos del talismán que usaba? Seguía convencido de que Lucía ignoraba el verdadero poder de ese objeto, pero reconocía que entre todos los cazadores que alguna vez conociera, ella se contaba entre los más fuertes y más hábiles. Tuvo un sobresalto fugaz al encontrar sus ojos hostiles y desvió la vista. De pronto se preguntaba cuántas veces la habría visto sin siquiera imaginar lo débil o lastimada que ella estaba en

realidad.

—Hasta mañana —la oyó decir, y la inflexión cálida en su acento le indicó que le hablaba a Mauro, no a él.

Lucía pasó junto a Lucas sin siquiera saludarlo y salió de la agencia. Un viento frío recorría las calles. Se cerró la bufanda y apuró el paso. Esa noche todos los diablos del inframundo podían organizar un desfile por la ciudad y ella no movería un dedo para evitarlo. Básicamente porque hacía tres días que no podía mover ninguno de sus dedos sin medio kilo de calmantes de por medio.

***Fam Tour: "tour de familiarización" - tour que se ofrece a agentes de viajes para que conozcan un producto antes de venderlo.*

- 3 -

El olor a fruta recién cortada perfumaba toda la casa. Ariel entró arrastrando los pies, más dormido que despierto, y se acercó a Lucía en la cocina.

—Hola, hijo. No te esperaba tan temprano.

—Papá quería ir al súper antes de que se llenara y me levantó al alba —murmuró él con voz pastosa, le besó la mejilla y le robó media manzana—. ¿A qué hora tenemos que estar en lo de Mauro?

—Estamos bien de tiempo. Podés darte una ducha para despabilarte, si querés.

—Mejor me tiro un rato. Despertame para irnos.

Lucía meneó la cabeza oyéndolo arrastrar los pies hacia su pieza. Seguro que se había quedado jugando toda la noche. Era una batalla perdida, pero no podía dejar de enojarse porque su ex fuera tan blando a la hora de poner límites. Tenía que recordarse una y otra vez que la gente común no se había criado como ella, en el seno de un matriarcado de guerreras, donde la disciplina era más rígida que un cuartel. Igual le daba bronca.

Cuando la ensalada de frutas estuvo lista y bien guardada, se asomó a la pieza de Ariel. Lo encontró leyendo un cómic, bien despierto y con un cartel luminoso que anunciaba su mal humor. La miró de costado sin bajar la revista.

—Fuiste a la casa del Gutiérrez —dijo, enojado.

Su afirmación la tomó por sorpresa y asintió.

—Y el perro resultó más duro de lo que esperabas, ¿no? —Vio que estaba por responder y la silenció con un gesto—. El botiquín abierto y las vendas con sangre en la basura del baño. Tenés la mano vendada. ¿Dónde más te lastimó?

—Estoy bien, Ariel —aseguró Lucía con suavidad—. Sabés que no tenés que preocuparte por mí.

El chico se sentó en la cama con brusquedad. —Lo decís como si lo hiciera a propósito. Ya sé que estás entrenada y que no lo hacés por obligación, pero… ¡mierda! ¡No puedo evitarlo!

Lucía cruzó la habitación en dos pasos y se acuclilló frente a él.

Su mano vendada subió a acariciarle la mejilla y apartarle el flequillo de los ojos. Su sonrisa estaba llena de ternura y gratitud. Hubiera querido decirle algo, pero sabía que si despegaba los labios, la emoción la iba a ganar e iba a terminar llorando. Y eso sólo empeoraría las cosas. Ariel volvió a gruñir, tratando de hurtar la cara a su caricia.

Mauro los recibió con una sonrisa radiante, besó la mejilla de Lucía y chocó puños con Ariel.

—¡Hola, pasen! Ariel, Andrés te está esperando afuera.

Lucía y él se quedaron viendo cómo Ariel cruzaba la casa corriendo hacia el jardín y oyeron a los dos chicos saludándose.

—Voy a guardar la ensalada de frutas en la heladera —dijo ella.

—Yo vuelvo a la parrilla, que dejé a Majo cuidando el fuego.

Lucía rió por lo bajo y se dirigió a la cocina. Era bueno cambiar la rutina, una excusa para comer todos juntos, disfrutar un rato al aire libre y dejar pasar el tiempo entre amigos, sin mirar tanto el reloj. Un momento de relax que venía necesitando hacía bastante. A pesar de todo, su sonrisa no pasó más allá del umbral de la cocina. Lucas cortaba ensalada en la mesada. *Disfrutar un domingo entre amigos. Me había olvidado de este pequeño detalle.*

Aprovechando que Lucas estaba de espaldas, fue hasta la heladera tras él y abrió la puerta para que la ocultara mientras guardaba el postre.

Él la oyó y miró por sobre su hombro, sin ver más que sus piernas. —Nena, pasame más lechuga que con esto no va a alcanzar —dijo, creyendo que era su hija.

El gruñido que le llegó desde la heladera lo hizo girar. Lucía puso la lechuga en su mano con bastante más fuerza que la necesaria, enfrentándolo con una mirada furibunda.

—No me llamo nena —gruñó—. Y las cosas se piden por favor.

Dio media vuelta y se fue. Lucas se la quedó mirando, todavía sorprendido. Un momento después sonrió, meneó la cabeza y siguió cortando la ensalada. No le resultó raro que cuando llegó la hora de comer, Lucía esperara a ver dónde se sentaba él para ocupar el asiento más alejado.

- 4 -

Un par de horas después Ariel y Andrés decidieron bajar al lago, y Lucas se ofreció a llevarlos esas diez cuadras. Majo y Mauro habían levantado la mesa y ahora lavaban juntos los platos. Lucía salió al jardín y se sentó con su computadora y su celular a la sombra de un maitén. Esperó a que se iniciara con la vista perdida en los cerros cercanos, el cielo de un azul brillante y sin nubes, el sol que empezaba a acercar un poco de calor. Había sido un invierno duro, frío, largo. Era bueno que la primavera prometiera un buen verano.

Hizo un esfuerzo por concentrarse en su trabajo. Tango iba a mandar doce vendedores. Así que necesitaban transfer in-out del aeropuerto, siete noches en un cuatro estrellas. Cuatro excursiones terrestres, una lacustre. Pensó un momento. Circuito Chico con caminata, combinada con Catedral. Tronador, San Martín, Isla Victoria. Sí, eso iba bien. Reservas en diferentes restaurantes para que conocieran la parte gastronómica. Dos días para visitar hoteles de tres a cinco estrellas. Bien. Y si se olvidaba de algo, confiaba que Mauro se daría cuenta. Lo primero era el alojamiento.

Lucas volvió de llevar a los chicos al lago. En un arranque de malicia, Mauro le pidió que le alcanzara el café a Lucía, mientras él y Majo seguían en la cocina, a esa altura demorándose en secar y guardar absolutamente todo lo que encontraban. Lucas aceptó sonriendo. Sabía que su amigo estaba perdido por su hija y no tenía ningún problema. Si le iban a robar a su princesita, prefería que fuera alguien que él conocía y quería, como Mauro. Y Majo parecía coincidir con él, aunque por su forma de ser jamás iba a tomar la iniciativa. Así que estaba tranquilo, sabiendo que el asunto iba a seguir en veremos por un buen rato.

Vio a Lucía trabajando muy concentrada en la computadora, el celular sostenido entre la oreja y el hombro, hablando en voz baja. Cruzó por el medio del jardín sin apuro, para que lo viera venir. Ella tenía la excusa perfecta para ignorarlo y siguió con los ojos clavados en la computadora. Le dejó la taza en el pasto, al alcance

de la mano, y fue a estirarse al sol en una reposera a pocos pasos, sin decir una palabra.

—Gracias —murmuró Lucía sin mirarlo, tipeando a toda velocidad mientras hablaba por teléfono—. Sí, de Alerces Turismo. Es por una consulta de disponibilidad… Gracias.

En menos de media hora terminó de organizar todo. Recién entonces se permitió descansar la espalda contra el tronco del árbol tras ella y fumar un cigarrillo tranquila. Lucas parecía dormido, los ojos cerrados, las facciones distendidas, completamente inmóvil. Había olvidado que lo tenía tan cerca y resultaba una sensación rara, que su proximidad no la hiciera sentir incómoda como de costumbre. En ese momento Majo y Mauro se dignaron a reaparecer y fueron a sentarse con ella a la sombra.

Se demoraron hablando de cosas sin importancia, y mientras Lucía y Mauro repasaban juntos el programa para el fam tour, Majo volvió a entrar para hacer mate. Mauro aprobó el plan y señaló con la cabeza a Lucas, que seguía dormitando en la reposera. Lucía hizo una mueca y asintió, resoplando. Sí, Lucas era el más indicado para guiar esas excursiones.

—Pero no puede ir solo —terció Mauro en voz baja—. Van a hacer preguntas específicas sobre ventas y él no podría contestarlas bien.

—Lucía tendría que acompañarme. Habla mejor inglés que vos.

Los dos se volvieron hacia Lucas, que había hablado con suavidad, sin moverse ni abrir los ojos. Distraídos por su comentario, no se pararon a preguntarse cómo los había escuchado. Y era una suerte. Tenía que aprender a fijarse más en esos detalles. Todos sus sentidos humanos se habían agudizado de forma extraordinaria desde que despertara, y sabía que no estaba actuando del todo como antes. Era lógico, pero tenía que tener cuidado hasta que lograra equilibrar todo.

Mauro aguantó la risa al ver la expresión de su socia. Lucía respiró hondo y al fin se encogió de hombros. Lucas había dicho la verdad. Así que iba a pasar una semana entera con él de sol a sol, obligada a estar todo el tiempo del mejor humor. Se preguntó si en su vida anterior había sido un asesino serial o algo así, para tener que pagar semejante karma.

Majo trajo el mate y se sentó en el pasto entre Mauro y Lucas,

que se desperezó y se acomodó para participar de la charla y la ronda.

Esa noche, ya en su casa, Lucía tuvo que reconocer que había sido un día agradable y que la presencia de Lucas no había amenazado con arruinarlo en ningún momento.

Mejor, pensó, desinfectándose el brazo izquierdo. *Después del fam tour puedo volver a detestarlo tranquila.* Se paró frente al espejo para estudiar las tres heridas paralelas. Estaban cicatrizando bien, pero iban a necesitar un par de semanas más para cerrar del todo.

II - Las Palabras del Deseo

La Aceptación del Deseo

- 1 -

Había poca gente en la calle para ser un viernes. Terminada la temporada de invierno, la ciudad volvía a quedar sólo para nosotros por un par de meses. Algunos grupos de estudiantes, jubilados, nada notorio. Majo me esperaba en El Dutch como prometiera, y para sorpresa de Gabriel, me fui con ella a una mesa abajo en vez de quedarme en la barra como solía.

Aunque todavía no había llegado el fam tour, Tango ya nos estaba mandando cuatro o cinco reservas por semana para el verano, y nos habían dicho que esperaban triplicar ese promedio en los próximos dos meses. Sumado a las cuentas que ya teníamos, era obvio que Mauro y yo no íbamos a poder solos con todo, y se me había ocurrido que a la hora de contratar a alguien para que nos diera una mano, Majo era una excelente opción. Estaba a mitad de su carrera de Administración de Empresas, era responsable, de trato agradable. Íbamos a necesitar un período de adaptación para que Mauro aprendiera a no estar en las nubes, teniéndola cerca todos los días, pero yo confiaba en que iba a ser una cuestión de costumbre. Por lo pronto, había decidido empezar hablando con ella antes de comunicarle nada a mi socio.

—La idea es que nos des una mano más que nada con la parte administrativa. Y si te alcanza el tiempo, que te encargues de un par de cuentas chicas, que mandan pocas reservas y a las perdidas. Así Mauro podría dedicarse de lleno a las reservas de Tango, y yo sólo a operaciones —expliqué—. ¿Qué horario tenés de clases?

—Voy tres días por semana a la tarde. Me queda un mes y algo de este cuatrimestre, y el año que viene me puedo anotar a la noche, para estar libre hasta las cinco o seis de la tarde. Si a ustedes les sirve que trabaje de corrido…

—Claro que sirve. Hasta diciembre vamos a estar tranquilos y no hay problema con que trabajes medio día. Así no descuidás los

estudios justo cuando se te vienen los finales. Y cuando termines con los exámenes, podés empezar jornada completa. Con respecto al sueldo…

—Ay, no, Lu, no hace falta que hablemos de plata.

—Claro que hace falta. Esto no es una caridad y nos tiene que servir a todos.

Majo se puso colorada con una de sus sonrisas adorables. Eran los momentos en los que entendía que Mauro estuviera tan enamorado de ella. Esa chica era la personificación de la dulzura.

—¿Mauro y papá saben que me ibas a ofrecer trabajo? —preguntó al rato.

—A Mauro mejor darle la sorpresa cinco minutos antes de que empieces. Prefiero tenerlo infartado un rato que un mes en las nubes.

Reímos juntas. Ella aceptaba los sentimientos de Mauro, y también lo que ella sentía por él. Eran algo raro en estos días en los que "compromiso" se convirtió en mala palabra. Ninguno de los dos se apuraba porque sabían que no iba a ser un asunto de una noche.

—Yo le cuento a papá —dijo—. Se va a poner contento. Quería que estudiara para guía, como él. Nunca me dijo nada, pero sé que mi elección lo frustró un poco. Así que se va a alegrar de que trabaje en turismo. Va a ser algo más que podemos compartir.

Asentí cuidándome de poner cara de nada. —¿Entonces? ¿Cuándo querés empezar?

—¿A qué hora abren mañana?

Volvimos a reír.

—Tomate una semana para acomodar bien tus horarios y arrancamos el otro lunes. Así yo tengo tiempo de contratar un buen servicio de emergencias que incluya unidad coronaria.

—¡Lu! ¡No seas mala!

—¿Yo? Sólo trato de ser realista.

—¡LU-CI-A!

Alzamos juntas la cabeza y vimos a dos mujeres que me saludaban alegremente desde la puerta. Inés y Eugenia, dos guías amigas que se apresuraron a acercarse. Conocían a Majo, así que se sentaron con nosotras sin más ceremonia. La charla laboral quedó de lado y nos perdimos en el típico chismorreo de mujeres que trabajan en el mismo ambiente. Para mí era un recreo, uno de esos

raros momentos en que podía jugar a ser una persona normal, sin media vida oculta a cal y canto.

De pronto Eugenia nos impuso silencio para decir: —¡A que no saben quién volvió! —Esperó a que demostráramos curiosidad—. ¡Julián!

—¿Julián Avañe? —exclamó Inés.

—¿Se mudaron de vuelta a Bariloche? —pregunté.

—Se *mudó*. Él solo. Se separó hace un mes.

La noticia nos mandó de cabeza a una nueva ronda de chismorreo y risitas. Julián Avañe había sido un guía muy popular hasta que se casara y se fuera a vivir a Buenos Aires. Yo lo había conocido hacía mucho, incluso antes de entrar al mundillo del turismo. Habíamos perdido contacto cuando se fuera, efecto colateral no tanto de la distancia, sino de los celos de su mujer.

—¿Así que la bruja terminó dejándolo?

—Vos fijate. Después de que él colgó todo por ella.

—Dios da pan…

—Realmente. Pero dicen que va a volver a guiar.

—Así que va a estar de nuevo en circulación.

—Hasta que me lo encuentre.

—Si no lo encuentro yo primero.

—Hoy se juntaba con Mauro y mi papá. Seguro más tarde vienen.

Las tres giramos sorprendidas hacia Majo, que había soltado semejante bomba con toda naturalidad.

—¡Y yo ni pasé por mi casa a cambiarme!

—¡Lucas Pefaure y Julián Avañe juntos! ¡A eso llamo una buena noche!

—Me voy a buscar otro trago.

- 2 -

Me abrí paso entre la gente hacia la barra. La perspectiva de volver a ver a Julián me ponía contenta. Y un poco nerviosa. Nuestra última conversación había resultado… bastante personal. *Hace cinco años que no nos vemos,* me repetí. *Hay que tomárselo con calma.* Le pedí a Gabriel un licor de melón con energizante. De pronto sentía la urgente necesidad de estar bien despierta.

—Hola, tanto tiempo.

Miré a mi izquierda y encontré una cara familiar y atractiva que me costó un momento reconocer. Le sonreí.

—Hola… Blas, ¿no?

Él sonrió también, asintiendo. —Hacía rato que no te veía por acá.

Me encogí de hombros. —Trabajo.

—¿Todo bien?

Me pareció detectar un eco de ironía en su pregunta y lo atribuí a mi imaginación. No tenía ningún motivo para ser irónico. Gabriel me alcanzó mi trago y Blas alzó su vaso para brindar conmigo.

—Sí, ¿y vos? ¿Todo en orden? —respondí.

—Sobre ruedas.

Otra vez ese eco irónico. Debía ser su forma de hablar. Todavía medio perdida en la noticia del regreso de Julián, amagué a apartarme de la barra. Blas me convidó un cigarrillo. Encontré sus ojos brillantes y su media sonrisa. Todo en él era una invitación. Abajo, las chicas seguían charlando. La carne es débil. Me detuve.

—Gracias —murmuré mientras él me daba fuego.

Nos quedamos hablando de lo que pueden hablar dos desconocidos en un bar: nada importante. Blas se inclinaba para hablarme casi al oído con la excusa perfecta de la música fuerte. Nos quedamos frente a frente junto a la barra, un paso más cerca de lo necesario. Esa noche me pareció mucho más atractivo que la primera vez que lo viera, y nada en él me resultó sospechoso como aquella noche. La perspectiva de volver a ver a Julián debía tener mucho que ver con mi actitud, pero en ese momento no estaba para

análisis objetivos. Tal vez mi miedo a ese reencuentro acallaba cualquier desconfianza instintiva. Cualquier excusa que me ahorrara ese momento era bienvenida.

Hasta que Blas alzó la vista para mirar a alguien detrás de mí y su sonrisa se desvaneció.

—Permiso.

Reconocí el perfume antes que la voz. Un solo hombre en todo Bariloche podía oler también en ese ambiente cerrado y cargado de humo. Giré sorprendida hacia Lucas y vi que su mirada se demoraba en Blas, con algo territorial que me dio por el hígado. Antes de que pudiera decirle nada, él me sonrió y señaló hacia las mesas de abajo.

—Ahí hay alguien que quiere saludarte —dijo, y se volvió hacia la barra para pedir bebida.

Blas alzó las cejas sonriendo. Había retrocedido el paso de más.

—Tus amigos te reclaman —dijo, y aunque hubiera sido el momento perfecto para ser irónico, su acento era llano—. Nos vemos.

Sin darme tiempo a responder, dio media vuelta y se alejó hacia el otro extremo de la barra. Volví a enfrentar a Lucas para mandarlo al diablo, pero me daba la espalda. Así que seguí de largo hacia la escalera mientras pensaba cómo vengarme. Lo único que me faltaba, que Lucas me espantara candidatos. Realmente.

Mauro y Julián ya se habían instalado en nuestra mesa. Mi socio contra la pared, al lado de Majo. El recién llegado frente a ellos, en medio de mis dos amigas. Se paró cuando me acerqué, y antes de que pudiera poner en práctica el saludo casual que tenía planeado, se me plantó delante y me abrazó riendo.

Sentí una oleada de emoción y le rodeé la cintura con mi brazo sano, porque el izquierdo todavía dolía un poco. Nos reímos juntos, nos palmeamos la espalda, lo dejé revolverme el pelo. Hacía mucho que nadie me abrazaba así.

Me sentó junto a él y siguió charlando con los demás como si nada. Soporté las miradas asesinas de mis amigas cuando la mano de Julián cubrió la mía sobre mi propia rodilla. Otra oleada de emoción me hizo estremecer. Volvió Lucas con cerveza para todos y la charla se hizo general. Mis amigas ya tenían con qué entretenerse y Lucas se dejaba asediar con gusto, por supuesto. Tipo vanidoso.

Julián presionó mi mano, reclamando mi atención.

—Disculpá que no te llamé en cuanto llegué. —Lo enfrenté sorprendida y él sonrió—. Vos y yo nos debemos una charla.

Atiné a asentir sintiendo que se me aceleraba el pulso. Todo estaba sucediendo demasiado rápido. Se suponía que iba a ser una noche tranquila de viernes, tomar algo con amigas, irme a casa sola. Y de la nada aparecía Julián, y con un abrazo y una sonrisa desenterraba sensaciones que yo creía haber dejado atrás hacía mucho.

—Voy al baño.

Me dejó pasar pero me detuvo antes de que pudiera alejarme un paso. Sus labios rozaron mi piel cuando me habló al oído, provocándome otro escalofrío.

—No tardes.

- 3 -

Me mezclé entre la gente sintiendo que el corazón me latía como un tambor. Me encerré en el baño y enfrenté el espejo respirando hondo, pero la expresión que encontré en mi cara me indicó que por más que intentara serenarme, estaba peleando una batalla perdida. Me saqué los anteojos, me alisé la ropa, me acomodé el pelo. Hubiera dado cualquier cosa por una ventanita que me permitiera escaparme por los techos. De pronto me sentía atrapada en un remolino de emociones e imágenes del pasado, perdida en un laberinto engañoso de callejones sin salida. Y tenía un miedo atroz de volver a enfrentarme con todo eso. Ese pasado del que Julián había sido parte, aunque no protagonista.

Respiré hondo, abrí la puerta y salí. Decidí no volver a la mesa enseguida. Le hice señas a Gabriel y esperé mi trago prendiendo un cigarrillo. El pasillo era un mundo de gente apretada contra la barra, que me ocultaba a la perfección de nuestra mesa. Sentí un ligero alivio. Como si no supiera que ningún escondite es tan perfecto como parece.

—¿Todavía melón con energizante?

Giré para enfrentar a Julián, que esperaba el vuelto de su cerveza. Mi instinto infalible me había llevado a pararme exactamente al lado de él. Señalé su vaso sonriendo.

—Artesanal de frambuesa. Vos tampoco cambiaste tus gustos.

—En absoluto.

Me maldije por mi desafortunada elección de palabras. Julián volvía a mirarme a los ojos. Me caí en esa mirada oscura y brillante. Se inclinó hacia mí sin dejar de sonreír y en el último segundo se desvió el milímetro indispensable para besarme la mejilla en vez de la boca. Y ahí iba mi pulso de nuevo. Me habló con su cara muy cerca de la mía, su aliento acariciándome la piel.

—Creo que esta noche te voy a secuestrar.

Tardé un momento en darme cuenta de que me había quedado mirándolo boquiabierta. Él soltó una risita y deslizó un dedo por mi nariz. Sus ojos parecieron pedirme permiso antes de besarme. Me

prohibí cuestionar nada cuando me sujetó la cara con suavidad. Su otra mano descansó en mi cintura, me apreté contra él. Mis dedos subieron a enredarse en su pelo mientras yo me perdía en la inesperada calidez de sus labios.

—Hacía años que quería hacer esto —susurró.

—Yo también —reconocí.

Entrelazó sus dedos con los míos y volvió a besarme. Sí, nos habíamos deseado desde la primera vez que nos vimos. Era la pura verdad. Y con el tercer beso, ese deseo empezó a reclamar atención. Detuve su mano cuando quiso resbalar de mi cintura.

—Siempre tan recatada —rió por lo bajo.

—Sólo en público.

—Entendido. Después no me vengas con excusas.

—Ya me conocés. Siempre puedo encontrar alguna.

—Hoy no te voy a dejar.

Yo había puesto mi mente en piloto automático hasta nuevo aviso. Me apoyé en su pecho con un suspiro cuando me abrazó, contenta con dejarme envolver por su calor y sentir sus labios rozándome el pelo.

—Siempre fuiste mi cuenta pendiente —murmuró.

Alcé la vista sin ocultar que sus palabras me intrigaban. Encontré su sonrisa vaga, sus ojos entornados. Se encogió de hombros.

—¿Te acordás cuando nos conocimos?

Asentí frunciendo el ceño. Estábamos entrando en terreno escabroso para mí.

—No me vas a decir que ya en esa época no te diste cuenta que me gustabas —agregó, en un tono que no admitía negativas.

Sonreí de costado. Tenía miedo de hablar. Tenía miedo de adónde pudiera llevarnos esa conversación. Mantenía todo lo referente a esa época de mi vida cerrado bajo siete llaves y no quería arriesgarme a abrir siquiera una. No podía asomarme a esos recuerdos. Todavía no. El precio iba a ser más dolor del que me creía capaz de manejar.

—Pero vos siempre fuiste tan legal —lo oí decir, y temblé por dentro—. Por eso tardé en animarme a decir algo. Estabas tan enamorada de…

Le cerré la boca con un beso para que no pronunciara ese

nombre. Pero lo había dejado hablar demasiado. En mi interior, las siete llaves habían crujido, intentando abrirse. En algún lugar de mi pecho se insinuó el abismo negro de dolor que tanto me había costado remontar. Un eco de angustia me cerró la garganta y sentí las lágrimas presionando contra mis ojos cerrados. Abracé a Julián y hundí la cara en el hueco de su cuello. Él me apretó contra su cuerpo. No me importaba que me malinterpretara. No me animaba a moverme, abrir los ojos, articular palabra. No hasta que estuviera segura de poder controlarme.

—Vamos —me dijo al oído—. A los demás no les va a importar que nos escapemos.

Me sentí mal. No quería engañarlo. Hice un esfuerzo por mantener la calma y lo enfrenté meneando la cabeza.

—No, Julián, mejor…

—Mejor nada —me interrumpió con suavidad—. ¿Pensás que me creo tan importante? Pero soy egoísta, Lucía. Esperé mucho este momento y no me interesa qué es lo que te empuja a estar conmigo. Si cuanto puedo hacer es consolarte, dejame hacerlo.

Volví a quedarme boquiabierta. Él soltó otra risita y me acarició la cara. La sorpresa que me provocó su respuesta pareció tirar una tonelada de tierra sobre el abismo y sus siete llaves. Me arrancó del miedo a volver a caer, a perderme en el dolor y el vacío de la ausencia. Una sonrisa tentativa se me trepó a la boca. Era una sensación agradable.

Julián sonrió también. Entonces pude verlo realmente. A él, ahí, esa noche. No su recuerdo enredado en eso otro. El hombre frente a mí. El que siempre me había gustado. El que me invitaba a irme con él. Se dejó besar y me enfrentó divertido. Apoyé un dedo contra sus labios cuando quiso hablar y puse mi mano en la suya.

—Vamos —dije.

El Dilema del Hombre Ausente

- 1 -

Resbalé por la tierra húmeda de rocío, sujetándome a algún que otro arbusto para no perder el equilibrio. Cuando mis pies tocaron la roca, me erguí y avancé hacia la orilla del lago. El sol asomaba tras el cerro Villegas allá en el este, bañando el Nahuel Huapi con su luz oblicua y cobriza que realzaba los azules y los verdes, descubriendo la tenue bruma que empezaba a levantarse del agua por la diferencia de temperatura. Me dejé caer sentada en la piedra fría, prendí un cigarrillo. La primera lágrima cayó antes de que pudiera darme cuenta.

—¿Ya te escapás? —había murmurado Julián un rato antes, sonriendo a través del sueño.

—Hoy me toca abrir la oficina y tengo que ir a casa a cambiarme.

Me había sujetado la mano y tironeado, tratando de retenerme. Lo había besado por última vez antes de irme. Pero nunca había llegado a casa. El chofer del remís me había mirado por el retrovisor a ver si estaba loca cuando lo hice detenerse sin previo aviso a cuatro kilómetros del centro, a pesar de haberlo llamado para ir hasta el kilómetro seis. Ni siquiera pude quedarme a esperar el vuelto. Me alejé con paso vacilante hacia el mirador, evité los bancos vacíos, encontré la bajada más por costumbre que otra cosa.

Sentada en la piedra que el sol todavía no tocaba, me cubrí la cara llorando con todas mis fuerzas, asustada de mis propias emociones y odiándome a mí misma por lo que estaba sintiendo.

Claro que había sido un error. Había creído que podría estar con Julián y mantener este reencuentro, tan esperado, separado de lo demás. Pero no. Por supuesto que no. Daba lo mismo que hubieran pasado siete años, dos siglos, cuatro días. Cualquier cosa que me

recordara esa época sólo servía para reabrir la herida. Habíamos puesto tanto cuidado en no decir su nombre, que había terminado siendo lo mismo que si lo gritáramos a todo pulmón.

Daniel.

El hombre que había amado más que a mi vida. El que había dejado ir. El que jamás podría recuperar. El científico loco que llenara mis horas de luz y risas. El que un buen día había sido seleccionado entre mil candidatos para ocupar una plaza en el mejor laboratorio de Francia. El que se había subido al avión con los ojos llenos de lágrimas tras mi última negativa a acompañarlo. Porque yo no podía dejar mi lugar. No podía poner a mi hijo de seis años en la alternativa de separarse de su madre o de su padre. No podía abandonar el puesto que me asignara mi familia.

Por más que lo intentaba, no conseguía calmar los sollozos que me sacudían. Me tapé la boca, me mordí los labios casi hasta hacerlos sangre. Me lavé la cara en el agua helada para tratar de contener mi llanto.

Cobarde, cobarde.

Una y mil veces cobarde.

- 2 -

Un rumor a mi izquierda me obligó a tratar de calmarme. Alguien salía de entre los arbustos hacia la playa. Me desentendí del ruido. Debía ser una de las tantas parejitas que buscan un poco de intimidad al amanecer. Pero no escuché pasos y volví a mirar. Una chica se había detenido a ponerse los zapatos. Estaba sola. Tal vez su acompañante se había demorado terminando de vestirse. Ella me vio y se acercó con paso inseguro. Supuse que todavía estaba un poco borracha. Llevaba un vestido negro muy corto, escotadísimo. Me puse los lentes de sol antes de que llegara a mi lado. Sabía que en su estado no iba a advertir mi cara congestionada.

—Disculpe, ¿me podría decir la hora?

Su vocecita temblaba como si estuviera a punto de quebrarse en llanto, y sus ojos estaban demasiado abiertos, las pupilas dilatadas. No olí alcohol en su aliento. Mientras le contestaba, advertí los moretones en sus brazos y en su cuello. Su amante la había agarrado con bastante más fuerza de la necesaria al parecer, y la había mordido con ganas. Ella notó la dirección de mi mirada y bajó la vista. Se puso pálida al ver las marcas. Con ese detallismo inconsciente típicamente femenino, advertí que le faltaba un aro. El restante colgaba de su oreja derecha. Grande y con detalles rojos, obra de algún artesano local. Quise preguntarle si estaba bien, si la podía ayudar, pero ella retrocedió y se apresuró hacia la subida. La observé trepar con torpeza, lista para correr hacia ella si se resbalaba. Pero llegó hasta arriba sin demasiada dificultad y la perdí de vista.

Volví a mirar los matorrales de los que había salido. Nadie más había aparecido por ahí. Me encogí de hombros mentalmente y prendí otro cigarrillo. No estaba de humor para andar preocupándome por cada pibe descarriado que me cruzaba. Aunque le agradecía que me hubiera distraído. Gracias a ella había podido superar mi acceso de llanto, y apartar de mi mente todo lo que me cayera encima al dejar el departamento de Julián.

Terminé el cigarrillo tratando de dominar una inquietud

inexplicable, lanzando miradas insistentes a los matorrales a mi izquierda. Mis ovarios se quejaban como si estuviera por entrar al cubil de un espíritu vengativo. Sabía que no me iba a quedar tranquila hasta que fuera a ver y constatara que no había nada fuera de lo normal. Me paré con un suspiro, enojada conmigo misma. Podría haber estado camino a casa, a darme una ducha antes de abrir la oficina, y seguía perdiendo tiempo ahí.

Aparté los matorrales con sigilo, espiando entre las ramas. Esperaba encontrar a cada paso un hombre dormido y medio desnudo, pero no hallé a nadie. De pronto me detuve con un escalofrío y me cubrí la nariz instintivamente. Ese olor era inconfundible: azufre.

Hacía mucho que había aprendido a soportar las emanaciones sulfúricas de los demonios sin descomponerme y era una suerte, porque el hedor era insoportable. Me guió directamente a la base de piedra del acantilado, al otro lado de los matorrales. Volví a detenerme con otro escalofrío, la vista clavada en mi macabro hallazgo.

Un paño rojo. Velas negras en cada extremo, a medio consumir. Un pentagrama invertido hecho con tierra yerma. Un copón de cobre labrado profusamente. Me acerqué con cautela, una mano dentro de mi mochila buscando la Cruz, que siempre llevaba conmigo. Me incliné para espiar dentro del copón. Sí, ahí estaban los elementos que faltaban para realizar el conjuro: el fondo de sangre, un papel chamuscado. Y un objeto brillante que reconocí de inmediato: el aro que le faltaba a la chica.

Eso no era un trabajito de curandera barata. Era un hechizo de magia negra. Se usaba para invocar a un demonio y obligarlo a conceder un deseo. Lo que me revolvió el estómago no fue el olor a azufre, señal inequívoca de que el hechizo había tenido éxito, sino la certeza de que esa chica de aspecto frágil e inocente era la que lo había conjurado.

Saqué la Cruz antes de agacharme junto al copón. Ese papel chamuscado debía tener el deseo que había pedido. Lo tomé con cuidado de no tocar nada más. Ahogué una exclamación al ver que era una foto. Se había quemado casi por completo, sólo quedaba intacto un ángulo de la imagen, pero bastó para darme una idea de lo que la chica había pedido. Porque lo que quedaba visible era la

parte superior de una cabeza. Un ojo, parte de la oreja, parte del pelo de un hombre joven. La observé largo rato, olvidada del mal olor y el tiempo que pasaba. Tenía la odiosa certeza de que conocía esa cara.

Pero no logré ubicarla y al fin alcé la vista frunciendo el ceño. Lo primero que noté fue el paso aplastado a pocos pasos del paño rojo. La imagen se presentó con desagradable claridad en mi mente. El demonio había respondido al conjuro, y como precio a conceder el deseo de la chica, le había exigido que se entregara a él. La forma alargada del pasto aplastado no dejaba lugar a demasiadas dudas: la había poseído ahí mismo. Así que había sido una criatura con forma humana. Eso significaba un demonio de nivel tres para arriba. Se me cerró la garganta de solo pensarlo. Una sola vez me había enfrentado a uno de ellos, durante unas vacaciones en casa de mi tía Elsa, en Bolivia. Seguía viva porque había contado con la ayuda de mamá, mi hermana mayor y mi tía. Y aun así, habíamos zafado por los pelos. Yo había aprendido mucho desde entonces, pero no sabía si quería arriesgarme a enfrentarlo sola y pagar mi soberbia con mi vida.

Mi celular me sobresaltó. Decididamente, era hora de cambiar mi ringtone de Shakira por algo que no me provocara un infarto en esas situaciones. Me sorprendió ver que era Mauro y atendí apretando con fuerza la Cruz, sin moverme de donde estaba, entre el conjuro y el lugar donde un demonio fuerte y peligroso acababa de darse un revolcón con una humana.

Las palabras atropelladas de Mauro fueron una avalancha de hielo por mi espalda. ¿Marcelo Benavidez? ¿¡Muerto!? Mis ojos saltaron como gatos asustados al resto de fotografía que todavía sostenía y sentí la gota de sudor frío que resbaló desde mi sien mientras Mauro seguía hablando. Un ataque al corazón mientras dormía. Hora y media atrás, más o menos. Lo velaban en la Cochería Bariloche. Se había armado una cadena para avisar a todos los amigos.

—Yo hago las salidas —lo interrumpí, saliendo de los matorrales hacia la subida más cercana—. Vos andá al velatorio y no me esperes.

Demasiado conmocionado por la noticia como para hacer preguntas, Mauro aceptó y cortó. Un momento después yo estaba de

vuelta en la ruta. No tenía demasiado tiempo. Si estaban haciendo una cadena de llamados, la chica se iba a enterar pronto. Y si mis suposiciones eran correctas, iba a volver adonde hiciera el hechizo.

- 3 -

Ni rastros de colectivos. Un taxi libre dobló la curva hacia mí. Raro, lo normal hubiera sido verlo pasar en dirección contraria, hacia el centro. Mi billetera se retorció de dolor cuando lo paré, pero no tenía alternativa. Mi abuela Nita siempre decía que todo el entorno tiende a ser solidario con una cazadora cuando tiene una misión importante. Y parecía que ése era el caso. Si no hubiera estado con Julián, si no hubiera sentido la urgencia súbita de bajarme del remís e ir a esa playa en particular, y ninguna otra de todas las que se abren entre el centro y mi casa, nunca habría descubierto el conjuro. Siguiendo ese razonamiento, la aparición providencial de este taxi confirmaba mi corazonada de que tenía que apurarme.

Le escribí a mi hermana Julia. Iba a necesitar toda la información que pudiera juntarme antes de enfrentar a ese demonio. Después llamé a Inés. Ya estaba enterada de la muerte de Marcelo porque Lucas acababa de llamarla. Resoplé al escuchar una excusa tan tonta. ¿Qué tenía de malo reconocer que todavía estaba con él cuando Mauro o alguien más lo había llamado para avisarle? La dejé hablar porque hacía rato que no veía a Marcelo y no tenía idea qué era de su vida. Tal vez Inés supiera algo que me pudiera dar un indicio.

Llegué a casa todavía hablando con ella, y estaba abriendo la puerta cuando mi amiga dijo las primeras palabras importantes de la conversación: Marcelo se había separado a principios de año. La había pasado mal. Estaba muy enamorado de su mujer y extrañaba como loco a su hijita de dos años. Hasta que conociera a una chica bastante menor que él.

—Dicen que tiene veinte, pero la verdad que yo los vi juntos y esa nena no parecía siquiera mayor de edad. Me acuerdo que era bonita, aunque nada fuera de lo común. Eso sí, usa unos vestiditos que no entiendo cómo se anima a salir a la calle.

Eso sonaba conocido.

—¿Todavía estaban juntos? —pregunté.

—No. Marcelo se reconcilió con su mujer el mes pasado. Se mudó de nuevo con ella y cortó con su noviecita. Pero parece que la nena no se tomó bien que la dejara. Por lo que sé, se la pasaba llamándolo y escribiéndole. Me contaron que la otra vez se le apareció en la agencia. Y hace cosa de una semana hasta le tocó el timbre en su casa, ¡y quería hablar con su mujer! Parece que fue un momento bastante desagradable, porque la chica no se quería ir y lloraba a gritos en la puerta. Casi tuvieron que llamar a la policía.

—Qué mal —murmuré, repasando lo que había dejado sobre la cama: la Cruz, la katana, un libro de rituales, una ampolla de agua bendita.

Tenía la sensación de que nada de eso iba a alcanzar. Alguien le habló a Inés en ese momento, diciendo que se tenían que ir. Sonreí al reconocer la voz de Lucas y le permití despedirse sin preguntas ni burlas incómodas. Cuando tuve todo guardado en un bolso, empezaron a llegar los mensajes de mi hermana. No me apuré a abrirlos. Podía leerlos de camino a la oficina. Llamé un remís. Si llegaba a derrotar a ese demonio, le iba a pasar factura de viáticos. Reí por lo bajo de mi propia ingenuidad. *Derrotarlo*… A último momento saqué mi wakizashi, la espada corta que acompaña a la katana samurai. Consagrada como estaba, tenía la doble utilidad de usarla como arma defensiva si la katana no alcanzaba, y formar una cruz con ambas hojas. No eran tan poderosas como la Cruz, pero igual servían.

Salí de casa tratando de apartar de mi cabeza la imagen de la chica en la playa. En un intento desesperado por recuperar a su amante, había cometido el peor error: buscar una solución mágica. Debía tener alguna bruja en la familia, porque ese conjuro no lo conocía mucha gente. Ni siquiera aparece en las revistas esotéricas, que a veces publican verdaderas aberraciones con tal de rellenar la columna de hechizos, poniendo magia negra al alcance de sus lectores para que consigan lo que buscan.

El mercado de la oscuridad se mueve con los tiempos. Los del inframundo siempre están interesados en ampliar la clientela. Son los grandes usureros del espíritu. Prenda esa velita roja y diga esa oración para encontrar un buen empleo. Sólo que el precio es alimentar a un demonio larvario, que se va a nutrir de tu energía vital hasta dejarte seco como una piedra. Esos son los intereses. La

famosa letra chica de un contrato jamás mencionado. Pero ahí va el flamante ejecutivo, muy contento. Atribuyendo su fatiga a la presión del nuevo puesto y pasándole la receta infalible a todos sus amigos. Mientras allá abajo se frotan las manos y sonríen.

- 4 -

En un pueblo chico, en un ambiente cerrado como el del turismo, las noticias corren como fuego con buen viento en un pinar. Ni los choferes ni los guías se sorprendieron de que no los invitara a tomar unos mates antes de salir, como indica el ritual de la buena excursión. Supusieron que estaba apurada por irme al velatorio. Les di las órdenes de servicio, una que otra indicación y me fui apurada en dirección opuesta a la cochería. Media hora después estaba de vuelta en la playa.

Detrás de los matorrales todo seguía igual y no había señales de la chica. Opté por sentarme en las rocas de la orilla a esperar. El viento era un poco frío, pero el sol empezaba a dejarse sentir. Ignoraba cuánto tendría que esperar, sólo sabía que no podía moverme de ahí. Saqué el celular y empecé a leer lo que me había mandado mi hermana. Había información que ya conocía y varios datos interesantes. Así que había hecho bien en llevar el agua bendita. Mi tía Isabel aseguraba que rociarme a mí misma con ella haría que el demonio no me pudiera tocar. Se refería a contacto físico directo: mi piel impregnada de agua bendita lo quemaría. Era algo, aunque mi pesimismo innato señalaba que un demonio de ese nivel no precisaba agarrarme para lastimarme. El último mensaje me sorprendió: mi abuela Clara pedía que la llame.

¿Clara?, repetí, tratando de ubicar a quién se refería. Lo que nosotras llamábamos familia abarcaba, en ese momento, a casi trescientas mujeres de todas las edades repartidas por toda América Latina. En la mayoría de los casos, el parentesco era tan lejano que podía decirse que no existía. Lo que nos vinculaba era nuestra función común como cazadoras. Por eso apelábamos a los genéricos. “Prima” era cualquier cazadora de mi misma generación que no fuera una de mis hermanas. “Tía” eran las de la generación de mi mamá, y “abuela” las de la generación anterior a ésa. Clara. ¿A quién se refería mi hermana? Por las dudas, busqué en mis contactos. Por supuesto que había una abuela Clara. Y por el número, ni siquiera vivía en Argentina.

"¿Quién es la abuela Clara?," le pregunté a mi hermana. La respuesta llegó en menos de un minuto: *"La vidente, estúpida. Llamala de una vez."* Fruncí el ceño. No por la suavidad de mi hermana, que era tan parte de ella como sus huesos. Ahora recordaba a la abuela Clara. Prendí un cigarrillo, los ojos todavía fijos en el celular. ¿Qué podía haber visto para pedirme que la llame a su retiro, en Perú? Nada bueno, seguramente.

—Tranquila, Lucía, no tengas tanto miedo —fueron sus primeras palabras, apenas atendió. Hubiera preferido que no dijera "tanto"—. Lo que tienes que hacer hoy es sellar a la bruja. Nada más.

—Pero el demonio…

—Evítalo. Todavía no estás en condiciones de enfrentarte a él sola.

Interpretó bien mi silencio y dejó oír una risita cascada que me devolvió su imagen, borrosa por los años. La abuela Clara, sí. La había conocido en la cacería de iniciación de mi hermana Julia, la menor de nosotras tres. Era costumbre que "las abuelas" trataran de ir al menos a una iniciación en cada generación de un núcleo familiar. Una vidente peruana que vivía con el fantasma de su primer amor en una casita en las montañas de Urubamba, cerca de Machu Picchu. Una viejita dulce y de apariencia frágil. Que había descuartizado a un demonio nivel cuatro sólo con el poder de su mente. Me hizo acordar a la película de la verdadera historia de Caperucita Roja, con la abuelita campeona de deportes extremos. Su vocecita me devolvió a la realidad.

—Aunque nunca se haya mostrado hasta ahora, hace tiempo que ese demonio ronda tu hogar. —Se refería a mi ciudad, el lugar que me correspondía proteger—. Anda atrás de otra cosa y acudió a este conjuro sólo por diversión. Concéntrate en sellar a la bruja y no te arriesgues en vano. Aunque tengas que escapar corriendo, lo que importa es que sigas viva. Ya vas a volver a encontrártelo.

Gracias, me quedo mucho más tranquila, pensé.

—¿Qué clase de demonio es, abuela? Adivino que es antropomórfico, pero no estoy segura de nada más.

—No lo sé, Lucía. No consigo verlo con claridad.

Cerré los ojos al escucharla. Un demonio que pudiera ocultarse a sus visiones era…

—Ni siquiera parece un demonio de sangre pura, sino una

criatura demonizada.

—¿Un Condenado?

—No. Es demasiado poderoso para haber nacido humano. Lo que sí puedo adivinar es que se demonizó por propia voluntad. Y eso lo hace más peligroso.

Hubiera cortado en ese mismo momento. Cada nuevo dato me provocaba un escalofrío. Su voz volvió a rescatarme.

—No estás sola, Lucía, y es importante que lo sepas. Tu tía Matilda ya está organizando una cadena de oración por ti. Actúa sin miedo, pero con mucha cautela. Te corre la vida en eso. Apenas sepa más de esta criatura, te enviaré un mensaje.

¿La abuela Clara usaba celular? ¿Y para qué me había hecho llamarla, larga distancia internacional?

—Hay cosas que deben ser habladas, querida —dijo con una risita—. Que Dios te bendiga.

Guardé el teléfono tratando de digerir la conversación. La mañana avanzaba. Atrás y arriba, en la ruta, el tránsito se hacía más fluido. Una mujer con dos nenes bajaba sin apuro hacia la orilla. El sol seguía su camino, el viento acariciaba el lago y los árboles le susurraban. Pronto darían las diez. Pensé en cruzarme al supermercado ahí cerca, porque sabía que no podría irme a casa hasta que la chica apareciera.

Era obvio que iba a volver y repetir la invocación, esta vez para reclamarle al demonio por el resultado de su deseo. Debía haber sido algo como “deseo que Marcelo deje a su mujer para siempre”. Y con ese sentido del humor típico de ellos, el demonio había interpretado sus palabras a gusto para concederlo. No había reclamo posible.

Iba a ser un día largo.

Prendí otro cigarrillo, tratando de soslayar el miedo que me apretaba el estómago.

Ojalá no hubiera hablado con la abuela Clara.

Siempre sostuve que en algunos casos, la ignorancia es una verdadera bendición. Éste era uno de esos casos. Hubiera sido tanto más sencillo enfrentar al demonio sin saber nada de él y dejar que mi instinto de conservación me sacara viva.

Una criatura demonizada por propia voluntad.

Había matado a Marcelo por diversión.
Sería la primera vez que lo enfrentara pero no la última.
Poderoso.
Mortífero.

Y yo estaba ahí, esperándolo.

La Corrupción del Deseo

- 1 -

Se me ocurrió mientras miraba sin ver el lago. Hacía horas que mi mente vagaba por sus propios derroteros, sin dejar huellas claras en mi memoria, y tal vez era de agradecer. La mañana se había arrastrado como una culebra, el mediodía había pasado y se había ido, la tarde avanzaba. Y la chica no había vuelto. En algún momento me había llamado Mauro porque todavía no había ido al velatorio. No me acuerdo qué excusa inventé para justificar mi ausencia. Y de pronto el pensamiento estaba ahí, claro y concreto como si alguien hubiera colgado un cartel frente a mi nariz.

Si la chica volvía e invocaba a su demonio amigo, yo tal vez no tuviera tiempo de hacer todo el ritual para sellarla. Pero si tenía algún objeto suyo, podía desarrollar parte del ritual en su ausencia y dejarlo listo para activar el sello cuando se presentara el momento propicio.

Crucé los matorrales hasta los despojos del conjuro. El aro de la chica seguía dentro del copón. Lo saqué con ayuda de una ramita para no tocar el fondo de sangre que contenía el copón. El agua del lago lavó el aro sin que necesitara frotarlo, se llevó la sangre ofrecida, lo dejó limpio y brillante. Me permití una sonrisa breve.

Decidí preparar el ritual bajo un arrayán joven, a pocos pasos de los matorrales. Me senté a su sombra con mi libro y el aro de la chica, me concentré en mi respiración hasta que todo a mi alrededor pareció alejarse y desaparecer. Comencé a recitar las oraciones.

Era un ritual largo y el sol resbaló hacia la cordillera mientras yo rezaba, encendía los diminutos candiles blancos, rociaba el aro con agua bendita. Las sombras se alargaron, el cielo comenzó a oscurecerse. Cuando al fin terminé, las primeras estrellas brillaban en el este, sobre la estepa. Apagué los candiles, guardé el libro, deslicé el aro en mi bolsillo. Necesitaba un cigarrillo.

Fumé acercándome a la orilla, disfrutando el viento frío y perfumado del anochecer. Ya no quedaba nadie en la playa.

Había realizado la primera parte del ritual. La segunda sólo podía llevarla adelante en presencia de la persona que quería sellar. No me quedaba más alternativa que seguir esperando.

En ese momento escuché un rumor al otro lado de los matorrales.

Giré en esa dirección, tratando de identificar el sonido. Pasos cautelosos. Se acercaban. Regresé corriendo bajo el árbol donde dejara mi bolso. La Cruz quedó asegurada en mi cintura. Saqué katana y wakizashi. Entonces recordé el consejo de mi tía Isabel. Busqué apresurada lo que me quedaba de agua bendita y me rocié como si fuera perfume. Un murmullo detrás de los matorrales me obligó a apurarme.

Ahí estaba la chica. Seguramente había bajado por otro sendero, caminando un buen trecho por la playa de piedras antes de llegar a su altar improvisado. La vi de rodillas ante el paño rojo, prendiendo lo que quedaba de las velas negras. Su voz era un rumor cadencioso, recitando su invocación mientras las encendía. El pelo oscuro le cubría la espalda. Esa noche llevaba un vestido claro por encima de las rodillas, con grandes flores azules y rojas, y un saco liviano de hilo para protegerse del viento. Debía haber llegado a Bariloche desde una zona más cálida, porque acá nadie usa esos vestiditos veraniegos en octubre. Permanecí oculta entre los matorrales, viéndola desfigurarse en la luz temblorosa de las velas, que poblaba su cara de sombras cambiantes. Sostuvo el copón a la altura de su pecho con la mano derecha y apretó el puño izquierdo sobre él. El corte de la noche anterior se reabrió con facilidad y la sangre volvió a brotar.

Entonces fue como si una mano invisible me empujara hacia atrás y caí sentada entre los matorrales, aturdida. Lo sentí antes de verlo. Una energía arrolladora, llena de malicia. Temblé por dentro.

—¿Todavía te quedan deseos por pedir, querida?

Su voz me sorprendió, porque no esperaba algo tan humano. Era masculina sin lugar a dudas, tranquila, irónica. Me incorporé a medias para espiar entre los arbustos.

Verlo me dejó sin aliento.

Su figura era la de un hombre alto, de piel oscura. Vestía de

negro, unos pantalones livianos y una túnica abierta que le caía hasta las rodillas. Iba descalzo. Su pecho y sus brazos eran el sueño de cualquier escultor, fuertes y proporcionados. El pelo oscuro, ondeado, bajaba hasta la cintura haciendo caso omiso del viento. Me costó dar crédito a mis propios ojos cuando vi su cara. Era tan hermosa que parecía una burla a la lógica. Parecía imposible que ninguna clase de cuerpo, sutil o físico, pudiera reflejar tanta belleza. Era atemporal, armoniosa. Entonces noté las sombras a su espalda. Fruncí el ceño, cada vez más sorprendida. ¿¡Alas!? Brotaban de sus omóplatos y se alzaban por encima de su cabeza. Plegadas, sus extremos le rozaban la parte posterior de las rodillas. Abiertas debían tener al menos tres metros de envergadura. Parecían negras, coriáceas como las de un murciélago.

Hubiera deseado tener mi enciclopedia de demonología a mano, porque esta criatura no encajaba con nada que yo conociera, por experiencia propia o por referencia. Recordé lo que había dicho la abuela Clara: lo que tenía delante no era un demonio de sangre pura, sino una criatura demonizada por propia voluntad. Pero, ¿qué clase de criatura había sido aquélla, que aun corrompida por el inframundo era tan hermosa? Apenas presté atención al olor a azufre que llenó el estrecho espacio libre al pie del acantilado, atónita como estaba ante aquella visión.

La chica giró bruscamente al escucharlo y, como yo un momento antes, perdió el equilibrio y cayó sentada al verlo. El demonio o lo que fuera se acercó varios pasos. Sus movimientos eran una sinfonía de elegancia y elasticidad.

—Ma-Marcelo… —tartamudeó la chica, luchando contra su impulso de retroceder. Sus emociones la desbordaron y rompió a llorar con todas sus fuerzas—. ¡Está muerto! ¡Muerto! ¡Yo te pedí que volviera a mí!

La risa del demonio era suave, cálida. Se agachó frente a la chica y le acarició la cabeza. Sus uñas eran garras, y ese detalle tan nimio me produjo cierto alivio: eran manos de demonio. Igual que los ojos rojizos que contemplaban a la chica con expresión risueña.

—No, linda. Vos pediste que no volviera a estar con ninguna otra mujer —respondió, y su suavidad era hiriente.

—¡Vos lo mataste!

—Te concedí tu deseo.

—¡Yo nunca le deseé la muerte!

—Nunca le deseaste la vida, tampoco. Hubieras elegido mejor tus palabras.

La chica alzó un puño para pegarle en el brazo o en el pecho. El demonio le sujetó la muñeca antes de que llegara a tocarlo y tiró de ella. La chica quedó a sus pies apoyada en manos y rodillas, llorando desconsolada. El demonio le sujetó el pelo, haciéndole levantar la cabeza. Ella cerró los ojos sin resistirse. Ya sabía que era en vano. Se dejó empujar a un costado, de cara al piso. El demonio se sentó sobre sus piernas y le desgarró la falda de un tirón. Ella gimió de dolor cuando las garras apretaron su carne, pero no hizo nada por apartarse.

Me obligué a sacudirme el estupor. No tenía tiempo que perder.

- 2 -

Comencé a recitar la última parte del ritual manteniéndome oculta entre los matorrales. Mi intención no era inhibir las habilidades mágicas de la chica: quería hacerlas desaparecer por completo. Esa brujita que estaba entregándose de nuevo a un demonio, sus gemidos enronquecidos delatando más placer que dolor, no iba a poder siquiera espantar un mosquito sin un buen insecticida. Me iba a asegurar que nunca en su vida volviera a hacerle daño a nadie.

Sus jadeos a pocos pasos, mientras el demonio la poseía en completo silencio, alimentaban una rabia sorda que parecía quemarme por dentro. Esa bruja había invocado a un ser tan cruel sólo por egoísmo. Había sentenciado a muerte al hombre que decía amar sólo porque él no la correspondía, o porque amaba a otra persona. Y ahora gritaba de placer en los brazos del asesino. Jamás se había detenido a considerar si lo que hacía estaba bien o mal. Jamás le había importado lo que Marcelo sentía o necesitaba. Sólo lo que ella misma quería. Y ni siquiera eso, en realidad, porque ahora su deseo sin dirección jadeaba de satisfacción, aplastada bajo el demonio, dejándose lastimar y ensuciar, perdida en su universo privado de lujuria.

Terminé mis oraciones con los dientes apretados de bronca y empuñé las espadas. Como si hubiera estado esperando ese momento, el demonio se apartó bruscamente de la chica. Los ojos brillaron muy rojos en ese rostro moreno de belleza irreal cuando se fijaron en mí a través de la vegetación. Los labios de dibujo perfecto se curvaron en una sonrisa burlona.

—¿Lista?

Comprendí sobresaltada que me hablaba a mí. Apreté las empuñaduras de mis espadas al salir de entre los arbustos para quedar frente a frente con él, tratando de controlar mi agitación. El demonio ladeó un poco la cabeza hacia su hombro y su sonrisa se acentuó, alimentando mi temor. Las palabras de la abuela Clara volvían a resonar en mi cabeza. Poderoso. Mortífero. Sumergido en

el inframundo por propia voluntad.

—Sellala si querés. Yo puedo esperar. —Su suavidad me puso la piel de gallina—. Tengo todo el tiempo del mundo para vos.

En ese momento la chica pareció reaccionar. Se apartó el pelo de la cara para mirarme y vio mis armas. Con una exclamación ahogada hizo un esfuerzo por ponerse de pie y se tambaleó hacia el demonio. Retrocedí de pura sorpresa al verla interponerse entre nosotros con los brazos extendidos, la ropa destrozada, protegiéndolo con su propio cuerpo. Me enfrentó con una ferocidad demencial que me dejó helada.

—Ni se te ocurra tocarlo —amenazó con voz ronca.

Tras ella, el demonio me dedicó otra de sus sonrisas seductoras y un guiño cómplice. Aparté los ojos de él para fijarlos en la chica, que luchaba por mantenerse de pie para escudarlo.

Apenas di un paso, ella se abalanzó hacia mí, las manos por delante para atacarme. Reaccioné por instinto. Sólo esperaba que, por rara ocasión, el demonio respetara lo que había dicho y me dejara actuar. Si lo hacía, yo todavía tenía chance de salir con vida de esa playa.

Rechacé a la chica con una cachetada que la arrojó al suelo, salté sobre ella y le hundí una rodilla en el pecho desnudo. Los años de entrenamiento no son en vano. Un momento después tenía las espadas aseguradas en mi cintura, y le aferraba el pelo mientras esgrimía la Cruz. Un fuego blanco recorrió sus bordes cuando la acerqué a su cara. La chica se retorcía jadeante, tratando de liberarse, pero la tenía bien agarrada. Le aplasté la Cruz contra la frente para recitar la oración final.

Se quedó muy quieta cuando la Cruz se encendió, cegándome con su luz, y escuché su respiración entrecortada. Si la magia negra había echado raíz demasiado profundo en su corazón, tal vez no sobreviviera al sello. No me había detenido a pensarlo, pero no me importó. La obligué a estarse quieta hasta que la luz menguó. Entonces me aparté y retrocedí varios pasos. La chica quedó tirada en la tierra, los ojos desorbitados, temblando de pies a cabeza.

—Buen trabajo.

La voz y el escalofrío que me provocó me recordaron que no estaba sola. Y que ahora empezaba la parte peluda del asunto. Giré hacia el demonio lentamente, mientras guardaba la Cruz y volvía a

empuñar mis espadas. Hubiera querido tardar un año en enfrentarlo de nuevo. Todavía sonreía, los brazos cruzados sobre el pecho escultural.

—No te falta mucho para ser una buena cazadora.

En cualquier otra situación me habría ofendido.

Crucé las hojas a la altura de mis caderas en silencio. Me obligué a respirar hondo cuando dio un paso hacia mí, el miedo cerrándome el estómago y trepando hacia mi garganta. Tenía que salir de ahí. Si era posible, viva. Y si no era mucho pedir, entera.

- 3 -

Se acercó con lentitud deliberada, observándome sin dejar de sonreír.

—Tantos deseos frustrados en ese corazón. ¿No querés pedir siquiera uno? —Soltó una risita que me empujó un paso hacia atrás —. Ya viste que el precio no es tan desagradable como lo pintan.

Era el momento perfecto para dar media vuelta y salir corriendo, tal como aconsejara la abuela Clara y como suplicaba mi instinto de conservación. Pero cuando quise moverme, descubrí con horror que mis piernas no me obedecían: estaba clavada al suelo como si tuviera los pies en un bloque de cemento.

—Qué gracioso. Le tenés miedo a tus propios deseos.

Apenas presté atención al detalle de que parecía capaz de leer mi mente. Sentí el sudor que me resbalaba por la cara y bajo la ropa. No lograba mover mis pies siquiera un milímetro, y el demonio estaba a sólo cinco pasos. Los brazos todavía me obedecían, y los levanté hacia él manteniendo las hojas cruzadas. Percibí el calor en mi cintura, proveniente de la Cruz. Él se detuvo con otra de sus sonrisitas irónicas y meneó apenas la cabeza.

—No creerás que podés hacerme daño con eso.

¡Con que me proteja basta y sobra!

Extendió apenas una mano hacia mí y sentí que las falanges de mis dedos cedían, dejando caer las espadas, y luego perdían toda sensibilidad como mis piernas. Un tirón brutal, invisible, separó mis brazos y los mantuvo abiertos en cruz. Los músculos de mis hombros se quemaron en un ramalazo de dolor.

No sé por qué mi mente eligió ese preciso instante para registrar la situación como una fotografía. ¿Tal vez porque pensé que era lo último que vería? La brujita tirada junto a los matorrales, el brillo naranja y el ruido difuso del tránsito que llegaban desde la ruta, el rumor constante del agua. La luna que se levantaba sobre el lago, proyectando mi sombra y la del demonio delante de mí, hacia la pared del acantilado.

Sus ojos rojos destellaron divertidos. Estiró un poco más su

mano. Supe que su intención era alcanzar mi cuello. Cerré los ojos y me concentré en el calor de la Cruz. Como si fuera un hilo de luz, me aferré a él con todas mis fuerzas. Mi instinto me decía que si lograba llevarlo hasta mi pecho y mis hombros, recuperaría al menos el control de mis brazos. Tiré de él hacia arriba, esperando todo el tiempo el apretón lacerante de esa garra en mi garganta.

Lo oí gruñir contrariado. Me animé a mirarlo y lo encontré de pie a dos pasos, al otro lado de una tenue cortina de luz. Mis brazos cayeron a mis costados y me temblaron las rodillas. Intenté sacar la Cruz pero no llegué siquiera a tocarla. Con otro gruñido rabioso, su garra me alcanzó en plena cara y me arrojó a varios metros, contra un árbol que seguramente era menos duro que la roca, pero que igual me hizo crujir todos los huesos cuando choqué con él y me dejó atontada de dolor.

Conseguí llevar una mano a mi cintura y no encontré nada. Entonces vi que la Cruz había caído al suelo fuera de mi alcance. Alcé la vista desesperada. El demonio se acercaba con su andar elegante, la sonrisita colgada de su boca, revelando unos colmillos aguzados que antes no había advertido. Traté de gatear hacia la Cruz, porque estaba segura de que mis piernas no me iban a sostener. Él llegó primero y la pateó a un costado.

—Ups —murmuró, siempre burlón.

Retrocedí sentada hasta aplastarme contra el árbol. Ahora sí estaba perdida. El demonio se detuvo con una sonrisa pensativa.

—¿Sabés? Me gustaría acogotarte como a la gallina que sos, pero no tengo ganas de chamuscarme ni una uña por tu culpa —dijo, coloquial.

Adelantó una mano mostrándome la palma, los dedos extendidos hacia arriba, y su sonrisa se torció al tiempo que sus ojos refulgían. Mil agujas de fuego me traspasaron el cuerpo. Escuché mis propios gemidos mientras me retorcía de dolor. Mi vista se nubló cuando las agujas se hicieron puñales que me atravesaban de parte a parte. Y percibí un perfume fresco que se imponía al olor a azufre.

Fantástico, la muerte huele bien, alcancé a pensar, hecha un ovillo y revolcándome en vano, incapaz de desear más que el fin de aquella tortura.

Entonces el dolor se extinguió. Abrí los ojos jadeante, tratando

de ver algo. El demonio seguía ahí pero ya no me miraba. Las llamas rojizas de sus ojos se habían fijado más allá de mí, y descubrí aturdida que algo ocultaba la luz de la luna.

Fue cuestión de un par de segundos.

Una sombra se proyectó frente a mí. Un hombre tan alto como el demonio. Pelo largo y lacio que se mecía en la brisa, envolviéndome en ese perfume desconocido, refrescante como la lluvia en el bosque, dulce como la primera flor después del invierno.

El demonio retrocedió con un gruñido y me dio la espalda. Fue hasta la brujita, la levantó de un brazo como si fuera una muñeca de trapo y volvió a mirar en mi dirección. Pareció a punto de decir algo. Bajó la vista hacia mí por última vez y se desvaneció en las sombras, llevándose a la chica.

Me di cuenta que la sombra del hombre había desaparecido. Conseguí girar la cabeza lo indispensable para mirar hacia atrás. Nadie. Nada. Las rocas, el lago, la noche. Estaba sola. Volví a desmoronarme a los pies del árbol y me preocupé por respirar. Me iba a llevar un buen rato volver a estar en condiciones de moverme.

III - La Piedra en el Camino

Un Día a Contrapelo

- 1 -

El 16 de octubre me tomó completamente por sorpresa. Había pasado la última semana como una verdadera autómata, sin registrar nada de lo que sucedía a mi alrededor. Ya no necesitaba la faja apretándome las costillas todo el día, y los moretones de mi espalda casi habían desaparecido. Pero el encuentro con ese extraño demonio alado me había dejado una secuela mucho más profunda y duradera: el miedo. Era algo mucho más sutil que vivir aterrorizada todo el tiempo. Todavía poblaba buena parte de mis sueños para convertirlos en pesadillas, todavía se me aceleraba el pulso cada vez que recordaba las palabras de la abuela Clara, que persistían en mi memoria como una sentencia definitiva: “Vas a volver a encontrártelo.”

Era una suerte que Majo ya hubiera empezado a trabajar con nosotros. Mauro estaba tan pendiente de ella que no prestaba atención a mi actitud retraída y nerviosa. Había decidido hablar con él después del fam tour de Tango, para tomarme unas horas libres por día antes de que empezara la temporada de verano. No necesitaba seguir investigando, porque toda mi familia estaba abocada a recabar información sobre esta criatura desconocida y me mandaban sus reportes cada dos o tres días. Aunque todavía no teníamos más que algunos indicios vagos que no nos conducían a ninguna conclusión concreta. Pero necesitaba volver a entrenar de forma regular, y lo que tenía que ejercitar no se podía practicar en un gimnasio.

Ese demonio había estado a punto de matarme sin siquiera tocarme. Se me cortaba la respiración al recordar el dolor que me había infligido con sólo extender su mano a tres metros de distancia. Y me había paralizado con sólo mover un dedo a cinco pasos.

Lo que me había salvado era la Cruz de Caravaca.

Y esa sombra apenas entrevista, que con su mera presencia lo había puesto en fuga. No lograba imaginarme qué había sido, de modo que la hice a un lado para concentrarme en lo que sí sabía.

La Cruz.

Su aura había conseguido anular el poder del demonio sobre mi cuerpo. Así que necesitaba aprender a ponerme en contacto con esa energía. Ser capaz de recurrir a ella en cualquier momento que la precisara, explorar su potencial. Quería aprender a usarla como escudo y, si era posible, encontrar la forma de que sirviera como defensa y ataque simultáneamente.

Con la cabeza perdida en todas esas cuestiones, me senté a mi escritorio la mañana del 16 de octubre y casi me dio un ataque al revisar la planilla para ese día. ¡El fam tour! Entraba en el último vuelo de la tarde, y yo ni siquiera había confirmado el minibús que tenía que ir a buscarlos. Majo salió de la cocinita/baño para ofrecerme mi dosis de cafeína matinal, con sólo una pizca de leche, y se asustó al ver mi expresión.

—¡Lu! ¿Te sentís bien? —exclamó.

Tardé un segundo largo en volver a tragar mi corazón y menear la cabeza. Conseguí sonreír al aceptar el tazón humeante que me traía.

—Mi marido volvió a hacer de las suyas.

—¿Tu marido? —repitió, sin entender.

—Don Alzheimer.

Majo todavía se reía cuando llegó Mauro. Traté de concentrarme en mi trabajo mientras ellos se perdían en su capítulo de saludos y sonrisitas. *Dentro de todo la pilotea bastante bien,* pensé, reconociendo que mi socio había resistido el infarto de la novedad como un campeón. Cada vez conseguía pasar más tiempo antes de inventar alguna excusa para subir a preguntarle algo a Majo. Decididamente había sido una buena idea acondicionar el entrepiso para que fuera su oficina. Que Mauro la tuviera a la vista todo el tiempo nos iba a causar demasiadas pérdidas. Y cuando consiguiera acostumbrarse a tenerla medio día cerca, vendría el período de adaptación a la jornada completa de Majo. Iba a tener suerte si terminábamos el verano sin declararnos en quiebra.

- 2 -

—Lu, qué suerte que llamaste, estaba buscando tu número.

Cuando un transportista que contrataste te saluda de esa forma, es el momento justo para empezar a buscar alternativas de emergencia. Eso hice, escuchando sólo a medias las excusas que Chapi intentaba darme. El chofer de su kombi estaba descompuesto y tenía ese servicio de todo el día colgado, así que iba a tener que cubrirlo él y todavía no encontraba alguien para manejar el minibús y hacer la entrada del aeropuerto que me había confirmado diez días atrás.

—Voy a seguir buscando, pero si conseguís alguien más, mejor. Avisame nomás. Voy a tener señal hasta las diez.

Gracias, Chapi. Te aviso. Y que te garúe finito.

—¡Buenos días, Vietnam!

La voz de Lucas desde la puerta del local no contribuyó a mejorar mi humor, pero tenía que concederle el acierto de su saludo. Hay mañanas en las que el turismo es una batalla tan cansadora como inútil. Llegó como siempre, perfecto, de punta en blanco, brillante y alegre como un cascabel. Hasta me sonrió.

—¿Todo bien? ¿Lista para recibir a los niños de tus ojos?

Mauro le ofreció un mate antes que le contestara. Mejor así, considerando que teníamos por delante una semana entera de trabajo cotidiano juntos. Me puse a revisar la agenda de transportistas. Era la peor hora para encontrar a alguien. Los que tenían servicios ya estaban en la calle, y los que no tenían servicios, estaban en sus casas durmiendo con el teléfono apagado. Al séptimo llamado infructuoso, Mauro interrumpió su charla con padre e hija y me preguntó qué pasaba. Se lo expliqué en tres palabras.

—¿A qué hora entran? —intervino Lucas.

Qué carajo te importa. Tragué. No me importó sonar poco amable.

—A partir de las 18.30.

—Yo puedo entrarlos.

Lo enfrenté ceñuda y noté que la expresión de Mauro se

iluminaba.

—¡Claro! ¡Vos tenés registro profesional! —exclamó, y se volvió hacia mí con una gran sonrisa—. Si Chapi tiene el mini sin chofer, que pase a dejarlo. Lucas puede manejarlo cuando vuelve de Circuito Chico.

Era la solución perfecta, por supuesto. No encontré ninguna excusa para negarme. Me encogí de hombros marcando el número de Chapi. Mientras me ponía de acuerdo con él, llegó el transportista que tenía que salir de excursión con Lucas.

Pedro tenía sesenta años en la vida y treinta en turismo. Un tipo parco de buenas a primeras, a quien todos los guías y choferes respetaban mucho. A mí me caía muy bien, y con el tiempo se había transformado en mi primera opción al contratar transporte para excursiones. *Lástima que no podamos hacer la entrada en su kombi.* Me levanté para saludarlo y me apuré a terminar mi café para unirme con él a la ronda de mate. Algún día, un gastroenterólogo me declararía fuera de los cánones aceptados para la humanidad, considerando cómo atentaba contra mi propio sistema digestivo sin consecuencias. Imprimí la orden de servicio y Pedro y yo la revisamos juntos, como hacíamos cada mañana, para asegurarnos que supiera dónde quedaba cada hotel, hostería, hostel, bungalow y árbol hueco donde tenían que recoger pasajeros.

Poco después llegó César, el protegido de Pedro, encargado de los traslados a la terminal de ómnibus y al aeropuerto. Tenía mi edad y era el tipo más alegre y simpático del mundo. Nos quedamos todos charlando un rato entre mates, de acuerdo al ritual de la buena excursión, hasta que sonó la alarma de mi celular. Diez para las nueve. Ya todos conocían ese sonido. Pedro, César y Lucas se despidieron para salir a hacer sus servicios. Majo renovó el mate, lo dejó en el escritorio de Mauro y subió a su oficinita. Cinco minutos después no volaba una mosca.

Ariel me esperaba para almorzar, aunque llegué a casa pasadas las dos de la tarde. Había preferido quedarme en la oficina a terminar todos los pendientes, para no tener que volver hasta la hora de ir a buscar al grupo. Llegué cuando la pizza con jamón salía del horno y la devoramos en tiempo récord. Me quedé mirando la televisión con él, charlando de sus cosas, y hasta dormité un rato en

el sillón. Ramiro, el mejor amigo de Ariel, llegó a las cinco, cuando yo me disponía a salir, fresca y relajada. Me sentía lista para enfrentar lo que quedaba del día.

—¡Paren las rotativas!

Frené en seco en la puerta de la oficina, sobresaltada por la exclamación de Mauro, y miré alrededor buscando el motivo.

—¿Qué hacés tan arreglada, querida?

Me miré la ropa y lo enfrenté sin comprender. Mauro frunció el ceño con expresión porfiada.

—Esa blusa es bastante escotada —señaló—. Y un poco transparente. Y ese pantalón es… Bueno, ajustado. Y te pusiste las botas con taco. Y te soltaste el pelo. ¡Y te maquillaste! —Mientras hablaba, cruzó la oficina y se inclinó para olerme—. Y este perfume sólo lo usás en ocasiones especiales.

—Es una ocasión especial —gruñí, esquivándolo para ir a mi escritorio.

Mauro me siguió, persistente como un tábano e igual de molesto.

—Dejame adivinar. ¿Joaquín, el gerente de operaciones? Siempre inventa algo que necesita consultar directamente con vos.

Se abrió la puerta de la cocinita y salió Lucas sacudiendo el mate recién lavado. No dijo nada al verme, pero sus ojos me recorrieron de arriba abajo con una sorpresa que no se molestó en disimular. Y que a mí me dio por el hígado. *Como si nosotros, pobres mortales, no tuviéramos derecho a vernos bien cada tanto.* Lo peor fue notar la risa que se tragó Mauro al ver la expresión de su amigo. Los hubiera acuchillado a los dos.

Les di la espalda con la excusa de juntar lo que necesitaba para hacer la entrada. Había comprado chocolate para convidarle a los pasajeros, tenía mapas de la ciudad y alrededores para cada uno, y entradas gratis para un espectáculo de tango esa misma noche a una cuadra del hotel. Busqué la orden de servicio que había dejado impresa y el cartel para el aeropuerto. Olí más que oír a Lucas, que pasó detrás de mí hacia afuera.

—Voy a arrancar el minibús —dijo, saliendo a paso rápido.

Revisaba que no me faltara nada cuando un brazo apareció desde atrás a cruzarme el pecho y Mauro me estampó un beso en el

pelo.

—Vas a matar a mi amigo de un infarto.

Traté de apartarlo pero él me retuvo, riendo por lo bajo.

—Lo que pasa es que todos estamos acostumbrados a tu onda cero producción. Es inevitable que nos sorprenda darnos cuenta lo linda que sos.

—Soltame, querés.

Mauro me obligó a enfrentar su sonrisa cálida.

—Alguien tiene que decírtelo, puercoespín, y Ariel y yo somos los únicos hombres que no corremos peligro de muerte por hacerlo. Ojalá no te empeñaras en esconder tu belleza.

—Se me hace tarde —gruñí, detestándolo por el calor que azotaba mis mejillas.

Me detuvo apenas di un par de pasos y señaló mi escritorio. Se dio el gusto de reírse con ganas cuando junté con torpeza todo lo que me estaba olvidando. De paso agarré un papel estrujado y se lo tiré a la cara antes de irme.

—¡Yo cierro! ¡No hace falta que vuelvas! —me dijo cuando salía, sabiendo que no tenía tiempo de retroceder a cortarlo en pedacitos.

- 3 -

Entramos al aeropuerto casi sin haber cruzado palabra con Lucas. Está fresco. Sí. Ojalá se mantenga el buen tiempo. Al menos para la caminata de mañana. Quince minutos más de silencio, los dos mirando hacia adelante, la ruta oscurecida. En algún momento prendió la radio, una estación de música tranquila. Pareció espesar el silencio. Me di cuenta sorprendida que era la primera vez, en los años que llevábamos trabajando juntos, que estábamos solos.

—Llegamos temprano —dijo, señalando el pabellón de arribos. Todavía no había ningún transporte estacionado en la puerta.

—Mejor.

Se detuvo con suavidad y tiró del freno de mano. Manejaba bien. De hecho, mejor que muchos transportistas que conocía. Se volvió hacia mí con una sonrisa vaga.

—¿Querés que te espere acá, o salgo y me llamás cuando lleguen?

—No, quedate.

Se limitó a asentir y abrió la puerta. El viento de la estepa, frío y seco, me embistió apenas bajé del minibús. Me apresuré hacia el hall. Los monitores juraban que el vuelo estaba en horario, así que no faltaba más que un cuarto de hora para que aterrizara. La máquina de café parecía saludarme moviendo la cola como un perro amigo, no tuve corazón para ignorarla. Saqué un cortado y vacilé con una mirada hacia afuera, a la figura oscurecida tras el volante del minibús. No tenía idea cómo le gustaba el café, así que opté por lo clásico. Pareció sorprendido cuando le tendí el vasito, y lo sostuve ante su cara hasta que lo aceptó.

Lo probó y esbozó otra sonrisa vaga. —Dos de azúcar. Perfecto, gracias.

Me limité a asentir, desviando la vista con la excusa de sentarme. El Lucas que yo conocía era seguro y suficiente, carismático, siempre con la respuesta justa, siempre un poco burlón. Este Lucas que tomaba su café tan cerca de mí en ese anochecer de primavera no había perdido nada de su seguridad ni su carisma,

pero resultaba inesperadamente amable. Y yo… Mierda. No sabía cómo tratar a un Lucas agradable.

Pronto el reloj vino en mi auxilio y bajé a esperar a los pasajeros sin que hubiéramos vuelto a hablar. Llegaba poca gente desde Calafate en esa época del año y la entrega de equipaje demoró poco. Identifiqué sin esfuerzo quiénes eran mis pasajeros, el único grupo de más de cuatro que se reunió para dejar todos juntos la zona de desembarco. Era gente joven, vestían ropas adecuadas al lugar y la estación, y se los veía de excelente humor. Reconocí enseguida al que abría la marcha. Las fotos de perfil pueden mentir, pero Joaquín parecía escapado de mi monitor. En realidad, se veía mucho mejor en persona. Levanté mi cartel con mi mejor sonrisa.

Joaquín era un par de años menor que yo, llevaba el pelo por los hombros suelto, barba y bigotes cuidadosamente recortados, ojos claros de mirada inteligente que contrastaban con su pelo oscuro y su piel morena. Su sonrisa se ensanchó apenas me vio. Esta vez no me molestó que me miraran de arriba abajo con ojos de testosterona. Se adelantó con su mochila de treinta litros y rodeó la cinta, una mano extendida pero no para estrechar la mía, sino para apoyarla en mi hombro cuando me saludó con un beso en la mejilla con absoluta familiaridad. El resto del grupo lo seguía de cerca.

—Bienvenido, ¿cómo fue el vuelo? —pregunté, atrapada por el descubrimiento de la diminuta argolla de plata en su oreja izquierda. *Dale una espada y una capa y es el Corsario Negro.* Sencillamente, me encantaba.

Joaquín iba a responder cuando sus ojos se desviaron por encima de mi hombro y asintió con una sonrisa tentativa. Me tragué un suspiro y giré.

—Joaquín, él es Lucas Pefaure. Va a ser nuestro guía en las excursiones —dije, mordiendo cada palabra—. Lucas, Joaquín Golberg, gerente de operaciones de Tango Argentina y coordinador del fam tour.

Se estrecharon la mano con actitud amistosa y Joaquín se volvió para llamar en inglés a los demás. Hablaba un correctísimo inglés coloquial sin rastros de acento latino, natural y fluido. Lucas se apresuró a hacerse cargo del equipaje de las cuatro mujeres del grupo e invitó a los hombres a seguirlo hacia el minibús. Me retrasé con Joaquín, que revisaba su celular.

—¿Y cuál es el plan para esta noche? —fue lo primero que preguntó, con su gran sonrisa y sus ojos brillantes.

—Cena de ahumados regionales y espectáculo de tango —respondí, y tuve que reconocer que hacía rato que no sonaba tan animada.

—Ahá, ¿y después? Imagino que habrá pubs abiertos aunque sea martes.

—Por supuesto. Para los que después aguanten levantarse para una excursión con caminata a las nueve de la mañana.

Agachó la cabeza hasta apoyarla en mi hombro y soltó un suspiro.

—No me habrás armado un itinerario de madrugones diarios.

—Tranquilo. Creo que un par de mañanas vas a poder dormir. Hasta las ocho.

Reímos juntos, saliendo a la noche que se cerraba. La confianza con que nos tratábamos por internet se reflejaba ahora que nos reuníamos en persona, haciendo todo más fácil.

Varias horas más tarde, cuando acomodamos al grupo frente al escenario del show de tango, Lucas se inclinó hacia mí para hablar en voz baja.

—Voy a dejarle el mini a Chapi.

Asentí, un poco sorprendida de que me rindiera cuentas de lo que hacía, y él se fue sin despedirse de nadie. Esa noche su conducta había sido digna de un premio al empleado de turismo del mes. Se quedó conmigo mientras el grupo se acomodaba en sus habitaciones, y se fue a esperar al minibús cuando Joaquín volvió a bajar y me invitó un café en el resto del hotel, con la excusa de revisar el itinerario. Durante la cena se había mostrado animado y respetuoso al mismo tiempo, y para los postres ya se había metido a todo el grupo en el bolsillo según su costumbre.

Las luces del local bajaron y me apuré a ocupar mi lugar, entre una de las mujeres y un canadiense grandote que hacía temblar los vidrios cuando reía. De tanto en tanto alguien me hacía una pregunta, varios se animaron a salir a bailar, y el show terminó con Mi Buenos Aires Querido coreado con acentos de al menos siete países diferentes. Al pararme, descubrí a Lucas sentado al lado de Joaquín dos mesas más allá, charlando como si se conocieran de toda la vida. Caminamos con ellos hasta el hotel y nos despedimos

como si fuéramos los mejores amigos de esta docena de desconocidos, recordándoles a qué hora pasaríamos a buscarlos al día siguiente.

Y de pronto estaba de nuevo sola con Lucas, esta vez en una esquina ventosa, el reloj del Centro Cívico soltando sus doce campanadas en la medianoche. Miré hacia la izquierda, en dirección a la parada del colectivo. Él señaló con naturalidad su auto estacionado.

—Vamos —dijo.

Me apresuré a menear la cabeza y retrocedí un paso.

—No hace falta. Tengo colectivo en quince minutos. Hasta mañana.

—Lucía…

Había refrescado. Me di cuenta con un escalofrío al mismo tiempo que pronunció mi nombre. Por primera vez desde que saliéramos de la agencia a la tarde, me sonrió abiertamente.

—Tu casa me queda de paso —dijo sin ironía, sin segunda intención, nada.

Suspiré. Otra vez hubiera querido encontrar una buena excusa para negarme. *Mierda*. Asentí encogiéndome de hombros.

Una Grieta en la Roca

- 1 -

Circuito Chico con caminata a la mañana, almuerzo y Cerro Catedral a la tarde. Bien, nada complicado. Tenía planeado escaparme al mediodía y dejar que Lucas los llevara solo a Catedral. No podía desaparecer de la oficina toda la semana, y no me interesaba quedarme trabajando hasta cualquier hora de la noche para dejar todo listo para el día siguiente. Sobre todo si ese día siguiente amanecía con el fam tour camino a San Martín, y yo con ellos. Resoplé mentalmente. Más valía que los de Tango nos llenaran de reservas para todo el año. No quería aguantar el tedio de la excursión a San Martín gratis.

Bajé a la ruta saboreando la mañana, fría y luminosa como sólo puede ser la primavera en Bariloche. Ariel no tenía clases y se había quedado durmiendo. El aire empezaba a oler a flores y a polen, para desesperación de los alérgicos y mi gran deleite. Había bastante tránsito hacia el centro a esa hora, pero la parada del colectivo estaba vacía. Mala señal. Ocho menos veinte pasadas. Pésima señal. A esa hora la mitad del barrio estaba ahí esperando. Diez a uno que el colectivo había pasado antes. Me quedé cerca de la banquina, con la esperanza de que pasara algún conocido que me ahorrara los veinte minutos de espera. Tendría que haberme metido en el refugio de la parada, escondida y a buen resguardo.

El Fiesta blanco bajó a la banquina para detenerse frente a mí con precisión milimétrica y la puerta del acompañante se abrió suavemente. Lucas llevaba puesto los lentes de sol y miraba hacia adelante, su cara nimbada por el sol todavía bajo frente a él. El pelo húmedo le destellaba como oro líquido. Vacilé.

—Si preferís te cobro pasaje —dijo, volviéndose para mirarme por encima de los lentes con una sonrisa breve.

Me ahorré la respuesta, segura de que mi cara la expresaba a la perfección. Igual que la noche anterior, apenas me subí al auto me

asaltó su perfume. Hasta el asiento del acompañante estaba impregnado con ese aroma suave y fresco, inconfundible. Cuando se fuera el fam tour, iba a tener que lavar y perfumar toda mi ropa dos veces para que ninguna de sus fans me saltara encima por error.

—¿Y Majo? —pregunté un par de kilómetros después, cayendo en la cuenta de que era raro que estuviera yendo solo a la oficina a esa hora.

—En casa de una amiga, en el centro. Te dejo en la agencia y voy a buscarla.

Manejaba con una sola mano en el volante, la otra en los cambios, la vista siempre al frente, sin mostrar impaciencia por la caravana de autos que avanzaba con creciente lentitud. Vestía una camisa clara impecable, jeans, calzado de trekking. En el asiento de atrás tenía su campera liviana impermeable, seguramente el último modelo de North Face.

—¿Qué caminata querés que hagamos hoy?

Me miró por un instante y me di cuenta de que me había quedado observándolo, la mente en blanco. Volví los ojos hacia la ruta, incómoda, y me encogí de hombros.

—Sendero Fundación —respondí—. Digo, Arrayanes. —Siempre me cuesta acostumbrarme a los nombres nuevos que les dan a los lugares turísticos—. A menos que se te ocurra algo mejor. Hace rato que no salgo a caminar.

—El Sendero está bien—asintió—. ¿Vamos con Pedro?

—Sí.

Asintió otra vez, aprobando mis disposiciones sin asomos de condescendencia. Por un momento me sentí innecesariamente en guardia. Hasta que, por supuesto.

—¿Vas a venir a caminar, o me tengo que llevar al grupo para que tengas un rato tranquila con Joaquín?

Era Lucas. No podía evitarlo. No importaba cuánto se esforzara, su temperamento siempre terminaba asomando. La rana y el escorpión cruzando el río crecido. Me negué a croar y lo enfrenté con la mejor sonrisa que pude componer.

—El día que necesite tu ayuda con un tipo, me hago lesbiana —*Y cruzá el río como puedas.*

Su risa me sorprendió, porque no tenía nada de burlona. Sonaba sinceramente divertido.

—Uno a cero —dijo, todavía riendo, y no volvió a hablar en todo el camino.

- 2 -

El grupo nos esperaba en la recepción del hotel, todos listos y radiantes. Subieron a la kombi parloteando como estudiantes, pero se callaron en cuanto Lucas agarró el micrófono. Lo escuché con curiosidad porque era la primera vez que lo veía guiar. Otra vez por supuesto, su manejo del grupo era magistral, y alternaba la información en dosis justas de historia, geología, flora y fauna y hasta chismes de gente famosa que había pasado por ahí o por allá. Además de su inglés perfecto, sabía hablar con un ritmo que permitía que los pasajeros asimilaran lo que decía sin hacerse lento, y todo el tiempo daba pie a preguntas que contestaba de buena gana. Ya la noche anterior se había aprendido los nombres de todos, y bromeaba con ellos como si fueran amigos personales. Habíamos decidido dar la vuelta al revés para evitar gentíos y nuestra primera parada fue Punto Panorámico. Para entonces, si Lucas llegaba a sugerir que el grupo saltara por el acantilado, íbamos a enfrentar un suicidio en masa.

Pasadas las diez nos detuvimos en la entrada del sendero del lado de Lago Escondido. Lucas abrió la marcha sin siquiera mirarme, aunque descubrí su sonrisita cuando Joaquín dejó que los demás pasaran primero para esperarme. Pedro se fue con la kombi a la salida del sendero, prometiendo recibirnos con mate listo. Caminábamos a buen ritmo, con pausas frecuentes para que Lucas les hablara del bosque que estábamos cruzando o respondiera alguna pregunta específica. Los pasajeros sacaban fotos a diestra y siniestra.

Pronto llegábamos al lago Moreno. En ese punto el sendero todavía tenía bastante barro y charcos grandes de la última lluvia. El agua discurría sin ruido hacia el lago a nuestra derecha. Alguien propuso bajar a la playa y Lucas guió al grupo a una bajada fácil, aunque inevitablemente embarrada. Se plantó a mitad del desnivel y ayudó a todos a alcanzar la playa sin resbalones. Joaquín aceptó apoyarse en su hombro con un chiste que los hizo reír a los dos. Yo le lancé una mirada asesina cuando me ofreció su mano. Él la

mantuvo tendida con una sonrisa inocente, hasta que bajé en dos zancadas seguras y seguí hacia la orilla sin esperarlo. Me siguió a paso tranquilo.

Nos demoramos unos veinte minutos en la playa. Cuando nos dirigíamos de regreso al sendero, Lucas volvió a apostarse a mitad de camino para ayudarlos en la subida. Volví a rechazar su mano, y estaba dando el último paso cuesta arriba cuando una piedra a mi izquierda reclamó mi atención. No era muy grande, y estaba entre el borde de la cuesta y el sendero, con un lado aplanado frente a mi cara.

En ese lado aplanado había un pentagrama grabado con trazos toscos.

Y una grieta atravesaba el pentagrama de parte a parte.

La impresión me hizo pisar en falso y mi pie resbaló en la tierra saturada de agua. Pero no llegué a caer. Una mano segura sujetó mi brazo, otra mi cintura, deteniéndome un centímetro antes de que mi cara se enterrara en el barro. Lucas me equilibró y me impulsó lo indispensable para que pisara en firme, soltándome de inmediato. Un instante después estaba en el sendero por mis propios medios. El grupo no había advertido nada, algunos se demoraban sacando fotos y otros se habían adelantado un poco. Lucas se nos unió enseguida. Avanzó varios metros para hablarles a los que iban a delante, les indicó que esperaran en el bosquecito de arrayanes y volvió atrás a buscar a los demás.

Yo les daba la espalda, observando la piedra estremecida: ¡otro sello roto! La miraba tratando de recordar qué clase de criatura estaba encerrada ahí. *El nivel cuatro que almorzaba turistas.* Un escalofrío me recorrió de pies a cabeza. Lo había sellado yo misma diez años atrás. ¡Dios! ¿Qué estaba pasando? ¿Qué era esta seguidilla de sellos rotos, de demonios liberados cada vez más peligrosos? Primero el perro infernal en la casa de los Quireipan, ahora esto. La grieta en la roca parecía natural, pero era demasiada casualidad que la única fisura visible cortara en dos el sello, con tanta precisión.

—¿Te sentís bien?

La voz de Lucas me sobresaltó y giré con brusquedad. Su expresión preocupada me obligó a recomponer la mía, lo suficiente para asentir y echar a andar. Me detuve a los pocos pasos y me

volví hacia él. Me daba la espalda, esperando a un chico que fotografiaba un coihue centenario. Esperé a que me enfrentara.

—Gracias —le dije, notando que me miraba con una fijeza rara.

Asintió, sus ojos grises todavía clavados en mí, el ceño casi fruncido. Di media vuelta y me apresuré a alcanzar al grupo.

El resto de la excursión fue una pesadilla para mí. Tuve que obligarme a mantener la actitud animada y profesional, charlar con todos, responder sus preguntas. La hora que pasamos en Campanario pareció un siglo gracias a mi preocupación y mi vértigo. Para peor, Lucas notó mis ojeadas de costado hacia abajo, y que me mantenía a distancia prudencial de bordes y barandas, cuidándome de mirar a lo lejos y nunca a las rocas directamente debajo. Cuando terminó de explicar el paisaje desde el mirador oeste, retrocedió adonde yo fumaba, los ojos perdidos en el lago hacia el norte.

—¿Te dan miedo las alturas? —inquirió en voz baja.

Asentí con un cabeceo leve, mis ojos en los contornos de la Isla Victoria.

—¿Y por qué no te quedaste abajo con Pedro?

—Dime, Lucía, ¿se puede vender la excursión con ascenso incluido?

Alcé las cejas en respuesta a Lucas y me acerqué a la baranda para contestarle al gerente de ventas de Tango México. Las piedras allá abajo parecían llamarme, prometiendo un lindo golpe y una silla de ruedas con moño rojo. Aparté la vista hacia el lago Moreno y pasé los siguientes diez minutos respondiendo dudas y preguntas de otros vendedores.

Cuando esperábamos para bajar, Lucas buscó mis ojos con una pregunta clara en su cara: ¿quería que bajara conmigo, por si me sentía mal? Era comprensible. La bajada en aerosilla del Campanario es breve pero empinada, y la gente con vértigo a veces se marea. Volví a ignorarlo y tomé la aerosilla con Joaquín. Lucas y las piedras podían irse juntos a hacer gárgaras. Casi cuarenta años de vértigo en una ciudad de montaña. Por algo no me había mudado a La Pampa. Claro que podía con el descenso, sobre todo con Joaquín al lado para distraerme.

El grupo decidió almorzar en una parrilla a mitad de camino de Catedral. Apenas estuvieron acomodados y con la comida pedida, me excusé con Joaquín y me despedí del grupo hasta el día siguiente.

Ni se me pasó por la cabeza ir a la oficina y fui derecho a casa. Mauro juró por teléfono que tenía todo bajo control y me podía tomar el resto del día si quería. Hasta se ofreció a preparar las órdenes de servicio para el día siguiente.

—Majo no tiene clases y se ofreció a quedarse para ayudarme —explicó, anticipándose a mi pregunta.

—Ya me parecía, tanta generosidad. Que no me entere que la oficina estuvo cerrada en horario de atención.

—Dios te oiga. Hasta mañana.

Ariel se había levantado un rato antes y me recibió con todo el pelo revuelto y los ojos más cerrados que abiertos.

—Hoy nos juntamos en lo de Rami —comentó mientras comíamos—, así que seguro que me quedo a dormir en lo de papá, que queda más cerca.

—Entonces tenés que llevarte todo para el colegio mañana.

—Sí, sí, no te preocupes.

A veces la empatía de mi hijo alcanzaba niveles increíbles. Acababa de dejarme en libertad para volver al Sendero esa misma tarde y fijarme si el demonio seguía sellado en la piedra.

—¿Y ya le avisaste a tu viejo? Vos viste que no le gustan las visitas sorpresas.

—Sí, ma, dijo que no hay problema.

- 3 -

El atardecer ensombrecía la huella bajo los coihues y cipreses que murmuraban en el viento. El aire era fresco, húmedo, quieto. La caminata se me hizo larga en mi ansiedad, pero finalmente me detuve frente a la piedra que buscaba. Ahora que estaba sola, me tomé mi tiempo para estudiar el sello roto. Tal como supusiera, era la única grieta en toda la piedra. Pasé la mano por los trazos que yo misma tallara en la superficie suave e irregular, seguí con la yema de los dedos la línea de la grieta. Ahí estaba, en el extremo inferior: el residuo de una secreción viscosa, incolora. Al acercar los dedos a mi nariz sólo confirmé lo que sospechaba. El demonio había escapado de su prisión.

Las ramas de un coihue crujieron en el viento sobre mi cabeza, ese ruido de puerta vieja que me encanta. Más arriba, el rumor del follaje recordaba el del mar. Miré a mi alrededor preguntándome qué me convenía hacer. Con el revoltijo de pisadas que nosotros mismos habíamos dejado esa mañana, era imposible tratar de encontrar las huellas del demonio en el sendero. Las ramas volvieron a crujir, esta vez un sonido más seco y breve que me hizo saltar sobre mis pies y hacia atrás, en guardia. Una risita entre maniática y estúpida sonó en la copa del coihue que crecía al lado de la piedra. Saqué la katana de la funda a mi espalda, estudiando las sombras bajo las ramas. Entonces sentí el calor de la Cruz en mi cintura. Casi simultáneamente, una figura oscura se dejó caer desde lo alto del árbol.

De no haber sido por la Cruz, me habría caído encima, destrozándome con sus dientes y sus garras. Alcancé a retroceder dos pasos y esgrimí la katana para cubrirme. El demonio se agazapó donde aterrizara con otra risita. Era tal como lo recordaba: un cuerpo negro, alto, flaco, de extremidades desproporcionadamente largas y piel correosa. Las piernas combadas, las manos le colgaban hasta las rodillas cuando se erguía, y corría en dos o cuatro patas según le conviniera. El escalón previo a los demonios antropomórficos, eran asesinos temibles. Como cualquier predador,

una vez que se cebaban con sangre humana no había forma de apartarlos de su nueva dieta. De instintos y sentidos muy agudos pero inteligencia casi nula, eran incapaces de articular frases complejas, aunque podían aprender a pronunciar palabras sueltas y entendían cuando se les hablaba. Reían y emitían gruñidos. Sus gritos agudos solían paralizar de miedo a sus víctimas.

—Así que encontraste cómo salir.

Su risa fue un gorjeo imbécil. Se estaba regodeando.

—No.

Resoplé. No recordaba que este demonio fuera especialmente estúpido, pero con los años, los recuerdos tienden a confundirse.

—Sello. Rompió.

—Sabés que esta vez no te voy a sellar, ¿no?

—Él. Pelear cazadora. Dijo.

Sus balbuceos me hicieron perder la paciencia. Lo ataqué sin esperar más. Me esquivó con una agilidad que no parecía afectada por la década de encierro. Fue un borrón de movimiento en el bosque en penumbras, saltó a un lado y sobre mí. Lo rechacé con todas mis fuerzas y lo obligué a retroceder. Cuando volví a atacarlo, echó a correr en cuatro patas hacia la playa. *Mejor*, pensé. *Ahí no está tan oscuro.*

Lo seguí sin vacilar, salvé el desnivel de un salto, corrí apenas mis pies rozaron el suelo. Estaba metido en el lago hasta las rodillas, tirándose agua en el abdomen y murmurando “quema”. Así que lo había herido al rechazarlo. Me detuve en la orilla y apoyé la punta de la katana en las piedras. Durante esa pausa advertí que el calor de la Cruz no había menguado. Lo sentía hormiguear alrededor de mi cintura y me alegraba ser capaz de percibirlo.

—¿Vas a pelear o un cortecito te metió miedo?

Estaba de un humor raro esa noche, enojada y a la vez muy segura de mí misma. Sabía que lo iba a convertir en cenizas en los próximos minutos y sentía una necesidad desconocida de dejar bien clara mi superioridad. Tal vez mis huesos no habían sido lo único lastimado después de cruzarme con el demonio alado diez días atrás, y mi orgullo también necesitaba algún bálsamo.

El mono, como lo llamaba para mí misma, se dio vuelta gruñendo, una baba blanca y viscosa goteando de su boca. Se inclinó hacia mí y apretó los puños. Su gruñido se hizo más fuerte.

Cerré los ojos un instante, lo indispensable para concentrarme en la Cruz. Fue como si la tuviera en la mano. Volví a enfrentar al demonio sonriendo y pronuncié las primeras palabras que lo borrarían de la faz de la tierra de una vez por todas.

Saltó de nuevo sobre mí. Pero era una noche clara y su cuerpo negro se recortaba a la perfección contra el cielo estrellado. Me agaché y alcé la katana perpendicular al suelo. Sentí con satisfacción cómo se hundía en el cuerpo del demonio, desgarrándolo en la propia inercia de su salto. Cayó detrás de mí como un títere con los hilos cortados, agitándose con estertores roncos.

Me acerqué sin prisa, encontré sus ojos rojos que ardían de locura y dolor y odio. Mi hoja le había abierto el abdomen desde el esternón hasta las caderas. Un humor pegajoso, inmundo, brotaba de la herida y humeaba al tocar las piedras. La satisfacción de esta victoria rápida se sobrepuso al asco.

—Él rompió —lo oí jadear—. Él vengar.

—Sí, claro.

Apoyé la punta de la katana en su cuello, que chirrió y humeó en contacto con la hoja consagrada. Saqué la Cruz, sorprendida de verla encenderse sin necesidad de apoyarla contra el demonio. La sostuve sobre la cabeza de la criatura y recité en voz alta y clara la oración más breve que conocía para esos casos. La Cruz destelló y resplandeció en la noche de primavera. Un vaho insoportable se levantó del cuerpo cuando empezó a desintegrarse en la luz. Después de un minuto eterno, del demonio no quedaba más que una mancha maloliente en las piedras de la orilla. Con suerte, las próximas lluvias lavarían su rastro.

Retrocedí hasta la orilla y sumergí la katana en el lago, dejando que el agua clara y fría lavara la hoja. Observé pensativa cómo la Cruz se iba apagando, con más lentitud que de costumbre. La volví a guardar en mi cintura con sus bordes aún iluminados por un brillo pálido, cálida contra mi cuerpo a través de la ropa. Saqué los cigarrillos. Me merecía una pausa tranquila, junto al lago, antes de caminar los cinco kilómetros hasta la parada de colectivo de la Capilla San Eduardo.

Suspiré cerrando los ojos, simplemente disfrutando la caricia del viento en la cara. Era una noche hermosa. Algunas nubes se

silueteaban en la luz de la luna que asomaba allá atrás, en la estepa. Las luces de unas pocas casas brillaban a lo largo de la orilla del Moreno. Centenares de estrellas señalaban la Vía Láctea.

El calor fue tan intenso y sorpresivo que me hizo doblarme hacia adelante como si me hubieran golpeado en el estómago. De pronto la Cruz parecía una brasa en mi cintura. Mi mano derecha se cerró instintivamente en la empuñadura de la katana cuando giré, enfrentando el muro de sombras que era el bosque. No logré captar el menor movimiento, ningún sonido fuera del rumor del agua en las piedras a mis espaldas y su eco en lo alto de los árboles. Sus palabras me tomaron tan desprevenida que me provocaron una puntada de frío quemante en el pecho.

—No tenías por qué saberlo, pero ése que acabás de matar era mi amigo.

Vi con ojos desorbitados la silueta que avanzaba desde el bosque. La reconocí sintiendo que me bajaba la presión y me temblaban las rodillas. Alto, oscuro, hermoso, cruel. El corazón me latía en la garganta. Lo único que evitó que me cayera redonda ahí mismo fue el calor de la Cruz, que pareció esparcirse por mi cuerpo para tranquilizarme. Me aferré a él con toda mi voluntad, incapaz de apartar la vista del demonio alado que se acercaba, interponiéndose entre mi único camino de escape y mis pies inseguros.

Un Resplandor en la Noche

- 1 -

Pedro y yo no nos sorprendimos de que Lucía se evitara venir a Catedral con la excusa de sus pendientes en la oficina. Iba a tener que pasar casi toda la semana con el grupo, así que era obvio que querría aprovechar esa tarde, sobre todo con su consabida adicción maníaca al trabajo.

Ese año había nevado tarde y la temporada de esquí todavía no había cerrado a pesar de que mediaba octubre, así que el cerro estaba bastante concurrido. Nos llevó un rato subir hasta el Lynch pero la espera valía la pena. En una tarde como ésa, una cerveza al sol en la terraza rodeada de nieve era un verdadero privilegio. Apenas pude desprenderme del grupo, fui a saludar a algunos conocidos en la aerosilla. Me alegró encontrar ahí a Nahuel, un guía de la última camada que hacía el invierno como patrullero. Tomaba mate con los silleros, las tablas apoyadas ahí cerca y ni la menor intención de trabajar por un rato. Cuando le di la mano, la retuvo mirándome con intensidad. Su cara tostada por el sol y la nieve se tensó un instante, después se arrugó alrededor de los ojitos brillantes, los labios se fruncieron entre el bigote y la barba con una sonrisa, y asintió, soltando mi mano.

—Así que te despertaste, nomás —dijo, en voz tan baja que tres semanas atrás no lo hubiera oído.

Me envaré y su sonrisa se acentuó. Comprendí que lo había hecho para probarme, y que acababa de confirmar lo que trataba de saber. Entonces lo miré con atención. Ver el aura de la gente puede deparar más de cuatro sorpresas desagradables, y en los últimos días había logrado aprender a bloquearlo a voluntad. Ahora simplemente entorné los párpados, apunté los ojos al hombro de Nahuel, y esa segunda vista se desplegó de inmediato. Contuve el aliento al descubrir el nimbo claro y brillante que lo rodeaba. Su risa baja, cálida, me hizo reaccionar.

—Vení, te invito una cerveza —dijo, parándose, y me palmeó el hombro para empujarme de regreso hacia el refugio.

—Estoy trabajando —respondí con gravedad, y reímos juntos como solíamos.

Una de las ventajas de ser guía es que en general te atienden sin necesidad de hacer la cola con los turistas y los esquiadores. El Lynch no era la excepción, y pronto nos sentamos con nuestras cervezas en un rincón, rodeados por una multitud en constante movimiento.

—Antes que preguntes nada, soy un mortal común y corriente —se anticipó Nahuel.

—Claro —sonreí, irónico.

Chocó su lata con la mía, tornó a mirar hacia afuera por el ventanal y suspiró.

—Bueno, un poco raro sería la definición más acertada, pero humano. —Me enfrentó sonriendo de costado—. Tengo esta… facilidad, ¿sabés? *Veo* a la gente. Su verdadero ser. —Se encogió de hombros como si eso completara su explicación—. Por eso hacía rato que sabía que no sos un mortal común y corriente. Y que vos todavía lo ignorabas. No sé qué serás realmente. Nada que yo haya visto antes, eso seguro. Pero no me importa. Para mí es suficiente con ver que no venís de abajo.

De allá no vengo pero allá voy, pensé con amargura. Me limité a asentir, esperando que no pudiera *ver* lo que sentía. Nahuel me observó un momento en silencio, como tratando de decidirse a hablar.

—Las cosas no andan bien, ¿sabés? —dijo luego, en un tono muy diferente a su habitual acento vivaz—. Hay alguien alborotando.

Asentí sin mirarlo, la vista perdida en las montañas allá afuera, blanco centelleante contra el cielo despejado. Yo tenía un nombre para ese alguien. Mi silencio impuso otra pausa.

—Escuché por ahí que hay alguien cuidando la zona. —Sus ojos hicieron la pregunta no formulada. Volví a asentir—. Pero hay mucha vibra densa en el ambiente, si entendés a qué me refiero. No creo que vaya a durar mucho solo.

—No está solo —gruñí, terminando mi lata de un trago.

Me observó un momento más, después asintió con una sonrisa tensa, breve. Mi afirmación parecía haberlo tranquilizado.

—Lucas, yo… Cualquier cosa que necesites… No sé si puedo ser útil, pero…

Me paré sonriendo. —Tenés mi número, ¿no? Avisame si te enterás de algo. Eso ya es más que útil.

Le tendí la mano por encima de la mesa. Me saludó sonriendo de oreja a oreja, al parecer muy contento por mi respuesta. Salí a ver en qué andaban mis pasajeros. Aproveché que los tenía a todos en mi campo visual y entretenidos para ir a sentarme un rato al sol. El llamado de Majo me sobresaltó. Me había adormecido sin darme cuenta. Y sus palabras me hicieron parar de un salto. Corté a medio camino de la mesa donde Joaquín charlaba con otros tres gerentes.

Por suerte no le pareció mala idea adelantar la bajada para evitarnos colas eternas en los medios de elevación. Por suerte los silleros nos dejaron colarnos con toda naturalidad. Por suerte pude bajar solo el primer tramo, y disponer de esos minutos para recuperar por completo la calma.

Esa mañana, cuando bajáramos al Moreno, había sentido la presencia de un demonio en el Sendero. Y el inexplicable tropezón de Lucía indicaba que ella también se había dado cuenta. Un cazador como ella no tropieza junto a un sello roto por casualidad. Y ahora mi hija me decía que Lucía se había tomado la tarde. Conociéndola, era obvio en qué iba a emplear su tarde libre. Saqué cuentas echando sapos y culebras. Hora y media hasta que pudiera dejar al grupo en el centro. Otra hora hasta Llao-Llao, como mínimo. Ella se las podía arreglar perfectamente con el demonio suelto, no era eso lo que me preocupaba. El problema era que sospechaba que Blas había roto ese sello también, y que no iba a desperdiciar la oportunidad de acorralarla de nuevo. Todavía no lograba descubrir qué buscaba Blas, pero sí adivinaba que tenía algo que ver con Lucía. Y ese algo no podía ser nada bueno.

Sólo mi presencia había evitado que la matara un par de semanas atrás. Por más corrupto que estuviera, no dejaba de ser un heraldo caído, nacido como mensajero. Era consciente de que no podía medirse conmigo, nacido para combatir. Ni siquiera ahora, que yo recién comenzaba a recuperar la consciencia y todavía ignoraba cuánto de mi antiguo poder me había acompañado en esta vida humana.

Si llegaba a encontrar a Lucía sola…

Ella era lo único que se interponía entre el infierno y las ciento treinta mil almas ignorantes de nuestro pueblo pintoresco e indefenso. Su muerte significaría carta blanca para cuanta larva del inframundo tuviera ganas de darse un tour gastronómico a costa de nuestros amigos, nuestros vecinos, nuestros hijos.

- 2 -

Pedro se mostró contento de que nos fuéramos antes de que se armara el embotellamiento cotidiano a la salida del cerro. La ruta no estaba muy cargada y en cuarenta minutos estábamos en el centro. En la oficina, encontré a Mauro explicándole a Majo algo sobre una cuenta, sentados con las sillas pegadas y perdiendo más tiempo en mirarse que en prestar atención a la cuenta. Me obligué a contener mi impaciencia, pero Majo notó que me pasaba algo. Alegué cansancio, aun sabiendo que no me iba a creer del todo.

Acepté el mate que me ofrecía Mauro para hacerse el buen yerno. —¿Querés que te lleve a casa, nena? —ofrecí.

Ella vaciló. Mauro asintió sonriendo, subiendo la apuesta a yerno virtuoso.

—Es que ahora empieza a entrar gente a comprar —dijo Majo—. Si no te molesta, prefiero quedarme a ayudar.

Señalé con dedo amenazador a mi amigo.

—Que llegue a casa temprano.

—Sí, cariño —rió él.

—Temprano a la noche, no temprano a la mañana.

—¡Papá! —exclamó Majo, colorada como una manzana.

Me tomé un momento para darle un beso a mi hija y golpear un poco a Mauro, cosa que no me tomara por suegro complaciente. Cinco minutos después aceleraba pasando el Monolito, mientras la noche se extendía sobre el lago.

Estuve a punto de provocar un choque en cadena cuando vi al hijo de Lucía en la parada del colectivo cerca de su casa. Logré bajar a la banquina sin atropellar a nadie, ignoré las puteadas de los que venían detrás de mí, me bajé de un salto y crucé la ruta en dos pasos. Ariel se sorprendió al reconocerme, pero yo no tenía tiempo para formalidades.

—Hola, Ariel. ¿Tu vieja está en tu casa?

—N-no, ¿por?

—¿Tenés idea dónde fue?

Su instante de vacilación fue un balde de agua fría que me forzó

a serenarme. *¡Sabe que es cazadora!*, comprendí, incrédulo. Me obligué a sonreír para disipar sus dudas. Surtió efecto, dándole la oportunidad de esquivar mi pregunta.

—¿Pasó algo? —preguntó a su vez.

—Boludeces de la oficina —me apresuré a mentir. No entraba en mis planes preocuparlo y meneé la cabeza cuando sacó su celular—. No hay drama. Mauro y yo la piloteamos. —Señalé hacia adelante con otra sonrisa—. Ahí viene el colectivo. ¿Vas al centro?

—Sí, a casa de un amigo, y de ahí a lo de papá.

Todos retrocedimos cuando el colectivo bajó a la banquina para detenerse en la parada.

—Portate bien.

Le guiñé un ojo y asintió riendo. Antes de que el colectivo volviera a arrancar, yo ya estaba a medio kilómetro de ahí y acelerando. No dejaba de asombrarme que Ariel estuviera al tanto de las actividades extracurriculares de su madre. Pero en ese momento podía darle un solo significado: no habría nadie en su casa en condiciones de darse cuenta si algo iba mal. Nadie que pudiera pedir ayuda por ella. *Cosa que ella, con su orgullo astronómico, no haría nunca.*

Fueron los veinte kilómetros más largos de la historia. Al fin pude estacionar al costado de la ruta, desierta en esa zona ahora que el tránsito turístico había terminado hasta el día siguiente. Un momento después corría por el Sendero hacia la playa que habíamos visitado esa misma mañana.

Apenas me interné entre los árboles, percibí la energía en movimiento allá adelante. El aura oscura, turbulenta de Blas, que parecía crecer para inundar el bosque en sombras. Y el aura de Lucía, más diáfana de lo que jamás la percibiera antes, radiante pero debilitándose a cada momento. Reconocí la energía de su amuleto y me sorprendió darme cuenta de que ambas estaban entrelazadas, fundidas en una. Me negué a preguntarme qué haría cuando llegara a ellos, porque la única respuesta era que no tenía la menor idea.

De pronto el poder de Blas estalló, alcanzándome como una onda expansiva que me hizo vacilar. La energía de Lucía se alzó ante el ataque, un rastro de luz inequívoco que luego menguó hasta casi desaparecer. Traté de correr más rápido y maldije estos

músculos humanos que no me permitían desarrollar más velocidad.

Entonces todo cambió. Por un segundo sentí el viento azotarme la cara con fuerza, y que mi pelo se enredaba a mis espaldas. Alcancé a advertir que los árboles a ambos lados del sendero se convertían en un muro borroso, mis pies apenas tocaban la tierra húmeda, los faldones de mi uniforme me golpeaban las piernas. Después, nada. Perdí toda percepción sensorial inmediata. Todo a mi alrededor se hizo claro como en pleno día y el aire ya no me ofrecía resistencia.

Más tarde llegué a la conclusión de que mi parte sutil se había impuesto a mi cuerpo físico, envolviéndolo como una coraza o una cápsula, para permitirme actuar acorde a la situación. De momento, sólo fui consciente de que podría llegar a tiempo, porque Lucía ya estaba agotada y era incapaz de seguir defendiéndose.

- 3 -

La energía de Blas volvió a incrementarse. Ahora podía leer en ella y supe que preparaba su último ataque, el golpe de gracia. Lo conminé silenciosamente a detenerse, sabiendo que me escucharía. La única respuesta que obtuve fue una carcajada burlona. Sin embargo, había logrado al menos uno de mis objetivos: distraerlo. Era cuanto necesitaba.

Irrumpí en la playa y vi que Lucía estaba caída de espaldas, apenas sostenida con sus codos, tratando infructuosamente de volver a levantarse. Blas permanecía a diez metros de ella y sostenía en su diestra un globo de energía oscura que brillaba con un matiz sangriento. Lo arrojó contra Lucía sin prestarme atención. La escuché ahogar un gemido, sabiéndose condenada. Crucé la playa y me detuve un paso por delante de ella, extendiendo mis brazos a los lados para cubrirla. El globo de energía se estrelló contra mi propia aura, que relumbró y destelló al absorberlo, un resplandor blanco azulado que me sorprendió porque era idéntico al de mis antiguos días de exorcista.

Cuando estuve seguro de que Blas no intentaría nada más, bajé los brazos y me volví hacia Lucía. Se había desmayado. Me incliné junto a ella para constatar que seguía viva. En el pasado me hubiera resultado imposible tocarla, pero este extraño híbrido en que me había convertido, parte sutil, parte denso, podía tratar con la materia de igual a igual. Pasé mis brazos bajo su cuerpo y la levanté con cuidado, haciendo descansar su cabeza en mi pecho sin que pestañeara siquiera. Entonces me erguí y giré hacia Blas, que seguía la escena divertido. Intentó acercarse, pero una mirada mía bastó para que mantuviera la distancia. Los dos sabíamos que no necesitaba tener las manos libres para hacerle daño. Reasumió su forma humana, se palpó el abrigo negro, sacó cigarrillos, se tomó su tiempo para prender uno.

—¿Pensás que te van a dejar volver si la ayudás?

No respondí. Él rió por lo bajo.

—Dejame decirte que estás equivocado: nunca te van a dejar

volver. Siempre le van a encontrar la vuelta de tuerca para seguir dejándote afuera.

Dejé correr su comentario, porque tenía la desagradable sensación de que hablaba por experiencia propia.

—¿Por qué la querés matar? —pregunté.

—¿Quién te dijo que la quiero matar?

Alcé las cejas y Blas volvió a reír, meneando la cabeza.

—Entendiste mal, exorcista. No quiero matarla. Al contrario, la estoy ayudando a desarrollar sus habilidades innatas.

Seguí mirándolo en silencio hasta que se encogió de hombros.

—Creé lo que quieras. No es asunto mío.

—Va a empezar a serlo —repliqué, y le di la espalda para dirigirme al sendero.

No tenía más tiempo para dedicarle. El pulso de Lucía era débil y empezaba a vacilar. Necesitaba llevarla a un lugar tranquilo donde pudiera estabilizarla.

—La práctica hace al maestro —dijo Blas desde la orilla del lago —. Después pedile que te cuente por qué no la puedo tocar.

No respondí ni miré hacia atrás.

Mientras regresaba hacia la ruta consideré la opción de dejar el auto ahí, sabiendo que no importaba adónde fuera, iba a llegar más rápido por mis propios medios. Pero al día siguiente iba a tener que ir a buscarlo antes de la excursión. O inventar una excusa convincente para haberlo dejado en plena noche en medio de Circuito Chico.

Llegué al auto en menos de un minuto. De a poco me iba sintiendo cómodo en mi cuerpo y perdía el miedo a exigirme como si mi parte humana no existiera. Protegido por mi parte sutil, mi cuerpo no sufría ningún daño.

Lucía gimió sin recuperar el sentido cuando la acomodé en el asiento del acompañante. Vi que no se mantendría sentada aunque le pusiera el cinturón de seguridad, así que recliné el asiento cuanto pude. Sentí una especie de tirón interno al arrancar. Mi consciencia física pedía volver a asomar para encargarse de algo que sabía hacer bien. Me concentré en mantenerla bajo control. Precisaba todos mis sentidos sutiles para que Lucía no se muriera por el camino. Pisé el acelerador mientras llamaba a casa. Majo atendió y corté. Mauro había mantenido su palabra, yerno obediente. Así que

no podía ir a casa. Seguí acelerando. La única alternativa era la casa de Lucía. Siete kilómetros más. Mejor que me apurara.

Remanso

- 1 -

Él estaba ahí.

Lo primero que vi al abrir los ojos.

Inmóvil y silencioso en la escasa claridad que entraba por mi ventana.

La cabellera larga y lacia como un río de hielo. La cara hermosa, irreal, tan serena. Los ojos tan claros que parecían de agua.

Su extraño atuendo oscuro hacía pensar en un uniforme militar antiguo. La ancha faja drapeada blanca, los detalles en puños y hombros, los faldones que le cubrían las piernas hasta las rodillas, los pantalones estrechos, las botas de caña alta.

Y su perfume.

Yo conocía ese perfume.

Lo había percibido sólo un instante, diez días atrás, la primera vez que me enfrentara al demonio alado. Mejor dicho, la primera vez que esa criatura había estado a punto de matarme. Ahora ya iban dos veces y contando.

Era el perfume que acompañaba a esa sombra fugaz que se proyectara sobre mí.

Recordaba lo que había pensado entonces: la muerte huele bien.

Pero no estaba muerta.

Reconocía mi pieza, mi cama, mi ventana.

De modo que el perfume que parecía envolverme como un abrazo fresco, reviviéndome, pertenecía a este ser desconocido que me observaba, tan quieto y hermoso como una estatua tallada en el mármol más puro.

Estaba de pie entre la cama y la ventana, unas manos increíblemente delicadas y fuertes a la vez quietas a los costados. No pestañeaba, ni siquiera parecía respirar.

Yo no sentía ningún dolor, sólo un agotamiento extremo. La mera idea de moverme bastaba para fatigarme. Y junto con la

ausencia total de dolor, experimentaba una tranquilidad absoluta, desconocida. Por primera vez desde que mi madre comenzara a instruirme para ser cazadora, hacía ya treinta años, me sentía completa e incomprensiblemente segura.

Él me vio abrir los ojos y esperó, sin alterar su inmovilidad ni su expresión, alerta y paciente al mismo tiempo. Respiré hondo, junté las manos sobre mi estómago, miré alrededor y mis ojos volvieron a él como atraídos por un imán.

—¿Cómo te sentís?

Su voz fue un susurro de agua cristalina. Fruncí el ceño y tragué, no estaba segura de poder articular palabra. Asentí en silencio.

—Necesitás descansar. Deberías volver a dormir.

Lo miré un momento más. Sus labios pálidos formaron algo cercano a una sonrisa.

—Mi nombre es Raziel —dijo.

—¿Como el Arcángel de los Misterios? —murmuré, y mi voz sonaba débil, enronquecida.

—Sí, pero no soy él.

Volví a ver la figura que apareciera frente a mí a orillas del Moreno. Recortada en negro contra una luz muy blanca de destellos azulados, los brazos abiertos en cruz, cubriéndome, el pelo larguísimo flotando en ese huracán de energía que me había dejado sin sentido un momento después.

—Vos me salvaste. —Lo afirmé, no lo pregunté.

Se limitó a asentir. El esbozo de sonrisa se había desvanecido. Ahora me observaba con atención.

—Gracias…

Intenté erguirme y se me escapó un gemido por el esfuerzo. Una mano firme me presionó con suavidad el hombro, instándome a volver a acostarme. Lo enfrenté confundida. No lo había visto moverse, pero ahora estaba de pie junto a la cama, inclinado hacia mí.

—Tranquila. Todavía no estás en condiciones de levantarte.

La habitación pareció girar a mi alrededor. Me cubrí los ojos con otro gemido ahogado. Seguía recordando fragmentos de lo que había ocurrido.

—Mis cosas…

—Están al lado tuyo.

Tomó mi mano con delicadeza y la guió a un costado sin apartar sus ojos de los míos. La hizo descansar en la empuñadura de mi katana, a mi lado sobre la cama, luego sobre la Cruz. Cerré los ojos con un suspiro al sentir su tibieza. El contacto con la Cruz y la presencia de este ser me transmitían una sensación de seguridad irresistible. Todo estaba perfectamente bien con ellos junto a mí. Sólo tenía que cerrar los ojos, dormir, recuperarme sin temer que nada ni nadie intentara hacerme daño.

—Descansá, Lucía.

La forma en que pronunció mi nombre me hizo estremecer. Esas cosas de la mente. Raziel, como había dicho llamarse, había sabido llegar a tiempo para evitar que el demonio alado me matara, había recogido mis dos elementos más valiosos, había sabido dónde vivía, se había quedado a cuidarme. Y yo me sorprendía de que supiera mi nombre.

—¿Qué sos? —murmuré, buscando sus ojos de hielo, de agua, de humo—. ¿Sos un ángel?

Volvió junto a la ventana sin que yo pudiera apreciar que se había movido siquiera. Sentí que no había puesto distancia conmigo, sino con mi pregunta.

—Ya va a haber oportunidad de que te lo explique.

Su respuesta me inundó de nuevo con esa inexplicable sensación de estar protegida y a salvo. No era una visión ni un sueño. Estaba ahí. Y volvería a estar.

—Ese demonio…

—Cuando estés bien.

Asentí. Me costó desviar la vista de su cara a las estrellas al otro lado de la ventana. Suspiré.

—Voy a buscar agua. Te va a ayudar a recuperarte —dijo con suavidad.

Esta vez sí lo vi moverse, y lo observé salir de mi cuarto hacia la cocina. No sé qué esperaba, pero me sorprendió la solidez de sus movimientos. Aunque inaudibles, eran pasos firmes, e innegablemente masculinos. Todo él era como una isla segura y sólida, serena, en medio de un mar difuso y agitado.

El agua de mi casa nunca me había sabido tan fresca, tan energizante. Casi podía sentir cómo mis células la absorbían. Como si todo mi cuerpo se hubiera convertido en un erial y este vaso de

agua fuera una lluvia inesperada. No era una sed común lo que sentía, mi garganta no estaba especialmente seca, pero antes de vaciar el vaso de un solo trago supe que necesitaba más. Raziel me siguió sirviendo hasta que estuve satisfecha, entonces me instó a volver a acostarme.

—Necesitás dormir —insistió, y me cubrió con la mitad libre del acolchado.

Tuve un miedo atroz de que se fuera. Sin pararme a pensarlo, estiré una mano vacilante hacia él.

—Por favor, no te vayas… —murmuré, avergonzada.

Raziel observó mi mano. En sus facciones perfectas había un claro gesto de sorpresa. Yo seguía débil y un poco mareada, no podía explicarle que su presencia me hacía sentir segura más allá de toda lógica y tenía miedo de dormirme si él se iba. No quería enfrentar sola las pesadillas que esperaban justo al borde de mi consciencia, listas para saltarme encima apenas bajara la guardia. Pesadillas sobre esa otra belleza, oscura y cruel, que siempre demoraba en matarme el tiempo justo para que él lo detuviera.

Mientras me miraba, y yo pensaba todo eso de una forma vaga y confusa, su expresión se suavizó. Para mi sorpresa, tomó mi mano y se sentó al borde de mi cama, junto a mis rodillas. Hizo descansar mis dedos en su palma. Su piel era fresca y suave, y sin embargo, increíblemente *real*. Este ser no me mostraba una figura humana que reflejara de algún modo su forma sutil, una especie de ilusión que me tranquilizara en sus semejanzas conmigo. Él era así. Un cuerpo real y concreto moldeado en esa gracia arrobadora, esa armonía tan pura que me dejaba sin aliento.

—Dormí, Lucía —repitió, y su voz parecía arrullarme.

—No vas a estar cuando despierte —logré decir, luchando por mantener los ojos abiertos.

—No. Pero voy a estar cerca siempre que me necesites.

Entonces su mano libre se apoyó un momento sobre mi frente y mis párpados cayeron como piedras.

Antes de dormirme, lo oí susurrar: —Que Dios te bendiga.

- 2 -

Pero la vida sigue su curso, y a las seis la alarma me devolvió a mi realidad cotidiana. Me costó levantarme, pero no mucho más que de costumbre. La ducha me ayudó un poco a despabilarme. Contra toda lógica, no tenía secuelas físicas de la noche anterior, ningún moretón, ni raspón, ni dolor muscular. Sólo estaba mortalmente cansada.

Había helado durante la noche, la escarcha todavía pintaba los jardines en la mañana fría. Pedro llegó a la oficina casi atrás mío, Lucas un poco después. Tomamos mate sin hablar demasiado y nos fuimos enseguida.

La excursión a San Martín fue el mal sueño que no había tenido por la noche. Aunque miles de personas la disfrutan cada año, para mí siempre resulta monótona, larga, aburrida. Tuve que forzarme a dejar de lado los recuerdos de lo que me había pasado, colgarme la sonrisita profesional y actuar mi papel. A nuestros pasajeros sí les gustaba la Ruta de los Siete Lagos, y Lucas era de la vieja escuela que prefiere guiar de pie, así que pude escaparme al asiento de adelante a tomar mate con Pedro, que me mantenía distraída con comentarios casuales sobre el camino o cosas del trabajo.

En esa época, la Ruta de los Siete Lagos todavía estaba en mitad de la obra de pavimentación, y sólo se tomaba para ir de Villa La Angostura a San Martín de los Andes. Eso nos obligaba a hacer todas las paradas a la ida. Por la tarde, el regreso por Rinconada, combinado con un almuerzo abundante en San Martín, surtió el efecto esperado y todos se durmieron antes de que pasáramos por Junín. Así que recliné un poco mi asiento junto a Joaquín y aproveché esas dos horas para dormir la siesta que tanto necesitaba. El atardecer nos saludó en Confluencia, el Valle Encantado teñido de dorados y púrpuras a nuestro paso.

Me sorprendió encontrar a Ariel en la oficina cuando llegamos. Más me sorprendió que respondiera a mi abrazo de saludo, en lugar de tratar de evadirse según su costumbre. Nos fuimos apenas pude dejar todo listo para el día siguiente. El fam tour tenía la mañana

libre y pensaba tomármela también.

Fue una noche tranquila, hogareña. Ayudé a Ariel a repasar biología, lo cual consistía en que él me explicara absolutamente todo porque esa materia nunca fue mi fuerte. Pero daba buenos resultados, y mis preguntas un poco obvias no le molestaban. Nos fuimos a acostar temprano y me desmayé más que dormirme.

Dediqué la mañana a la casa. Ariel volvió temprano del colegio y almorzamos juntos. Caí en la cuenta de que estaba evitando cuidadosamente hacer cualquier pausa que me permitiera pensar en lo que había pasado a orillas del Moreno. Y después. No era propio de mí. Sin embargo, no me sentía con ánimos para ir contra la corriente. Si algo en mi interior insistía en seguir adelante, por una vez estaba dispuesta a obedecer a mi instinto.

Esa noche, después de una tarde recorriendo hoteles, Joaquín me invitó a cenar. Yo había esperado una oportunidad de estar a solas con él, porque era un tipo encantador y me atraía físicamente. Pero en ese momento sentí con claridad que lo mejor que podía hacer era irme a casa.

Después de comer, Ariel se enchufó a la Play y perdió todo rasgo racional en un mundo de gruñidos e interjecciones incomprensibles. Terminé de limpiar la cocina y me fui a mi cuarto.

Cerré la puerta y me senté en la cama con la Cruz frente a mí. No necesité tocarla para sentirla. Su tibieza pareció alzarse hacia mí para envolverme. Cerré los ojos respirando hondo, dejé que su energía me rodeara y me envolviera como un manto. Era como un abrazo protector que me reconfortaba con su calor. Recordé cómo había reaccionado a los ataques del demonio alado, desplegándose como un escudo y ayudando a mi katana a desviarlos. Y al verlo, el demonio había retrocedido y ya no había intentado golpearme ni apresarme con sus garras. Se había limitado a crear esos globos espantosos de luz sangrienta y lanzarlos hacia mí. Chocaban contra la energía de la Cruz con un chisporroteo horrible, que aun ahora me provocaba escalofríos. Pero mi escudo se había debilitado ataque tras ataque, junto con mis propias fuerzas. Como si la Cruz y yo fuéramos una sola en ese momento, combinando la energía de ambas para protegerme.

Eso era lo que debía aprender a manejar. De alguna forma tenía que encontrar la manera de que mi energía no se agotara con tanta

facilidad. Intuía que debía funcionar como una actividad física, en la que la práctica incrementa la resistencia.

—Hasta mañana, mamá.

La voz de Ariel detrás de mi puerta me distrajo y la sensación de tibieza de la Cruz retrocedió.

—Hasta mañana, hijo. Que Dios te bendiga.

Así que también se relacionaba con mi concentración. Otro dato a tener en cuenta. Envolví la Cruz en su paño para guardarla y me fui a dormir.

- 3 -

Los días siguientes trajeron un regreso paulatino a la rutina. Volví a estar en la oficina las horas que no pasaba con el fam tour, cuya semana se iba terminando. El jueves pude hacer jornada completa mientras ellos iban a Isla Victoria con Lucas, y tuve que reconocer que extrañaba mi escritorio en el rincón. Mauro y Majo se las habían arreglado bastante bien en mi ausencia, aplicando la sencilla regla de apilar en mi escritorio todo lo que no podían resolver. Así que me encontré con una linda pila de pendientes que me mantuvo entretenida hasta entrada la tarde. Para el viernes, el último día del fam tour, teníamos programada la excursión a Tronador y ahí me fui, por una vez feliz ante la perspectiva de abandonar mi pequeño feudo.

El bosque estaba hermoso como siempre, y el lago Mascardi nos regalaba todos sus colores en cada parada. Lucas nos hizo detener en un acantilado pasando el mirador de la Isla Corazón, para explicar mejor el efecto del avance de los glaciares en la conformación del terreno en esa zona. Nunca había estado ahí, y me aparté del grupo mientras Lucas hablaba. Bajé con cuidado un desnivel de un metro, hasta el tope achatado de un peñasco que formaba parte de la pared del acantilado. Controlé mi miedo para acercarme un poco al borde de roca y me senté a disfrutar la vista con un suspiro. El lago se abría ante mí, turquesa, esmeralda, azul marino, alargándose entre los cerros enredados con las nubes, que volaban apuradas hacia el noreste.

—Bien vale un poco de vértigo, ¿no?

La voz de Lucas a mi espalda no me sobresaltó. Tal vez fuera obra de esos días de trabajar juntos, pero tampoco me molestó su proximidad. Asentí sin volver la cabeza hacia él. Se adelantó para pararse al filo mismo del peñasco y respiró hondo, con satisfacción, las manos en los bolsillos. Por primera vez me detuve a considerar que parecía uno de los pocos guías que, después de quince años de profesión, todavía disfrutaban lo que hacían. Quizás ése era el secreto de su éxito con los pasajeros: no se limitaba a acompañar e

informar, sino que compartía con ellos lugares que le gustaban.

Después de almorzar en Pampa Linda llevamos al grupo al Saltillo de las Nalcas. Hasta Pedro vino con nosotros, lo cual fue una suerte, porque las últimas lluvias habían convertido el sendero en un largo charco de un par de centímetros de profundidad, desde el puente hasta la pasarela de madera. Así que él y Lucas se dedicaron a ayudar a los demás a ir pasando por tronquitos, cañas caídas, bordes de barro, sosteniéndolos para que no resbalaran, hasta que llegamos a terreno más seguro. El rumor de la cascada era un verdadero rugido cuando salimos al claro donde caía, millones de gotitas invisibles suspendidas en el aire, rociándonos la cara cuando nos acercamos, destellando en los rayos de sol que escapaban entre las nubes.

Joaquín estaba encantado, y me comentó que esa zona era perfecta para un programa de turismo de aventura que venía planeando hacía tiempo. Su interrogatorio se interrumpió un rato en Ventisquero Negro, mientras veíamos varias avalanchas y las nubes seguían abriéndose, dejando que el sol por fin nos alcanzara. Me quedé hablando con él y con Pedro en la base, mientras Lucas se llevaba al grupo a caminar. Pedro conocía la zona mucho mejor que yo y nos aportaba opciones de actividades, alimentando el entusiasmo de Joaquín.

Varias noches en Pampa Linda, trekking al refugio Meiling con pernocte, caminata al mirador del glaciar Castaño Overo, cabalgatas, más caminatas. Había mercado para eso, y Joaquín había estado buscando un lugar como éste para armar el producto adecuado. No teníamos que apurarnos a lo tonto para tener todo listo lo antes posible. Lo mejor era tomarnos todo el año y largarlo para la siguiente temporada de verano.

Hicimos todo el camino de vuelta conversando en voz baja para no molestar al resto del grupo, que dormía a pierna suelta. Su semana en Bariloche los tenía agotados. Esa noche, considerando que era fin de semana y el único compromiso del día siguiente era alcanzar un avión a las tres de la tarde, insistieron en que Lucas y yo saliéramos con ellos.

Fue una noche larga y divertida. La pasamos todos tan bien, que al amanecer ni se me ocurrió negarme cuando Lucas se ofreció a llevarme a casa.

IV - La Noche y las Máscaras

El Amanecer del Entendimiento

- 1 -

En el momento no me paré a pensarlo, y después era demasiado tarde.

El hecho consumado era que había permitido que Lucía me viera, le había dicho mi nombre, le había prometido explicaciones posteriores. Y le había asegurado que la ayudaría siempre que me necesitara.

A eso llamo meter la pata hasta el cuello.

Y sin embargo, no era lo peor. Lo más grave era que había sido totalmente sincero.

Me había desarmado con una mirada y una mano temblorosa.

Mi guiada a San Martín al día siguiente había sido la más patética desde que me recibiera, y era de agradecer que los vendedores no lo hubieran notado. Tenía tantas cosas en la cabeza que tenía que pensar antes de decir el nombre de cada lago, sin exagerar.

Todavía me sorprendía esa faceta que descubriera en Lucía. La conocía gruñona y eficiente en la oficina. La había conocido fuerte y temeraria en sus enfrentamientos con Blas. La había visto aprovechar su amuleto como el cazador más avezado, utilizándolo de escudo cuando sus propias armas no alcanzaban.

Pero no estaba preparado para su fragilidad, para su temor. Me resultaban inesperados de una forma exasperante. Y lo que más me exasperaba era mi propia reacción ante su debilidad. Porque pasé los días siguientes bien atento, sobre todo por la noche, listo para salir corriendo ante la primera señal de peligro para ella. O por si de alguna manera trataba de llamarme.

Ni siquiera había considerado decirle quién era yo en realidad. En algún momento de esa noche, mientras velaba su sueño con su mano en la mía y se iba haciendo hora de que volviera a casa, a ducharme y cambiarme antes de la excursión, había tomado la

decisión de cumplir mi palabra sin meter palos en la rueda.

Su llamada llegó un amanecer de domingo, una semana después de que se fuera el fam tour. Yo estaba en casa de Inés, que esa noche en El Dutch otra vez me había buscado hasta encontrarme y ahora dormía al lado mío. Lo sentí con tanta claridad que me sobresaltó. Era como si Lucía se hubiera asomado al dormitorio de Inés susurrando mi nombre.

—*¿Raziel…?*

Inés se despertó cuando me levanté, me preguntó qué pasaba. No le gustó nada que me fuera, pero tampoco le estaba pidiendo permiso. A esa hora había poco tránsito en la ruta y llegué a casa rápido. Majo ya había vuelto de su salida de sábado a la noche y dormía. Un momento después estaba en la ladera del cerro Otto. La transición me había resultado mucho más fácil de lo que esperaba: necesitaba llegar ahí con mi apariencia sutil y ahí estaba, con el aspecto que correspondía.

Me sorprendió encontrar a Lucía al tope de unos peñascos, con toda la ladera cayendo a sus pies, la ciudad y el lago abriéndose ante ella. Clareaba allá en el este, sobre la estepa. Debía haber salido de su casa varias horas antes de llamarme para estar ahí arriba en ese momento. Estaba sentada a varios pasos del borde de roca, fumando con la Cruz de Caravaca a su lado sobre la piedra fría. Me acerqué a paso lento, dándole tiempo a que me viera. La sonrisa con la que me recibió me dejó de una pieza. Jamás había imaginado una expresión tan cálida en su cara. Era casi… dulce. No esperaba que se alegrara tanto de volver a verme. Me limité a asentir a modo de saludo, cuidando que mi cara no pusiera en evidencia mi sorpresa. Cuando llegué junto a ella, miré hacia abajo y me permití sonreír. Se había sentado en un lugar que le ocultaba la escarpada cuesta del cerro. Sabía lidiar con su vértigo.

—Viniste —dijo en voz baja, un poco insegura.

—Me llamaste —respondí, enfrentándola.

Asintió alzando los hombros. Tenía el pelo suelto, calzas y polar negros, su piel pálida resaltaba en la luz vacilante del alba. Fue la primera vez que me percaté de que era una mujer hermosa. Me senté a pocos pasos de ella, también de frente al lago. Esperé que hablara pero siguió en silencio. Percibí su titubeo: no sabía cómo

empezar. Mantuve la vista al frente.

—¿Qué querés preguntarme?

Lo deseara o no, yo era quien era, sobre todo en ese momento en que me mostraba a ella en mi verdadera forma. Mi voz sonaba inevitablemente calma, un poco fría, sin dudas distante.

—Quería… Necesito saber…

Encontré sus ojos claros fijos en mí, hablando por sí mismos.

—¿Con quién querés que empiece? ¿Él o yo?

—Él.

Respondió de inmediato, un eco de furia en ese monosílabo.

—Alguna vez fue un ángel —dije, cuidando que mi voz se mantuviera tranquila y controlada, carente de emociones.

—¿Un ángel? —repitió en un susurro horrorizado, y podía sentir que todo su ser se rebelaba ante la idea.

—Ignoro el motivo, pero fue expulsado. —Hice una pausa involuntaria al pronunciar esa palabra, que dolía como una herida abierta y supurante. Como lo que era en realidad. Aún. Siempre. Me obligué a continuar y decirlo—. Se convirtió en un Caído. Y en algún momento, por razones que desconozco, le dio la espalda a su origen y su pasado. Se densificó hasta hacerse humano y no se detuvo ahí. Siguió densificándose. Se demonizó. En este momento es más un demonio que otra cosa, su centro completamente desplazado hacia abajo.

La miré para ver si me comprendía. Lucía tenía el ceño fruncido y los labios apretados.

—Eso significa que la fuente de la que toma su energía… —tercié.

—Es el infierno —completó ella.

—Sí, en tus palabras.

—Es tan poderoso. —Se estremeció al decirlo.

—No tanto. Todavía no sabés cómo enfrentarlo.

Sonreí ante su sorpresa. Sus ojos se desviaron hacia la Cruz y asentí una vez más.

—Tenés que aprender a usarla. ¿De dónde proviene?

La tomó con una mueca y respondió contemplándola. —Hace generaciones que está en mi familia. Todas nosotras tenemos una. Sólo sé que son réplicas bendecidas de la Cruz de Caravaca.

Me la ofreció con gesto tímido y alzó las cejas interrogante

cuando meneé la cabeza.

—No puedo. Es demasiado sagrada para mí.

Al advertir su incomprensión, le mostré la palma de mi mano derecha. Aunque mi cuerpo físico no mostraba marcas, mi parte sutil aún las conservaba claras. Había tocado la Cruz una sola vez, cuando volviera a la playa del Moreno a buscar las armas de Lucía después de dejarla a ella en su casa durmiendo, ya fuera de peligro. Me había quemado.

Ella se inclinó hacia mí. Me pidió permiso con la mirada para tocarme, sostuvo mi mano y deslizó un dedo como un soplo por la cicatriz. Me enfrentó con los ojos desbordantes de preguntas.

—Yo también soy un Caído, Lucía.

- 2 -

Su reacción me sorprendió. Esperaba que me soltara y se apartara de mí, como mínimo. Acababa de decirle que era igual a esa criatura aviesa que había estado a punto de matarla dos veces en un mes. Pero los dedos que sostenían mi mano se cerraron, estrechándola, y su otra mano cubrió la marca en mi palma. Alcé la vista para encontrar sus ojos, que se habían vaciado de preguntas y ahora brillaban húmedos. Sabía que nada en mí revelaba el desconcierto que me superaba. Ella sólo vería una cara serena e inexpresiva, y era una suerte. Porque la emoción que me provocaron esas lágrimas contenidas habría sido difícil de explicar.

—Vos no sos como él —dijo.

Era inevitable la ironía. —¿Cómo podés saberlo? —*Vos, una simple humana que no ve más allá de sus narices, confinada a tus sentidos físicos, atada al tiempo y al espacio.*

Esta vez me dejó sin aliento.

La Cruz en su regazo destelló débilmente, y en la creciente claridad del día que empezaba, la silueta oscura de Lucía se recortó con un resplandor muy blanco que la envolvió en un instante. Traté por instinto de retirar la mano que ella aún tenía entre las suyas, pero no me lo permitió. Me miró de lleno a los ojos mientras el resplandor de la Cruz me alcanzó y trepó por mi brazo para envolverme a mí también.

Por un momento todo se desvaneció a mi alrededor. Sólo podía ser consciente de ese calor amable, protector, que me colmaba el pecho hasta que parecía a punto de estallar. Hacía tanto que no sentía nada igual. Casi seiscientos años en tiempo humano. Una eternidad para la soledad de mi exilio. Entonces el calor retrocedió, el brillo menguó hasta extinguirse, y la brisa del amanecer marcó un rastro húmedo en mi mejilla. Lo toqué, atónito. ¿¡Una lágrima!? Me volví hacia Lucía, que todavía me observaba.

—Vos no sos como él —repitió en un susurro rabioso. Soltó mi mano con suavidad y tornó a mirar hacia adelante, al sol que se anunciaba—. ¿Me enseñarías a enfrentarlo?

Me resultó imposible responderle de inmediato. Seguía sacudido por lo que había sentido. Por no mencionar la sorpresa de verla usar la Cruz con tanta facilidad, cuando dos semanas atrás apenas sabía para qué servía. Imagino que adivinó mis mil interrogantes en mi ceño fruncido. Se tomó un momento para prender un cigarrillo y sostuvo la Cruz con una mueca pensativa.

—De un día para el otro descubrí que podía sentir su energía, y que me servía para protegerme, porque rechaza cualquier cosa que me pueda hacer daño —dijo sin mirarme—. Y después de esa noche en el Moreno, cuando volviste a salvarme, me resulta cada vez más fácil "sintonizarme" con ella. Pero estoy segura de que no alcanza. Tiene que haber mucho más. Vos mismo lo dijiste: tengo que aprender a usarla. Pero no creo que pueda hacerlo sola.

Calló esperando mi respuesta, pero yo me había caído en otra sorpresa: ¿sabía que yo había intervenido antes entre ella y Blas?

—Raziel…

La miré antes de desviar la vista hacia el lago.

—¿Para qué querés adquirir ese poder? —pregunté con acento neutro.

Estaba seguro de su respuesta, pero era necesario que la formulara en voz alta. A los humanos no basta con recordarles sus intenciones: es necesario atarlos a sus propias palabras.

—Para que ese engendro corrupto y sus amigos dejen de ser una amenaza para los míos, para mi hogar.

Su acento bajo, reconcentrado, no dejaba lugar a dudas. No hablaba la dueña de Turismo Alerces que me gruñía cada mañana, ni la madre de Ariel, ni la amiga de Mauro. La que hablaba era la cazadora. Una cazadora fuerte y valiente. Y muy cabreada con el enemigo que la había herido y la había llenado de miedo.

Me paré y me alejé unos diez metros. Cuando giré hacia ella, la encontré mirándome desconcertada. Le indiqué que se pusiera de pie.

—La Cruz —tercié, viendo que la había guardado—. Por ahora vas a necesitar tenerla en la mano para usarla.

Obedeció llena de curiosidad. Abrí mi mano y concentré energía. Hacía mucho que no lo intentaba, y me sorprendió que no me costara volver a hacerlo. Ella me observaba con la Cruz en la mano, floja junto a su pierna. Liberé la energía en forma de rayo, una línea

gruesa de luz azulada que relumbró hacia Lucía sin previo aviso. Sólo en el último segundo atinó a levantar la Cruz para cubrirse, pero era demasiado tarde.

Agradecí mi velocidad para moverme, porque salió despedida hacia atrás y alcancé a evitar que se golpeara de cabeza contra una roca. Cuando me vio sosteniéndola, dio un salto a un costado como si la hubiera picado un escorpión.

—Ouch —gruñó.

—Si tenés que aprender a esquivar piedras, no sirve que te tire flores.

—Imagino que no.

Se alejó con paso decidido y se plantó a seis o siete metros, esta vez sosteniendo la Cruz con ambas manos frente a ella y una resolución firme pintada en la cara.

Terminó resultando entretenido, al menos para mí. Lucía mejoraba su defensa intento tras intento, mientras el sol despertaba a la ciudad que trepaba por las laderas bajas. Hasta que dieron las nueve. Entonces le indiqué que bajara la Cruz. En ese momento estaba tan concentrada, que me iba a rechazar por puro reflejo si trataba de acercarme.

—Suficiente por hoy.

Su cara fue la de un nene al que le niegan el decimoquinto caramelo. No pude evitar sonreír.

—Pueden vernos.

Asintió suspirando, guardó la Cruz y me enfrentó esperando que dijera qué haríamos a continuación. Señalé hacia abajo, negándome a preguntarme por qué iba a hacerle semejante ofrecimiento.

—No te puedo llevar hasta tu casa en pleno día, pero te puedo ahorrar la bajada.

Ella miró el barrio a nuestros pies, dubitativa. Retrocedió un paso para controlar su vértigo y se encogió de hombros.

—No puede ser mucho peor que bajar caminando —murmuró.

—Por lo menos va a ser más rápido.

Le tendí una mano y le indiqué que se acercara a mí.

—Agarrate de mis hombros —le dije, rodeándole la cintura con un brazo.

Me incliné para que pasara su brazo por mis hombros y le acomodé el otro sobre mi pecho. Sentí que su pulso se aceleraba

cuando la apreté contra mi costado.

—¿Lista?

Asintió agarrándose a mí con fuerza. Busqué sus ojos brillantes, tan cerca de los míos.

—Tal vez sea mejor que no mires.

Meneó la cabeza. Le di tiempo de respirar hondo y salté.

Elegí una franja de sol que daba de lleno en esa parte de la ladera y me sumergí en la luz. Su brillo ocultó mis alas cuando se desplegaron. Son la parte más sutil de mi cuerpo y sólo se manifiestan cuando las necesito. Absorben y reflejan la luz porque es de lo que están hechas.

Sentí temblar a Lucía cuando nos zambullimos de cabeza en el aire frío y húmedo de la mañana, el bosque precipitándose hacia nosotros. Cubrí con la mía sus manos aferradas a mi hombro y la estreché un poco más contra mi cuerpo para darle seguridad. Su corazón parecía un tambor en su pecho. Sabía que lo que para mí era flotar, para ella era una caída en picado fuera de control.

Me dirigí a un hueco entre los árboles y tocamos tierra en medio de Rancho Grande, a menos de un kilómetro de su casa. No la solté de inmediato porque advertí que sus piernas no la iban a sostener. Ella respiró un par de veces antes de aflojar su presa en mi hombro, demoró un momento más en tratar de apartarse de mí. Miró hacia atrás y hacia arriba, el peñasco desde el que habíamos saltado.

—Guau —resolló, todavía agitada.

—Esa calle baja hasta la ruta —le señalé, alejándome de ella otro paso.

Vaciló, frunció un poco el ceño.

—¿Cómo…?

—Como hoy. Llamame.

Asintió tratando de sonreír e hizo un gesto de despedida antes de echar a andar cuesta abajo. Permanecí donde estaba. Le sonreí cuando miró hacia atrás.

- 3 -

Había poco trabajo, como siempre en noviembre. Pedro y yo hacíamos las pocas excursiones que armaban en la agencia, y César se encargaba solo de los traslados. Éramos los tres de confianza, y Lucía y Mauro acordaron que se turnarían para cubrir las mañanas, y empezarían a cerrar los sábados a la tarde y los domingos hasta mediados de diciembre. Mi hija insistió en hacerse cargo de las salidas de los domingos a la mañana, ganándose la gratitud eterna de los dos.

Lucía volvió a llamarme en su segunda mañana libre. Su voz me alcanzó clara, inconfundible, cuando bajaba de Campanario con diez pasajeros. Los acompañé hasta la kombi, le dije a Pedro que iba al baño y salí disparado hacia el cerro Otto.

—Disculpá, pero estoy en medio de Circuito Chico con tus pasajeros.

No era la mejor excusa para darle. Opté por la otra, inapelable, de la discreción. Acordamos que en adelante nos encontraríamos después de la caída del sol, para evitar ser vistos cuando practicábamos. Desaparecí sin darle tiempo a hacer preguntas. Volví al baño en la base de Campanario, me reuní con mis pasajeros y seguí guiando.

Me sentía como el Hombre Araña repartiendo pizza.

Nos habituamos a reunirnos tres o cuatro veces por semana. A veces nos quedábamos en el cerro Otto, otras nos íbamos a lugares más alejados. Yo recuperaba el placer de volar desde una perspectiva completamente nueva. Con mucho cuidado, permitía que mis sentidos humanos asomaran un poco en esos momentos, sólo lo indispensable para disfrutar la deliciosa sensación de velocidad, el viento cargado con los olores del bosque, la frescura de las noches. Lucía aseguraba que iba superando el terror que le inspiraba volar conmigo, pero su corazón seguía desbocándose cuando sus pies se separaban de la tierra amiga.

Si llovía, le cubría los ojos con una mano a pesar de sus protestas y subía por encima de las nubes. En una ocasión, en que la

luna ya se había puesto, me pidió en un hilo de voz si podíamos demorarnos un momento viendo las estrellas. Recuerdo que me eché a reír. No podía explicarle la belleza que tenía para mí el destello de esos soles lejanos, que tintineaban como cascabeles en mis oídos sutiles.

Además de aprender a utilizar la Cruz, una habilidad que Lucía estaba desarrollando con facilidad asombrosa, le propuse ayudarla a perfeccionar su manejo de armas blancas. Era buena con su katana, pero sus técnicas no superaban lo básico, desaprovechando gran parte de las posibilidades que le ofrecía. También empecé a enseñarle a luchar sólo con la espada corta, y con puñal. Resultaba una alumna estimulante, que absorbía conocimientos con avidez y los aplicaba con acierto, y a principios de diciembre empezamos a combinar la Cruz y las armas blancas en nuestras prácticas.

No dedicábamos todos nuestros encuentros a entrenar. Las lluvias de primavera a veces entorpecían los ejercicios al aire libre, y después de pescarse una gripe virulenta, la convencí de permanecer a cubierto si era necesario. Siempre había rocas que podían darle refugio, o partes del bosque especialmente cerradas, y hasta el porche de su casa ofrecía un buen lugar, tranquilo y reparado, para reunirnos al aire libre. Sobre todo porque además le agregaba la posibilidad de una bebida caliente si la noche era fría.

Esas noches nos quedábamos charlando, a veces durante horas. Así supe del increíble clan de cazadoras del que formaba parte. En mi época de exorcista, la tarea de cazar demonios se había desarrollado de forma organizada sólo en Europa, y por supuesto que era tarea exclusiva de hombres. Pero resultaba lógico, y hasta obvio, que las mujeres fueran mejores. Su capacidad de concebir les proporciona un detector natural de seres del inframundo, que no están realmente vivos. Compartió muchas anécdotas de su labor cuidando Bariloche, y sus experiencias cuando había visitado a alguna de sus parientas en otras partes del país o del continente.

Adiviné una historia sentimental dolorosa después de su divorcio del padre de Ariel. Su voz se quebró cuando la conversación la llevó por casualidad a esa época, y se apresuró a cambiar de tema.

Los demonios amazónicos la fascinaban, y tuve que responder un extenso interrogatorio antes de que su curiosidad quedara mínimamente satisfecha. También le gustaba preguntarme sobre los

mitos bíblicos, y la Gran Guerra despertaba en ella una sed de conocimientos que resultaba difícil de saciar. También le interesaba muchísimo todo lo referente a los ángeles, pero tan pronto como intuyó que ese tema me incomodaba, lo hizo a un lado y jamás volvió a mencionarlo.

Mientras tanto, mi vida humana se desarrollaba con absoluta normalidad. Por suerte veía poco a Lucía en la oficina. La aversión que me tenía parecía haberse suavizado después de trabajar juntos con el fam tour, pero eso complicaba las cosas en vez de solucionarlas. Hubiera preferido que siguiera sin dirigirme la palabra más que de mala manera y cuando era indispensable. Ahora hasta aceptaba tomar mate conmigo si Pedro todavía no había llegado, y las mañanas en que Mauro y Majo entraban más tarde, el rato que pasábamos solos en la oficina se me hacía eterno.

A medida que la conocía más, no podía evitar sentir afecto por ella. Era la primera vez que conocía a un humano con quien tenía tanto en común y que me trataba casi de igual a igual. Para colmo, además de encontrar en ella muchas cosas dignas de respeto, también había descubierto que era dueña de una sensibilidad muy especial, y que su lealtad por los que amaba era inquebrantable. Se hacía difícil seguirle la corriente con su pose antipática cuando ponía su vida en mis manos con absoluta confianza, y compartía conmigo temores, inquietudes y esperanzas.

Cada tanto Majo hacía algún comentario sobre mi evidente buen humor, tratando de hacerme confesar que había conocido a alguien. Sabía que estaba saliendo menos de noche, y ella y Mauro habían llegado a la conclusión de que mantenía un noviazgo secreto y tal vez hasta me había enamorado.

Sus preguntas me hacían reír hasta las lágrimas. No podía explicarle que por primera vez en siglos no me pesaba ser lo que era. De pronto había despertado a esta vida humana con la que me sentía satisfecho, y sin saber bien cómo, estaba encontrando un equilibrio interno que me hacía sentir más completo. No le podía decir que en los últimos dos meses la amaba mucho más que hasta entonces, aunque pareciera imposible, porque ahora la veía tal cual era y eso me hacía feliz, me llenaba de orgullo y gratitud. No le podía decir que en los últimos dos meses Mauro era más mi amigo de lo que fuera nunca, que mi trabajo era mucho más placentero,

nuestra ciudad mucho más hermosa. Que ser un hombre era excelente, y la posibilidad de percibirlo con mi parte sutil lo hacía todavía mejor.

No le podía decir que en las últimas semanas había recuperado, después de tanto dolor y tanta incomprensión, la certeza clara e inequívoca de la presencia de Dios como un faro radiante, inacallable en la noche del alma. Todavía ignoraba si el camino que me mostraba me llevaría de regreso a Él. Pero sabía que era el cambio que me ofrecía y al fin estaba dispuesto a intentarlo.

Así que la abrazaba riendo y le besaba la frente como cuando era una nena. Y ella siempre terminaba riendo conmigo.

- 4 -

Un viernes a la noche, a fines de noviembre, Lucía me llamó a su casa. Se sobresaltó al verme aparecer en su comedor, hasta que su mente procesó lo que ya sabía: que me podía mover mucho más rápido de lo que ella era capaz de percibir y no me había teletransportado ni nada por el estilo, sino que había abierto y cerrado la puerta sin ruido.

—Trabajo —dijo, señalando su mochila sobre la mesa—. Diego me escribió. Parece que la abuela de alguien anda moviendo más muebles ahora que cuando estaba viva.

—¿Dónde?

—En el Arrayanes, atrás del cementerio. La familia tuvo que mudarse porque la dueña de casa casi se muere de un infarto de miedo.

—¿Querés que te acompañe?

Mi ofrecimiento la tomó por sorpresa. Comprendí que sólo me había llamado para explicarme por qué no podía reunirse conmigo como habíamos acordado.

—¿Cómo vas a ir hasta allá?

—Todavía es temprano, así que pensaba tomarme el colectivo hasta el centro y de ahí… —Se interrumpió al ver mi sonrisa y sonrió también—. Con vos puedo llegar mucho más rápido, ¿no?

—Pensaba más en la vuelta que en la ida, si se te hace tarde.

—Tenés razón. Salgamos por atrás. Los vecinos de ese lado ya están durmiendo.

Fue la primera vez que “trabajamos” juntos. En realidad, me limité a verla actuar. Tal como Lucía dijera, en esa casa se había refugiado el ego de una mujer muerta, que resultó ser una tía de la dueña de casa. La había criado, literalmente, y se resistía a alejarse de ella. Lucía la conjuró con ayuda de la Cruz dentro de un sello de restricción, para que no pudiera hacerle daño, y conversó un buen rato con el fantasma. Así supimos que estaba preocupada porque su sobrina seguía casada con un hombre que la maltrataba de forma sistemática, a ella y a los hijos de ambos. A medida que hablaban,

la imagen del ego se iba limpiando, hasta que recuperó el aspecto que tuviera en vida. Sólo entonces Lucía abrió el portal para que cruzara. La mujer fue atraída de inmediato por la luz, pero sus miedos la retenían. Lucía le prometió ayudar a la dueña de casa, y le aseguró que desde el otro lado podría velar por ella sin asustarla.

—¿Cómo sabés si puede cuidarla desde el otro lado? —le pregunté después.

Lucía se encogió de hombros.

—No lo sé, pero es lo que esa señora necesitaba escuchar. Quiero creer que allá va a encontrar una manera mejor de ayudarla, o va a terminar de desprenderse de esta vida y ya no le va a preocupar.

Su razonamiento era sencillo e inobjetable. Ahora venía la parte más difícil: lidiar con los humanos. La acompañé caminando hasta donde se estaban alojando los dueños de la casa, con unos amigos. Me mantuve a varios pasos mientras hablaba con el hombre, sin intervenir pero ostentosamente preparado para hacerlo. Lucía no anduvo con rodeos y le advirtió que el maltrato al que sometía a su familia era el motivo de los fenómenos en su casa, y que no podía asegurar que no ocurriría una desgracia si él no cambiaba de actitud.

—De todas formas, yo misma me voy a encargar de que no vuelvas a maltratar a nadie.

—No tenés con qué hacer una denuncia —respondió el tipo, amenazante.

A Lucía no se le movió un pelo. —No pienso hacer ninguna denuncia. ¿Conocés al Alan? Yo también.

El hombre retrocedió un paso. Ella dio media vuelta y vino a mi encuentro.

—¿Quién es “el Alan”? —le pregunté mientras volvíamos.

No pudo contestar. Todavía era incapaz de articular un sonido coherente cuando estaba en el aire.

—Es el peor malandra de ese barrio —explicó apenas recuperó el aliento, de vuelta en su casa—. La leyenda urbana incluye asesinatos por encargo.

—¿Y vos lo conocés?

—Yo no, pero el tipo sí. Y por eso le tiene más miedo que al fantasma o a la policía.

Rió divertida y reí con ella.

El Primer Paso en Terreno Resbaladizo

- 1 -

Hay una sola cosa peor que un duende del bosque enojado: un clan entero de duendes del bosque enojados. Lucía tuvo que explayarse, fumando un cigarrillo junto al Casa de Piedra, al final del Cajón, porque yo nunca le había prestado demasiada atención a la variada población de elementales de tierra en la Patagonia y tuve que reconocerme un ignorante en el tema.

Son una raza tranquila, dijo, que suelen pasar sus vidas en lo profundo del bosque sin que nadie se entere de su existencia. Prefieren evitar a los humanos, y por regla general conviven de forma pacífica con las demás razas de elementales y animales en su área. Lo único capaz de despertar su ira es que profanen su territorio. Y ahí estaba el problema. El loteado febril de Península San Pedro había alcanzado un par de hectáreas ocupadas por un cipresal antiguo. Los terrenos se vendieron baratos y pronto empezaron a aparecer motosierras, hachas, arquitectos y agrimensores.

Ninguno de los humanos involucrados lo sabía, pero acababan de dejar sin hogar a un clan de duendes de más de medio centenar de individuos. Como agitar un paño rojo delante de un toro furioso. Los accidentes no tardaron en suceder. Un talador se rebanó medio dedo, un capataz pisó un pozo cubierto de hojarasca y se rompió una pierna, un agrimensor tropezó con una piedra y estuvo a punto de perder un ojo al caer sobre sus instrumentos. Cuando los heridos rondaron la docena, el resto de los trabajadores encontró alguna excusa para renunciar. Pero el mal ya estaba hecho. Del cipresal sólo quedaban en pie unos pocos árboles. La mala suerte siguió a los involucrados a sus casas. Un cortocircuito casi electrocutó a uno, una escalera cedió y otro casi se rompió la espalda, un ventarrón cerró una puerta y le aplastó los dedos a otro. Los sobrevivientes empezaron a consultar brujas, curanderas y médiums. Varias de

ellas conocían a Lucía, que se enteró del tema por distintas fuentes simultáneamente. Consultó sus libros, comentó el caso con sus parientas que consideraba más versadas en el tema y determinó el origen del problema. La única dificultad que se le planteaba era solucionarlo.

Si los duendes hubieran sido consultados antes de la tala, habría existido la posibilidad de disuadirlos para que se mudaran. Pero ya era demasiado tarde para la salida diplomática, y las negociaciones sólo podrían realizarse cuando el clan se viera imposibilitado de seguir las hostilidades. Lucía tendría que acorralarlos de forma paulatina hasta que se reconocieran sin más alternativa. Y eso era peligroso, porque tendría que enfrentarlos en su propio terreno. Un trabajo arduo y minucioso, con riesgo constante de salir lastimada.

—Pero para eso soy cazadora —suspiró, guardando la colilla apagada en un bolsillo, como hacía siempre que fumaba en el bosque.

—¿Qué tenés pensado?

—Lo primero es delimitar su antiguo territorio y sellarlo. Eso debería evitar que sigan lastimando gente por todo Bariloche. Después tengo que empezar a reducir su espacio hasta un área que pueda controlar. Cuando estén todos amontonados en unos pocos metros cuadrados, tengo que ofrecerles algún otro bosque para que se muden. Dicho sea de paso, antes tengo que encontrar uno desocupado. Si aceptan, me toca asegurarme de que lleguen a su nuevo hogar sin problemas. Y si no aceptan… —Hizo una mueca.

—¿En qué puedo ayudarte?

Sostuvo mi mirada, pensativa. —Vos podrías encontrar un bosque para ellos mucho más rápido que yo.

Me limité a asentir, pero ella advirtió que no me entusiasmaba la idea de que hiciera sola la parte peligrosa. Sonrió de costado.

—Estos duendes son matriarcales —dijo—. No creo que a las ancianas les guste verme aparecer con semejante guardaespaldas.

Volví a asentir encogiéndome de hombros. Ella consultó la hora. Sí, ya teníamos que volver. Se paró y me tendió una mano para que la imitara. La tomé con los pies ya a un palmo del suelo, tiré de ella y la atrapé en el aire, asegurándola con un brazo contra mi costado. No contuve la risa cuando se aferró a mí, pálida del susto.

—¡No es gracioso! —gimió.

—Deberías verte la cara —contesté, todavía riendo.

- 2 -

A partir del día siguiente empezamos a ocuparnos de los duendes. Todas las noches, después que Ariel se dormía, la llevaba a Península San Pedro y la dejaba trabajando en el sello. Mientras ella se dedicaba a tejer la red de energía y oraciones que debía confinar al clan, yo pasaba el tiempo charlando con otros duendes, dríades, algunas hadas audaces y hasta un par de silfos. Todos los bosques de la zona parecían estar ya ocupados, y pronto tuve que ampliar el radio de búsqueda hacia las zonas que los humanos todavía no habían habitado. Por fin, casi dos semanas más tarde, una venerable anciana de un clan en las laderas del Capilla me mencionó un vallecito al otro lado del cerro que, hasta donde ella sabía, permanecía sin reclamar. Invertí toda la noche siguiente en registrar el lugar de punta a punta y hablar con cuanto elemental encontré, para asegurarme de que ese territorio nunca había sido reclamado. Me había demorado con la familia de dríades que vivía en un coihue de trescientos años cuando Lucía me llamó.

Sentí el temblor de su voz, el dolor contenido. Estaba en el aire antes de que terminara de pronunciar mi nombre. La ansiedad pareció prestarme velocidad, sobre todo cuando divisé a lo lejos un resplandor donde ella estaba, y el viento me trajo su gemido ahogado. Un instante después estaba ahí. El sello se había activado, alzándose como una barrera de hebras de luz verde dorada. Vi a Lucía de rodillas a un paso del cerco de luz, las manos hundidas en la tierra, respirando agitada. Tenía la ropa desgarrada y manchada de sangre, contraída la cara lastimada. Me abatí hacia ella y apenas llegué a tiempo para sostenerla. Al verme a su lado se derrumbó contra mi pecho con otro gemido.

Entonces escuché las risitas al otro lado del sello. Volví la cara furioso. Dos docenas de duendes se carcajeaban burlones tras la barrera de luz. Una mano de Lucía tironeó de mi manga, deteniéndome.

—No, Raziel —dijo con un hilo de voz—. No los lastimes… Ellos… no saben…

La sentí temblar de pies a cabeza y la alcé con suavidad.

—Cerrá los ojos —le dije—. Te voy a llevar a tu casa.

Apenas pudo asentir, la cara hundida en el hueco de mi cuello. Su respiración entrecortada pareció empujarme hacia arriba y adelante. Crucé sobre el lago, las casas pasaron borrosas debajo de mí, bajé sin el menor cuidado hacia el jardín de Lucía.

Entré sin preocuparme por el ruido y me quedé helado en medio del comedor: Ariel estaba en la puerta de su pieza, en remera y calzoncillos, los ojos desorbitados fijos en mí. Su expresión de susto dejó lugar a la incredulidad.

—¿Lucas? —balbuceó.

—Raziel —corregí, dirigiéndome al otro dormitorio—. Traé el botiquín.

Ya habría tiempo para preguntarle cómo me había reconocido. Lo primero era atender a Lucía, que estaba inconsciente. La acosté con cuidado y pude mirarla con atención por primera vez: cada corte en su ropa correspondía a una mordida en su cuerpo. Debían haberle saltado encima todos al mismo tiempo para que no pudiera defenderse, con intenciones de matarla a tarascones como si fueran perros rabiosos. Me obligué a dominarme cuando entró Ariel y prendió la luz. Casi se le cayó el botiquín al ver a su madre.

—Gasa y alcohol, Ariel, rápido —le dije con acento cortante para hacerlo reaccionar.

Me obedeció sin chistar, y empezó a desvestir a Lucía mientras yo mantenía mis manos contra sus sienes para estabilizarla. Cuando su nivel de energía se recuperó un poco, Ariel ya le había limpiado casi todos los cortes de la cintura para arriba. Terminamos de sacarle la ropa desgarrada entre los dos y salí de la habitación con la excusa de buscar agua fresca para ella. Lo dejé atendiéndola hasta que estuve seguro de haber controlado mi furia. Al volver ayudé a Ariel a meterla en cama y taparla, entonces le indiqué que retrocediera. Se apartó con rapidez cuando vio que mis manos se cubrían de luz, y a medida que las movía por encima del cuerpo de Lucía, todas las marcas, cortes y raspones se cerraban y desaparecían.

—Mierda —lo oí murmurar.

Le señalé las gasas usadas. Se apresuró a juntar todo y llevarse el botiquín. Un momento después se sentaba al otro lado de la cama,

lleno de preguntas que no se animaba a hacer.

—¿Qué pasó? —fue la primera que se atrevió a formular.

Los dos nos sobresaltamos cuando la que contestó fue Lucía con voz débil, sin abrir los ojos. Ariel se apresuró a apagar la luz del techo y prender el velador.

—Me mintieron —dijo en un soplo—. Dijeron que la matriarca quería hablar conmigo sobre el bosque detrás del Capilla… Me atacaron apenas crucé el sello… No sé cómo conseguí salir… —Buscó mi mano a tientas y la apretó—. Gracias, Raziel, si no hubieras llegado… —entreabrió los ojos y nos miró a los dos, consiguió sonreír—. Él es mi hijo… Ariel, él es Raziel, es mi amigo y un excelente maestro…

Nos miramos por encima de ella. Ariel sonrió. Supe que guardaría el secreto. Por primera vez me detuve a observar su aura y me quedé sin aliento. Ese chico brillaba como el sol al mediodía, una energía límpida que contadas veces viera en un humano. Su sonrisa se acentuó. Me estremecí cuando su voz resonó en mi cabeza sin que él modulara el menor sonido.

—*¿Secreto por secreto?*

Atiné a asentir con un leve cabeceo. Él apartó la vista de mí para mirar preocupado a Lucía, que había vuelto a cerrar los ojos y parecía dormitar. Me eché hacia atrás cuando vi que su aura crecía y se estiraba hacia ella, cubriéndola como un manto dorado. Respiró hondo. La energía que envolvía a Lucía se separó de su aura sin disiparse cuando él se paró. Giró hacia mí con una mueca.

—Nunca va a aprender a cuidarse —gruñó, meneando la cabeza—. *Andá si querés. Ya curaste lo peor, yo me puedo encargar del resto* —agregó en silencio.

Me incorporé como si me hubiera dado una orden, todavía conmocionado. Ariel me sonrió de nuevo y bostezó. De pronto volvía a ser un adolescente con sueño que sólo quería irse a dormir.

—Hasta mañana —articuló en medio de un bostezo descomunal, dio media vuelta y se fue a su cuarto.

Lucía no había vuelto a abrir los ojos, su respiración era regular y pausada. Sí, podía irme tranquilo, sabiendo que la dejaba a buen resguardo.

- 3 -

Fue nuestra primera discusión. Ella estaba encaprichada en darles otra oportunidad. Yo insistía en que ya habían sobrepasado todo límite y no se los podía dejar sueltos, ni siquiera en el Capilla, lejos de las zonas habitadas. El empate resultante no nos dejó satisfechos en lo más mínimo, pero tampoco encontramos otra alternativa: Lucía iba a tratar de negociar con ellos sin cruzar el sello, y si se negaban a escucharla o rechazaban la opción que les ofrecíamos, reduciríamos el sello y los encerraríamos en un radio de pocos pasos, hasta que cambiaran de actitud o se murieran de hambre.

Lo que ninguno de los dos se había detenido a mirar era el calendario. Al día siguiente era el cumpleaños de Esteban, un agenciero amigo mío de la secundaria y que Lucía trataba bastante. Hacía unos diez años que Esteban festejaba su cumpleaños con fiestas de disfraces a las que estaba prohibido faltar, so pena de venganzas terribles y humillantes. Cuando cualquiera de nosotros pensaba en inventar una excusa para no ir, sólo necesitaba recordar el año que Julián había alegado estar descompuesto y ni siquiera pasó a saludar al cumpleañero. Tres días después, la costura del pantalón se le había abierto del tiro a la cintura delante de unas doscientas personas en Campanario. Esteban jamás había confesado cómo lo había hecho, pero el accidente de Julián, y la diarrea de Patricia Mayorga al año siguiente durante una guiada a San Martín, bastaban para que ninguno de nosotros considerara faltar como una opción, a menos que pudiera presentar su propio certificado de defunción como justificativo.

Para compensar, Esteban nunca reparaba en gastos. Celebraba sus fiestas a lo grande en casa de sus abuelos, en Las Cartas, tres hectáreas que incluían bosque, playa al Moreno y hasta un arroyo con cascadita propia. Ríos de bebida, toneladas de comida, DJ, alguna banda en vivo y a veces hasta strippers de ambos sexos. Todos nos habíamos acostumbrado a considerar sus cumpleaños como una fiesta de inicio de la temporada de verano y lo teníamos

agendado igual que la cena de Navidad con la familia o el acto de fin de año de tu hijo: un compromiso ineludible.

Por supuesto, tuve que dejar que ella reparara en la fecha y asentir muy serio a su explicación un poco atropellada para justificarse.

—No hace falta que me acompañes. Les voy a pasar el mensaje para la matriarca, nada más. Voy en remís, le pido que me espere a un par de cuadras y de ahí me voy a la fiesta.

—Parece que es importante —noté, muy serio.

—Es un amigo de años.

Sabía la mejor manera para que se obstinara en hacerlo sola y me sentí un poco culpable al insistir. —Sigue sin gustarme que vayas sin mí.

—Sabés que te voy a llamar si te necesito.

Su sonrisa me pudo. Últimamente me estaba ablandando con demasiada facilidad. Esa noche estábamos en Villa Tacul, y ella permanecía de pie en la orilla del lago mientras yo me sentaba sobre un peñón de dos metros de alto. Me sorprendí cuando se estiró para tomarme la mano y alzó la vista hacia mí todavía sonriendo, las estrellas brillando en sus ojos oscurecidos.

—Gracias por preocuparte por mí.

Gruñí algo y liberé la mano tratando de no parecer brusco, de pronto incómodo por el contacto. Poco después, a la hora de irnos, se quedó mirándome cuando la abracé como siempre. La enfrenté interrogante y ella volvió a esbozar esa sonrisa que me desarmaba.

—Me alegra haberte conocido.

Me elevé sin previo aviso, tomándola desprevenida, desconcertado y enfadado a la vez por la turbación que me causaba. Sólo reaccioné cuando la sentí agarrarse a mí con todas sus fuerzas.

—Disculpá —murmuré.

No respondió, y vi de reojo que todavía sonreía.

- 4 -

La fiesta era un mundo de gente, como siempre. Para colmo, ese año a Esteban se le había ocurrido organizar un concurso al mejor disfraz y había conseguido un fin de semana gratis en Llao-Llao para el ganador y un acompañante. Así que todo el mundo estaba tan producido que costaba reconocer a nadie hasta que los escuchaba hablar. Y considerando el volumen de la música, ni siquiera entonces la identificación era demasiado segura. Llegué temprano con Mauro y Majo. Mi amigo iba disfrazado de Goku, con un traje naranja y todos los pelos parados. Mi hija había estado a punto de quedar encerrada bajo llave cuando vi su disfraz de enfermera, que incluía una minifalda para infartar a un muerto. Yo llevaba el traje de sacerdote que alquilaba todos los años. Sabía que Lucía no podía haber llegado todavía, pero igual di una vuelta entre la gente, buscándola.

Pasó una hora eterna. Amenacé de muerte a Mauro si dejaba sola a Majo, que era blanco de demasiadas miradas lujuriosas para mi hígado de padre. Él se rió palmeándome la espalda, me puso en la mano un vaso lleno y se fue con ella hacia el escenario donde estaba por tocar una banda de covers. Nunca supe qué había en el vaso. Lo vacié y me fui derecho al bar montado bajo los árboles a buscar más.

La lógica indicaba que el alcohol no me afectaría. Si la mitad de mi ser era de naturaleza sutil, un par de vasos de ginebra, licor o lo que fuera no surtiría más efecto que oler el vino de la mesa de al lado en un restaurante. Siguiendo el mismo razonamiento, cinco o seis vasos de lo mismo no harían más efecto que los dos primeros, sobre todo si me abstenía de mezclar bebidas. Hasta ahí todo perfecto. El problema quedó a la vista cuando pasó la medianoche sin señales de Lucía. Me hubiera ido sin más a la Península, pero se me acercó el propio Esteban y me puso en la mano una copa de champagne helado para brindar. La vacié de un solo trago.

Cuando me dejó para saludar a alguien más, una botella de champagne después, yo tenía en la mano otro vaso por la mitad y ni

la menor idea de cómo había llegado ahí. Entonces distinguí a Mauro con mi hija a pocos metros, charlando con unos amigos. Me pareció que preguntarle por su socia no iba a parecer fuera de lugar, siempre que me cuidara de agregar algún comentario sarcástico.

Me separé del árbol en el que me había apoyado y di un paso hacia ellos. El jardín dio una vuelta entera a mi alrededor. Toqué el tronco a mi espalda, su contacto firme y áspero me devolvió una mínima estabilidad. Fantástico. Contra todo pronóstico, estaba completamente borracho. Sólo faltaba que Lucía me hubiera estado llamando y yo, perdido en mi ensoñación alcohólica de que estaba sobrio, no la hubiera escuchado. Tal vez a esa altura esos duendes de mierda la habían masticado hasta hacerla puré de cazadora.

Necesitaba refrescarme y despejarme. Conseguí enfocar los ojos en la casa y los fijé en el rectángulo de luz de la puerta trasera. Ése era mi objetivo primario. Ya dentro, buscaría una canilla para mojarme la cabeza hasta aclarar mis ideas. Respiré hondo, aparté la mano del tronco y volví a tentar un paso. Caminé despacio, aguantando el mareo.

—¡Papá! ¿Te sentís bien?

La voz sonó lejos, pastosa. Ni siquiera pensé en detenerme hasta que Majo se me plantó delante y me sujetó ambos brazos. Distinguí su cara, me pregunté por qué parecía asustada. De pronto mi vaso estaba en su mano.

—¿Qué hacés tomando vodka? —Sus palabras sonaron un poco más claras.

—¿Qué pasa, Majo?

Un hombre me pasó por al lado y apareció junto a mi hija. Supuse que era Mauro por el traje naranja. Majo le mostró el vaso meneando la cabeza.

—El vodka lo descompone. No sé por qué está tomando esto.

—Tranquila, sólo necesita refrescarse un poco. Yo lo acompaño.

Me alegró no tener que hablar. Sentí un brazo firme contra mi espalda, empujándome suavemente hacia adelante.

—Vamos.

Dejé que Mauro me guiara. Quería preguntarle por Lucía pero no sé si lo hice, ni si me respondió, o qué. Entramos en una habitación muy blanca y brillante y Mauro me hizo sentar. Escuché

el ruido de agua corriendo, sentí una frescura en la nuca que me hizo estremecer. Mi vista se aclaró un poco y reconocí el baño de servicio al lado de la cocina. Mauro estaba al lado mío. Sonreía tendiéndome una toalla mojada. La tomé y me cubrí la cara. Eché la cabeza hacia atrás, dejando que las gotas resbalaran por mi cuello y bajo la ropa. Solté el cuello blanco y abrí el primer botón de la camisa negra. Suspiré.

—¿Cómo te sentís? —preguntó Mauro cuando me saqué la toalla de la cara.

—Mejor, gracias. —Logré sonreír—. Andá nomás. Tenías que cuidar a mi hija, no a mí.

Me palmeó un hombro riendo. Esperé a que saliera del baño para inclinarme hacia el lavatorio y tirarme más agua en la cara y en la nuca. Empezaba a sentirme mejor, o al menos no tan atontado. Me paré con cuidado y los sanitarios no se movieron. Buena señal. Mis pies respondieron mejor de lo que esperaba, pisando suelo firme en lugar de manteca. Salí del baño y me detuve al ver a alguien de espaldas en la cocina.

Era una mujer disfrazada de colegiala que luchaba por abrir una botella de champagne. El pelo recogido dejaba al descubierto la nuca. La camisa atada por encima de la cintura mostraba la curva perfecta de la espalda. La falda tableada era aun más corta que la de mi hija. Mis ojos resbalaron por las piernas de líneas sensuales, que terminaban en medias blancas y zapatillas. Mi mirada se había detenido en sus tobillos cuando se movió. Apenas, sólo un instante. Pero me alcanzó para reconocer su perfil: Lucía.

- 5 -

Hay quienes dicen que lo que mueve al mundo es el dinero. Otros dicen que es el poder político. Otros, la religión. La información, el poder militar, la ambición, la determinación de los pueblos.

Mentira.

El verdadero motor de la humanidad, el único impulso indiscutible detrás de todos y cada uno de nuestros actos, es otro: las hormonas. Las secreciones químicas que rigen nuestros deseos y aversiones.

Y reto a cualquiera a que me demuestre lo contrario.

Esa noche, en ese momento, nada de eso se me pasó por la cabeza, por supuesto.

Sólo era consciente de que Lucía estaba ahí. Había llegado a la fiesta, aparentemente ilesa. El alivio que me provocó verla me abrumó por un instante. Y ese instante fue suficiente.

Antes de que pudiera darme cuenta de lo que hacía, crucé la cocina y la abracé desde atrás, un brazo cruzando su pecho y el otro alrededor de su cintura. La apreté contra mí hundiendo la nariz en su pelo que olía a bosque y a rocío.

—Llegaste —murmuré, incapaz de sentir nada fuera de ese alivio que el alcohol hacía rayar con la felicidad.

No era la primera vez que su cuerpo tocaba el mío. Pero hasta entonces, siempre había ocurrido cuando mi parte sutil mantenía mis sensaciones físicas adormecidas y vigiladas. Así que mis hormonas, en libertad por primera vez en esa situación, decidieron recuperar el tiempo perdido. Su mensaje viajó por mi sangre a toda velocidad, quemándome en su camino hacia el cerebro, siempre último en recibir los memos importantes. Antes de que terminara de decir esa única palabra, mi deseo había ganado cualquier batalla por controlarme.

La tomé tan por sorpresa que tardó un par de segundos en reaccionar. Entonces me rechazó, girando en su intento por liberarse de mi abrazo. Se movió con tanta brusquedad que tropezó

al retroceder. Mis manos actuaron por costumbre y la sostuve, evitando que cayera hacia atrás con un tirón que la trajo de nuevo contra mí. Volví a abrazarla y me incliné hacia esa boca que sabía sonreírme con tanta dulzura. La besé con una ansiedad desconocida.

Lucía forcejeó hasta apartarse y me enfrentó con ojos fulgurantes. Sus dedos chasquearon contra mi mejilla sin que yo registrara ningún dolor, sólo la urgencia de seguir sintiendo esos labios en mi piel. Su mano todavía estaba en el aire cuando volví a besarla. La empujé hacia atrás hasta que su espalda chocó con algo, la pared, la heladera, no lo sé. Entonces sentí los dedos que se crispaban en la pechera de mi camisa. Seguí besándola, esperando que volviera a apartarme. Mientras tanto, mis dedos resbalaron por su espalda descubierta y la sentí arquearse bajo mi caricia, enloqueciéndome. Separé mi boca de la suya lo indispensable para tomar aire. El tirón en mi camisa me pegó aún más a su cuerpo. De pronto advertí que sus manos se habían deslizado bajo mi disfraz y corrían por mi espalda. Su lengua encontró mi cuello, arrancándome un gemido ronco. Le sujeté la cara para que su boca no se escapara. Sentía su respiración agitada y mi corazón desbocado. Alcancé a detenerme cuando estaba a punto de levantar su minifalda.

—¿Mi casa o la tuya? —conseguí articular.

— La que quede más cerca —respondió sin aliento.

La Ceguera de la Negación

- 1 -

Estaba despierta.

Lo sabía porque la cabeza no puede doler tanto ni en las peores pesadillas.

Tuve un recuerdo rápido, borroso, de bebida pasando por mis manos. Cerveza, licor, espumante, champagne. Tenía motivos para sentir esos cuchillos ensañándose con mi cráneo.

Por suerte no tenía que ir a la oficina hasta la tarde.

Siempre hay que tratar de ver el vaso medio lleno… Muy a tono, mi analogía.

Me di vuelta sin abrir los ojos y subí el acolchado hasta mis orejas. Podía seguir durmiendo un rato más.

En ese momento un rayo de luz muy clara me tocó la cara. Un rayo de sol. Inconfundible. Fruncí el ceño y subí las mantas. Mis sábanas no huelen así. Y el sol no entra directamente por mi ventana en ningún momento del año.

Sentí el escalofrío que me erizó la espalda y abrí los ojos como platos. Ésta no era mi habitación. Registré una seguidilla de cosas que me cerró la garganta.

ü estaba desnuda
ü atrás mío se escuchaba una respiración regular
ü ese peso tibio en mi cintura era una mano
ü esa mano era ajena

Sentí la gota de sudor que me resbaló por la cara, el corazón golpeándome el pecho con un frío quemante. Dónde, quién, cómo… Miré por sobre mi hombro, aterrorizada de lo que pudiera encontrar.

Pero no importa qué esperaba, lo que vi fue peor:

Lucas.
Durmiendo.
Desnudo.

Me senté en la cama y atiné a taparme la boca, ahogando una exclamación. La mano de Lucas resbaló de mi cintura y quedó estirada sobre las sábanas, relajada, inmóvil. Mi impulso instintivo fue tirar de la sábana para cubrirme, pudor tardío e inútil, mientras trataba en vano de respirar normalmente. La primera imagen fue como una explosión en mi cerebro: la cocina de lo de Esteban y una botella que se negaba a abrirse por las buenas. Las siguientes fueron un bombardeo que me aturdió.

Los brazos de Lucas habían aparecido de la nada para estrecharme, su voz un murmullo incomprensible en mi oído. Me había apartado de él, había tropezado. Y de alguna forma había terminado de nuevo en sus brazos, esta vez frente a frente. Lo siguiente que recordaba era su beso, que parecía querer arrancarme el alma por la boca. Un cachetazo: la marca de mis dedos en su mejilla pálida. Su mirada turbia, su respiración agitada. Había vuelto a besarme y yo…

Sentí un cosquilleo en el estómago.
Lo conocía. Solía augurar catástrofes.
No eran mariposas: eran avispas carnívoras.

…yo había respondido.
No sabía cómo, no sabía por qué.

De pronto quería perderme entre esos brazos que me ahogaban, hundirme en esa boca que me devoraba, saborear hasta hartarme el perfume exquisito de su piel, ser dueña absoluta de ese cuerpo que me estaba enloqueciendo.

Revivir esas sensaciones era demasiado para mí en ese momento, con Lucas dormido al lado mío. Me levanté con cuidado infinito. No quería que se despertara. No podía enfrentarlo. No podía arriesgarme a que me sonriera. Sentí el calor que me azotó la cara y le di la espalda para enfrentar el naufragio de nuestra ropa, que marcaba un camino inequívoco de la puerta a la cama.

Fui levantando mis prendas, desenredándolas de las de él con un nudo marinero en el estómago, las fui vistiendo. Noté que me

temblaba el pulso. Me detuve en medio de la pieza sosteniendo desolada mi minifalda. *No puedo salir a la calle con esto.* Pero yo no había llegado con eso a la fiesta… ¡Mis calzas! Me había cambiado apurada en el baño de lo de Esteban y las había doblado hasta que entraban en el bolsillo de mi campera. *¿Mi campera…?* ¿Y si me la había dejado en lo de Esteban? No, ahí estaba, derrumbada entre la puerta y el sillón de un cuerpo. Saqué las calzas y las sacudí para abrirlas, Me las puse apurada. Me senté en la alfombra a calzarme.

Un ruido en alguna parte de la casa me llevó el corazón a la garganta. *¿Majo?* ¿Todavía estaba ahí? Me di cuenta de que no sabía qué hora era. Volví la cabeza hacia la ventana, confundida. Pero ni siquiera sabía dónde quedaba la casa, así que la luz que entraba de afuera no me servía para orientarme. Descubrí el reloj en la mesa de luz. Tuve que volver a mirar a Lucas para ver la hora. Las 7.30.

No fue eso lo que me dejó ahí sentada, una zapatilla puesta y la otra en la mano, como una idiota.

Había sido una colisión, ni más ni menos. Parecíamos haber perdido todo control. No podíamos dejar de besarnos mientras nos arrancábamos la ropa. Caímos en la cama por pura casualidad. El piso hubiera dado lo mismo, o el baño, o el jardín. Creí que me iba a quemar viva cuando lo sentí en mí. Sus piernas, sus manos, sus labios, todo su cuerpo me ataba a un torbellino crudo, urgente, en el que yo sólo quería sumergirme aún más. Me había aferrado a él, dejándolo llevarme adonde se le antojara. El cielo o el infierno, no importaba mientras pudiera seguir sintiéndolo.

El sonido inconfundible de una puerta me hizo reaccionar. Majo acababa de salir. Oí un motor en marcha frente a la casa. Tenía que darle tiempo de alejarse un par de cuadras antes de irme. Otra cara que no resistiría enfrentar en ese momento. Terminé de calzarme y mi mano se detuvo en el picaporte.

No.

No quería mirarlo por última vez.

Dejé la puerta entornada para no tentar mi suerte con un chasquido delator.

Por suerte Majo no había cerrado con llave. Un minuto después estaba en la calle, a tiempo para ver el remís que se alejaba y doblaba la esquina. Bien, entonces ése era el camino hacia la ruta. Caminé a buen paso hasta la parada del colectivo. Por suerte tuve tiempo de fumarme un cigarrillo. Todavía me temblaban las manos cuando me hundí en un asiento individual y abrí la ventanilla, ignorando las expresiones reprobadoras a mi alrededor por dejar entrar el viento frío. Mi cabeza era un caos, mi corazón se aceleraba o se detenía a su antojo, me ardían las orejas y tenía la nariz helada. *¿¡Qué hice, Dios mío!?* No recuerdo haber hilado ningún otro pensamiento en los seis kilómetros hasta casa.

Cuando estuve ante mi puerta y me di cuenta de que no tenía mis llaves, simplemente me senté en el porche y prendí otro cigarrillo.

Absolutamente nada podía ir peor.

- 2 -

Debo haberme adormecido.

Lo siguiente que registré fue unos dedos tamborileando en mi hombro. Alcé la vista, encandilada por el sol del mediodía, y encontré a Ariel parado frente a mí, carpetas bajo el brazo y una expresión reprobadora en su carita adorada, que iba perdiendo los últimos rasgos infantiles. Me pasó por al lado para abrir la puerta y entró sin volver a mirarme. Arrastré los pies tras él y los dejé llevarme a mi cuarto. Él me siguió.

—Podrías haber avisado que no venías a dormir.

Estábamos sufriendo una inconveniente inversión de roles. Giré para enfrentarlo tratando de parecer enojada, pero mi ceño fruncido no era rival para el de él.

—No sabía que tengo que rendirte cuentas de lo que hago.

—Tal vez te cueste recordarlo porque Raziel borró todas las marcas, pero anteanoche, cuando te trajo, estabas más muerta que viva.

Su voz era el paso de un glaciar, igual de fría e imparable. Me inundó de culpa y asentí con la cabeza gacha.

—Me alegra que lo hayas conocido —murmuré, sentándome en la cama.

—También me podrías haber hablado de él antes.

Me aparté el pelo de la cara. Olí el perfume de Lucas impregnando mi propia mano. *Mierda*… No tenía ánimos ni para pensar con signos de admiración.

—Necesito una ducha.

Lo dejé gruñendo en la puerta de mi dormitorio y me encerré en el baño.

No sé cuánto tiempo estuve parada inmóvil bajo la lluvia tibia, incapaz de pensar en nada. En realidad evitando hacerlo, temerosa de lo que mi memoria pudiera sacar a la superficie.

—Dejame verte…

Prendió un velador de luz marfileña y se tendió de costado junto

a mí, acodado en la almohada. Yo seguía acostada de espaldas, aturdida, sin aliento, un poco temblorosa, tratando de ignorar el telegrama de renuncia que me ofrecía la escasa cordura que me quedaba.

Su mano era grande, de dedos largos y elegantes, de movimientos lentos y suaves. Me había acariciado la mejilla, instándome a enfrentarlo. Sus ojos se movieron por mi cara, límpidos, brillantes, expresivos. Un faro de perdición. Una sonrisa vaga, incomprensible, curvó los labios finos, dibujados por algún genio renacentista. Se inclinó hacia mí y me besó la frente, apretando su boca contra mi piel por varios segundos eternos. Me abrazó y me acercó a él sin el menor esfuerzo, me estrechó contra su pecho firme, ancho, tan terso como el resto de su piel. Me encogí entre sus brazos todavía agitada, todavía presa de la batalla entre el alcohol y la adrenalina en mi sangre. El olor de su cuerpo me envolvía. Era intoxicante, embriagador. Anulaba cualquier posibilidad de razonamiento que hubiera sobrevivido al holocausto de esa noche.

—¡Mamá! ¿Estás bien?

Sólo al escuchar a Ariel llamando a la puerta del baño me di cuenta de que había apoyado la frente contra los cerámicos, repitiendo: —No, no, no, no…

—¿Mamá? ¿Qué pasa?

Reaccioné de mi balbuceo incoherente.

—E-estoy bien, amor, no te preocupes.

—¿Segura?

Inspiré muy hondo. —Sí, hijo. ¿Por qué no prendés el horno, así cocino algo cuando salgo?

—Comemos en diez minutos.

El aire se me escapó en un suspiro tembloroso.

—Ah, bueno…

Me obligué a comer sólo porque Ariel se había esmerado ese mediodía, porque yo seguía con el estómago cerrado. Ramiro llegó pasadas las dos y se enchufaron a la Play de inmediato, dándome la excusa perfecta para encerrarme en mi pieza y tratar de dormir una

siesta antes de ir a la oficina. Me tapé hasta la frente, hundí la nariz en la almohada, aspirando con ansiedad el perfume familiar a lavanda de mis sábanas, me hice un ovillo cerrando los ojos con fuerza.

Hubiera deseado que Raziel estuviera ahí conmigo. Apoyarme en su hombro, sentir el contacto de su mano en la mía, su brazo contra mi espalda. Dejarme inundar por la sensación de seguridad y calma que sólo él me transmitía. Clavé las uñas en la almohada, obligándome a prestar atención a mi respiración hasta que conseguí tranquilizarme un poco. De alguna forma, mi cuerpo le ganó la pulseada a mis nervios crispados y me dormí.

- 3 -

Entrar en la oficina demandó todo mi valor. Estaba encogida por dentro, agazapada, esperando el primer comentario burlón de Mauro. Que nunca llegó. Me saludó como siempre y Majo se hizo eco desde arriba. Oculté mi confusión, apurándome a ocupar mi escritorio y sumergirme en el trabajo. Pero seguía en un estado de tensión insoportable. La campanilla del teléfono me sobresaltaba, el chasquido de la puerta del local me paralizaba el corazón. Una hora después bajó Majo a despedirse de nosotros con su sonrisa encantadora. Por más que escarbé en su expresión con toda mi paranoia, no pude encontrar nada fuera de lo común en su forma de mirarme ni en su acento al hablarme.

Pero el infarto esperaba a la vuelta de la esquina, y entró corriendo apenas Majo se fue. Mauro alzó la vista de la computadora, esperó a verla irse y atravesó la oficina y el local en dos pasos. Sentí que se me encendían las orejas al escucharlo cerrar con llave. Esperé fingiéndome ocupada con algo en la computadora, tratando de respirar de forma que no pareciera una asmática terminal.

Mauro pasó de largo hacia la cocinita sin siquiera mirarme. Hizo mate en tiempo récord y empujó su silla giratoria hasta ubicarla entre su escritorio y el mío. Me cebó un mate y me lo puso delante en silencio. Lo tomé evitando enfrentarlo.

—¿Se puede saber qué pasó anoche? —preguntó al fin.

—Nada —gruñí, los ojos atornillados a la computadora.

Lo oí suspirar. Cuando le devolví el mate, atrapó mi mano y la estrechó en la suya. Era inevitable que sintiera mi escalofrío. Volví a respirar hondo y giré hacia él. No sé qué vio en mi cara, pero la suya se transformó. Por un instante abrió mucho los ojos. Después frunció el ceño y tiró de mi mano. Las ruedas de mi silla obedecieron a las leyes de la física, no a mi voluntad, y me acercaron a él. Bajé la vista con la cara ardiendo.

—Lu… —murmuró.

—Yo… No sé, Mauro… Vos sabés que… Y yo… —Me encogí de

hombros, sabiendo que no podría articular una sola frase coherente.

Su mano libre se apoyó en mi mejilla afiebrada y me instó a mirarlo. Lo hice con un nudo en la garganta. Antes que ninguno de los dos pudiera decir nada, las lágrimas me desbordaron. Mauro me abrazó con fuerza.

—Está bien, no tenés que decir nada —susurró en mi oído.

—¡No sé qué me pasó, Mauro! —sollocé, sin fuerzas para seguir conteniéndome—. Pero me quiero matar, ¿entendés? Yo… Lucas no… ¿Cómo pude hacer una cosa así?

—Tranquila, no es la muerte de nadie. Estaban los dos borrachos. Le puede pasar a cualquiera.

Yo asentía contra su hombro, pero no podía parar de llorar. Sentí que me ahogaba. Sacudí la cabeza.

—No, Mauri, no entendés. Porque yo… ¡estoy enamorada de otro!

Me aparté de él y me tapé la cara con las manos, asustada de lo que acababa de decir. Ahí estaba el nudo que me apretaba la garganta, esa angustia desconocida que me quemaba el pecho. No sabía cómo ni cuándo, pero en algún momento había sucedido. Todo lo que me había jurado no volver a sentir jamás. Todo lo que me había jurado no volver a ofrecer jamás. Todo lo que me había convertido en una discapacitada emocional. Ahí estaba de nuevo, adentro mío, mordiéndome el alma.

El maldito amor.

Llenándome y empujándome hacia ese abismo que ya conocía de memoria.

Porque era la morbosidad del amor imposible.

Porque aquél a quien amaba ni siquiera era humano.

Como si me hubiera hecho adicta al veneno para ratas, que me carcomía las entrañas con cada bocado de éxtasis.

¿Entonces qué hacía la ratita? Se emborrachaba y terminaba revolcándose con el tipo que más detestaba en el mundo.

Bravo. Aplauso, medalla y beso.

Mauro me había abrazado otra vez y me dejaba desahogarme, acariciándome el pelo y dándome palmaditas en la espalda. No preguntó nada, no hizo ningún comentario. Cuando notó que me estaba calmando, me besó la frente y se paró, obligándome a

imitarlo.

—Andá a lavarte la cara, que en cualquier momento va a caer alguien —dijo, con un acento cariñoso que me tocó el alma.

Lo abracé con fuerza un momento más, después le hice caso.

Justo a tiempo.

Apenas alcancé a cerrar la puerta del baño cuando oímos un repiqueteo de metal en la vidriera. Mauro fue a abrir y volvió con alguien a la oficina. Reconocí la voz con un retorcijón en el estómago: Lucas.

—¿Qué onda, querido? ¿Hay algo para mañana?

Mauro no contestó y su silencio me llamó la atención. Tuve la pésima idea de espiarlos. Lucas acababa de señalar mi escritorio con gesto interrogante y Mauro meneaba la cabeza con una mirada hacia el baño. No me importaron mis ojos enrojecidos ni mi cara congestionada. Con lo que había tomado la noche anterior me había ganado el beneficio de una resaca de ley. Salí del baño antes de que Mauro pudiera disimular el silencio. Saludé con un cabeceo a Lucas y fui derecho a mi escritorio a seguir trabajando. Y si no tenía trabajo, lo inventaría. Que se fueran a hacer gárgaras.

—¿Al final armaste algo para mañana, Lu? —preguntó Mauro en la pausa incómoda que siguió.

Los dos se habían vuelto hacia mí.

—Bolsón —respondí, mandando a imprimir la planilla.

Esperé que saliera con la vista fija en la impresora y se la tendí a Lucas con una mirada fugaz. Recién entonces me percaté de que seguía con los lentes de sol puestos. Mejor, no quería verle los ojos. Él se acercó a mi escritorio dándole la espalda a Mauro. Y antes de tomar la lista de pasajeros dejó junto a mi mano, con absoluta naturalidad, un llavero.

Mi llavero.

No me había permitido siquiera recuperar el aliento. Mientras todavía me retenía contra su pecho, sus manos me acariciaron como un soplo la espalda, la cadera, el muslo. Y sus labios volvieron a buscar los míos. Pero esta vez sin urgencia, sin brusquedad. Me redujo a una inmovilidad total a pesar de que no me sujetaba de ninguna forma: estaba paralizada por la sorpresa.

Me besaba y me acariciaba como si yo fuera de cristal o

porcelana. Por momentos tenía la estúpida sensación de que me trataba como si yo ameritara todo el cuidado del mundo. Era difícil encontrar una comparación que me ayudara a entenderlo. Cada gesto, cada beso, cada mirada derribaba todas mis defensas al mismo tiempo que volvía a despertar mi deseo.

No volvimos a tener sexo.

Me hizo el amor.

Lento, cálido, rebosante de una ternura que me confundía. Me hacía sentir preciada, cuidada, *tan valiosa*. Sus labios murmuraban contra mi piel palabras que yo no alcanzaba a comprender, mientras sus manos me dibujaban, me recreaban, me cubrían con su placer. Mis suspiros hacían brillar sus ojos grises, que se demoraban en mi cara una y otra vez. Lo vi morderse el labio inferior y ahogar los sonidos en su garganta cuando mis manos encontraban su cuerpo. Me dejó estremecida, asustada de la emoción que me había causado. De la emoción que había reflejado su cara, nunca antes tan hermosa.

Besó mis dedos, mis ojos, mi frente.

Me cubrió con las sábanas como quien arropa a un niño.

Se acostó al lado mío, observándome con una sonrisa satisfecha y maravillada a la vez.

Leyó de volada la hoja impresa y asintió.

—¿Ocho y cuarto?

Su voz era la de siempre. Ni una nota extra de frialdad. Ni una nota extra de simpatía. Nada. Mejor. Asentí sin mirarlo. Habló algo más con Mauro pero no les presté atención. Esperé a que se fuera para guardar mi llavero. La voz de Mauro me sobresaltó.

—Gente grande. Realmente.

—Andate a la mierda.

- 4 -

La noche se me hizo eterna hasta que Ariel y yo terminamos de comer. Cuando se fue a su cuarto, me encerré en el mío para cambiarme apurada. Pero cuando abrí la puerta lo encontré en la cocina, sirviéndose jugo.

—¿Vas a salir? —me preguntó, de espaldas.

Sabía que tenía razón con su actitud reprobadora, pero eso no evitaba que me molestara. Le contesté en el mismo tono seco.

—Sí.

—¿Con Raziel?

—Sí. —Se suponía que la adulta era yo, así que atemperé el tono —. Tenemos que terminar lo de los duendes, en Península.

Giró hacia mí, me observó un momento y asintió sonriendo de costado.

—Tratá que no te mastiquen tanto esta vez.

Crucé la cocina en dos pasos y le eché los brazos al cuello. Él me estrechó hasta que me hizo crujir los huesos.

—Te quiero, hijo. Nunca lo olvides: sos lo que más quiero en el mundo.

—Entonces cuidate, para poder seguir queriéndome.

Su futuro estaba en la política, sin duda. Reí por lo bajo al separarme de él. Salí al jardín y rodeé la casa con los ojos vueltos hacia las estrellas. El corazón me latió con fuerza cuando lo sentí llegar. Aunque mis ojos no eran capaces de verlo, todo mi ser lo sabía cercano. Se posó con esa gracia etérea que marcaba sus movimientos y me saludó con una sonrisa breve, el largo pelo de nieve flotando en la brisa nocturna.

—¿Lista?

Fui a su encuentro sabiendo que mi expresión reflejaba la alegría idiota que me colmaba. No me importaba. Me agarré a su cuello al mismo tiempo que él me sujetaba la cintura. Un momento más tarde estábamos muy lejos de ahí.

Lo que nos esperaba en Península San Pedro distaba de ser una fiesta de bienvenida. El recibimiento fue un rumor de gruñidos

amenazantes. Apenas nos acercamos, los duendes se abalanzaron contra el sello, que se encendió al rechazarlos.

Raziel me dejó adelantarme sola, como acordáramos. Lo que vi me dejó sin aliento. Todos esos seres diminutos, de naturaleza amable, me esperaban listos para saltarme al cuello, las manitos color tierra engarfiadas como garras, las boquitas entreabiertas mostrando esos colmillos diminutos y filosos que yo ya sabía temibles.

—Vengo a buscar la respuesta de la matriarca —dije con voz firme.

—¡Mal rayo te parta! —gritó una mujercita, un chillido que recordaba a un murciélago—. ¡Queremos nuestro bosque y ningún otro!

Entonces todo pareció ocurrir al mismo tiempo. Sombras pequeñas surgieron a ambos lados, rodeándome. La Cruz se encendió en mi cintura. El sello crepitó y se deshizo en mil chispas doradas y verdes. Raziel gritó mi nombre.

Alcancé a empuñar la katana antes que los duendes me cayeran encima. La luz de la Cruz brilló en la hoja y me envolvió, rechazando a muchos de esos cuerpitos rápidos y feroces, pero no a todos. Tuve que repartir golpes a diestra y siniestra para que no me sobrepasaran de nuevo. Sentí los pinchazos ardientes en mis piernas y luché por librarme de ellos. Varios más me sujetaron y trataron de treparse por mi cuerpo.

De pronto un círculo de luz azulada iluminó todo el bosque talado, y de la nada Raziel estaba delante de mí, cubriéndome con su propio cuerpo, una figura inesperadamente oscura en el origen mismo de esa luz que brotaba de su mano derecha, el brazo izquierdo tendido hacia atrás para mantenerme protegida tras su espalda. Vi horrorizada que los duendes se carbonizaban en contacto con ese escudo pavoroso y enceguecedor.

—¡Raziel, no!

No pareció escucharme. Su voz era un torrente vibrante que articulaba sonidos desconocidos para mí. Salté hacia él, los brazos abiertos para aprisionar los suyos. La sorpresa de mi intervención lo distrajo, la luz se desvaneció, su invocación se perdió en un murmullo.

—¿Lucía?

Lo tenía abrazado con todas mis fuerzas desde atrás, los ojos tan cerrados que veía chispas tras mis párpados. Sus manos presionando las mías me indicaron que podía soltarlo. Lo hice con lentitud y retrocedí un paso. Encontré su ceño fruncido ensombreciendo sus ojos de hielo cuando giró hacia mí.

—¿Por qué me detuviste? —preguntó con voz tensa.— Querían *matarte*.

Sacudí la cabeza, todavía conmocionada. Paseé los ojos desorbitados por los pequeños cadáveres quemados a nuestro alrededor.

—No, ellos no…

—Ellos sí, Lucía.

Me sujetó un brazo y me obligó a agacharme junto a un hombrecito muerto con la cara retorcida en una mueca feroz. Pasó la mano por su frente sin tocarlo. Una marca se encendió en la piel chamuscada. Sentí que se me erizaba el pelo en la nuca: un pentágono invertido. Me negué a enfrentar a Raziel, demasiado ocupada controlando las súbitas arcadas que me contraían la garganta.

—No tenían salvación —dijo con su voz de siempre, grave y serena—. Se corrompieron por propia voluntad.

Sus palabras me recordaron de inmediato lo que había dicho la abuela Clara del demonio alado, el Caído. Quise retroceder y tropecé, terminé sentada en el pasto húmedo de rocío. Raziel se irguió a mi lado sin agregar más. Se alejó hacia los tres únicos cipreses que quedaban en pie. Distinguí las formas que se apretujaban temblorosas contra un tronco al verlo acercarse.

Me sobrepuse a mi malestar y fui tras él. Media docena de duendes, los últimos sobrevivientes del clan, estaban de rodillas a los pies de Raziel, las caritas contra la tierra. Los oí hablar pero no entendí lo que decían. No estaban usando ningún lenguaje que yo conociera. Raziel percibió mi proximidad y estiró un brazo para detenerme. Me obligó a permanecer tras él con una actitud defensiva que no comprendí.

Estiró su mano sobre las cabezas gachas, de pelo musgoso, y murmuró unas palabras. Los duendes parecieron encenderse. Gimieron y se retorcieron mientras unas llamas rojizas los envolvían, inundando el aire de olor a azufre. Se desplomaron sin

vida, sus cuerpos se convirtieron en cenizas sulfurosas que la brisa fresca dispersó lentamente. Quise adelantarme y Raziel volvió a detenerme. Sus ojos observaban las sombras a nuestro alrededor, su mano bajó a buscar la mía. Me pegué a su costado conteniendo el aliento. Lo sentía tenso, alerta. Tardó casi un minuto en distenderse un poco.

—Está hecho —dijo al fin.

—Raziel, qué…

Dio media vuelta y echó a andar, llevándome de la mano. Habló con acento ensimismado. Retenía mi mano en la suya sólo para asegurarse de que no me quedara atrás o cometiera una torpeza.

—El otro Caído —la forma en que pronunció esa palabra me provocó un escalofrío—. Los engañó. Rompió tu sello y les aseguró que si nos enfrentaban, él restauraría los árboles muertos y les devolvería su bosque. Y ellos aceptaron. —Se detuvo bruscamente y me enfrentó muy serio—. ¿Por qué te limitaste a defenderte? ¿Por qué no querías que los matara?

Alcé la vista hacia sus ojos de agua clara. Me encogí de hombros.

—Estaban desesperados, no sabían lo que hacían. Yo…

Raziel meneó la cabeza, los labios fruncidos en una mueca reprobadora.

—Todos podemos distinguir el bien del mal y tenemos la libertad de elegir. Ellos eligieron, Lucía. Y pagaron el precio de su elección.

Me di cuenta de que no hablaba tanto de los duendes como de sí mismo. Escuché la rabia y el dolor ocultos en su voz siempre calma. La emoción se me atragantó, sentí que me ardían los ojos. Salvé el paso que nos separaba y lo abracé, apretando la cara contra su pecho.

Tal como ocurriera la primera vez que conversáramos, en el cerro Otto, la Cruz respondió a mis emociones y se encendió, envolviéndonos a los dos en su luz tibia. Ese dolor suyo me lastimaba. Hubiera dado cualquier cosa por poder ofrecerle algún consuelo, la más mínima esperanza. Y al mismo tiempo, aunque las ignoraba, no podía dejar de agradecer las circunstancias que lo habían transformado en lo que era. Ese error que había convertido al orgulloso ángel guerrero en un espíritu a mitad de camino entre

el cielo y el infierno. Porque de otra forma jamás lo hubiera conocido, y la felicidad de su mera presencia jamás habría llegado a mi vida.

Sus brazos rodearon mi espalda con esa fuerza gentil que yo había aprendido a conocer tan bien.

—Por favor, Lucía, dejame protegerte.

No le respondí. No hubiera podido. *¿Cómo podés defenderme de mí misma?* Me quedé inmóvil, los ojos cerrados, la cara contra su pecho. No me importaba que sintiera el batir desordenado de mi corazón, ni que me estremecía. Sólo quería perderme en la sensación de su abrazo dulce, protector.

Era un insecto de verano que había encontrado el farol definitivo.

Noche a noche zumbaba a su alrededor, encandilada, feliz, consciente de que mañana o pasado mis alitas frágiles terminarían quemándose. Y me iba a morir con el anhelo intacto. Y él seguiría brillando, resplandeciente, inalcanzable.

Pero la verdad era que nada de eso me importaba.

Nada me importaba. Sólo él.

V - Caída Libre

Cascabeles de Luz

- 1 -

Las Fiestas no llegaron: nos cayeron encima.

La segunda quincena de diciembre trajo un incremento sensible del trabajo, y cuando paramos a mirar el calendario ya era 22 de diciembre. Navidad siempre es una fecha familiar. Como todos los años, Ariel y yo nos juntamos con su padre y sus padrinos a cenar y terminamos la velada antes de las tres. Considerando nuestras costumbres individuales, me hice cargo de la agencia el 25 a la mañana, mientras Mauro dormía a pierna suelta después de una fiesta hasta el amanecer.

Era una mañana brillante y tibia, y se me ocurrió bajarme antes del colectivo para caminar unas cuadras. Vi la ambulancia en la puerta del Bariloche Center. No era de extrañar que hubiera habido algún lastimado en un edificio tan grande, o en el boliche o el bar que funcionaban debajo. Nada llamativo.

Lo que sí me sorprendió fue encontrar la kombi de Pedro ya estacionada frente a la galería. En un verdadero despliegue de magia, había conseguido factura recién hecha tan temprano, y me esperaba en la puerta del local con la bolsa de papel blanco y su media sonrisa. En menos de diez minutos estábamos instalados en mi escritorio tomando mate. César llegó poco después y se sumó a la ronda. Sólo teníamos un par de traslados al aeropuerto a la mañana, con los vuelos en horario, y un exclusivo de medio día a Villa La Angostura. Habíamos decidido dar por terminadas las actividades al mediodía y tomarnos una merecida tarde de descanso. Les comenté que el 1º de enero no moveríamos un dedo, y estábamos considerando la posibilidad de tomarnos también la tarde del 31, como hiciéramos el 24, cuando se abrió la puerta del local y la voz de Lucas atronó el espacio.

—¡Jo-jo-jo! ¡Feliz Navidad!

Los otros dos rieron tanto de su saludo como de mi cara.

Después de nuestro… encontronazo, tropiezo o como hubiera que llamarlo, nuestra relación había vuelto a sus cauces normales. O casi. Él desplegaba una amable indiferencia y yo lo ignoraba pero sin gruñirle tanto. Entró a la oficina con los anteojos de sol atornillados a la cara, seguramente para ocultar las ojeras, y un gorro navideño que le caía hasta el hombro. Se detuvo entre César y Pedro, que lo saludaron divertidos, y le dio a cada uno un bombón enorme de chocolate con envoltorio navideño. Traté de negarme cuando me ofreció uno a mí también, mostrándole el cañoncito entre mis dedos manchados de dulce de leche. No dijo nada ni se movió. Su mano con el paquetito verde con moño rojo siguió tendida hacia mí. Un segundo, dos, tres. Lo tomé, forzando una sonrisa a modo de agradecimiento. Su sonrisa breve no era forzada cuando asintió.

En ese momento llamaron del hotel donde se alojaban los pasajeros de la excursión privada: querían saber si podían retrasar la salida. Les contesté rebosante de dulzura que sí, por supuesto, pero el horario de regreso no se alteraba. Los tres hombres al otro lado de mi escritorio asintieron con gesto aprobador. Media hora más tarde, entonces. Cómo no, ahí estaremos.

—Voy a hacer combustible —dijo Pedro parándose—. Te paso a buscar —agregó, dirigiéndose a Lucas, que le contestó con un pulgar arriba, chupando el mate como si fuera el elixir de la vida eterna.

Apreté los dientes cuando César se paró también.

—Te acompaño así pago lo de ayer.

Me quedé sola con Lucas.

Feliz Navidad.

Era un excelente momento para molestar en el call center de Aerolíneas Argentinas, para confirmar todos los vuelos del día siguiente y poder olvidarme del tema. Y para tener algo qué hacer hasta que volvieran los otros dos. Mientras soportaba la musiquita de llamada en espera, me entretuve revisando los correos pendientes de Mauro, rezando para no encontrar ninguna reserva imprevista.

Lucas se sacó el gorro rojo, puso a calentar más agua y rehízo el mate en completo silencio. Para ser sincera, sólo su perfume delataba su presencia. Y mi incomodidad, por supuesto. Se sentó

cerca del escritorio de Mauro, a la distancia justa para que el mate fuera y viniera sin tener que estirarnos. Me pidió permiso con un gesto para darle una ojeada a las planillas de movimientos de enero, todavía con los anteojos negros puestos. Asentí justo cuando me atendía un chico con voz de dormido, salvándome de cualquier posibilidad de conversación. César y Pedro volvieron pronto, por suerte, y media hora después estaba sola en la oficina.

Con el bombón que me regalara Lucas intacto frente a mi teclado.

Lo guardé en la mochila. A Ariel le iba a gustar más que a mí.

Al día siguiente, miércoles, reanudamos la actividad normal y empezaron los planes para el fin de semana de Año Nuevo. Esa tarde, Diego me pasó el dato de un hotel en el centro con problemas eléctricos que ningún electricista conseguía solucionar, y que incluían gruñidos y rasguños que parecían venir de detrás de las paredes.

—Gremlins.

Era la única conclusión posible.

Raziel asintió. Era una excusa pobre la mía, pero me había dado motivo para llamarlo. Asumir lo que sentía por él se hacía bastante cuesta arriba, sobre todo por las patadas cuesta abajo de mi lógica. Cada vez que enfrentaba el espejo me repetía que era una imbécil y una cobarde, pero no había nada que pudiera hacer para cambiar mis emociones.

Mi única esperanza era la saturación por exposición: acostumbrarme tanto a estar con él que dejara de idealizarlo, de abrigar sueños descabellados, de sentirme incompleta cuando pasaba mucho tiempo alejada de él. Sin embargo, su presencia complicaba las cosas en lugar de simplificarlas. Raziel era la única per… el único ser ante quien podía ser yo misma. Me conocía y me aceptaba, me apreciaba, me respetaba. Era el compañero perfecto. A su lado me sabía segura, a salvo de cualquier amenaza por terrible que fuera. Se preocupaba por mí, y hasta bromeaba conmigo a pesar de su naturaleza introvertida. Escuchaba cuanto tuviera para decir, respondía mis preguntas. Entrenaba conmigo. Disfrutaba más que yo un amanecer o una noche estrellada.

El único problema era que no era humano.

Pequeño detalle.

Este príncipe azul, este hombre soñado no era un hombre.

Y yo era una mujer. Carne y hueso.

Me sentía tan deshonesta. Mi corazón acelerándose cuando me abrazaba para llevarme a algún lugar, el rubor cuando se sentaba a mi lado, todas esas sensaciones tan humanas y comprensibles que yo luchaba a brazo partido por ocultar, que no quería experimentar, me hacían sentir una hipócrita.

No veía nada malo en amarlo. Raziel era uno de los seres más dignos de amor que conociera en mi vida.

Lo calamitoso, lo terriblemente equivocado, era desearlo. No quería mirarlo hablar preguntándome cómo sería tener esa boca contra la mía. No quería tocar su mano imaginándome cómo sería el resto de su piel bajo su uniforme. No quería escuchar su voz y fantasear con que susurrara locuras en mi oído.

- 2 -

—¿Cuándo vas a ir?

Sus palabras me arrancaron de mi momento de tortura interna.

—Hoy o mañana. El sábado ya me comprometieron a un brindis de fin de año.

Me tendió una mano con una de sus sonrisas rápidas.

—Me gustan los Gremlins —terció—. ¿Alguna vez viste ascender a alguno?

—¿Ascender? ¿Sus cenizas, querés decir?

Meneó la cabeza. Parecía divertido.

—Un día alguien allá arriba te va a pasar factura por todas las criaturas que has matado por ignorancia.

Estábamos en la puerta de casa y entré a buscar mis cosas.

—Con la Cruz alcanza —lo oí decir.

Ariel salió de su pieza atraído por su voz y se asomó al porche.

—¡Hola, Raziel! —saludó alegremente.

—Buenas noches, Ariel.

—¿Se van?

—Sí, por una hora o dos.

Me abrigué suspirando. Hasta se llevaba bien con mi hijo.

—A dormir, caballerito —le dije a Ariel cuando volví a salir—. Vacaciones no significa libertinaje.

—Mirá quién habla. Miércoles a la una de la mañana y estás por salir.

Lo abracé y lo besé riendo. —Yo no estoy de vacaciones.

—Blah. Cuídense.

Ariel y Raziel intercambiaron un cabeceo de saludo. No hacía mucho que había notado el respeto con que Raziel trataba a mi hijo, y me intrigaba un poco. Me rodeó la cintura con su brazo y se elevó con más lentitud que de costumbre. Me sorprendió que apoyara su mano en mi frente.

—Mirá el aura de tu hijo —dijo.

Miré hacia abajo y me estremecí. Ariel estaba de pie en el porche, la cara vuelta hacia arriba, hacia nosotros, sonriendo. Y

rodeándolo había un halo de oro cobrizo que resplandecía en las sombras de la noche. Raziel apartó la mano de mi frente y se lanzó hacia el cielo cubierto de nubes.

—Es un reparador —dijo un momento después, en respuesta a todas las preguntas que el vértigo me impedía formular—. Pertenece a la tribu de Rafael, de ahí el color dorado rojizo de su aura.

—Ah —murmuré.

—Por eso te eligió como madre. Los reparadores suelen estar cerca de los guerreros, para ayudarlos después de las batallas.

—…?

Me miró un instante y asintió.

—Primero los Gremlins, después te explico.

Ya estábamos sobre el centro. Le señalé el edificio del hotel y descendió hacia la terraza. Una vez con mis pies sobre algo firme, amagué a hablar, pero me indicó silencio. Tocó el suelo cerrando los ojos y volvió a asentir.

—Sí, hay bastantes. Tienen hambre, pobrecitos.

—¿Pobrecitos? —repetí sorprendida—. Casi electrocutan a varios con los cables que dejaron pelados.

Él meneó la cabeza con actitud paciente.

—Son como bebés, Lucía. No buscan hacerle daño a nadie, sólo alimentarse. Los voy a hacer salir, y cuando estén acá, usá la Cruz. Su alimento es la energía. Y como cualquier otro ser, cuando obtienen la cantidad que necesitan, evolucionan.

No hizo nada visible, sólo permaneció acuclillado con una mano contra el piso. Pronto sentí el rasqueteo, como uñitas contra metal. La primera cabeza orejuda asomó un momento después, y tras ella otra, y otra, y otra. Tres docenas de Gremlins emitiendo gruñidos guturales. No medían más de diez centímetros, todos ellos chiquitos, feos, desgarbados, amenazantes. Rodearon a Raziel, olfateándolo. Uno se animó a tocarlo y se apartó con un gruñido de desencanto: no era comestible. Encontré la mirada de Raziel, que seguía inmóvil en medio de ellos.

Saqué la Cruz sin saber qué hacer. Él había dicho que la usara, pero no me había dicho cómo. Tendría que improvisar. Pero no hizo falta. Como siempre, la madera se encendió al contacto con mi mano. Los Gremlins giraron hacia mí automáticamente y

empezaron a rodearme. La luz de la Cruz se concentró y emanó una especie de haz, como una linterna, sólo que su brillo era diáfano y tibio.

Los Gremlins lanzaron gruñiditos de alegría y corrieron hacia la luz. Se sumergían en ella y daban saltitos con los brazos flacos en alto, emitiendo unos sonidos que de alguna forma recordaban risas. De pronto algunos comenzaron a brillar, más y más, hasta que todo su cuerpo pareció convertirse en luz, y se elevaron un palmo del suelo. Los vi flotar asombrada, mientras más Gremlins se apresuraban a bañarse en los cálidos destellos de la Cruz. Sus gestos eran como los de una persona que se pone bajo la ducha y disfruta el agua. Cinco minutos después no quedaba ningún Gremlin a la vista. La Cruz se fue apagando y sólo sus bordes brillaban, como siempre que estaba en mi mano desde que Raziel empezara a enseñarme a usarla.

Alcé la vista todavía sorprendida y me quedé boquiabierta: todos esos pequeños seres de luz rodeaban a Raziel, que se había sentado con las piernas cruzadas. Trepaban por sus brazos y hasta su cabeza, se sentaban en sus manos abiertas. Lo vi soplarle a uno, que se elevó flotando con el eco de un cascabel agudo. Busqué sus ojos clarísimos y descubrí en ellos una alegría que me era desconocida. Jugaba con ellos, les sonreía, les murmuraba palabras que yo no comprendía. Alzó la vista hacia mí, pronunció una palabra breve, y todos esos seres me rodearon, flotando en ronda alrededor de mi cabeza con su sonido de cascabeles.

—Te están agradeciendo —dijo Raziel con suavidad.

Uno de ellos se detuvo ante mis ojos, tendió hacía mí sus bracitos resplandecientes y tocó la punta de mi nariz con su carita. Se me cerró la garganta de pura emoción. Sentí lo mismo que la primera vez que Ariel me sonriera. Se apartaron todos al mismo tiempo, elevándose. Sentí el rastro tibio de una lágrima que resbalaba por mi mejilla. Eran tan hermosos, tan dulces. Revolotearon en torno a Raziel cuando se incorporó y se alejaron con su luz y sus cascabeles, alzándose hacia la noche oscura. Un momento después no quedaban rastros de ellos. Bajé la vista todavía sobrecogida y encontré en el rostro de Raziel esa sonrisa que para mí era nueva. Su mano fue un soplo secando mi mejilla. Me estremecí.

—Yo… No sabía… —murmuré.

—Lo sé.

Todavía parado frente a mí, me rodeó la cintura y me acercó a él sin dejar de sonreír. Me estrechó por un momento.

—Me alegra que lo hayas visto —susurró.

Atiné a asentir. Y a sujetarme, porque ya estábamos a varios centímetros del suelo. Él me ayudó a agarrarme bien riendo por lo bajo.

El sonido de sirenas nos llamó la atención y descendimos un poco en dirección al Centro Cívico. Había dos autobombas frente al Bariloche Center. Se veía un poco de humo saliendo de una ventana del quinto piso. Al parecer, nada grave.

—Hay un aura muy densa ahí —comentó Raziel volviendo a elevarse.

El viento me azotaba la cara y me costaba mantener los ojos abiertos, pero advertí que pasábamos de largo mi casa. Seguramente íbamos a Villa Tacul. A veces, cuando yo tenía tiempo, me llevaba al Brazo Tristeza, a un paraje que le gustaba especialmente. Pero esa noche no podíamos alejarnos tanto porque al día siguiente yo tenía que trabajar. Él era capaz de desplazarse a una velocidad pasmosa cuando estaba solo, algo que yo nunca experimentaría si pretendía que mi cuerpo permaneciera entero, así que en esas circunstancias, Raziel se contentaba con lugares más cercanos.

- 3 -

Me depositó con su suavidad habitual en la playa y fue a sentarse al tope del peñón de siempre a orillas del lago. Su naturaleza etérea lo hacía disfrutar los lugares altos. Además, su oído era agudísimo y tenía la capacidad de modular los sonidos de tal forma que parecía hablar a sólo dos pasos de distancia. Así que era muy común que nuestras conversaciones ahí se desarrollaran como esa noche: él parado o sentado en algún sitio donde podía sentir los movimientos del aire, yo donde tuviera los pies bien apoyados en la tierra y el horizonte a la altura de mis ojos.

Para mí esas "conversaciones a distancia" eran una suerte. Sobre todo si estaba con tantas emociones a flor de piel como esa noche. De haberlo tenido cerca, no habría resistido la tentación de sentarme junto a él y apoyarme en su hombro. Raziel intuiría que estaba conmovida por lo que acabábamos de presenciar, deduciría que necesitaba un poco de contención o lo que fuera, y pasaría su brazo por mi espalda. Lo cual mandaría mi atención al diablo y me impediría escuchar nada de lo que dijera, perdida en ensoñaciones tan estúpidas como imposibles. Y esa noche tenía más de cuatro preguntas para él. Sobre todo acerca de mi hijo.

—Nosotros… Se las llama tribus —dijo, sin precisar que yo lo interrogara.

Percibí su vacilación. Había empezado en primera persona y se había corregido de inmediato. Como siempre, adiviné que ese desliz le había dolido y me entristecí por él. Pero no se detuvo. Así escuché hablar por primera vez de estas tribus en las que se agrupan de forma genérica los humanos y todos los seres sutiles en contacto estrecho con la humanidad, liderados por los Arcángeles.

—Yo pertenezco a la tribu de Miguel —dijo, sin corregir el tiempo verbal. Según explicó, nadie "cambia" o "deja" su tribu original mientras vive, a menos que ocurra algo completamente irreversible—. Vos también, por eso nos entendemos.

Se permitió una sonrisa al ver mi sorpresa.

—Combatís demonios, ¿no? ¿Y quién fue el primero en

combatirlos? —Tenía razón, por supuesto—. Vos, sin saberlo, lo tenés escrito con letras luminosas: usás espadas, la mayor parte de tu ropa son prendas azules y blancas, tu momento preferido del día es la noche, tu viento preferido es el que sopla del norte, tu estación preferida es el invierno. Todas las cosas que simbolizan a Miguel.

—¿Y Ariel?

—Rafael. Su capacidad como sanador es impresionante.

—¿Aun siendo tan chico?

—Es un alma vieja, sabia.

—No tan sabia, para elegirme de madre.

—Vos y tu autoestima Titanic. Es exactamente al revés.

Era raro que bromeara y reí al escucharlo usar mi propia expresión: autoestima Titanic, parece sólida pero la tocás y se hunde. A pesar de que estaba nublado, era una noche muy agradable, quieta, fresca. Él disfrutaba el viento allá arriba y yo disfrutaba un cigarrillo ahí abajo, cada uno sentado en su piedra. Hablamos un buen rato del tema.

—¿Y el Caído? —pregunté tras una pausa.

Se tomó un momento para componer su respuesta.

—Pertenecía a la tribu de Gabriel. Son seres excelsos, muy puros, es muy raro que caigan. —Su tono era meditabundo—. Y por eso mismo, la caída de cualquiera de ellos es siempre una tragedia. Los destruye por dentro. Él, en particular, renegó de absolutamente todo. Es muy triste. Y peligroso, porque está lleno de odio.

Vacilé. Se anticipó a mi pregunta con un suspiro.

—No. He sentido rabia, o despecho, pero nunca odio. Sólo dolor. Si te cortan una mano, no odiás a esa mano. Sentís que darías cualquier cosa por recuperarla, ¿no? Yo siento algo así. Como si me hubieran sacado no una mano, sino el corazón. No sé si se entiende lo que quiero decir.

Asentí en silencio, la vista perdida en las formas negras de los cerros al otro lado del lago. Vaya si lo entendía.

—Lo malo es que uno aprende a vivir sin corazón —murmuré.

—Hasta que descubre una señal que indica en qué dirección buscarlo.

Me sobresalté al encontrarlo parado a mi lado, mirándome desde la cara en sombras. Descansó una mano en mi cabeza, fuerte, cálida.

—Vos sos mi señal, Lucía.

No me animé a moverme. Tampoco me animé a preguntarle qué significaban sus palabras. En cuanto a mí, lo que había dicho era totalmente cierto. Yo había vuelto a encontrar mi corazón. Con él. Y en ese momento me iba a dar un infarto si seguía latiendo de esa forma.

Cabeceó en dirección al camino que salía a la ruta. Sabía que me gustaba caminar por el bosque, aun en una noche oscura como ésa.

—En ese edificio hay algo que no me gusta —comentó al rato.

Caminábamos lado a lado por el sendero para autos. Él había creado un pequeño globo de luz azulada para iluminar mis pasos.

—¿El Bariloche Center? Seguro que no es un manantial de buena onda.

—Sí, su aura es siempre un poco desagradable. Cierto, no ves auras, a veces me olvido. Tenemos que remediar eso.

—¿Te parece? No estoy segura de que quiera ver la energía de todo y todos.

—No tiene que ser placentero, sino útil. Y con el tiempo podés aprender a bloquearlo a voluntad. Pero necesitamos varias horas tranquilos y un lugar donde te sientas especialmente a gusto, preferentemente al aire libre, para que puedas acomodarte a las primeras impresiones con más facilidad. Si tuvieras que elegir un lugar así, ¿dónde sería?

—El Saltillo de las Nalcas —respondí sin vacilar.

—Tal vez la próxima vez que vayas. Tendrías que pernoctar allá, ¿lo hiciste alguna vez?

—Cuando era joven y linda. En el Jurásico.

—Titanic. No cambies de tema. Si realmente querés hacerlo ahí, y coincido en que sería un lugar excelente, deberías encontrar la forma de subir a pasar la noche de campamento o quedarte en Pampa Linda.

—Bueno. Dejame ver cómo hago.

—No demores mucho. Es algo que ya tendrías que poder hacer.

—¿Ver auras?

—Sí, como la de ese edificio. Hoy la vi más turbia que de costumbre. Como si se estuviera incubando algo ahí.

—¿Parásitos? —No oculté el asco que me provocaba de sólo pensarlo.

—Tal vez —murmuró pensativo.

Me tropecé con una raíz. Raziel me sostuvo sin distraerse de sus cavilaciones y seguimos caminando en silencio.

El Regreso de la Bruja

- 1 -

Cuando llegó el mail de los australianos, Lucas sintió que era cosa del destino. Dándole un empujón brutal para que enfrentara lo que venía preocupándolo hacía varios días. Mauro se lo mostró con aire socarrón, malinterpretando su ceño fruncido.

—Es lo malo de ser el mejor, querido —dijo divertido—. Así que hacete a la idea de que la semana que viene vas a pasar un par de noches en la montaña.

Si el problema fuera ése, pensó Lucas suspirando. Se encogió de hombros resignado y asintió. Miró la hora distraído, más que nada para apartar la vista de esas palabras que acababan de concertar su cita con el terror.

—Me voy a cambiar. ¿Te veo en El Dutch? —preguntó.

—Podrías llevarme a casa. Yo también quiero ir a cambiarme, ¿no, Lu?

Lucía alzó las cejas sin apartar la vista de su computadora, como siempre que Lucas estaba en la oficina.

—¿No qué?

—Sábado, fin de año, brindis, podríamos ir cerrando.

Ella lo enfrentó con una sonrisa filosa. —¿Ya terminaste todas las reservas que se te habían amontonado?

Mauro cerró su computadora por respuesta. Lucas le hizo señas de que lo esperaba afuera y salió. Lucía se desperezó sonriendo.

—Sí, va siendo hora de irse —suspiró.

—¿Querés venir con nosotros? Vamos para el mismo lado.

La mirada asesina que le disparó Lucía sólo provocó la risa de Mauro.

—Tranquila, era un chiste.

—¿De qué hablaban? ¿Lucas se va a tomar unos días?

Mauro se inclinó por encima del escritorio de su socia con una expresión que la hizo poner colorada.

—Me gustaría saber si tengo que salir corriendo a buscar un guía en plena temporada —se defendió ella, gruñendo.

—Entró un mail de los O'Malley. Te acordás de ellos, ¿no?

—Claro que me acuerdo. Gastan una fortuna con nosotros cada verano.

—Llegan la semana que viene. Y entre los servicios que piden, quieren traslado a Pampa Linda, con una noche en la hostería y otra arriba, en el Meiling. Y Lucas, por supuesto.

Dos paredes más allá, afuera del local, Lucas cerró los ojos al escucharlo.

El aura de Lucía tardó un par de segundos en brillar. *Se acordó del Saltillo de las Nalcas.* Vaciló un momento. *Está considerando el inconveniente de ir hasta allá conmigo.* Volvió a brillar. *Acaba de encontrar una excusa para ir.* Suspiró de nuevo y se alejó por la galería descubierta hacia la calle, como si de esa manera pudiera aislarse de lo que pasaba en la agencia. *¡Mierda!*

En ningún momento se le había ocurrido que pudiera pasar algo así. Todo se precipitaba como una avalancha. Apenas dejara a Lucía en su casa tres noches atrás, después de lo de los Gremlins, comprendió que había dado un paso decisivo hacia algo que le inspiraba un temor que no sabía cómo evitar: el momento en que ella supiera quién era él en realidad. Una vez que ella desarrollara esa "segunda vista", él podía tratar de mantener su aura disfrazada. Pero conociendo a Lucía, eso no funcionaría por mucho tiempo.

Sin embargo, la situación pintaba el peor escenario que se le pudiera ocurrir: estarían los dos al mismo tiempo en Pampa Linda, seguramente alojándose en el mismo lugar, y se verían antes de que él pudiera escaparse a la montaña con los australianos. Y bien sabía por experiencia que los primeros días, hasta que aprendiera a bloquearla a voluntad, a Lucía le resultaría imposible controlar la visión de la energía de cuanto la rodeaba.

Apenas prestó atención a lo que Mauro decía mientras lo llevaba a su casa. Se las ingenió para disimularlo, su mente perdida en ese callejón sin salida en el que se había acorralado a sí mismo.

—Avisame cuando estés por salir para el centro, así bajo a la ruta a esperarte —se despidió Mauro, ya fuera del auto.

Lucas asintió y siguió camino, siempre rumiando lo que se le antojaba una broma pesada. Se permitió mirar de reojo hacia

arriba, el cielo todavía claro de verano.

—Muy graciosos —gruñó.

De pronto se sentía tan poco preparado para enfrentar lo que sucedería. Maldijo por enésima vez a Esteban y su fiesta de disfraces, en realidad maldiciéndose a sí mismo. *¿Por qué tenía que emborracharme? ¡Justo esa noche!* Aquella pérdida de control había desencadenado un efecto dominó que todavía seguía volteando ficha tras ficha a escala Richter. Enfrentar de forma cabal lo que sentía por Lucía había sido un problema, por supuesto, pero sin duda uno de los menores.

El copo de nieve que cae y empuja a otro en lo alto de la montaña.

Era obvio que no esperaba que sus emociones tomaran semejante giro, aunque mirándolo en perspectiva tampoco lo sorprendía. Le había cobrado tanto cariño, la respetaba tanto. Si él todavía hubiera sido el exorcista que fuera, la habría convertido en su aliada humana más importante. La habría instruido y habrían trabajado juntos tal como estaban haciendo. La habría protegido con idéntico celo, como al mejor compañero de armas humano que jamás tuviera. El detalle que había pasado por alto era que él ya no era únicamente sutil, y que la química de su cuerpo físico trabajaba sin consultarlo. Y todo ese respeto, ese afecto, el placer que hallaba en su confianza y en su camaradería, se habían traducido a emociones humanas antes de que pudiera considerarlo siquiera posible. Entonces había llegado la noche de la fiesta de disfraces. Los dos habían tenido la pésima idea de pasarse con el alcohol al mismo tiempo. Y habían terminado teniendo sexo

Resbala la primera placa de nieve.

Estar con ella de esa forma lo había conmovido mucho más de lo que nunca hubiera creído posible. Descubrir a Lucía como mujer, desde sus sensaciones y emociones de hombre, sería algo que no olvidaría mientras viviera. No era algo que le preocupara. Cuando fue capaz de analizarlo con un poco de calma, hasta lo había encontrado natural.

El tema era lo que ella sentía. En el mes que pasara desde entonces, había quedado a la vista que para Lucía esa noche había sido un error. Uno de los peores de su vida. Porque ella también se había chocado de manos a boca con sus propias emociones. Se

había visto forzada a reconocerse enamorada de él. Pero de su parte sutil, no de su parte humana. Seguía detestando a Lucas Pefaure y luchaba a brazo partido por poner algún límite a lo que sentía por Raziel.

Era lo que Lucas llamaba una verdadera ironía.

Sin embargo, ese vuelco le había ofrecido algún refugio a sus miedos. Desde que enviudara, once años y siete meses atrás, era la primera vez que sentía por una mujer algo que fuera un poco más allá de la simple atracción física. Y Lucía no le inspiraba sólo "un poco más" que deseo. Era un huracán que lo había derribado todo a su paso, despertándolo, sacudiéndolo, ofreciéndole la mano tendida que buscara en vano por más de cinco siglos humanos. Le había devuelto la consciencia y la memoria. Lo había acompañado a encontrar un equilibrio. Le había abierto la puerta de una vida nueva, y junto con esa vida, le había entregado su corazón.

Ni más ni menos.

Después de la fiesta había pasado más de cuatro noches de insomnio. Cuando volvía de encontrarse con Lucía, y el silencio y la noche lo cubrían como una promesa de olvido. El espacio se llenaba con los ojos de Lucía, que expresaban tanto más de lo que ella imaginaba, con su sonrisa, con el recuerdo del roce casual de su cuerpo. Sólo Nayla lo había mirado de esa forma, con tanta confianza, con alegría, con comprensión, con expectativa, con amor. La diferencia capital radicaba en que Lucía sentía todo eso por Raziel. *El Caído*, el expulsado, el exiliado, el proscrito sin futuro. Era fácil amar a Lucas Pefaure, atractivo, inteligente, exitoso, simpático. Pero Lucía conocía gran parte de su verdadera historia y su reacción espontánea era quererlo.

Masas de nieve deslizándose cuesta abajo a velocidad creciente.

En algún momento de ese mes se había planteado decirle la verdad. Y lo había descartado de plano.

Había un punto en el que Lucas Pefaure era demasiado orgulloso para hacer algo así. *"Soy la parte humana del Caído que amás, linda."* No, la conquistaría sin trucos ni ases en la manga. Y cuando Lucía se rindiera, *entonces* le explicaría la verdadera situación.

Y había un punto en el que Raziel se encogía de sólo pensar en la eventualidad del rechazo. La idea de que conocer su doble identidad la alejara de él era demasiado… ¿terrible? Sí, terrible.

Sospechaba que no estaba en condiciones de soportar semejante revés, perder a su amiga y compañera cuando recién la encontraba, volver a enfrentar la soledad, la ausencia total de rumbo, de esperanzas.

Entonces.

Los miedos de Raziel se refugiaban en la política de conquista a largo plazo como humano. Y el ego de Lucas Pefaure se regodeaba al sentir a Lucía estremecerse en sus brazos sutiles.

Patético.

Pero habían acordado lo del Saltillo de las Nalcas. Nada más lejos de su intención original, pero el hecho concreto era que había dado el primer paso para allanar la situación. No le explicaría nada: le daría las armas para descubrirlo por sí misma.

Y ahí llegaba el mail de los O'Malley. ¡Vamos todos a Pampa Linda! Yeah.

Demasiado tarde para buscar refugio.

La situación acababa de sobrepasarlo y enterrarlo.

Se detuvo un momento frente al espejo del living y se sacudió la nieve metafórica del pelo y la ropa. Sí, modestia aparte se veía definitivamente bien. Majo lo llamó por quinta vez desde afuera. Ya casi era medianoche y Mauro los estaba esperando.

—Voy, nena, voy.

- 2 -

Encontrarse con Eugenia fue una coincidencia afortunada, porque Lucía se conocía y sabía que una vez que llegara a su casa, después no iba a juntar ganas para volver a salir. Así que empanadas para llevar y a charlar en el departamento de su amiga, esperando que se hiciera hora de ir al Dutch.

Eugenia estaba alquilando en el Bariloche Center. *Coincidencia afortunada, claro,* pensó Lucía entrando con ella al edificio. Miró a su alrededor con curiosidad mientras esperaban el ascensor, preguntándose cómo lo vería Raziel con sus ojos sutiles. Cómo lo vería ella misma en sólo una semana. Se estremeció al pensarlo. Noche de verano. El Saltillo. Raziel. *Tendría que llevar un resucitador, por las dudas.*

Su amiga la iba poniendo al tanto de los últimos chismes de los que todavía no se había enterado. Marcos y Viviana se estaban viendo a escondidas. Julián había preguntado por ella en un par de ocasiones. Inés ya había pasado dos noches con Lucas y se proponía mejorar el récord de cuatro noches que había obtenido Josefina dos años atrás. El Chino había tomado tanto una noche, que al día siguiente se había descompuesto en plena excursión a El Bolsón. Charly se había cambiado de agencia. Los dueños de…

Llegó el ascensor. Eugenia subió todavía parloteando y se volvió sorprendida al descubrirse sola en la cabina. Lucía seguía ahí parada, dándole la espalda, mirando a la chica que acababa de bajar del ascensor.

—¿La conocés? —preguntó.

Lucía reaccionó al escucharla y subió junto a ella, meneando la cabeza. ¿Si la conocía? No era un recuerdo que le gustara evocar, esa chica entregándose al demonio alado.

—Se mudó acá hace un mes. Era la noviecita de Marcelo Benavidez antes que…

La voz de Eugenia se perdió en un murmullo. La muerte de Marcelo era demasiado reciente para mencionarla a la ligera. Lucía atinó a asentir. Llegaron al sexto piso y recorrieron juntas el largo

pasillo. Una vez en el departamento de Eugenia, las dos parecieron sacudirse la aprensión que las hiciera callar. Lucía agradeció la música y la charla de su amiga, que disimulaban su actitud ausente. No importaba cuánto tiempo pasara, cualquier cosa que le recordara al Caído era un balde de agua fría en su ánimo y un nudo en su estómago.

—¿La otra noche hubo un incendio acá? —preguntó mientras comían.

—Sí, horrible, casi me muero del susto. Fue en el piso de abajo. Un flaco se durmió fumando y se le prendió fuego la sábana, ¡pedazo de boludo!

—Pobre.

—¡Imaginate! Encima acá todo es súper combustible. Todo alfombrado y empapelado. Mirás un fósforo y saltan chispas.

—Es cierto.

—Igual este edificio es para llenar una sección de policiales. En Navidad, un tipo se tropezó en la escalera y bajó del entrepiso a planta baja rodando. Todavía está internado.

—¿En serio?

—Y hoy mismo, a la tarde, otro boludo casi se electrocuta. Salió de bañarse y prendió la tele así como estaba, descalzo y todo mojado. Dijo que “no se dio cuenta”.

—Mirá vos.

—Ya hay quienes dicen que vivir acá es mufa, sin contar la de turistas que suben y bajan todo el tiempo por el hostel en el último piso. ¿Te gustan las de humita?

—No, comelas vos. ¿Dónde tenés servilletas?

—En la cocina. Y traé otra cerveza. Te juro que estoy pensando llamar a una bruja para que me limpie el depto.

Lucía se aseguró que sus botas tuvieran suela de goma y que no había ningún cable pelado antes de abrir la heladera. De pronto reparó en un detalle de lo que Eugenia había contado.

—Todos los accidentados fueron hombres, ¿no?

Eugenia se quedó pensando mientras Lucía abría la cerveza y volvía a sentarse frente a ella. Se encogió de hombros sonriendo.

—¡Tenés razón! ¡Me ahorraste la bruja!

Ya tenés una de vecina, pensó Lucía forzando una sonrisa.

A mitad de la última empanada, Eugenia tocó el tema fatídico de

la ropa, y cuando descubrió que Lucía no tenía planes de cambiarse estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios.

—*¿¡Cómo!?* ¡No, no, no! ¿Cómo vas a ir *así?* ¡Va a estar *todo el mundo!* Andá a darte una ducha que te presto algo.

Conociéndola, Lucía optó por obedecer sin chistar, sin humor para discutir. Se resignó a llegar al Dutch más producida que una Barbie. Al menos hasta que pudiera ir al baño y recuperar su personalidad.

Un rato después, mientras luchaba una batalla perdida contra el shampoo, cuya función parecía ser meterse en los ojos en vez de limpiar el pelo, se detuvo a enumerar las coincidencias que llevaba acumuladas esa noche.

Raziel había notado algo feo en el edificio. *"Como si se estuviera incubando algo."*

La brujita reaparecía, vivita y coleando. Y viviendo ahí.

Todos los accidentados eran hombres.

Todos los accidentes parecían causados por falta de atención.

"¿Parásitos?," había preguntado ella. *"Tal vez,"* había contestado Raziel.

¿Falta de atención causada por cansancio extremo? Era uno de los síntomas de las víctimas de un parásito, bichos desagradables que se alimentaban de la energía de sus vecinos.

Que las víctimas fueran varones indicaría un parásito hembra.

Se preguntó qué relación podía tener la brujita con el parásito, si había uno.

No la sellé, la sequé. Le resultaría imposible absorber la energía de nadie para incrementar su poder.

Tenía que hablarlo con Raziel. Tal vez él supiera ver en los huecos que ella no conseguía completar. Pero no esa noche. *Mañana. Maldito brindis de fin de año.*

- 3 -

Tenía que reconocer que la ropa que Eugenia la había obligado a ponerse le quedaba bien, aunque se sentía rara. Una musculosa blanca ajustada, un suéter color chocolate de cuello abierto de hombro a hombro, unos jeans medio ajustados. Y había logrado evitar la sesión de maquillaje. Inés acababa de llegar y dio su visto bueno con un guiño. Ella estaba para parar el tránsito con esa remera escotada y esos pantalones blancos. Eugenia y Lucía le auguraron la tercera noche con Lucas sin vacilar.

—Y vos más te vale que te vayas con Julián, que nunca más le diste la hora —le dijo Inés a Lucía—. Para matarte. Semejante tipo te va a atrás y vos ni te das por aludida.

Lucía se encogió de hombros, incómoda. Salieron charlando y riendo. A excepción de Mauro (y Lucía estaba segura que Majo también), nadie parecía haberse dado cuenta de que ella y Lucas se habían ido juntos de la fiesta de Esteban. Al principio la había sorprendido la ausencia total de comentarios, pero después había llegado a la conclusión de que nadie lo creía posible. Como si Alfred le dijera a Jim Gordon que Batman se había ido de bares con el Guasón. ¿Quisiste decir Gatúbela? No, no, el Guasón.

Tal como Eugenia anticipara, en El Dutch estaba todo el mundo. A pesar de que apenas daban las doce, el pub estaba lleno hasta la asfixia. Los tres pasos de la puerta a la escalera le costaron a Lucía diez minutos de saludos. Ya estaba arrepentida de haberse quedado en el centro. *Podría estar en casa, tal vez con Raziel. En el peor de los casos, recuperando unas horas de sueño.* Ahogó un suspiro. No podía con su genio. Se escabulló de sus amigas y se fue derecho a la barra a saludar a Gabriel. Tenía que juntar paciencia para bajar a saludar a todos los conocidos que se amontonaban ahí abajo, hablando y riendo en voz muy alta.

—Guau.

La palabra sonó tras ella, casi en su oído. Miró sorprendida por sobre su hombro y encontró a Blas sonriéndole. Esa noche llevaba el pelo atado, y el verano lo había hecho reemplazar su abrigo por una

camisa negra a medio abotonar que le quedaba para sacar balcones. Tenía la barba y el bigote recortados al milímetro y olía como los dioses. *Buenas noches, glándulas. ¿Se acordaron de existir?,* pensó divertida, aceptando la cerveza que le convidaba. Se sentía tan bien, que por una vez un simple mortal le llamara la atención. Pero no pudo conversar con él más que tres o cuatro frases, porque llegó Mauro con los Pefaure y se interpusieron entre ellos. Intercambió una sonrisa cómplice con Blas. Que la hirvieran si esa noche lo dejaba escapar tan fácil. Se dejó arrastrar por Majo hacia abajo con el firme propósito de volver a subir y buscar a Blas apenas se le presentara la oportunidad.

Lucía mantuvo su mejor cara en todo momento, charló, brindó, se rió con sus amigos. Mientras tanto llegó Julián, arrastrando casi tantas miradas como el propio Lucas, que esa noche parecía determinado a ignorar todos los ardides de la pobre Inés y estaba causando estragos entre las demás mujeres presentes. Julián saludó a todos y volvió junto a Lucía con dos copas de champagne para brindar con ella. Se miraron a los ojos y sonrieron. *Y que me hiervan*, pensó ella. Blas iba a tener que quedar para otro día. La química que tenía con Julián era una Ferrari en una recta. En algún momento subieron juntos, buscando aislarse un poco del grupo tan numeroso y alborotado. Charlaron un rato, sus miradas encontrándose todo el tiempo. Lucía descubrió que se sentía extrañamente liberada a su lado. No necesitaba aclarar nada, prometer nada, esperar nada.

—Es lo que hay —dijo Julián de pronto y rieron los dos, porque era la estricta verdad.

En ese momento una risita chillona les llamó la atención, y giraron hacia el otro extremo de la barra. Lucía se quedó de una pieza al ver a la brujita en brazos de un hombre, forzando esa risa que le provocó escalofríos. Blas estaba a pocos pasos, observándola con sonrisa irónica. Miró de soslayo a Lucía y le guiñó un ojo con actitud cómplice mientras la chica besaba ostentosamente a su acompañante. Lucía respiró hondo y giró hacia Julián, tratando de ignorar el malestar que la había invadido.

—¿Te sentís bien? —preguntó él al advertir su expresión.

No llegó a mentir. Tras ella, la chica se despedía de Gabriel en voz muy alta. Sintió que se le contraía el estómago y un escalofrío.

Julián frunció el ceño.

—¿Qué te pasa, Lucía? ¿Necesitás salir un rato? Está muy cerrado acá.

Ella oyó la puerta que se abría y se cerraba, la última carcajada de la brujita.

—Me quiero ir —replicó, sin detenerse a pensarlo.

—Te llevo.

Entonces reaccionó. No podía salir de ahí con Julián.

—Tengo mis cosas en lo de Eugenia —se apresuró a decir—. Esperame que las voy a buscar. Vuelvo en cinco minutos.

Julián asintió cada vez más sorprendido. Lucía sabía que su brusquedad iba a suscitar preguntas posteriores, pero no tenía tiempo para remediarlo. Se apresuró hacia su amiga y le pidió las llaves de su casa. No sabía bien qué pasaba, pero sus ovarios le gritaban que siguiera a la brujita. Un minuto después se contenía para no correr calle abajo hacia el Bariloche Center.

- 4 -

Lucía mantuvo cincuenta metros de distancia hasta que la chica entró al edificio. Entonces se apuró, para ver a qué piso iba. Las puertas del ascensor se cerraron cuando entraba al hall, y esperó con los ojos fijos en los números que seguían pasando. Décimo piso. *¡Mierda! Sí que es un parásito.* Los parásitos solían anidar en áticos y buhardillas. Si había un nido en el edificio, tenía sentido que estuviera en el último piso. Lo malo era que ahí también funcionaba un hostel, y los parásitos eran peligrosos y violentos. Ella nunca se había enfrentado a uno, porque su abuela había limpiado Bariloche de parásitos cincuenta años atrás. Sabía que les gustaban los lugares aireados pero evitaban salir al aire libre, y esa contradicción era uno de los pocos puntos débiles, sino el único, que tenían. Sus cuerpos eran extremadamente fuertes, sobre todo si estaban bien alimentados. Alejarlos de su nido los debilitaba, y amenazar el huevo de una hembra era temerario, porque se lanzaban al ataque sin vacilar.

Lucía ignoró el batir de su corazón y corrió por el pasillo del sexto piso hacia el departamento de Eugenia. Sólo se detuvo a sacar la Cruz de su mochila y regresó a los ascensores rezando para sus adentros. En el décimo piso, tomó el pasillo de la izquierda. El hostel estaba al final del pasillo de la derecha, así que era esperable que el parásito buscara esconderse del otro lado. A medida que avanzaba, sintió la puntada en su vientre y de pronto el aire le pareció denso, oscuro, irrespirable. Recordó que Raziel una vez le había advertido que profundizar el manejo de su energía para conectar con la Cruz la abriría a otro tipo de percepciones que hasta entonces no conocía. *A esto se refería.* Y le pareció volver a escucharlo en el bosque de Villa Tacul: *"No tiene que ser placentero, sino útil."*

Apretó la Cruz en su mano y se concentró en lo que el entorno le transmitía. Necesitó sólo un par de pasos para sentirlo con toda claridad: el segundo departamento a la derecha. Se prohibió pensar en lo que estaba por hacer. Sólo esperaba que no apareciera ningún

grupito de turistas en el otro extremo del pasillo.

—¿Y Lucas dónde se metió?

Inés, Majo y Mauro miraron alrededor sorprendidos al descubrir su ausencia.

—Fue al baño —dijo Esteban. Todos aceptaron su respuesta y siguieron charlando y riendo.

Lucas no estaba en el baño, aunque ésa había sido su excusa para apartarse del grupo. Había salido del Dutch un momento después que Lucía y bajaba a paso rápido por Morales tras ella. No podía ser casualidad que le hubiera dado tanta urgencia por irse con Julián después de ver a la chica que invocara a Blas dos meses atrás. Y que se entregara a él por propia voluntad, sellando un pacto de obediencia a cambio de vaya uno a saber qué.

Esperó a la sombra de las sequoias frente al Bariloche Center, sondeando el entorno en busca de Lucía. Contuvo el aliento cuando la localizó: estaba rodeada por un aura densa y oscura, sin más armas que la Cruz, y avanzaba hacia el origen de esa energía sucia. Sí, un parásito. Una hembra. En ese preciso instante se estaba alimentando de un hombre joven. El chico que estaba con la sierva de Blas. El parásito había desovado y necesitaba recuperar fuerzas, así que lo más posible era que matara a ese chico.

Se debatió entre su confianza en Lucía y el miedo que sentía por ella. No estaba seguro de que alguna vez le hubiera plantado cara a algo tan peligroso, fuera del propio Blas. Decidió que esperaría, listo para intervenir. Sobreprotegerla era debilitarla. Esperó muy quieto, una sombra entre las sombras.

De pronto la noche reverberó con una explosión de energía. Lucía había entrado al nido y rechazado a la bruja. Sus ojos sutiles vieron destellar la luz allá arriba y su garganta humana se cerró de angustia. Logró contenerse. Lucía lo estaba haciendo bien. Había dejado sin sentido a la chica y le había arrancado su víctima al parásito. Al ser una hembra, la criatura prefirió defender su huevo a pelear por el chico. Ahora sólo tenía que… *¡No! ¿Se volvió loca?*

—¡Lucía, no! —exclamó sin darse cuenta.

Le había arrebatado el huevo al parásito y corría con él por el pasillo hacia las escaleras. La hembra se lanzó tras ella sin vacilar.

Lucía corrió escaleras arriba sabiendo que le iba en ello la vida.

El parásito la seguía sólo medio tramo de escalones más abajo. Tuvo un momento de terror absoluto al descubrir que la puerta al techo del edificio estaba cerrada. Podía oír los ruidos de la hembra acercándose. Apretó bajo un brazo el huevo pegajoso, del tamaño de una pelota de básquet, y empuñó la Cruz con la mano libre, apuntándola hacia la puerta cerrada. No precisó rezar ni patear como había creído: la cerradura saltó con un fogonazo silencioso. Un rugido a pocos pasos la empujó hacia afuera con una única palabra en sus labios:

¡Raziel!

No sabía si lo había dicho o lo había pensado. Sólo esperaba que la hubiera oído, como siempre. Salió al techo del edificio y el viento de la noche le acarició la cara. Se sintió revivir. El parásito salió tras ella y se detuvo, vacilante por primera vez, pero sólo dudó un instante. Lucía lo aprovechó para correr hacia el extremo opuesto del techo, hasta detenerse en una de las esquinas del lado del lago. Sabía que estaba acorralada.

- 5 -

Lucía giró y vio venir al parásito como un rinoceronte al galope, arrancando cables y antenas a su paso. Pocos iban a tener televisión al día siguiente en el edificio. Fijó la vista en la criatura espeluznante que se acercaba más y más. Los machos mantenían una forma relativamente humanoide, pero las hembras en época de reproducción eran una postal pesadillezca de Alien, secretando humores ácidos y agitando sus garras filosas como navajas. Sin volverse hacia los doce o trece pisos que se abrían a sus pies hasta la calle Libertad, se subió a la cornisa ancha que bordeaba el techo. El parásito soltó un sonido largo y profundo, casi demasiado grave para el oído humano, que hizo vibrar el piso.

Una ráfaga de viento se arremolinó en torno a Lucía, que apretó la Cruz y respiró hondo. El pulso se le desbocó por un momento, pero no a causa del miedo ni del vértigo. Hasta logró sonreír. Ahora podía enfrentar lo que fuera. Recitó una última oración. Si llegaba a desconcentrarse la iban a juntar con cucharita allá abajo. Estiró un brazo hacia el costado, el huevo en su mano colgando sobre el vacío. Aquello fue demasiado para la hembra, que se abalanzó sobre ella con otro rugido de ultratumba. Las garras aferraron el huevo al mismo tiempo que la Cruz se aplastaba contra su cabeza coriácea, sin ojos visibles. Lucía se sintió levantar en vilo de la cornisa y se prohibió cerrar los ojos mientras caía. Enlazó sus piernas al cuerpo de la hembra y la mantuvo bajo ella, las dos envueltas en la luz enceguecedora de la Cruz hasta que sintió que la criatura se deshacía en el aire.

Él la recibió en sus brazos ya desmayada y descendió los diez metros hasta posarse con suavidad en la calle, por suerte desierta. La estrechó un momento contra su pecho, controló el tirón de su cuerpo físico que intentó manifestarse. Le acomodó la mano con la Cruz sobre el pecho y apoyó su propia mano en la frente helada, ayudando a la Cruz a restaurar su caudal de energía hasta que la sintió estremecerse. Lucía entreabrió los ojos y sus labios trataron de dibujar una sonrisa.

—¿Se puede saber qué fue esta locura? —preguntó él en voz baja, tragándose las mil cosas que en realidad tenía ganas de gritarle en la cara.

—Sabía que ibas a llegar a tiempo —consiguió articular ella.

— ¿¡Lo sabías!? —repitió él estupefacto. Aquello superaba sus especulaciones más descabelladas.

La cabeza de Lucía cayó hacia atrás. Él la hizo apoyarse en su pecho y ella hizo un esfuerzo para mantenerse consciente.

—Siempre sé cuándo estás… cerca… —musitó—. Me pongo nerviosa… —se acurrucó entre sus brazos, temblando de pies a cabeza.

Él se demoró un momento contemplándola, ignorando la sonrisa tonta que le curvaba los labios. *¿Se pone nerviosa?* Lucía volvió a desmayarse. Le besó la frente ahogando un suspiro.

—Te voy a llevar a tu casa —murmuró, aun sabiendo que ella no lo escuchaba.

Se cercioró de que nadie pudiera verlo y se elevó como una exhalación.

La puerta de la casa de Lucía ya parecía conocerlo, porque chasqueó y se abrió sin ruido apenas él dirigió su energía hacia la cerradura. Ariel estaba en casa de su padre. Todo estaba oscuro y silencioso. Llevó a Lucía a su cuarto y la acostó con cuidado. No estaba lastimada, sólo agotada. Acababa de enfrentarse sola a una criatura temible y se había sobrepuesto a su terror a las alturas para vencerla. Era lógico que estuviera exhausta. Se sentó a su lado, olvidado de todo fuera del alivio y el orgullo que lo colmaban. Le apartó el pelo de la cara con suavidad y se sorprendió al encontrar su sonrisa.

—Gracias —dijo Lucía en un soplo, sin abrir los ojos—. Me salvaste de nuevo.

Su voz lo obligó a recomponerse. Se limitó a asentir.

—Estoy bien, Raziel. No hace falta que te quedes.

La dulzura con que pronunció su nombre le provocó un escalofrío. Sí, lo mejor que podía hacer era irse. Se puso de pie.

—Si llegás a necesitarme…

—Te voy a llamar. Como siempre. Que Dios te bendiga, Raziel.

Él se detuvo, petrificado por sus palabras. Inspiró hondo y apuró

el paso, acuciado por una urgencia desconocida de salir de la casa. Había sido media hora intensa.

Pocos minutos después volvía a entrar al Dutch, todavía sacudido y tratando de ocultarlo. Buscó a Eugenia y le devolvió las llaves de su departamento, que había recuperado de un bolsillo de Lucía. Eugenia las recibió sorprendida. Él se explicó también para Julián, que se había acercado.

—La encontré en la esquina, descompuesta. Le bajó la presión. La ayudé a tomarse un taxi y se fue. Manda saludos y disculpas. Ni siquiera alcanzó a ir a buscar sus cosas a tu casa.

—Pensé que se habían ido juntos otra vez —susurró Mauro en su oído, poniéndole un vaso lleno en la mano.

—Pero si lo contás, lo desmiento —bromeó, con esa sonrisa suficiente que era su marca registrada.

Rieron los dos. Más allá de Mauro, todavía junto a la barra, vio que Blas lo observaba. Alzó su vaso hacia él, saludándolo sin dejar de sonreír.

Una Noche Para Recordar

- 1 -

—Eugenia ya está confirmada para mañana y pasado. Si llega a salir otra cosa, llamen a Julián. Y si es en inglés, a Germán. A Pedro lo pueden contar para mañana pero no para pasado, porque tiene que subir a buscarnos. De los transportistas llamen a Juan, y la segunda opción es Ricardo. Ni se les ocurra llamar al boludo de Chapi, aunque se ofrezca a salir gratis. No se olviden de reconfirmar los vuelos y anotar quién los atendió en el call center. Si llega a llamar…

—Tomá y callate.

Me quedé mirando a Mauro ultrajada. Él me puso un mate en la mano con sonrisa divertida. Majo, que sí consideraba importantes mis recomendaciones de último momento, terminó de anotar todo y alzó la vista, esperando que terminara.

—¿Si llama quién, Lu?

—Berenguer, de Puerto Alto, que no se haga el boludo y deposite —se me anticipó Mauro—. Como si ella le hablara así a nuestros clientes.

Majo nos miró a los dos un momento y asintió, volviendo a tomar nota. Pedro salió del baño acomodándose el pelo y señaló el termo sobre mi escritorio.

—¿Ya está lleno?

Asentí, dándoselo. Mauro me puso la mochila en los brazos y me palmeó la espalda, empujándome suavemente hacia el local.

—Te vas un día, Lu, no un mes. Quedate tranquila, por favor.

—Dos —protesté.

—Dos días. Mejor. Caminá, descansá, sacá fotos, hacé negocios. Y sobre todo, ni se te ocurra llamar.

—Yo te aviso si pasa algo —prometió Majo desde la puerta de la oficina.

Me detuve en el umbral del local con Mauro. Era un día

radiante, se veía venir el calor aun desde tan temprano. Pedro salió y me señaló la kombi, donde Lucas esperaba celular en mano y anteojos de sol puestos.

—Si se comunican con…

Mauro alzó un dedo ante mi nariz. Suspiré, lo dejé besarme el pelo. Sabía que en media hora me iba a acordar de una docena de cosas que en ese momento se me olvidaban.

—Hasta el lunes, Lu. Pasala bien.

De pronto me di cuenta: me iba a pasar el fin de semana a mi lugar favorito, con la promesa de Raziel de encontrarnos allá. La excusa oficial era sentarme a hablar con Linda, la dueña de la hostería Pampa Linda, para ver si podíamos alojar ahí a los grupos del nuevo programa de Tango el verano próximo. Joaquín ya tenía todo bastante armado y yo le había prometido novedades del alojamiento para mediados de enero. La sonrisa se me estiró de oreja a oreja y asentí con un gesto de despedida. Me alejé hacia la kombi a paso rápido, repentinamente ansiosa por estar ya en camino.

Los O'Malley eran una familia australiana que venía a Bariloche todos los veranos, y ese año se sumaron las dos hijas mayores con sus maridos, así que eran diez en total. Gente simpática, con espíritu aventurero y chequera generosa. Desde que Lucas los atendiera, dos temporadas atrás, sus reservas lo incluían como requisito indispensable para todas sus actividades, aunque fuera como traductor. Ese año por primera vez no se alojaban en Llao-Llao, sino en un cinco estrellas céntrico, ahorrándonos cincuenta kilómetros de traslado con la ruta cargada. Nos esperaban en la recepción, listos para salir. Pedro y Lucas cargaron sus mochilas en el portaequipaje y cinco minutos después cruzábamos el centro hacia la ruta 40. Yo me había instalado adelante en una banqueta, al lado de Pedro, cebándole mate mientras Lucas charlaba y guiaba sin micrófono un par de asientos más atrás, porque los O'Malley eran de los que les gusta sentarse al fondo.

Era una mañana hermosa y el camino era un placer. Pasamos el lago Gutiérrez, brillante bajo un cielo muy azul, alcanzamos el Mascardi, llegamos al desvío. En la seccional de Parques, mientras Lucas pagaba el ingreso de nuestros pasajeros, Pedro prohibió la

entrada a su homónimo, el perro labrador del Guardaparques, acostumbrado a subirse a las kombis a ver si ligaba algo dulce de comer. Siempre sospeché que lo ofendía la coincidencia de nombres. Esa mañana nos encontramos con que la esposa de Pedro (el perro) acababa de parir, y los O'Malley y yo nos entretuvimos con los cachorros hasta que Pedro (el transportista) nos llamó con un bocinazo perentorio.

Desayunamos en los Rápidos con una docena de guías y choferes, seguimos camino. Los O'Malley ya habían hecho la excursión tradicional, así que pronto hicieron sentar a Lucas entre ellos para charlar y me pidieron que pusiera música.

—Ojalá todas las excursiones fueran así —comentó Pedro con honestidad.

Nos salteábamos las paradas tradicionales, lo cual nos daba cierta ventaja sobre las kombis que venían detrás para improvisar otras paradas en lugares no tan convencionales. Como el mirador del Paso de los Vuriloches. Me llamó la atención lo seco que se veía todo. Lucas pareció a punto de contestarme, pareció pensarlo dos veces, pareció decidir que Pedro me lo explicaría mejor. Lo cual a mí me parecía perfecto. Apenas habíamos cruzado palabra en toda la mañana y no me interesaba romper la racha.

—El año pasado heló muy temprano —explicó Pedro—, y cuando empezó a nevar, la tierra ya tenía una buena capa de escarcha, así que no absorbió la nieve, ni las lluvias del deshielo. El agua pasó de largo hacia los ríos y dejó la tierra seca.

Seguimos adelante. En esa parte del camino resultaba imposible apartar la vista del Tronador, que se alzaba ante nosotros con sus glaciares destellando al sol y toda su belleza quitándome el aliento. La cumbre estaba envuelta en nubes y se veían más asomando sobre los filos. Esperaba que pasaran de largo durante la tarde para que la noche fuera despejada. Aunque con nubes o estrellas, iba a ser una noche de antología, de eso no tenía dudas.

—El mate —reclamó Pedro.

Se lo alcancé sonriendo y me lo devolvió sin mirarme, alzando una ceja. Se lo había dado vacío.

—Andás distraída últimamente. No te me habrás enamorado, ¿no?

Clavé los ojos en el termo y el chorrito de agua caliente que

estaba vertiendo, pero sentí el calor en las mejillas. Le di el mate de nuevo, evitando mirarlo.

—Hum. —Para alguien como Pedro, era todo un discurso.

—¿Habrá un mate para mí? —preguntó Lucas.

Apoyó una mano en el respaldo de Pedro a mi izquierda pero se paró a mi derecha, su brazo estirado por arriba de mi cabeza y su perfume envolviéndome, más fresco que de costumbre. Por un momento me recordó otro perfume, también dulce y fresco.

—Si conseguís que esta cabeza de novia no se lo vuelque encima —respondió Pedro.

—¿Cabeza de…? —Su pausa fue un lanzallamas en mi cara—. Mirá vos.

Odié la precisión quirúrgica de esas dos palabras. Me las ingenié para darle un mate sin mirarlo. Antes muerta que dejarlo verme más colorada que un tomate, como sabía que estaba, y arriesgarme a que su ego superlativo me ofreciera un autógrafo. Tuve que contentarme con una mirada asesina a Pedro, para quien "indirecta" no es más que una palabra que empieza con I.

Lucas me devolvió el mate en una curva cerrada a la izquierda. Me acordé de todos los parientes de Newton cuando la inercia me empujó hacia el otro lado, contra su mano.

—Un poco de recato que ya llegamos a la hostería —dijo Pedro, que se la estaba pasando en grande a costa mía.

Lucas fue a pararse en el estribo, sin comentarios y con la vista al frente tras los lentes de sol. Pero su sonrisita tenía un algo que me hizo picar las manos. Lo hubiera tirado de la kombi en movimiento. Y a la vuelta habría clavado en ese punto un cartel de información turística: *"Barranco del Vanidoso"*.

- 2 -

Estábamos terminando de almorzar en la cocina de la hostería, una mesa larga con los mismos que habíamos desayunado en los Rápidos, cuando Linda se acercó a saludar y a avisarles a Pedro y Lucas que su habitación ya estaba lista.

—Yo no me quedo —terció Pedro.

Linda se lo quedó mirando mientras mi plato de ternera con puré de pronto me sabía a cicuta. Alcé un dedo digiriendo el mal trago. Linda no ocultó su consternación.

—¿Sos vos la que se queda, Lucía? Pero… Maurito no me dijo que eras vos y pensé que eran ellos, así que les reservé una habitación doble… Y tengo el resto de la hostería ocupada. Vos sabés que en esta época del año…

Su embarazo señalaba a mi socio como único culpable. Le iba a llenar la ropa de tijeretas. Le iba a aguar la cerveza. Le iba a escupir el asado. Le iba a… La expresión divertida de Pedro me obligó a sonreír y encogerme de hombros.

—No te preocupes. Es una noche, nomás.

Linda nos miró alternativamente a Lucas y a mí, insegura. Desde el otro extremo de la mesa, Lucas asintió sonriendo.

Poco después subíamos con los O'Malley a dejar el equipaje. Nuestro cuarto era el último del pasillo, y el chico que nos acompañaba le dio la llave a Lucas y se fue muy tranquilo. Lucas empezó a abrir la puerta y la volvió a cerrar de inmediato. Y hubiera jurado que disimuló una sonrisa antes de girar hacia mí. En ese momento escuchamos pasos apresurados y vimos venir a Linda con cara de espanto, seguida por el chico que intentaba explicarse.

—¡Chicos, por Dios, disculpen! ¡Hubo un error y le dieron su cuarto a unos pasajeros alemanes que…!

Aparté a Lucas y abrí la puerta. Me detuve en el umbral como si me hubiera caído un balde de agua fría en la cabeza. En la habitación había una sola cama. Matrimonial. Frío, calor, frío, calor. Imaginé que si hubiera tenido un espejo a mano, habría visto mi cara cubierta de lunares violetas y rayas verdes. Escuché que

Linda seguía disculpándose y la voz segura, suficiente de Lucas tratando de tranquilizarla. Al fin ella y el chico se fueron discutiendo en susurros.

—No te preocupes. Tengo bolsa de dormir, así que duermo en el piso —dijo Lucas, esquivándome para entrar al cuarto.

Dejó la mochila en la hermosa cama antigua de hierro forjado, enorme y sólida, cubierta por un acolchado primoroso con varios almohadones. Giró hacia mí alzando una ceja para corroborar que me satisfacía la solución. Me encogí de hombros y di un paso dentro de la habitación para cerrar la puerta. Él sacó su pantalla solar y llevó su mochila a un rincón. Se empezó a poner crema en la cara espiando por la ventana.

—Vamos a salir a caballo, ¿querés venir?

Me miró por sobre su hombro, frotándose los brazos con energía. Sacudí la cabeza y estuve a punto de salir con la mochila todavía al hombro. Atiné a dejarla en el rincón opuesto a la de él y me fui a paso rápido. De pronto no sabía a quién detestaba más: a Mauro por esa broma pesada, o a Lucas por su indiferencia. Aunque no sintiera nada por él. Aunque me diera lo mismo que estuviera vivo o muerto. No era *nada* halagador que después de pasar una noche conmigo, prefiriera dormir en el suelo a compartir conmigo esa cama, tan grande que podríamos haber dormido sin siquiera rozarnos por error.

Encontré a Pedro charlando con otros choferes afuera de la hostería. Cuando los demás siguieron camino hacia arriba con el recorrido de la excursión tradicional, él se instaló conmigo en el jardín delantero a tomar mate. Y disfrutar del sol, porque las nubes empezaban a ralear.

Hacía calor. Esperé con impaciencia que Lucas y los O'Malley se fueran a caballo y subí a cambiarme. Opté por equipo veraniego completo: el corpiño de la bikini, shorts de jean, ojotas. Me cubrí de pantalla solar de pies a cabeza, me recogí el pelo y bajé sintiendo que al fin podía empezar a relajarme. La tarde pasó con una lentitud deliciosa. Las nubes habían terminado de cruzar y el cielo era de un turquesa límpido, los glaciares de Tronador brillaban tanto al sol que resultaba imposible mirarlos directamente, no soplaba más que una brisa tibia, el aire estaba colmado con el perfume de las rosas gigantescas de Linda y las otras flores del

jardín.

Pedro había estacionado la kombi directamente delante de la barrera de Gendarmería, y cuando la abrieron para bajar a partir de las cuatro, fue el primero en arrancar. Lo despedí todavía aguantando sus sonrisitas y chistes. Volví a paso lento a la hostería, que a esa hora se llenaba de mochileros que bajaban del Meiling y tenían traslado de vuelta a Bariloche a partir de las cinco. Subí a buscarme música y libro y me apropié del mejor rincón para seguir disfrutando la tarde, gloriosa como sólo puede serlo una tarde de verano en Tronador.

- 3 -

El horario de verano, que ese año nos había adelantado una hora los relojes, eternizaba los días en la Patagonia. Pero por fin bajó el sol. Subí a ponerme pantalones y una camisa y bajé a acechar el momento en que Linda estuviera libre. Por fin tuve mi charla de negocios con ella. Por fin terminamos la cena con los O'Malley. Por fin ellos y Lucas se fueron a dormir, temprano para despertarse al alba y salir al amanecer para el refugio. Por suerte no hacía frío. Salí avisando que iba a caminar un rato, para que nadie saliera a buscarme cuando tardara en volver. Eran las diez de la noche.

Me adelanté sola por el camino hacia Ventisquero Negro en la noche que empezaba a cerrarse. La brisa era tibia, atípica, y los hielos allá arriba se cubrían de un resplandor pálido bajo el cielo oscurecido, tan lejos y tan cerca. Raziel sabía que yo no tenía forma de saber a qué hora estaría libre para ir al Satillo y había dicho que no me preocupara, que él estaría ahí. Tomé el desvío a la izquierda que llevaba al Saltillo y avancé por el bosque de ñires, quietos y sombríos bajo las primeras estrellas.

Me detuve poco antes del vado, presa de una agitación repentina. Miré a mi alrededor, las siluetas oscuras de los árboles. Nada. Fruncí el ceño. Había sentido lo que sentía siempre que Raziel estaba cerca, o acercándose. Seguí hasta el vado, el agua de un gris lechoso en la noche, lanzando miradas a ambos lados, todavía inquieta. Volví a detenerme y giré, enfrentando el bosque del que acababa de salir. Mi corazón seguía latiendo con fuerza. Tenía que ser él. Si no, la sensación hubiera sido a nivel estómago y por completo diferente: desagradable. Hundí las manos en los bolsillos, decidida a esperar hasta averiguar qué pasaba.

—¿Buscás a alguien?

Su voz a mis espaldas, muy cerca, firme en su calma, me paralizó por un instante. Me di vuelta encogiéndome de hombros. Estaba hermoso, como siempre. Bañado en la luz de las estrellas, que arrancaba destellos mortecinos de su pelo larguísimo, lacio, la cara perfecta apenas ensombrecida, todo su cuerpo en esa actitud

quieta y vigilante típica de él, completamente inmóvil, los brazos a los lados y las manos relajadas. La brisa me envolvió en su perfume dulce y fresco como un abrazo. Traté que mi sonrisa no pareciera demasiado idiota ni demasiado feliz.

—A un tal Raziel, si lo viste por ahí. Le gusta tomarme por sorpresa. ¿Te suena?

Frunció los labios fugazmente, los ojos de humo clavados en los míos.

—Perdoná, no quise sobresaltarte. Sólo era curiosidad.

—¿Curiosidad?

Pareció vacilar. —Lo que dijiste la noche que… saltaste del Center. —Hizo una pausa. Todavía se enojaba conmigo al recordar lo que había hecho—. Dijiste que sabés cuándo estoy cerca porque te ponés nerviosa. Sólo quería comprobarlo.

Traté de improvisar una respuesta. No recordaba haberle confesado jamás algo tan vergonzoso, pero si él lo decía, debía ser cierto. También era cierto que del sexto piso para abajo mis recuerdos de aquella noche no eran precisamente claros, más que nada porque me había desmayado de miedo. Se me anticipó antes de que balbuceara alguna tontería.

—Ciento veinte metros. —Exacto, desapasionado, informativo.

—¿Ciento…?

—La distancia a la que me percibís. Te detuviste apenas la acorté.

—Ah. Bien. Bueno saberlo.

Señaló hacia atrás, el alto farallón donde se adivinaba la cinta blanca del primer salto de la cascada despeñándose en la noche. Un minuto después me hacía sentar sobre un tronco caído, a diez pasos del estanque a los pies del Saltillo. El caudal de agua era apenas un cuarto de lo que era la última vez que yo estuviera ahí, en octubre con el fam tour, clara muestra de la sequía. Hacía al menos un mes que no llovía en esa zona.

—¿Hiciste las meditaciones que te indiqué? —preguntó Raziel, de pie a pocos pasos.

Asentí en silencio.

—Ahora quiero que cierres los ojos y te quedes muy quieta. No los abras hasta que yo te diga. Mientras tanto, recitá la oración que te enseñé, concentrándote en tu sexto chakra. Vas a sentir

cosquilleos en la cabeza, sobre todo en la frente. Que no te distraigan.

Hincó una rodilla en la tierra frente a mí. Su cara quedó a la misma altura que la mía, a sólo diez centímetros, y se me disparó el corazón. Alzó ambas manos y las detuvo antes de apoyarlas en mis sienes. Me miró de lleno a los ojos y esperó un par de segundos, tan serio que resultaba más inexpresivo que de costumbre.

—Respirá profundo, relajate, rezá.

El problema con los seres sutiles es que se olvidan que uno no es sutil como ellos, y que tiene que lidiar con un cuerpo físico lleno de procesos químicos que llamamos emociones y sensaciones. Su aliento me había tocado la cara, un eco delicadísimo del perfume de su cuerpo en mi nariz y en mi boca. Si llegaba a respirar hondo, me iba a costar más que bastante mantener la compostura y no saltarle encima. Opté por cerrar los ojos y aislar de él al menos uno de mis sentidos. Hice una inspiración tentativa. Ahí estaba esa esencia destilada de viento y estrellas, dulce, fresca. Pero tolerable. Bien, no me iba a morir conteniendo el aliento. A la tercera inspiración terminé de resignarme y pude empezar a distenderme. Apoyó las manos en mi cabeza con sus palmas contra mis sienes, una presión pareja que no llegaba a molestarme.

De inmediato sentí el calor que se expandía como un casco, envolviéndome la cabeza hasta el cuello. Pasaron uno o dos minutos. O cincuenta. Puso una mano en mi frente y la otra en mi nuca. El calor era una tibieza reconfortante que no me molestaba en absoluto. Tal como él anticipara, empecé a experimentar un cosquilleo bajo sus manos, que se extendió hasta unirse en una línea, como un anillo en torno a mi frente. Entonces movió la mano de mi nuca a mi coronilla. La línea de hormigueo seguía ahí, y empezó a extenderse hacia arriba. Mi coronilla pareció encenderse, un círculo de energía latente que de pronto era un peso concreto y macizo. Hice un esfuerzo por no hundir la cabeza entre los hombros y seguí rezando para mis adentros. La fuerza que me empujaba la cabeza hacia abajo menguó y se estabilizó en un hormigueo intenso pero perfectamente tolerable. Entonces fue mi frente la que pareció encenderse, y sentí como si un dedo se apoyara entre mis cejas y presionara hacia adentro con fuerza sostenida. Empecé a ver chispas tras mis párpados cerrados, después manchas, y finalmente un

fogonazo que impactó directamente en mis centros visuales. Era un láser penetrando en mi cráneo y saliendo por mi nuca. Pronto esa sensación también menguó hasta hacerse tolerable y volvieron las sombras.

La mano en mi frente bajó a cubrir mis ojos.

—Terminá de rezar —dijo Raziel en un susurro.

Apartó la mano de mi coronilla con lentitud y esperó. Terminé de recitar la oración por última vez y dejé ir el aliento entre mis labios. La mano sobre mis ojos se retiró suavemente.

- 4 -

—Abrí los ojos muy despacio y no te asustes de lo que puedas ver.

Asentí, todavía respirando lento y profundo, y me tomé un momento más. Al fin entorné los párpados. Apenas. Sólo un instante y los volví a cerrar.

—¿Ya es de día? —pregunté en un hilo de voz.

Tal vez lo que me habían parecido minutos habían sido horas. Pero todo lo que me rodeaba se veía demasiado claro para ser cerca de medianoche.

—No, mirá de nuevo. De a poco.

Obedecí con cierta aprensión. Tenía razón, no era de día. Todavía. Debía estar amaneciendo. A través de los párpados, más cerrados que abiertos, veía cada árbol, cada caña, cada helecho, cada piedra, todo envuelto en una tenue luz ambarina. Cometí el error de mirar a un costado y me tapé la cara, encandilada. Donde creía que encontraría a Raziel había algo rutilante, insoportable de enfrentar.

—Tranquila, soy yo.

—¿Se supone que brilles tanto? —murmuré.

—Imagino que sí.

—¿Por qué veo todo tan claro?

Me animé a espiar el bosque entre mis dedos, aunque no me animaba a volver a mirarlo a él. El sonido claro y sereno de su voz me ayudaba a tranquilizarme.

—No ves más claro, ves el campo de energía que rodea a todas las cosas. Esa energía no necesita luz externa qué reflejar: es luz. Los árboles son de un ámbar verdoso. Las piedras varían de acuerdo a los minerales que las componen, pero en general están en la gama de los plateados. Evitá mirar la cascada y el cielo hasta que te hayas acostumbrado un poco.

Mis ojos empezaban a aprehender las siluetas más allá de mis dedos. Paulatinamente volvían a reconocer as formas, se acostumbraban a ese bosque envuelto en un amanecer constante.

Percibí que el aura de los árboles vibraba de forma casi imperceptible. Vi un chispazo que se escabullía entre las cañas, seguramente un animalito que no esperaba encontrarnos ahí. Entonces me animé a ladear la cabeza hacia Raziel.

—¿Qué pasó? —exclamé desencantada. Aparté la mano de mis ojos al encontrar su figura oscura y opaca como siempre.

Se permitió una sonrisa breve. —Oculté mi aura hasta que te acostumbres.

Fruncí el ceño y moví la mano hacia él. Me quedé mirándola absorta. Estaba envuelta en un guante que variaba del dorado al plateado, con bordes de un azul claro como el cielo del atardecer.

—Guau… —En mi estado, era todo un discurso.

Raziel habló y mi aura se tiñó de un naranja cobrizo donde tocaba mi piel. Me empezó a explicar los colores y su significado general. Lo escuché sin apartar la vista de mi propia mano. Lo interrumpí cuando empezó a hablar de la gama de los naranjas, que se relacionaban con las emociones. Mi reacción a su voz me hacía adivinar su significado. Metí la mano en el bolsillo, pero seguía iluminada a través de la tela.

—¿Más tranquila? —preguntó, distrayéndome de mi vergüenza —. Si te animás, mirá el agua. Empezá por el arroyo.

Giré muy despacio hacia el agua que corría entre los árboles y contuve una exclamación: era luz líquida, de un blanco purísimo, con un brillo tenue. Mis ojos remontaron el arroyo hacia el estanque, estremecida por los destellos y chispas que saltaban por el aire, y me tapé la boca al enfrentar la cascada. Luz, plata muy clara, centelleante, estremecida, de una belleza inconcebible. Una ráfaga de brisa esparció un sinfín de gotas por el aire y me descubrí riendo con voz temblorosa en aquella lluvia de diamantes diminutos que se posaban en hojas y piedras. Y allá arriba, en el cielo, las estrellas… No, no tenía palabras siquiera para empezar a describirlas. Supe que no olvidaría esa última hora aunque viviera mil años.

—Es tan hermoso —susurré.

—Sí.

Me volví hacia él, decidida. —Quiero verte.

Sostuvo mi mirada un momento, evaluándome, y asintió.

Lenta, muy lentamente, su cuerpo se cubrió con un velo perlado que lo envolvía de pies a cabeza. Alcé las cejas, una advertencia

para que no se detuviera ahí. Con los ojos siempre fijos en los míos, inmóvil como una estatua, permitió que el velo se encendiera con lentitud. Lo hizo de forma gradual, dándome tiempo a acostumbrarme. Cuando el brillo se estabilizó, yo estaba frente a una estrella blancoazulada que iluminaba todo en muchos metros a la redonda. Me olvidé de respirar, perdida en la contemplación de ese ser sublime, inverosímil, resplandeciente. La belleza del agua desaparecía por comparación. Sus ojos eran óvalos destellantes, su pelo era como el arroyo que corría a pocos pasos. Cada línea de su cara y de su cuerpo ya no era ni remotamente sólida, pulsando en corrientes de luz como si todo él hubiera desbordado los límites de lo material. Y así debía ser. Su imagen era de una fluidez, una perfección aterradora. Pero yo no sentía terror, porque era Raziel.

Me adelanté y tendí una mano, mi propia aura perdida en la luz enceguecedora que lo rodeaba. Permaneció muy quieto cuando hundí los dedos en su aura y los moví a sólo un centímetro de su cara. Me estremecí al sentir el cosquilleo en mi piel: podía *tocar* la luz que irradiaba de su cuerpo. No era simplemente su campo de energía. Esa energía *era parte de él.* Fresca, viva. Como sumergir la mano en un estanque de viento. Una emoción desconocida me colmó el pecho. Era alegría, era asombro, era reverencia.

—Dios, sos tan hermoso… —me oí murmurar.

Algo destelló bajo mis ojos y sentí el roce de sus dedos en mi mejilla.

—¿Por qué llorás?

Su voz fue un susurro pero reconocí la preocupación en su acento. Sonreí. ¿Qué podía responderle? Si, era cierto, estaba llorando de emoción y no me creía capaz de contenerme por un rato. Pero, ¿cómo no llorar al verlo realmente por primera vez? Tomé su mano en la mía y la sostuve con la palma hacia arriba, observándola a través de las lágrimas. Volví a sonreír viendo que mi aura era un arco iris fluctuante.

—¿Cuál es el color de la estupidez? —pregunté, sin animarme a enfrentarlo.

—En vos, ninguno.

Junté aire en una inspiración temblorosa. Tenía que romper la magia de ese momento antes de cometer alguna tontería irreparable.

—Mejor que me enseñes a manejar un poco esto. Tengo que volver a la civilización y conservar la cordura.

Su otra mano me acarició la cabeza como hacía a veces, un contacto firme para ayudarme a recuperar la calma. Volví a sonreír.

—Tranquilo. Un cigarrillo y se me pasa.

Entré a la habitación de la hostería en puntas de pie, rezando para que todas las tablas del suelo estuvieran bien clavadas. Eran más de las cinco, pronto empezaría a clarear. La puerta no crujió ni chirrió, una a favor. Fui a tientas hasta la cama y me senté con toda la suavidad que pude. El elástico cedió sin un solo ruido. Suspiré aliviada y me desvestí con sigilo. Miré por última vez hacia afuera sin evitar la enésima sonrisa de la noche que terminaba.

Raziel me había enseñado un truco que me permitiría bloquear lo que él llamaba "segunda vista" y lo practiqué en el camino de vuelta, que quise hacer a pie. Lo había sorprendido que aprendiera a usarlo con tanta facilidad, aunque me había advertido que no me sorprendiera si de día, rodeada de personas, al principio me costaba un poco más controlar lo que veía. Nos habíamos despedido a sólo cien metros de la hostería, oscura y silenciosa en la madrugada.

Lucas se había acostado al otro lado de la cama, en el suelo bajo la ventana. No pude resistir la tentación y me tendí boca abajo para asomarme a espiarlo. Dormía boca arriba, con unos shorts largos, la bolsa abierta, un brazo sobre los ojos y una pierna flexionada, la mano de dedos elegantes sobre el abdomen liso y firme. En otro momento… En otra vida me habría detenido a preguntarme por qué no se había dedicado a modelo: una foto de él aun así, dormido, se habría cotizado en oro.

Desenfoqué la vista como Raziel me había enseñado y dejé aparecer el tenue manto de energía que envolvía a Lucas. Celeste plateado muy claro, estable. Un aura tranquila, segura, limpia. No me sorprendió. Me acosté en el extremo opuesto, del lado de la puerta. Le di la espalda a la ventana para no quedarme mirando las estrellas. Tenía que dormir, pero no sabía cómo iba a conseguirlo.

VI - El Abismo Sin Puente

La Trampa

- 1 -

Mi segundo día en Pampa Linda fue algo irreal. Tuve que usar los lentes de sol todo el tiempo, y cuidarme de que mi cara no fuera un cartel de idiotez asombrada. Tal como Raziel advirtiera, estar rodeada de gente y a la luz del día no era tan fácil como andar por el bosque de noche. Pero el truco que me había enseñado funcionaba si me concentraba, y de a poco dejé de sobresaltarme con cada mosca que pasaba a trescientos metros.

Lo que me tenía extasiada era el propio Tronador, una pirámide prístina de energía que se estiraba hacia arriba desde la cumbre en una columna luminosa que se perdía en el cielo. Pasé todo el día al aire libre, mirándolo embobada. Esa noche me habría escapado de nuevo, al Saltillo o a cualquier otro lado, pero bastante había andado por ahí durante el día. Raziel me había hecho prometer que trataría de descansar, así que subí temprano a mi habitación. Lo cual no quería decir que me iba a dormir.

La Cruz de Caravaca estaba en mi mochila, y me intrigaba saber cómo la vería. Descubrí que ver su campo de energía me facilitaba conectarme con ella y manipularla. Conseguí respetar el límite que me había puesto de las tres de la mañana y caí en un sueño profundo del que desperté como nueva.

El día siguiente me resultó más sencillo que el primero, y para cuando llegamos esa noche de vuelta a Bariloche con los O'Malley, era capaz de no ver el interior de la kombi como un árbol de navidad sobrecargado de lucecitas.

La primera quincena de enero voló en lugar de pasar, por suerte porque teníamos muchísimo trabajo en la agencia. Tal vez por falta de tiempo y ocasión para enterarme, tal vez porque en el inframundo estaban de vacaciones, no me llegó ninguna noticia alarmante que requiriera mi intervención urgente. Diego me pasó el dato de un par de fantasmas, pero le dije que iban a tener que

esperar un par de semanas más si querían que los atendiera personalmente.

Vi muy poco a Raziel en esos días. Una noche, mientras lavaba los platos después de cenar, me invadió la típica agitación que me provocaba su proximidad. Dejé al pobre Ariel hablando solo y me asomé al jardín, todavía secándome las manos con un repasador, la vista alzada hacia la noche quieta y estrellada. Sonreí al distinguir su silueta que descendía hacia mí a una velocidad espeluznante. Era imposible verlo a ojo desnudo, pero ahora yo podía distinguirlo sin dificultad.

Se posó a varios pasos y cabeceó con una sonrisa breve a modo de saludo. Mi sonrisa no fue tan breve cuando fui a su encuentro. Todo él despedía un brillo tenue en las sombras del jardín, plata azulada contra negro. Le había pedido que no "enmascarara" su aura, pero él insistía en hacerlo. Bien me hubiera gustado saber *ese* truco, para no sentirme tan expuesta ante él, ahora que sabía cómo me veía cuando lo tenía cerca.

Antes de que pudiera decirle nada, explicó que sólo había venido a constatar que todo estuviera en orden. Le dije que sí, que por supuesto, pero que temporada alta, toneladas de trabajo y cansancio medular. Volvió a asentir en silencio.

—No te puedo invitar un café o unos mates, pero sabés que sos más que bienvenido a pasar y quedarte un rato —dije, tratando de no parecer demasiado ansiosa.

Meneó la cabeza con otra sonrisa fugaz. —Gracias. Sólo quería estar seguro de que vos y Ariel estaban bien.

Hizo ademán de irse y lo detuve con un gesto.

—Esperá, no te vayas tan pronto… por favor… —Bajé la vista, avergonzada.

Pareció considerarlo un momento, asintió.

Terminé de lavar en tiempo récord y salí con él y Ariel al porche a disfrutar la noche.

El 20 de enero Ariel se fue con su padre a Las Grutas. La casa quedó vacía y silenciosa, y me sentía perdida sin él por más de un fin de semana. Como si todo el turismo hubiera cambiado de idea para seguirlo, dos días después me encontré con que para la mañana siguiente sólo precisábamos una kombi para los traslados y

otras dos para excursiones. Justo una noche que no tenía apuro por irme, terminé todo antes de las ocho. Hice la última ronda de mate y me senté con Mauro para ayudarlo con unas cotizaciones de último momento. Chequeamos los movimientos de la semana con un ojo en el reloj, esperando que se hiciera hora de cerrar.

—Anoche fui a cenar con Majo —dijo de pronto.

—¿Adónde fueron? —pregunté en tono casual.

—Decidimos empezar a salir.

Se me atragantó el mate. Mauro me palmeó la espalda hasta que dejé de toser y se reclinó en su silla sonriendo.

—Ya era hora, ¿no? —terció, probando una pose asumida que no le quedaba.

Dejé el mate a distancia segura y le eché los brazos al cuello. A él lo quería muchísimo y adoraba a Majo, así que estaba sinceramente feliz por la noticia. Mauro me estrechó con todas sus fuerzas y nos pasamos los siguientes minutos riendo como imbéciles.

—¡Esto hay que festejarlo!

—Por eso te lo conté. Hoy mi princesa cenaba con su padre para comunicárselo oficialmente, así que se me ocurrió que vos y yo podemos ir a comer algo y después al Dutch, a brindar como corresponde.

—Ni hablar. ¿Terminaste todo? ¡Vámonos! Antes que aparezca la típica crisis de menos cinco.

- 2 -

Nos fuimos caminando del brazo sin rumbo demasiado fijo, parloteando y riendo como no habíamos hecho en los últimos meses. Llegamos al Dutch a tiempo para aprovechar la happy hour y nos instalamos en la barra a charlar con Gabriel hasta que el local se empezó a llenar. A pesar de ser lunes, poco después de medianoche ya no entraba un alfiler. Había muchos chicos extranjeros de los hostels más cercanos, y las conversaciones se cruzaban en mil idiomas.

Llegaron algunos conocidos, guías y agencieros, y nos fuimos con ellos a un rincón abajo, el más alejado de la puerta. En ese mes de trabajar de lunes a lunes, a los que vivíamos del turismo nos daba igual cualquier día de la semana para salir, porque fuera el día que fuera, a la mañana siguiente todos teníamos que madrugar. Siguieron llegando conocidos. A la una de la mañana éramos más de diez. Alguien comentó la ausencia de Lucas y obligué a Mauro a explicarla, lo que dio lugar a una larga ronda de brindis. Antes de que pudiéramos darnos cuenta, Inés señaló horrorizada que eran casi las cuatro. Sus palabras provocaron una desbandada general.

Mauro y yo decidimos irnos juntos en colectivo, que estaba por pasar. La noche era tan apacible que nos fuimos caminando por la costanera hacia la parada del Monolito. La zona de boliches estaba más concurrida de lo que esperábamos, la atravesamos esquivando grupos de chicos y chicas que atestaban la calle.

A cien metros del monolito, un tipo pasó corriendo en la misma dirección que íbamos nosotros, me empujó con fuerza para apartarme de su camino y saltó dentro de un terreno baldío que bajaba hacia el lago pasando Grisú, perdiéndose de vista. Al mismo tiempo, una mujer gritó detrás nuestro:

—¡Párenlo por favor! ¡Me robó todo!

Antes de que pudiera entender bien qué pasaba, Mauro se lanzó tras él y desapareció entre la vegetación del terreno, corriendo cuesta abajo. Giré para ver quién había gritado y me quedé helada: la brujita.

Me sonrió, dio media vuelta y se perdió entre la gente. Eché a correr desesperada hacia donde viera bajar a Mauro, el estómago y el pecho estrujados en un pésimo presentimiento. Bajé a los resbalones, sin tiempo ni luz para ver bien dónde pisaba. Alcancé a frenar al llegar a una playita minúscula y evité caer de cara contra las piedras. Sentí que se me detenía el corazón: frente a mí estaba el demonio alado, el Caído. Una de sus garras apretaba el cuello de Mauro, sosteniéndolo con los pies en el aire. Mi socio, mi amigo, se revolvía tratando de zafarse mientras el Caído lo sostenía frente a mí a manera de escudo. Su aura era lo más espantoso que viera en mi vida, como un millón de gusanos de fuego sucio.

—Soltalo —dije, tratando de sonar amenazante.

Tenía la Cruz en el fondo de la mochila y ésa era mi única arma. No creía que sirviera de mucho, pero tenía que intentarlo. Bien sabía que esa criatura podía matar a Mauro sin esfuerzo en cualquier momento.

El Caído me regaló una de sus sonrisas temibles. —Vas a tener que obligarme a soltarlo.

Hundí la mano en la mochila y la revolví a tientas, buscando la Cruz. El Caído giró su brazo para mirar de frente a Mauro. Mi amigo se ahogaba entre sus dedos, las manos aferrando esa garra odiosa sin lograr aflojarla. Tiré la mochila cuando tuve la Cruz. Por primera vez no me reconfortó sentir su calor: no sería suficiente.

—Parece que tu amiga tiene miedo —le dijo el Caído a Mauro—. Mala suerte. Te va a costar la vida.

Salté hacia él antes que terminara de hablar. Me rechazó sin que pudiera tocarlo con la Cruz, una patada en el estómago que me tiró de espaldas contra las piedras. Meneó la cabeza con una risita.

—¿Qué pasa, cazadora? ¿Ya no sabés pelear sin tu amiguito exorcista protegiéndote?

Me puse de pie jadeante y dolorida, dejé que la energía de la Cruz me aliviara. Sin pararme a pensar nada, la empuñé como si fuera mi katana y volví a la carga. La vi refulgir como si estallara en llamas alargadas. Mauro boqueaba, ya sin fuerzas, y hasta sus labios habían perdido color. Alcé ambas manos con toda la intención de abrir en dos a ese maldito, pero volvió a rechazarme, envolviéndose en un escudo de energía oscura, virulenta, contra el que la hoja de luz chocó sin consecuencias.

- 3 -

Empecé a rezar para mis adentros. La Cruz me quemaba las manos pero no pensaba soltarla. Llamé a Raziel con todas mis fuerzas. Intenté golpear al Caído un par de veces más, pero nunca llegaba siquiera a tocarlo. Entonces soltó a Mauro, que cayó sin sentido a sus pies, y se agachó junto a él.

—Parece mentira que el cuerpo humano sea tan frágil, ¿no? —comentó.

Agarró el pelo de Mauro y observó su cara un momento. No contuve el grito al verlo golpearle la cabeza contra las piedras de la playa.

—¡Dejalo, hijo de mil putas! ¡Haceme frente!

—¿Me vas a atacar en algún momento?

Pateó a Mauro en el estómago, mandándolo a estrellarse contra una roca de la orilla. Escuché crujir su espalda, vi la sangre que había quedado donde le golpeara la cabeza. Una furia asesina se sobrepuso al miedo que todavía me retenía. No me importaban los golpes, ni el dolor, ni el peligro. Peleé como un perro rabioso, gruñendo, puteando, levantándome cada vez más furiosa que antes. La luz de la Cruz me envolvía como una burbuja, protegiéndome. El Caído me rechazaba y me esquivaba, riendo de mis intentos. Hasta que lo alcancé en una pierna. Entonces su sonrisa se esfumó y estiró sus manos hacia mí.

El dolor me derribó en plena carrera y caí de rodillas doblada hacia adelante, aferrándome el estómago y el pecho. El terror se acordó de mí y me saltó encima cuando vi las garras que penetraban en mi escudo de luz. Humearon en contacto con la energía de la Cruz, se ennegrecieron, se encendieron en llamas, pero no se detuvieron. Un instante después se cerraban en torno a mi cuello y me levantaban de un tirón. Quedé con la cara a la altura de él y los pies a varios centímetros del suelo. La Cruz me resbaló entre los dedos. La luz que me envolvía se desvaneció.

—Acordate de esta noche, cazadora —gruñó, su aliento sulfuroso, putrefacto, golpeándome la cara—. Porque esto no

termina acá.

Me arrojó con violencia contra las piedras. Me encogí, esperando el próximo golpe que nunca llegó. Cuando me animé a abrir los ojos no vi a nadie en la playita.

Se me escapó un gemido al tratar de erguirme y comprobé confundida que el Caído ya no estaba ahí. No podía siquiera tratar de pararme. Sentí una arcada, escupí sangre. Parecía que tuviera una espada clavada de la garganta a los intestinos, lacerándome por dentro, quemándome. Respirar era una tortura.

Vi a Mauro caído a pocos pasos y me acerqué a él como pude, mitad gateando, mitad arrastrándome. Tenía el pelo empapado en sangre. Respiraba mal, con un estertor ronco desde el fondo del pecho. Aturdida, lo sacudí apenas, como si lo estuviera despertando de una siesta.

—Mauri… Maurito… —Me incliné sobre él llorando—. Perdoname, Mauri… Abrí los ojos…

No sé cuánto tiempo perdí así, hasta que conseguí pensar un poco. Tenía que pedir ayuda. Allá arriba, a sólo veinte metros, un mundo de gente pasaba de largo, sin saber que nosotros estábamos ahí abajo, más muertos que vivos. Distinguí mi mochila tirada entre las piedras. Mi celular. Tenía que llamar a alguien.

Volví a arrastrarme gimiendo cada vez que me movía, atontada por el dolor. *Raziel.* Tenía que llamar a Raziel. ¿Por qué no estaba ahí conmigo? ¿Por qué no había llegado a ayudarme, a salvarnos? ¿Por qué no me había escuchado? Logré encontrar mi celular. *¡Raziel!* ¿A quién llamar? ¿Qué decir de lo que nos había pasado? ¿Quién iría a buscarnos ahí, a las cuatro de la mañana de un martes? Repasé la agenda con la vista borrosa, encontré el número de Julián, apreté el celular contra mi oído, tapándome la boca para que mi propio llanto no me impidiera escuchar si contestaba. El teléfono sonó hasta que se activó la casilla de mensajes. Marqué el siguiente número en la lista de contactos sin fijarme quién era. Estaba hecha un ovillo a dos pasos del agua, y unos temblores fuertes, convulsos, empezaron a sacudirme mientras seguía llorando.

Creí escuchar una voz que no reconocí. Todo era oscuro y turbio a mi alrededor. Vi al lado mío algo sólido y me derrumbé contra eso más que apoyarme. Tenía que juntar fuerzas para trepar hasta la

calle y pedir ayuda para Mauro. Me pareció que un calor me envolvía, pero ya no podía estar segura de nada.

—Tranquila, acá estoy.

Al escucharlo se me escapó un gemido desesperado. Alcé los ojos casi ciegos, vi su cuerpo muy blanco, brillante, sentí sus brazos rodeándome. *Raziel…* Lo escuché hablar, aunque era incapaz de entender lo que decía. Me levantó en sus brazos y me llevó adonde seguía tirado Mauro. Se agachó junto a él sin soltarme y me hizo descansar sobre sus piernas. Su brillo desapareció. Entonces vi los cuatro trazos negros cruzando su cara: marcas de garras. Alcé la mano para tocarlas pero no llegué a hacerlo, porque en ese momento terminé de perder la poca consciencia que me quedaba.

Almas a la Deriva

- 1 -

Supe que era tarde en cuanto abrí los ojos.

Nos habíamos ido a dormir temprano y yo había caído en un sueño profundo como hacía meses que no tenía. Lo que me arrancó de él fue el llamado de Lucía. Me di cuenta enseguida de que algo estaba yendo muy mal, pero me detuve a vestirme mientras trataba de hacerme una idea de qué estaba pasando. Lucía me llamaba desde el centro y tal vez tuviera que mostrarme en forma humana. *¡Mierda!* Ella peleaba con Blas y Mauro estaba herido.

Fue la primera vez que mi velocidad me pareció escasa. Lo único que podía hacer era concentrarme en Blas para que me sintiera acercarme. Surtió efecto. Un momento después dio por terminada la pelea y trató de escapar. Cometí el error de dejarme llevar por la furia. En vez de ir directamente a socorrer a Lucía y a Mauro, fui tras él. Fue una lucha breve, en el aire y bajo el agua. Le permití huir herido de gravedad, pero ahora sabía que no debía esperar piedad de mí la próxima vez que lo encontrara. Tendría que haberlo destruido esa misma noche.

Cuando llegué a la playa, me cercioré de que Mauro seguía vivo y me apresuré junto a Lucía. Estaba de rodillas, doblada sobre sí misma, llorando con el celular contra la mejilla. La sostuve, hablándole al oído para tranquilizarla. En ese momento Majo atendía su llamada.

—Nena, agarrá el auto y venite al centro. Asaltaron a Mauro y Lucía y están lastimados. Los voy a llevar al San Carlos.

No me importaba que Lucía me hubiera escuchado, ni cómo le explicaría a mi hija mi presencia en el centro, a esa hora, sin el auto, en vez de estar durmiendo pared por medio con ella. Alcé a Lucía para volver junto a Mauro, la mantuve apretada contra mi pecho mientras trataba de estabilizarlos a los dos al mismo tiempo. Ella se desmayó en mis brazos.

Apenas estuve seguro de que estaban fuera de peligro por el próximo cuarto de hora, recobré mi apariencia humana y subí corriendo a la costanera. Estaba a sólo cien metros del San Carlos, y un momento después irrumpía en la guardia, la ropa manchada de sangre, pidiendo ayuda a gritos. Me aseguré que sacaban la ambulancia y volví corriendo. Varios me habían visto salir como loco del baldío al lado de Grisú y se empezaban a amontonar curiosos. Los hice a un lado a empujones y volví a bajar. Varios me siguieron.

Los paramédicos tuvieron que abrirse paso entre varias docenas de mirones que me rodeaban susurrando entre ellos, tejiendo conjeturas, codeándose para ver la sangre. Arriba ya había policías cortando el tránsito y tratando de mantener a la gente a raya. Tuve que permitir que los paramédicos se tomaran su tiempo para revisarlos e inmovilizarlos antes de cargarlos en camillas. Les costó subirlos hasta la ruta, pero poco después los ingresaban a los dos en terapia intensiva hasta determinar su estado.

Considerando lo poco que tardó, Majo llegó viva de milagro. La atajé en la recepción y la obligué a escucharme. Les estaban haciendo estudios y todavía no podíamos verlos, no teníamos más alternativa que esperar. Fueron dos horas eternas, que pasamos abrazados frente a la puerta que un rato antes me habían cerrado en las narices. Al fin salió un médico, dándole instrucciones a dos enfermeras. Se nos acercó con cara de circunstancia.

Apreté a Majo contra mi costado mientras el médico nos daba su reporte, demasiado largo para nuestra ansiedad. Lucía tenía varias contusiones y una hemorragia interna. Nada de vida o muerte, pero la estaban llevando al quirófano para detener el sangrado y drenar la sangre acumulada en sus órganos. Mauro tenía una fisura en el cráneo que soldaría sola, pero era imposible determinar si había sufrido daño cerebral. Varias costillas rotas, una lesión en el cuello que indicaba intento de estrangulamiento, un principio de asfixia que no dejaría secuelas. A pesar de las contusiones en la espalda, su columna estaba intacta. Nosotros nos limitábamos a asentir, sin retener toda la información, esperando que nos dijera si podíamos volver a respirar.

—A primera vista, la condición de ambos es grave pero no crítica. Los estudios van a estar para la tarde, y ahí vamos a saber

cómo están realmente.

Sentí el tirón de Majo en mi remera.

—¿Podemos verlos, doctor? —pregunté.

—Ya les dije que la señora Márquez está en el quirófano. El señor Valante está inconsciente y en monitoreo constante, no es aconsejable… —Notó las lágrimas silenciosas de Majo y desvió la vista—. Cinco minutos —gruñó.

Sería imposible describir lo que sentí al ver a Mauro. La cabeza medio rapada y vendada, la cara golpeada, el vendaje abultado que le rodeaba las costillas, todo el cuello ennegrecido en un solo hematoma, los tubos y electrodos. El aire me resultaba escaso, me quemaba el pecho, las piernas me temblaron. No había visto a nadie en un estado parecido desde la muerte de Nayla, esa tarde fatídica que la habían atropellado, dejándola apenas con vida suficiente para que Majo y yo alcanzáramos a verla por última vez en la clínica.

Sentí el ardor en los ojos y un nudo en la garganta cuando Majo se adelantó llorando hacia la cama y se inclinó sobre él. Le acarició la mejilla, le tomó una mano y la besó con ternura dolorosa. Su angustia era devastadora para mí. La situación me superaba por completo. Ella se dio cuenta y me abrazó con fuerza. La estreché en silencio. Hay algo instintivo en las mujeres que les permite hacerse cargo de las crisis con naturalidad.

—Andá a cambiarte, papá —me dijo, apoyando su mano en mi mejilla—. Yo me voy a quedar hasta que sea hora de ir a la agencia y hacer las salidas. Alcanzame allá si querés.

La abracé un momento más, le besé el pelo.

—Perdoname —murmuré.

Me fui antes de derrumbarme delante de ella.

- 2 -

El camino a casa no fue más que el principio de la tortura. No podía dejar de maldecirme por permitir que todo esto sucediera. Culpar a Blas no me servía. Excusarme porque estaba cansado era insultar a Mauro y a Lucía. Yo tenía todo lo necesario para protegerlos, para evitar cualquier clase de peligro para ellos. Lo que era más: era el único en condiciones de hacerlo. Y había fallado. Y eran ellos los que estaban pagando mi negligencia, mi error, mi falta de atención. Estuve tentado de salir a buscar a Blas en ese mismo momento. Lo iba a hacer sufrir lo mismo que estábamos sufriendo nosotros, iba a hacer que rogara misericordia y se la iba a negar. Sabía que me estaba demorando en pensamientos ociosos para tratar de desahogar la culpa que me abrumaba. Pero de momento, enfurecerme era la única forma que se me ocurría para no venirme abajo como un castillo de naipes.

Volví al sanatorio bañado y cambiado. Podría haberme quedado en casa un poco más, pero preferí no hacerlo. Algo me decía que no era aconsejable quedarme solo, porque sería incapaz de contenerme y no sabía qué haría. Encontré a Majo sentada junto a la cama de Mauro, la vista clavada en la cara maltrecha de mi amigo. Me miró un instante y fui a su lado. Apoyé las manos en sus hombros, reclinó la cabeza contra mi brazo.

—¿Y Lucía? —pregunté después en un susurro, otra vez el nudo en la garganta apretándose hasta ahogarme.

—La trajeron hace diez minutos y la pusieron en la habitación de enfrente. Todavía no sale de la anestesia.

Crucé el pasillo y trabé la puerta a mis espaldas. Me tapé la boca al verla, los ojos ardiendo de nuevo. El suero, el cuello vendado, la cara lastimada, el tubo sujeto a su nariz, los brazos llenos de moretones. Y eso no era más que lo visible. Me acerqué a la cama con paso inseguro. Tuve que hacer un esfuerzo para contener mi impulso de abrazarla. No conseguí reprimirme del todo. Antes que pudiera darme cuenta, tenía la frente contra la suya, los ojos cerrados con fuerza, mojándole la cara con mis propias lágrimas.

Llevé su mano a mi boca, ahogando contra su piel un gemido ronco que parecía desgarrarme el pecho.

—Perdoname, por favor —murmuré—. Vas a estar bien. Creeme. Te juro que nunca más te va a pasar algo así. Te lo juro por mi vida.

Besé su mano, besé su frente, besé sus labios. Le acaricié la mejilla raspada con dedos temblorosos. Necesitaba verla abrir los ojos. Necesitaba su sonrisa. Su voz pronunciando mi nombre. Su luz.

Perdoname.

Nunca más.

No podía dejar de repetirlo.

Nunca más.

Por mi vida.

Se acercaba una enfermera. Alcancé a destrabar la puerta y secarme los ojos antes de que entrara. Era una mujer mayor que yo. Me dirigió una sonrisa comprensiva y se concentró en revisar a Lucía. Esperé a varios pasos, las manos en los bolsillos.

—Está bien —dijo antes de salir—. Se va a despertar en un par de horas. Avísennos si llega a estar muy dolorida, así le damos más calmantes. Que se mueva lo menos posible, por favor.

Asentí enjugándome la nariz con la mano, todavía demasiado sacudido para hablar. Cuando volví a quedarme solo entendí que no podía estar ahí cuando Lucía despertara. Me lavé la cara y dejé la habitación. Majo se sorprendió cuando le pedí las llaves de la agencia.

—No hace falta que vengas —le dije—. Yo hago las salidas y vuelvo. Sé que Julián está libre hoy, así que le voy a pedir que me cubra. La mamá de Mauro va a venir en cualquier momento, llamame si hace falta. ¿Necesitás que te traiga algo?

Ella me observó en silencio mientras yo hablaba, tratando en vano que mi voz sonara mínimamente normal. Se paró y me echó los brazos al cuello.

—Van a estar bien, papá —me susurró al oído.

La abracé luchando por no dejarme ganar de nuevo por la angustia.

—Claro que sí, nena —contesté, acariciándole el pelo—. En un par de días vamos a extrañar tenerlos tan calladitos.

Conseguí arrancarle una risita entrecortada.

Mandar de excursión a Julián con lo que le había pasado a Lucía era una jugada un poco sucia, pero pedírselo a Inés me parecía peor, y no sabía de nadie más que no tuviera servicios ese día. Pedro y César me hicieron jurar que les avisaría si pasaba o precisaba algo. Arreglamos que nos juntaríamos a la tardecita para ver los movimientos del día siguiente. Hacía rato que trabajábamos juntos y podíamos atajar los penales hasta que los chicos estuvieran en condiciones de volver a tomar las riendas.

Hubiera querido irme tras ellos, pero Majo me había encargado un par de trámites que no admitían retraso. Así que agarré el celular de emergencias de la oficina y me fui a hacer bancos. Volví al sanatorio a las once. En la puerta me encontré a la madre y al hermanito de Mauro, que se iban a buscar algunas cosas para mi amigo, que tendría que pasar varios días más internado.

La madre me abrazó llorosa. La consolé lo mejor que pude.

—Gracias, Lucas. A vos y a tu hija —dijo—. La mandé a comer algo, porque hace horas que está acá adentro. Te encargo también a Lucía, por favor. Su hijo no está y vos viste que ya no tiene familia viviendo en Bariloche. Pobrecita, está destrozada por lo que pasó. No sé por qué dice que fue todo culpa suya.

Al escucharla estuve a punto de dejarla hablando sola. Apenas pude subir, vi a la enfermera que atendía a Lucía en el pasillo. Salía de la habitación de Mauro protestando enojada, mascullando que ella no pensaba hacerse cargo de nada. Cuando me reconoció, me hizo blanco de su enojo.

—¡A ver si hace algo con su mujer, señor! ¡Es imposible! —exclamó, y siguió de largo, meneando la cabeza.

Adiviné que Lucía debía haberse levantado contra todos los consejos, órdenes y amenazas de médicos y enfermeras. Muy propio de ella.

- 3 -

Respiré hondo antes de abrir la puerta de la habitación de Mauro. Efectivamente, Lucía estaba ahí. Se había sentado de espaldas a la puerta, el pie del suero junto a su silla. Estaba inclinada hacia adelante, una mano de Mauro en la suya. Di un paso procurando que me escuchara. Miró por sobre su hombro, lista para mandar al diablo a quien fuera, pero al verme su cara se transformó. Abrió la boca, tratando de decir algo que se le ahogó en la garganta. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Un instante después estaba agachado frente a ella, abrazándola, y Lucía escondía su cara contra mi cuello llorando con todas sus fuerzas. Tuve que morderme la lengua para no hablar mientras ella balbuceaba culpas y disculpas que no hubieran tenido sentido para nadie más. Aguanté, aguanté, el pecho doliéndome cada vez que la sentía estremecerse, sin atreverme a decir una sola palabra por miedo a traicionarme. Pero supe que la situación era insostenible. En cuanto se recuperara un poco tenía que saber la verdad. Ya no importaban mis miedos, ni mi orgullo, ni nada. No podía permitir que cargara con mis errores.

Estaba dolorida a pesar de los calmantes y llorar la dejó agotada. Cuando me pareció que estaba un poco más calmada, le sujeté la cara con ambas manos y esperé a que me enfrentara. Le sonreí desde el fondo de mi corazón, le sequé las lágrimas sin soltarla.

—Recuperate, Lucía. Eso es lo único que te tiene que preocupar ahora —le dije en voz baja—. Y cuando estés bien, vamos a buscar juntos al hijo de puta que les hizo esto.

Mis palabras la sorprendieron, por supuesto, aunque no les buscó un segundo significado. Asintió bajando la vista.

—Dios. Debo estar hecha mierda en serio para que seas vos el que me consuele —murmuró, casi uno de sus gruñidos habituales.

Reí apenas, dejándola echarse hacia atrás. Le aparté el pelo de la cara y se lo acomodé tras la oreja. Ella sacudió una mano para apartarme.

—Ya, ya, no quiero tu lástima.

Majo entró en ese momento y se detuvo al vernos.

—Siempre la misma boluda, vos —respondí, siguiéndole la corriente.

Quiso pararse pero tuvo que permitirme ayudarla. Cuando vio a Majo ahí le tendió una mano. Mi hija me consultó con la mirada, asentí sonriendo. Lucía se apoyó en ella y en el pie del suero para caminar con mucha lentitud hasta la puerta. Ahí se detuvo. Cuando volvió a enfrentarme, ya no fruncía el ceño.

—No me voy a afiliar a tu fanclub. Sabelo.

Tenía que refugiarme en mi pose para no volver a abrazarla, así que alcé las cejas con las manos en los bolsillos.

—Eso dicen todas.

Estuvo a punto de sonreírme. Sacudió la cabeza y permitió que Majo la acompañara de vuelta a su cuarto y a su cama. Me dejé caer junto a mi amigo en la silla que ella acababa de usar, todavía impregnada de su energía tibia, clara.

Majo se negó a apartarse del lado de Mauro hasta las cuatro de la tarde. A esa hora se fue a la agencia, a hacerse cargo de todo como si hiciera años que trabajaba en turismo. Pude estar una hora solo con Mauro. La aproveché para cerciorarme a mi manera de que el diagnóstico era correcto, curar su cabezota dura y atender el resto de sus lesiones. Y cuando le dieran el alta, podríamos irnos derecho al Dutch a tomar una bien merecida cerveza. Reaccionó pasadas las cinco, a la hora de visita, para gran alegría de su madre, que se largó a llorar de pura emoción al verlo abrir los ojos. El médico de la tarde lo inspeccionó, disimulando su sorpresa por su rápida mejoría, y arregló más estudios para el día siguiente. Tal vez pudieran darle el alta en sólo una semana.

Mientras tanto, Lucía me permitía asomarme cada tanto a ver si necesitaba algo. Contestaba invariablemente que no y fingía tratar de dormir para no tener que echarme. La dejé hacer. Tendría toda la noche para estar tranquilo con ella. En una de mis intrusiones se hizo la dormida y noté los rastros de lágrimas en sus mejillas. Salí carcomiéndome por saber qué le estaría pasando por la cabeza.

Llegó la policía a tomarles declaración pero el médico se negó de plano. Entre él y yo los convencimos de que ellos mismos se presentarían a declarar cuando estuvieran en condiciones. Además,

ninguno de los dos había visto bien a sus atacantes, y no les habían robado nada después de atacarlos, así que no había mucho con qué hacer la denuncia.

Dejé el sanatorio cuando terminó la hora de visita y fui a la agencia, donde Majo ya tenía todo solucionado para el día siguiente. Quería pasar la noche cuidando a Mauro, pero la convencí de que lo mejor era descansar. Compramos comida hecha por el camino y no tuve el menor reparo en hacerla dormir. Cuando estuve seguro de que no se despertaría a menos que un tren atropellara la casa, volví al sanatorio.

- 4 -

La habitación estaba en penumbras, apenas iluminada por el brillo cobrizo que llegaba de la ruta. Lucía permanecía despierta, la cara vuelta hacia la ventana, perdida en pensamientos que le contraían la cara. No se movió cuando entré, ni cuando me acerqué. Percibí que su corazón latía con fuerza y que intentaba controlarlo. Rodeé la cama y me detuve cerca de sus pies, en silencio, esperando que me enfrentara. Pasó un minuto entero.

—¿Te acordás de los Gremlins? —preguntó de pronto en voz baja, todavía sin mirarme. Su acento era sereno, con un eco de melancolía.

Asentí tragándome la curiosidad. Aunque no volviera la vista, advertiría mi gesto.

—¿Y esos fantasmas que discutían todo el tiempo?

Volví a asentir.

—Y el duende malhumorado que coleccionaba tijeras…

Vi las lágrimas que brotaban de sus ojos claros. Ladeó la cabeza hacia mí antes de que pudiera preguntarle qué pasaba. Se obligó a sonreírme.

—La pasamos bien estos meses, ¿no?

Asintió, respondiéndose a sí misma ante mi expresión interrogante. Se secó la cara apartando la vista de nuevo, pero las lágrimas seguían cayendo. Estar con Lucía en mi forma sutil simplificaba las cosas, porque mis emociones resultaban mucho más fáciles de controlar. En ese momento era una suerte. Se me anticipó antes que pudiera preguntarle nada.

—Pero no puede seguir —dijo en un soplo.

Se tendió de lado, como si quisiera darme la espalda. Me senté en la cama junto a sus piernas. No iba a aceptar sus palabras sin una explicación. Ella se demoró mirándome, una sonrisa triste entre sus lágrimas, los ojos llenos de amor y dolor, toda ella envuelta en un tenue resplandor de pena.

Estiró una mano vacilante y me incliné hacia ella. Toco las marcas de las garras de Blas en mi cara. Desaparecerían en unos

días, pero todavía eran visibles.

—Por eso no nos mató —murmuró, sus dedos un soplo sobre mi piel sutil—. Y yo creí que no me habías escuchado… Llegué a pensar que vos no…

Tomé su mano y la estreché en la mía. En ese momento lo mejor que podía hacer era mantener la calma y el silencio.

—Peleaste con él. —Era una afirmación, no una pregunta—. Y después viniste a ayudarnos. Como siempre.

Llevó mi mano a su cara. La apoyé en su mejilla húmeda y afiebrada. Cerró los ojos.

—Sabés que estoy enamorada de vos.

Se obligó a enfrentarme. Asentí porque era lo que esperaba de mí. Y porque era la verdad. Se tomó un momento antes de seguir.

—Sé que es una estupidez, pero es lo que siento.

—No es una estupidez —dije, sin detenerme a pensarlo.

Su sonrisa se hizo irónica. Creía que lo había dicho para hacerla sentir mejor. Le acaricié la cabeza como solía. Se estremeció volviendo a cerrar los ojos.

—Sos mi compañera, así es como te veo —agregué con absoluta honestidad, en el tono más neutro que pude.

—Yo también. Y ahí está el problema.

Su respuesta me desconcertó, pero no me dio tiempo a decir nada.

—¿Sabés por qué las cazadoras peleamos solas, Raziel? Porque un compañero siempre termina convirtiéndose en una debilidad.

Su voz era ahora un susurro tenso. Se había apartado de mi mano y ya no lloraba, los dientes apretados, luchando por contener su propia angustia.

—Tenemos parejas y amigos, formamos familias, pero a la hora de pelear, lo hacemos siempre solas. A menos que por casualidad o necesidad haya más de una cazadora. Es la única forma efectiva de cumplir nuestra labor. El hábito de pelear con un compañero termina minando la resolución, la capacidad de entrega, y ofusca la percepción de las situaciones.

Era evidente que estaba diciendo algo que se había repetido hasta el cansancio durante las horas que pasara sola. Necesitaba darle voz, terminarlo. Era la única forma que había encontrado de seguir adelante. Cuando volvió hablar, había logrado dominar parte

de sus emociones, escudada tras esa fortaleza innata que era como su médula, los cimientos que la sostuvieran toda su vida.

—Anoche ese demonio estuvo a punto de matar a Mauro porque yo te estaba esperando. No peleé con todas mis fuerzas hasta que lo vi abrirle la cabeza de un golpe. Sólo entonces reaccioné. Si me hubiera sabido sola desde el principio, mi actitud habría sido otra. No creo que el resultado hubiera sido diferente, sólo que no actué como debía. Y él se dio cuenta antes que yo. Hasta me lo dijo: que ya no sabía pelear sin vos protegiéndome.

—Así que estás haciendo exactamente lo que él quiere, aislarte para que le resulte más fácil matarte.

La interrumpí por impulso. Por suerte mi voz no traicionó todo lo que estaba sintiendo.

—Si me quisiera muerta, ya me habría matado.

Tenía razón y los dos lo sabíamos. Asentí bajando la vista.

—Luchaste con él antes de venir por nosotros —siguió con suavidad— ¿Lo destruiste?

—No. Ustedes necesitaban ayuda. No podía demorarme más.

—Por favor, corregime si creés que me equivoco. Yo todavía tenía un resto mínimo cuando me encontraste. Apenas lo suficiente para llegar hasta la calle y pedir ayuda, pero alcanzaba, ¿no? Bien, ahora decime, exorcista de la tribu de Miguel, ¿qué era realmente más importante? ¿Buscarle un médico a dos humanos que todavía tenían una chance de salvarse por las suyas? ¿O deshacerte de ese demonio asesino?

Sostuve su mirada, aplastado por su lógica. Pero sentí un tirón de rebeldía en mi pecho que nada tenía que ver con mi condición humana. Era el ser sutil el que protestaba, el Caído.

—Yo ya no soy un exorcista —gruñí, desviando la vista—. No tengo ninguna obligación de detener al heraldo. Menos aún de atender al bien mayor y esas cosas. Para eso están los verdaderos exorcistas. Que ellos se ocupen.

—¿Nunca te paraste a pensar que tal vez no haya sido casualidad que vos y yo nos encontráramos en este momento, Raziel?

Su cambio de flanco me desconcertó una vez más y la enfrenté sin ocultarlo. Ella asintió con los ojos perdidos al otro lado de la ventana.

—Tal vez es lo que nos tocó en suerte, este Caído demonizado. Alguien que fue como vos, que cayó como vos, y que eligió un camino que vos rechazaste. Tal vez a mí me tocaba despertarte, darte una excusa para volver a la lucha.

Volví a quedarme en silencio, sumido en todas las implicaciones de lo que Lucía sugería. Ella aprovechó la pausa para rehacerse.

—Así que nos debilitamos mutuamente, Raziel. Y nuestra debilidad pone en peligro las vidas de otros. Por eso no podemos seguir luchando juntos.

El dolor que me atravesó el pecho amenazó con derribarme. Abrí la boca sin poder articular sonido, meneé la cabeza, vi las lágrimas que volvían a caer de sus ojos de cielo. Me incliné hacia ella y la tomé en mis brazos, olvidado de todo. Me echó los brazos al cuello y se apretó contra mí, un gemido escapando entre sus dientes apretados.

—No quiero dejarte sola, Lucía —murmuré, aferrado a ella como un náufrago a un madero en medio del mar—. No puedo…

Ella no pudo contestar, superada por sus propias emociones.

Estuvimos abrazados en silencio varios minutos. Por más que hubiera querido soltarla, no habría podido. Todo en mí, todo lo humano, todo lo sutil, hasta la última fibra de mi ser se negaba a separarse de ella.

—Necesito volver a aprender a pelear sola, Raziel —me dijo al oído, angustiada—. No es sólo mi vida la que está en juego, sino la de los que amo, y la de los que acepté proteger. Tengo que ser fuerte. Más fuerte. Vos me entendés, ¿no? ¿Quién más podría entenderme?

Me aparté de ella lo indispensable para mirarla. Sus lágrimas me quemaban el alma. Las sequé volviendo a menear la cabeza.

—No me podés pedir que me aparte así, sin más, Lucía. No tiene sentido. Y aunque quisiera, no creo que podría.

Bajó la vista con un suspiro tembloroso.

—Yo tampoco podría —murmuró—. Ya no. Pero necesito tiempo. —Desvió la vista, tratando de serenarse—. Y cuando esté lista para ser tu compañera. Cuando no seas mi debilidad sino mi fuerza, cuando yo no te debilite…

Asentí acariciándole el pelo. Escondió la cara en mi pecho y la abracé, acunándola.

—Dame tu palabra de que me vas a llamar —dije tras una pausa eterna—. Que si una situación te superara, vas a hacer a un lado tu orgullo y llamarme.

—No puedo, Raziel. Si te sé cerca…

—Mujer obstinada.

Una risita temblorosa brotó de sus labios apretados.

—No quiero que estés acá cuando me despierte —dijo luego.

—Está bien —asentí, apretándola entre mis brazos, demorando esa separación que tanto había temido, y que sólo aceptaba porque la respetaba aún más de lo que la necesitaba. Y porque no sería definitiva.

—Pero me haría bien que… Quisiera… que esperes a que me duerma para…

La insté a erguirse un poco para volver a mirarla a los ojos. Asentí sonriendo y me devolvió una sonrisa vacilante. La ayudé a volver a acostarse y vi sorprendido que se corría hacia el otro extremo de la cama. Me enfrentó con un gesto tímido.

Me recosté a su lado y la cobijé entre mis brazos. Lucía se acurrucó contra mi pecho. No volvimos a hablar. Tardó más de una hora en dormirse. Al fin su respiración se hizo más profunda y pausada. Tampoco entonces me moví. Sólo cuando el alba se insinuó al otro lado del lago hice descansar su cabeza de nuevo en la almohada y me incorporé.

—Que Dios te bendiga, Lucía —murmuré.

Besé su frente por última vez.

La Leyenda del Demonio Enamorado

- 1 -

Por suerte en el sanatorio había buena internet inalámbrica. Contra todas las prescripciones de los médicos, de las enfermeras, de Lucas y hasta de Mauro desde la pieza de enfrente, hice que Majo me llevara mi laptop, recuperé el celular de emergencias y habilité una sucursal provisoria de la agencia. Nadie quería creer que la herida de la cirugía del día anterior casi no me dolía y no les podía explicar que había contado con un cicatrizador angélico personalizado. Por suerte los médicos se rindieron a la evidencia al mediodía, cuando vieron los resultados de los últimos estudios que me hicieran por la mañana, y accedieron a darme el alta para la tarde siguiente. Mi socio iba a tener que quedarse un par de días más. Con él también se habían llevado una sorpresa los médicos, que no esperaban una mejoría tan notoria en un lapso tan breve. Era obvio que Raziel había pasado a verlo.

El principio de asfixia que el Caído le causara a Mauro parecía haber afectado sus recuerdos de ese momento, así que aceptó la versión que yo le había dado a todo el mundo: un par de malandras nos habían atacado cuando él trató de recuperar el bolso de una desconocida y yo fui tan tonta como para seguirlo.

Después que Majo se fue a hacer trámites, me enfrasqué en contestar reservas y adelantar todo el trabajo que pudiera. El saldo de la temporada iba a ser “apenas buena”, si mis cálculos no estaban demasiado errados. Febrero y marzo iban a dar alguna ganancia sólo gracias a las reservas que nos mandaba el equipo de Joaquín.

Me las arreglé para mantenerme ocupada hasta después del almuerzo. Conociéndome, no podía darme tregua hasta que me sintiera en condiciones de enfrentar lo que había hecho la noche anterior. Tenía un miedo atroz a ese momento. Dos o tres veces durante el día me asaltaron recuerdos de mi última conversación

con Raziel. Su sorpresa dolorida, la última sonrisa en su cara tan hermosa, su abrazo.

El abismo de mi separación de Daniel se insinuaba una zanja estancada al lado de lo que se abría ahora en mi interior.

Esto era la Grieta del Destino de Tolkien. El País de los Muertos de Le Guin. La agonía de especia de Herbert. La Habitación 101 de Orwell. Dante quedaba descartado por ser demasiado realista.

Era…

No, todavía no podía siquiera pensar en asomarme a eso. Y no lo haría.

A la tarde encontré en línea a mi hermana mayor, Guadalupe. Le conté mi pelea con el Caído y conversamos un buen rato sobre eso.

—¿Por qué no me mata y ya?

Era una pregunta que me torturaba. Mi hermana se tomó un momento antes de responder.

—¿Y si necesita algo de vos? ¿Es posible?

No que yo supiera, pero tampoco podía descartarlo. Nos demoramos tejiendo conjeturas.

—Te estás moviendo en niveles que muy pocas de nosotras alcanzaron alguna vez, Lucía, y lo sabés. Sobre todo desde que conociste a Raziel. —Su nombre, aun escrito, me apretó un nudo en la garganta—. Me acabás de decir que usaste la Cruz como arma, que respondió a tus necesidades convirtiéndose en una espada de luz.

—Sí, pero…

—¡Una espada de luz, Lucía! ¿Cuándo escuchaste hablar de algo así? ¡Ni que fuéramos Jedis! Te caíste de cabeza en un juego que te quedaba grande y de a poco empezás a estar a su altura. Con lo que Raziel te enseña, y el desafío que representa el otro Caído… ¿Entendés a qué me refiero?

—No.

No quería entender. Mi hermana se ahorró las puteadas al leer mi respuesta.

—Esto hay que consultarlo con las mayores. Tal vez alguna de ellas sepa algo que nos oriente. ¿Raziel nunca te mencionó el nombre del otro Caído? Porque la tía Tita encontró algo el otro día.

Hasta que yo los descubriera en Bariloche, mi familia sólo tenía

referencias sobre los Caídos en libros europeos de la Edad Media. Y en general no hacíamos mucho caso de las crónicas de esa época. Nuestra experiencia directa señalaba que la sobreexposición de los alquimistas al mercurio y sus pociones raras habían dado frutos más poéticos que realistas, por no decir sencillamente delirantes. La opinión compartida era que los supuestos Caídos debían haber sido demonios que habían engañado a alquimistas y hombres santos de esa época para usarlos. Además, la demonología europea no aplicaba de este lado del Atlántico. La conquista de América había mestizado el inframundo, dando nacimiento a lo que llamábamos, en una clara muestra del humor familiar, infierno tercermundista. Acá nada seguía ni de lejos lo que decían los tratados europeos, todos tan prolijos, ilustrados y obsoletos. Latinoamérica era, según nuestros propios registros, una mescolanza risueña que seguía sus propias reglas, y en la que los distinguidos demonios europeos evitaban inmiscuirse, escandalizados por la falta de respeto a las tradiciones ancestrales.

Que me encontrara no un Caído sino dos, y tan diferentes entre sí, había abierto un nuevo rumbo para aquéllas de nosotras más propensas a la investigación. Y con las semanas, su curiosidad había dado algunos frutos. Nuestra tía Tita, que venía a ser la jefa bibliotecaria del departamento familiar de investigación, había hallado una serie de relatos que le habían llamado la atención. Databan del siglo XIX y sus autores eran, presumiblemente, indígenas católicos, hijos de indios convertidos durante la conquista. Estos relatos hablaban de un sisma entre las filas angélicas cuando un miembro del séquito personal de San Gabriel había sucumbido a los encantos de una diablesa muy poderosa, a la que se le atribuía un parentesco tan directo como hija o hermana de uno de los Siete Generales del infierno, Lujuria.

La diablesa habría sido capturada por los guerreros de San Miguel para ser llevada ante alguna clase de tribunal celestial, siguiendo la ley de que será perdonado todo aquél que se arrepienta sinceramente de sus pecados y pida misericordia. Pero nunca llegó ante el tribunal porque este ángel, cegado por su belleza y sus argucias, la había ayudado a escapar. La historia decía que San Miguel y sus huestes la habían perseguido hasta nuestro mundo, de camino al infierno, acorralándola en alguna parte del Pacífico Sur

americano. San Miguel había vuelto a capturarla, pero la batalla conmovió la tierra, dando origen a la parte meridional de la Cordillera de Los Andes, pero. Como la diablesa no estaba interesada en arrepentimientos ni perdones, San Miguel la había sellado en un lugar muy profundo e inaccesible, bajo las montañas que se alzaran a causa de la batalla. El ángel que había sido su cómplice fue expulsado del Cielo. Corrompido en cuerpo y alma por la diablesa, desde entonces recorría la parte sur del continente, buscando la forma de liberar a su amada de la prisión subterránea donde permanecía hasta nuestros días.

—El nombre del Caído varía de acuerdo a la versión de la leyenda —dijo mi hermana—. Pero la prima María es experta en lenguas muertas y está segura de que es Zorael.

—Raziel nunca dijo cómo se llamaba. Pero sí mencionó que había sido un heraldo de la tribu de Gabriel.

Ninguna de las dos escribió nada por varios minutos, atrapadas en nuestras especulaciones. Fui la primera en dejarlas de lado.

—No creo que este Caído sea el de la leyenda. Y aunque fuera él, eso no explica por qué me eligió para este juego de gato y ratón que me está volviendo loca.

Guadalupe tardó más de lo que me hubiera gustado en contestar.

—Dejame consultarlo con las mayores.

Eso significaba que tenía motivos para sospechar una respuesta que no iba a ser del agrado de nadie.

—Manteneme al tanto.

—Y vos tratá de llegar viva al mes que viene.

—¿Pensás invitarme al carnaval?

—Eso es en Gualeguaychú y yo vivo en Concordia, nena. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir?

- 2 -

Vi pasar la tarde con un temor vago que me negué a identificar. Ya tendría toda la noche para enfrentarlo. Cuando terminó la hora de visita, me levanté, agarré el pie con el suero que se empeñaban en dejarme enchufado y me fui a ver a Mauro. Lo encontré jugando al truco con Lucas, que tomaba un mate espumoso que me hizo agua la boca. Hicieron a un lado su juego en atención al número impar. Puesta a desobedecer al médico, estuve a punto de pedirle de rodillas a Lucas que me convidara un mate. Por suerte se dejó convencer al primer pedido. Lo noté pálido y silencioso, como retraído, pero con el par de días que le estábamos haciendo pasar, no me resultó extraño. La tarde anterior, él mismo me había contado que pasaba por la costanera a la madrugada cuando vio el revuelo al lado de Grisú. Se había acercado a ver qué pasaba y se había encontrado con que nos estaban subiendo en camilla, en medio de gran despliegue de sirenas y operativo policial.

Majo llegó poco después con el último reporte de la oficina y nos quedamos charlando los cuatro, hasta que Lucas se despidió de su amigo y me lanzó una mirada perentoria. Lo seguí rezongando y le permití que me abriera la puerta de la pieza. Me hizo un gesto de despedida y se alejó a paso rápido.

No me quedó más alternativa que volver a acostarme y ejercitar un poco de odio contra los mil canales de basura que tenía en la televisión. Pasadas las siete llamaron suavemente a mi puerta y Julián asomó la cabeza. Le agradecí al cielo aquella visita inesperada. Conseguimos convencer a la enfermera para que lo dejara quedarse mientras yo comía mi cena de campeones, media pechuga hervida y una cucharada de puré. Noté que la mujer nos miraba con una mezcla incomprensible de curiosidad y reprobación.

—Piensa que Lucas es tu marido —explicó Julián cuando nos quedamos solos, y estalló en carcajadas al ver mi expresión—. Como él estuvo ayer desde el principio acá, cuidándolos a los dos, todo el mundo dio por sentado que eras su mujer. —Resoplé más que suspirar—. Es más, vine a verte con Inés, Eugenia y un par más

y él nos atajó en seco en el ascensor. Fui al único que dejó pasar. Pedro y César mandan saludos. Dicen que no te preocupes por los pasajeros, que ya los dejaron tirados a todos.

Esta vez me reí con él.

Sentí una súbita ansiedad cuando volvió la enfermera y llegó el momento de despedirme de Julián. No quería que se fuera. No quería quedarme sola en la noche que caía. Pero los pacientes proponen y los de bata blanca disponen. Recibí el beso de Julián en la mejilla, junto a la boca, con un suspiro de resignación, bajo la mirada vigilante de la enfermera. Apenas él se fue, la buena mujer me hizo jurar por siete libros santos que me iba a quedar acostada y tratar de dormir.

Fue una noche horrible, y supe sin sombra de dudas que era sólo la primera de muchas.

Las pocas estrellas que veía por la ventana me hacían pensar en cielos abiertos, vientos nocturnos, vuelos vertiginosos en los brazos fuertes y seguros de Raziel.

Lloré hasta que me quedé sin lágrimas y me lastimé los labios para no pronunciar su nombre.

Sabía que acudiría si lo llamaba, sin importar lo que le había dicho la noche anterior, y esa certeza me destrozaba por dentro. No era gritarle al silencio de miles de kilómetros de distancia: era callar la palabra que moría por murmurar y que sería respondida.

Las contracciones del parto, los ataques del Caído, ningún dolor físico que alguna vez sufriera podía compararse con lo que estaba sintiendo. Me desgarraba por dentro, me abría en dos, me cegaba de frío y oscuridad.

Lo sabía.

Lo había sabido desde aquella noche en que desperté y lo encontré a mi lado, velando por mí. Desde esa mañana en que se presentara por primera vez en el cerro Otto. Cada vez que encontrara su mirada. Cada vez que me regalara una de sus sonrisas fugaces. Cada vez que su mano se posara en mi cabeza. Cada vez que su belleza me dejara sin aliento.

Y ahora sólo estaba pagando el precio de mi propia estupidez.

De nuevo.

Pasé las horas abrazada a la almohada, temblando en el esfuerzo por contenerme.

El verano en la Patagonia trae días larguísimos y noches muy cortas. Bien podía estar agradecida por eso. El amanecer me encontró insomne y agotada, temblorosa, hundida en una nada fría que me calaba hasta los huesos, me colmaba, me ahogaba. Y sin embargo me aferré a ella. En esa nada, el dolor no era tan agudo, tan persistente.

- 3 -

La enfermera que vino a traerme el desayuno me encontró ya bañada y con la computadora sobre las piernas, viendo en internet los últimos reportes sobre la erupción del volcán Llaima, en la IX Región de Chile, ubicado a la altura de Zapala, Neuquén. Había vuelto a entrar en actividad para Año Nuevo, después de una siestita de catorce años, y por rara ocasión para un volcán chileno, no había traído complicaciones a nuestras poblaciones fronterizas.

Una vez que leí la información de fuentes serias, empecé a seguir enlaces relacionados al azar. Y pasé un rato bastante entretenido con la interpretación esotérica, y más bien patafísica, de un informe sobre los volcanes de la Patagonia chilena. Según el autor, sus estudios astrológicos indicaban que pronto se registraría en la zona un evento geológico importante, del cual la erupción del Llaima era sólo el prólogo, por si el hecho de que hubiera ocurrido el 01.01.2008 no era numerológicamente claro para que todos comprendieran lo ominoso del presagio.

Nadie debía sorprenderse si otro volcán de Los Andes chilenos entraba en actividad en forma completamente inesperada, esta vez en la X Región. Y lo que era más, tal vez el volcán que despertaría ni siquiera estaba catalogado como tal. Su erupción provocaría sismos, destrucción y calamidades de proporciones bíblicas en muchos kilómetros a la redonda. Seguía diciendo que la verdadera razón de ese suceso sería un núcleo de energía cósmica atrapado bajo las montañas. Luego de cumplir su ciclo en el vientre de la Madre Tierra, buscaría su camino hacia la superficie, barriendo con todo a su paso en un alumbramiento de magnitud desconocida hasta entonces. Esto marcaría el inicio de un período astrológico crítico, en el que la vida de miles de personas estaría amenazada.

Bien, patafísica aparte, no podía dejar de llamarme la atención lo que decía de ese “núcleo de energía cósmica” prisionero miles de metros bajo tierra en Los Andes australes, sobre todo porque la X Región es la que queda directamente frente a Bariloche, cordillera por medio. Men In Black no mentía al decir que a veces los reportes

sensacionalistas son una fuente fiable de información.

A las ocho de la mañana le escribí a mi hermana para que se conectara, y un par de minutos después le pasaba la dirección del reporte. Le di tiempo para leerlo saboreando mi té con tres galletitas sin sal, desayuno de sultanes.

—Justamente de esto te quería hablar —dijo Guadalupe antes de lo que esperaba.

—???

—Las abuelas estuvieron revolviendo los baúles anoche, en vistas de lo que te pasó hace dos días y la historia que encontró la tía Tita. La abuela Clara la había escuchado y agregó la parte profética de la leyenda.

—Siempre hay una profecía. ¿Otro apocalipsis? Esta vez podría tocar en el Caribe, así aprovechamos para tomarnos un crucero.

—Ja-ja. —Las cuatro letras supuraban vinagre—. Parece que la diablesa encerrada, al perder la batalla contra San Miguel, quedó reducida a un núcleo de energía latente. Perdió su cuerpo y su capacidad de crear cualquier tipo de vehículo físico para su esencia.

—Ahá. Por ahí te suena el reporte del astro-geólogo.

—Claro. El tema es que su carencia de vehículo no impide que pueda escaparse, si desde afuera le tiran una soga.

—Zorael, su fiel enamorado que ronda esta zona buscando cómo liberarla.

Hizo una pausa que no me gustó.

—Después de hablar con la abuela Clara, la tía Susana aportó su granito de arena con las costumbres de su gente —agregó luego.

—¿La gente de Salvador Do Bahía?

—Sí. Costumbres relacionadas con la macumba africana.

—¿La macumba…?

En ese momento se nos sumó mi hermana menor, Julia, desde Buenos Aires. Guadalupe apenas la dejó saludar antes de desplegar en mi beneficio toda la capacidad didáctica de sus veinte años de docencia.

—Habló de los médiums y las posesiones rituales. Vos sabés que las ceremonias de la macumba y todas las sectas derivadas se centran en propiciar la manifestación física de sus deidades. Los iniciados viven preparándose para estar en condiciones de ser poseídos. Los practicantes de estas sectas precisan una preparación

especial para ser poseídos porque algunas de sus deidades son muy fuertes, y su caudal energético podría matar al elegido si no está en condiciones de soportarlo. Y ahí entra el epílogo profético de la abuela Clara. Parece que la leyenda de la diablesa prisionera termina con que su amante angélico finalmente la libera. Pero no antes de encontrar a una mujer humana lo bastante fuerte para no derretirse como manteca al ser ocupada, poseída, por la esencia de la diablesa. Entonces los amantes tienen su final feliz, y comen perdices en forma de almas, sometiendo primero el territorio donde la diablesa se manifiesta nuevamente, y más tarde el mundo entero, que se vería sumido en una era de terror bajo el reinado de los dos demonios en su lujuriosa luna de miel eterna.

Leí con atención todo lo que había escrito Guadalupe. Lo volví a leer. Lo releí por tercera vez. Definitivamente, la mala noche estaba alterando mi capacidad de interpretación.

—No entiendo.

—Si serás pelotuda. —Ésa era Julia, siempre tan dulce—. Patagonia. Un Caído que aparece de la nada a jugar con vos al gato y al ratón. Y empujándote a desarrollarte más como cazadora. Todas estas habilidades nuevas que estás adquiriendo en tu intento por hacerle frente.

No me molesté en contestarle. Tampoco en dar crédito a lo que decía.

—Todas las que estamos al tanto de lo que pasó pensamos lo mismo, Lucía —dijo Guadalupe—. La historia es cierta, el Caído demonizado que te persigue es Zorael, y no te mata porque te está preparando para usarte de receptáculo para su diablesa.

Sentí una necesidad atroz de fumar.

—De más está decir que estamos todas listas para salir para allá a una palabra tuya. Esto no es algo que ninguna de nosotras pueda ni deba enfrentar sola.

Empecé a comerme las uñas.

—Tenés que hablarlo con Raziel. Él es el único que nos puede orientar con buen criterio.

—Y ni se te ocurra hacer nada sin él —agregó Julia—. Necesitás protección constante.

Me desconecté.

No me paré a pensarlo, simplemente lo hice.

Necesitaba tranquilizarme. Necesitaba pensar.
Y necesitaba encontrar la forma de enfrentar la situación.
Sola.

VII - El Corazón en Sombras

Lejos de la Gloria

- 1 -

Marzo.

Ariel empezó las clases. Poco trabajo en la agencia.

Sé que hubo algo llamado febrero, cuatro semanas oscuras de las que no guardo ningún recuerdo importante. Fue dejar que el tiempo pasara, insensible, mientras yo intentaba recuperar algo parecido a lo que había sido mi vida antes de conocer a Raziel.

Volví a patrullar como en los viejos tiempos. Y no sé si fue por eso, o porque algo había hecho que se incrementara la actividad del inframundo en nuestro plano, pero limpié un montón de lugares, y exterminé o sellé a un montón de criaturas. Empecé a ver a Julián un par de veces por semana. Las noches que no patrullaba, volvía al centro después de cenar y pasaba un par de horas en El Dutch. Me acostumbré a mantenerme ocupada, y acompañada siempre que podía.

Dejé sin contestar todos los mensajes y mails de mi familia acerca del Caído. Finalmente, Guadalupe me llamó para comunicarme de forma oficial que todas aceptaban mi posición y confiaban en que les avisaría si llegaba a pasar algo importante.

Creían conocerme.

Yo también.

Eso demuestra que nunca se sabe.

Lo cierto es que cuando me acuerdo de esa época, apenas me reconozco a mí misma. Me volví temeraria y violenta en mis cacerías. El resto del tiempo, desplegaba una cantidad de energía que todos los que me rodeaban calificaban de elogiable. Si supieran.

Dicen que cuando se toca fondo, el único camino que queda es hacia arriba.

Eso es para los que ignoran que el infierno tiene sótano y

siempre podés hundirte un poco más.

Sólo me iba a acostar cuando estaba agotada, segura de que me dormiría antes de apoyar la cabeza en la almohada.

Ariel preguntó una sola vez por Raziel. No recuerdo qué contesté, pero al parecer quedó claro que no tenía que insistir. Su nombre desapareció de nuestras conversaciones.

Ojalá su ausencia hubiera sido tan fácil de borrar.

Nunca volvió a acercarse, ni a tratar de entrar en contacto conmigo. Pero no por eso se alejaba.

La primera vez que lo sentí cerca mientras cazaba, me provocó una impresión tan fuerte que estuve a punto de dejar que una larva asquerosa, en forma de araña, me arrancara la cabeza. Conseguí defenderme y la eliminé sin miramientos.

Estaba a orillas del Moreno, cerca de Bahía López. La luna menguante me reveló la sombra oscura, inmóvil, al tope de un peñasco que se desprendía del cerro. Antes que pudiera pensar qué hacer, estaba apretando los dientes para dejar de llorar. Me prohibí hacerle ninguna seña: él sabía que lo había visto. Le di la espalda y me fui.

Pasé los dos días siguientes con un nudo en la garganta y un hueco en el estómago, las lágrimas listas para saltar a la primera excusa.

Aunque le había dicho que volveríamos a reunirnos, pronto me di cuenta de que esa esperanza era un campo minado para mí. No podía volver a enfrentarlo mientras lo amara con esa intensidad desesperada. No dejaría de amarlo si mantenía frente a mí la promesa de la reunión. Así que tenía que encontrar la manera de arrancarlo de mis sentimientos, de mi vida. Aunque todo en mí se rebelaba a la idea. Aunque hubiera sido más fácil arrancarme una mano, los ojos, cualquier parte de mi cuerpo.

Volví a percibirlo varias veces después de esa noche. La distancia que él había estimado en ciento veinte metros era historia. Ahora lo sentía a cuatrocientos o quinientos metros. Hasta que me harté de esos repentinos ataques de angustia y llanto que su

proximidad me provocaba en los momentos más inoportunos. Y los días que me costaba recuperarme.

Una noche en el valle del Challhuaco, en plena pelea con dos demonios nivel siete, le di la espalda a las criaturas y giré hacia donde sabía que estaba Raziel. Encontré su cara por intuición y dejé que el dolor y la angustia fluyeran, que alimentaran la rabia que me quemaba por dentro. Por seguir amándolo, extrañándolo, necesitándolo tanto. Por haberle permitido tocarme el alma. Por no ser un hombre de carne y hueso, a quien hubiera podido reprocharle que aceptara esa distancia en vez de pelear por retenerme a su lado. Por no permitirme olvidarlo.

Vi de lejos que su aura se encendía, las alas a punto de desplegarse cuando los demonios se abalanzaron sobre mí al mismo tiempo. Sin cambiar de posición, enfrentándolo, abrí al medio a uno de los demonios con la katana. Y con la otra mano hundí la wakizashi en el pecho del segundo.

—No te necesito —susurré.

Retrocedió un paso vacilante y desapareció.

Nunca más se dejó ver. Y yo fui libre de hundirme en el dolor y el vacío como un adicto terminal que prepara el viaje definitivo. Porque por primera vez sentía que lo había perdido, y nada de lo que experimentara hasta entonces me había preparado para algo tan devastador.

Mientras tanto, en la oficina, Mauro se limitaba a observarme. Su noviazgo con Majo era lo que todos habíamos esperado: un romance idílico. Pero su propia felicidad no le impedía ver que me pasaba algo.

Una tarde especialmente aburrida se me sentó delante del escritorio. Me dio un mate y se cruzó de brazos, mirándome hasta que lo enfrenté.

—No sé qué te pasa, Lu, pero no estás bien. —Alzó una mano para acallar cualquier respuesta, que los dos sabíamos que no sería sincera—. No tenés que explicarme nada. Sólo quería que supieras que no soy ciego. Y que estoy acá si llegás a necesitar hablar de algo.

Buscaba qué decirle cuando llegaron Lucas y Pedro de Tronador. Me apuré hacia la cocinita a rehacer el mate para Pedro. Oí que

Lucas dejaba los vouchers y la planilla, preguntaba qué había para el día siguiente y se despedía. Ya no estaba cuando salí. A decir verdad, en los últimos dos meses apenas lo veía unos minutos a la mañana y otros pocos a la tarde, y casi ni cruzábamos palabra. Encontré a Mauro mirando hacia afuera con las manos en las caderas, meneando la cabeza.

—Otro —rezongó, aceptando el mate—. La verdad que me saqué la lotería de los amigos deprimentes con ustedes dos.

Pedro asintió con una mueca.

—Sí, no anda bien —terció, y notó mi sorpresa—. ¿No te diste cuenta?

—Mirá a quién le vas a preguntar —gruñó Mauro—. ¿Pasó algo?

—Hoy en el Saltillo lo encontré sentado en un tronco, mirándose las manos. Una pasajera le estaba hablando y él ni se había dado cuenta.

- 2 -

Unos días antes de Semana Santa di con el cubil de otra media docena de demonios nivel siete. Se habían asentado cerca de Colonia Suiza y por el momento se limitaban a robar gallinas y perros, pero no tardarían en buscar presas más suculentas.

Desgraciadamente estaba en lo cierto. Me llevó una semana rastrearlos, y descubrí sorprendida que estaban a las órdenes de un demonio de mayor categoría. La noche que los ataqué, encontré a dos nenes de cinco o seis años en el cubil. Los tenían desmayados en una jaula improvisada con ramas. Verlos me sacó de quicio. Hice una verdadera carnicería, y pronto no quedaba de ellos más que carroña y cenizas malolientes. Estaba sacando a los nenes de la jaula cuando la Cruz en mi cintura se encendió. Me erguí y giré para enfrentar al jefe con los nenes en mis brazos.

Vacilé al ver la silueta humana envuelta en un aura demoníaca.

Cómo cambian las cosas.

Seis meses atrás, la posibilidad de un demonio antropomórfico me había aterrorizado. Pero después de haber sobrevivido a tres encuentros con el Caído, reconocer al Condenado me provocó alivio. Un alma humana demonizada no es un peligro desdeñable. Despliegan una crueldad más refinada e insidiosa que el común de los demonios, porque arrastran de su pasado los vicios y su conocimiento de los hombres. Sin embargo, esa noche iba a tener que esmerarse para al menos preocuparme.

Se detuvo a pocos pasos y me dedicó su sonrisa más malévola, los ojos rojos brillando como brasas al fijarse en los chicos.

—Te agradecería que dejes mi cena en paz —dijo con voz retumbante.

—Tenés razón, disculpá. —Le di la espalda y deposité a los chiquitos en el pasto, a varios metros.

—¿Vos armaste este revuelo? —preguntó detrás de mí, desbordante de calma y seguridad.

—Sí.

Cuando lo volví a enfrentar vi la expresión apreciativa en su

sonrisa.

—Me habían hablado de vos. Veo que no mintieron. ¿Qué armas usás?

Mientras hablaba, extendió una mano con la palma hacia arriba y empezó a concentrar energía. Mala cosa para este Condenado que yo ya hubiera pasado por ese jueguito.

—Uso esto.

Con un solo movimiento esgrimí la katana y lo decapité. Su cuerpo se encendió al contacto con la hoja y ardió hasta consumirse. Guardé la katana, volví a alzar a los nenes y me alejé con ellos hacia la comisaría. Hasta que un rumor entre los árboles me hizo detener. No distinguí nada en la noche oscura, sin luna. Pero la risita que oí me tiró una avalancha de hielo encima. Me alejé tan rápido como pude. Habría salido corriendo si no hubiera tenido a los nenes en brazos. Porque yo conocía esa risa: era el Caído.

La Línea de Llamas

- 1 -

Julián me acarició el pelo distraído mientras la película llegaba a su clímax. Yo luchaba por no dormirme, incapaz de acostumbrarme a los dramas europeos que a él tanto le gustaban. Era domingo a la noche, Ariel se había quedado en casa de su padre y yo había aceptado la invitación a cenar en el departamento de Julián. Ahora lo tenía arrinconado para usar sus piernas de almohada, estirada cuan larga era en el resto del sillón. No llegué a ver el final de la película. Me despertó con un beso en la mejilla.

—Estás cansada —susurró, apartándome el pelo de la cara—. Vamos a dormir.

Era una de las cosas que me hacían seguir viéndolo. Se tomaba cualquier situación con toda la calma del mundo. No consideraba desperdiciada una noche conmigo si no teníamos sexo, jamás ejercía ninguna presión para que nos viéramos, me permitía ir a mi propio ritmo.

Me ayudó a pararme, divertido por mi cara soñolienta, y fui al baño. Apenas cerré la puerta supe que me tenía que ir. No tenía idea por qué, pero de pronto estaba completamente despierta, mirándome al espejo mientras pensaba una excusa para irme. Como si la necesitara.

—Vuelvo a casa —dije, asomándome al dormitorio.

Julián ya estaba a medio desvestir y me enfrentó sorprendido, descalzo y con los jeans desabrochados. El muy maldito. Casi le salto encima. Manoteó la camisa en cuanto me escuchó.

—Te llevo.

—No, no. No hace falta —me apresuré a decir, y fui al comedor a buscar mis cosas. Si lo seguía viendo con tan poca ropa no iba a ser capaz de irme.

Me alcanzó junto a la mesa, me abrazó desde atrás y me besó el cuello. Cruel, pérfido, desleal. Giré entre sus brazos y estuve a

punto de soltar mochila y campera. Sólo después de besarlo me permitió retroceder. Me regaló esa sonrisa que hacía estragos en mi libido.

—Llamame.

Avancé el paso que había retrocedido y volví a besarlo.

—Si pretendés que te deje ir… —murmuró en mi oído, sus manos resbalando por mi espalda.

—Te llamo —me obligué a contestar contra mi voluntad.

Un minuto después estaba en la calle. Me detuve en la esquina de Plaza Belgrano a prender un cigarrillo y preguntarme adónde iba. Había sentido un impulso urgente de irme, de salir, como si algo me esperara ahí afuera. En ese momento me entró el mensaje de Ariel: "Al final volví a casa, pero no hace falta que vengas. ¡Pasala lindo!" Nada fuera de lo normal. No podía haber sido eso lo que me había empujado a irme. Bajé un par de cuadras sin apuro, más bien a la expectativa. Hasta que llegué al Club Andino. Vi que El Dutch todavía estaba abierto y me dirigí sin vacilar hacia ahí.

Había dos parejitas tomando algo en una mesa, abajo. Y alguien jugaba ajedrez con Gabriel en la barra: Blas. *Eh…* Me acerqué a saludar con mi mejor cara de nada y me recibieron con grandes sonrisas. Gabriel me preparó mi licor con energizante. Mejor sacudirme cualquier rastro de somnolencia. Apenas Gabriel me dio mi vaso, lo llamaron de abajo y se disculpó con nosotros. Blas giró en su asiento para enfrentarme sonriendo de costado.

—Así que acá estás. Y sola —dijo con su ironía marca registrada. Consultó la hora—. Tenemos unos quince minutos, ¿qué te parece si los aprovechamos?

Alcé las cejas sorprendida. *¿Quince minutos? ¿De qué habla?*

—No entiendo —alcancé a decir antes de que me sujetara la cara con una mano.

Me besó todavía sonriendo, y su mano bajo mi mentón era el único contacto entre nosotros además de nuestras bocas. Bastó para dejarme sin aliento. Ni se me ocurrió rechazarlo. En mi vida me habían besado así. Se me aceleró el pulso y me sentí una idiota consumada. Me miró de lleno a los ojos, todavía inclinado hacia mí, sonriendo.

—Cómo voy a disfrutar este cuerpo —susurró antes de volver a besarme.

Esta vez sí se me cayeron la mochila y la campera. Me acercó a él, enredó una mano en mi pelo, su boca resbaló de mis labios a mi cuello. Cerré los ojos con un suspiro entrecortado. Era como si ya me hubiera desnudado. Mis terminaciones nerviosas estaban repentinamente hipersensibles, y el simple roce de su lengua me hacía estremecer. Apoyé las manos en sus brazos, incapaz de tentar cualquier otro movimiento. Pero no para apartarlo, sino para retenerlo donde estaba.

Las parejitas subieron y se fueron. Gabriel nos daba la espalda para controlar la caja, sin prestarnos atención. Blas se apartó unos centímetros de mí y recuperé mi capacidad motriz. Respiré hondo al volver a enfrentar sus ojos color miel, grandes y rasgados a la vez, rarísimos.

—¿Quince minutos? —musité—. ¿Hasta que Gabriel cierre?

Me acarició la cara, el cuello, el hombro, su mirada siguiendo su propia mano. Alzó la vista hacia mí rebosante de ironía. Gabriel pasó junto a nosotros con balde, trapo y demás enseres para limpiar los baños. Quedamos solos en el local con las cortinas cerradas y la puerta con llave. Blas se bajó del banco alto y me hizo sentar en él.

—Hasta que llegue tu amiguito rubio —respondió.

—¿Mi qué?

No sé si era su mirada, su mano contra mi piel, mis nervios crispados, pero no tenía idea de qué estaba hablando.

—No te preocupes. Va a ser la última vez que nos interrumpa —susurró junto a mi boca.

Si el primer beso me había dejado sin aliento, éste me llevó al borde del infarto. De pronto me tenía acorralada contra la barra, parado entre mis piernas, apretándose contra mi cuerpo. Su mano se escabulló entre mi ropa y su lengua jugaba de nuevo en mi cuello, mientras yo sólo podía tratar de seguir respirando sin prenderme fuego como una bengala. Jamás me había pasado algo así. Estaba por completo a su merced sin que pudiera siquiera cuestionármelo. Si me hubiera desvestido ahí mismo no habría hecho nada por evitarlo. Creo más bien que lo hubiera ayudado.

Entonces sus caricias se hicieron más suaves. Volvió a besar mi boca y me sonrió.

—Sí, va a ser todo un placer —dijo.

En ese mismo instante la puerta se abrió de par en par y

apareció una mano en el hombro de Blas que lo apartó brutalmente de mi lado, haciéndolo darse vuelta. Un puño lo alcanzó en plena cara, enviándolo tambaleante hacia atrás. Vi atónita a Lucas, jadeante, la cara desencajada de furia, el puño en alto, listo para volver a golpear.

- 2 -

Traté de decir algo pero no tuve oportunidad. Lucas levantó mis cosas con una mano, me aferró un brazo con la otra y me arrastró fuera del Dutch. Su auto estaba en marcha con dos ruedas sobre el cordón y la puerta del conductor abierta. Abrió la puerta del acompañante, me empujó dentro del auto, me arrojó mis cosas a la cara y dio la vuelta para sentarse tras el volante. Arrancó con un chirrido de los neumáticos y bajó a contramano por el pasaje Juramento sin dejar de acelerar. Encontré algo que parecía mi voz.

—¡Pero qué carajo…!

Alzó un dedo sin mirarme, los ojos fulgurantes fijos en la calle, todavía muy agitado. Su gesto me aplastó contra la puerta. Jamás se me había ocurrido que el galancito carismático pudiera inspirarle temor a nadie, pero en ese momento tuve miedo.

—Cuando me calme —masculló.

No me animé a insistir. Sólo podía mirarlo, impresionada por la furia que seguía reflejando su expresión, la respiración silbante entre sus dientes apretados, los nudillos blancos en el volante. La incomprensión me superaba.

Se detuvo un minuto después, pasando el Monolito, y me enfrentó iracundo. Pareció a punto de hablar, pero encajó aún más las mandíbulas y se inclinó hacia mí con brusquedad. Me apreté contra el respaldo del asiento cuando su cara quedó a un par de centímetros de la mía, pero no me miraba. Me ajustó el cinturón de seguridad con movimientos rápidos y precisos y volvió a arrancar. Atiné a agarrarme fuerte.

La aguja del velocímetro saltó y las luces de la ruta se convirtieron en destellos fugaces en el parabrisas. Lucas siguió acelerando hasta que rozamos los ciento cincuenta kilómetros por hora. En una ruta estrecha y llena de curvas donde a veces cuarenta por hora es peligroso. Sin embargo, su forma de manejar, cómo anticipaba todo, hacía pensar que íbamos paseando a paso de hombre. No me animaba a mantener la vista fija al frente mucho tiempo, por miedo a que me bajara la presión de puro vértigo. Pero

mirar hacia adentro era encontrar la furia de Lucas, que me asustaba más que ver cómo devorábamos los kilómetros en esa carrera demencial.

—¿Adónde vamos? —pregunté en voz baja cuando pasamos Playa Serena.

Me ignoró. No me atreví a insistir.

Pasamos el Campanario y el desvío a Colonia Suiza.

—¡De todos los tipos de Bariloche vos te venís a meter justo con ése! —exclamó cuando pasábamos la entrada a Península San Pedro —. ¿Te quedaste ciega?

Fruncí el ceño. ¿Se estaba atribuyendo funciones de vigilante por su amigo? Porque no podía creer que me estuviera montando una escena de celos. No él. No a mí. Pasamos Puerto Pañuelo y seguimos por Circuito Chico.

—Lucas, ¿qué…?

Mi pregunta quedó en el aire cuando Lucas soltó el acelerador y tiró del freno de mano volanteando hacia la derecha, con un rugido del motor y un chirrido de frenos y ruedas. Alcancé a ver por su ventanilla una línea de llamas cortando la ruta de banquina a banquina y sentí el calor de la Cruz a pesar de tenerla dentro de mi mochila. Ni siquiera me molesté por dejar que se me pasara el mareo por la violenta maniobra de Lucas. Hundí la mano en la mochila al tiempo que desabrochaba el cinturón de seguridad.

—¡Ni se te ocurra salir! —le ordené, saltando fuera del auto.

Ahí adelante, a sólo cincuenta metros, una docena de perros infernales se alineaban lado a lado, cortándonos el paso. Y tras ellos, iluminado por las llamas, estaba el protagonista recurrente de mis pesadillas: el heraldo Caído.

Los perros se abalanzaron hacia nosotros, un delirio silencioso de fuego y ojos rojos. Corrí a rodear el auto y pararme delante de la puerta de Lucas para protegerlo. Empuñé la Cruz y…

Es difícil reflejar en palabras lo que ocurrió en sólo dos o tres segundos.

El Caído lanzó hacia nosotros un grueso rayo de luz sangrienta. La Cruz se encendió, anticipando el impacto. Y sentí la agitación que hacía tiempo no experimentaba. De la nada una sombra surgió como una exhalación desde atrás y se me adelantó. El rayo sobrepasó a los perros. Vi estupefacta que Lucas se plantaba de

espaldas frente a mí y extendía sus brazos. El rayo lo golpeó de lleno antes de que yo pudiera reaccionar.

Y ahí mismo, ante mis propios ojos, su aura rechazó el ataque. Habría sido imposible no verla. Se encendió y estalló en un blanco azulado rutilante. Entonces vi que su pelo parecía alargarse en esa luz enceguecedora. Pasaba del rubio al blanco, agitándose en aquel huracán de energía. Todo él se estaba transformando mientras el Caído seguía atacándonos y los perros seguían acercándose.

Un instante después el que estaba ahí cubriéndome, escudándome, ya no era Lucas Pefaure, el mejor amigo de Mauro, el guía de turismo que yo conocía hacía varios años, el que había pasado una noche conmigo meses atrás, el que me sacaba de quicio con una palabra y una sonrisita.

El que se erguía frente a mí resplandeciente, seguro, poderoso, era Raziel.

- 3 -

—¡Los perros, Lucía! —restalló Raziel. Me miró fugazmente y vi que sus ojos eran fuego blanco.

Reaccioné sólo por instinto. La Cruz volvió a llamear como esa noche fatídica en que el Caído había estado a punto de matarnos a Mauro y a mí, convirtiéndose en una espada de luz. El primer perro saltó sobre Raziel, que retrocedió un par de pasos antes de poder rechazarlo. Otros tres atravesaron el escudo de luz para saltarme encima. Sólo uno de ellos alcanzó a tocarme con sus garras, un trazo ardiente en mi antebrazo, antes de que los convirtiera en cenizas. El otro Caído atacaba sin pausa, y uno de sus rayos impactó directamente en Raziel cuando tuvo que defenderse del primer perro. Me adelanté hasta su flanco y corté al medio al perro.

—¡Encargate de los que quedan! —ordenó, y se lanzó al encuentro del Caído.

Su figura se convirtió en un borrón de luz en movimiento. El otro Caído también pareció desaparecer cuando se elevaron los dos, para chocar en el aire a una velocidad pasmosa. Me obligué a concentrarme en mi parte. Los seis o siete perros restantes me rodeaban gruñendo, los ojos como ascuas, mostrando los colmillos ponzoñosos.

Peleé con ellos sumergida en una sensación de irrealidad que me abrumaba. Lo único que me sacó viva de esa ronda de fuego y veneno fueron las enseñanzas de Raziel, las larguísimas horas de práctica, su paciencia y su dedicación. Pero mi mente estaba en otra parte. *Raziel… Lucas…* Mi cuerpo se movía, reaccionaba, atacaba, retrocedía sin que mi cerebro registrara de forma consciente lo que pasaba. *Raziel, Lucas…* No podía pensar en otra cosa mientras la Cruz hendía y cercenaba a esos seres del inframundo. *Raziel… ¿¡Lucas!?*

De pronto me di cuenta de que sólo quedaba un perro enfrentándome. Lo ataqué y retrocedió, volvió grupas, eché a correr tras él. Lo perseguí más de doscientos metros por la ruta oscurecida y silenciosa, hasta que distinguí una forma caída allá adelante. La

angustia que me disparó el pulso me indicó sin lugar a dudas quién era. Estaba de rodillas, la cabeza hundida entre los hombros, una mano apretando su abdomen y la otra sosteniéndolo para no caerse hacia adelante. Su aura no era más que un tenue brillo plateado que se opacaba ante mis ojos.

—¡Raziel! —grité, olvidada del perro, del otro Caído, de todo cuanto no fuera él.

Me agaché a su lado, rodeándole los hombros con un brazo. El pelo largo caía ocultándole la cara.

—¡Por Dios! ¿Estás bien?

Intentó apartarme. —Retrocedé —gruñó.

Lo vi alzar la vista, contraída su cara hermosa y lastimada. Seguí la dirección de su mirada. El otro Caído descendió lentamente a posarse a pocos metros. La Cruz en mi diestra refulgió cuando se acercó renqueando, inclinado hacia adelante como si le costara mantenerse erguido. Se sostenía el brazo izquierdo contra el costado. Parecía desgarrado del hombro al codo, igual que su pecho oscuro, su cara, su ropa. Y sin embargo sonreía.

—Atrás, Lucía —ordenó Raziel, su voz sorda y amenazante como jamás la escuchara.

Como si fuera a hacerle caso. Empuñé la Cruz por delante nuestro al tiempo que apretaba a Raziel contra mí. Encontré los ojos de fuego del otro Caído ignorando el miedo animal que me inspiraba. Tal vez así, herido, yo tuviera una chance de evitar que nos matara a los dos. Se detuvo a un par de metros y nos observó un momento.

—Linda pareja —comentó, pero su tonito burlón ya no sonaba tan firme como siempre.

—Andate, Blas —masculló Raziel—. O te mato, aunque sea lo último que haga.

¿¡Blas!? Me quedé petrificada, pero tuve que obligarme a hacer a un lado este nuevo shock. El otro le dirigió una mirada especulativa y al fin asintió. Sentí que se me salían los ojos de las órbitas al ver que su forma cambiaba. Se encogió, el pelo se acortó, su piel se aclaró, su ropa se transformó. Y un instante después el que estaba ahí, sonriendo a pesar de que casi no podía mantenerse en pie, era el hombre que me había besado sólo media hora atrás en El Dutch. Se palpó el abrigo con la mano sana y sacó los cigarrillos.

—Ah, los vicios humanos… —murmuró, prendiendo uno.

Dio media vuelta y se alejó a paso lento, fumando y renqueando, medio doblado hacia adelante. *¡Mierda! ¿Alguien más con identidades secretas?* Raziel se tambaleó y se apoyó en mí. Bajé la vista y encontré sus ojos cerrados, un peso muerto entre mis brazos.

—¡Raziel! —exclamé, conmocionada.

Parecía desmayado. Entonces comenzó a cambiar. Sin brusquedad, de forma paulatina. Como el agua que se retira y descubre las piedras del cauce, así el aspecto exterior de Raziel pareció fundirse, diluirse hasta desaparecer. Y el que estaba en mis brazos era Lucas. Nada en él había cambiado realmente, la figura sutil simplemente se había humanizado. Ahí estaba la cara hermosa y pálida, las manos fuertes, delicadas, el pecho ancho, el pelo sólo un poco más oscuro. Hasta su perfume era el mismo. Sólo se había suavizado.

Sus facciones se crisparon en una mueca de dolor, y cuando apartó la mano que apretaba contra su costado vi la mancha oscura en su ropa, que volvía a ser jeans y camisa. Ahogué una exclamación. Era sangre, y aún brotaba de una herida justo debajo de sus costillas.

—Tranquila, no es tan grave… —murmuró en un hilo de voz. La voz de Lucas, un eco fiel del sonido cristalino que era la voz de Raziel.

—¡Por Dios, Lucas! ¡Estás sangrando!

—Vos… ¿estás bien…?

—¡Claro que sí! ¡Dios mío! ¡Tengo que sacarte de acá! ¡Tengo que llevarte al hospital! —Me obligué a dominar mi histeria—. Voy a buscar el auto. ¡Ni se te ocurra tratar de moverte!

Me provocó un escalofrío, esa sonrisa en esos labios. No quiso tenderse en el pavimento y lo ayudé a enderezarse lo indispensable para quedar otra vez de rodillas. Me alejé a todo correr, rezando para no tropezar y terminar yo de cara en el asfalto, el corazón agrietando mi pecho, el viento azotando mis mejillas ardientes, el aire escaso en los pulmones.

Mosaico

- 1 -

El motor estaba apagado pero las llaves seguían puestas. Me senté tras el volante. *¿Y ahora qué?* Hacía más de diez años que no manejaba. Arranqué y aceleré hasta asegurarme que no se iba a apagar. Pisé el embrague, probé los cambios. Como era de esperar del vehículo de Lucas Pefaure, pasaban como seda. Puse primera, avancé unos metros sin acelerar mucho, puse segunda y me permití una sonrisa tensa de satisfacción. Aceleré un poco más.

Cuando llegué junto a Lucas lo encontré caído hacia adelante, las dos manos contra el costado herido, más inconsciente que consciente. Corrí a agacharme a su lado y le sujeté los hombros desde atrás.

—Lucas, ¿me escuchás? Tenés que pararte. ¿Podés pararte si te ayudo?

Se estremeció, el aliento escapando en un siseo entre sus dientes apretados. Le toqué el brazo del lado sano y entendió. Movió una mano temblorosa que tomé en la mía, pasé su brazo por mis hombros, mi otro brazo por su espalda.

—Cuando vos digas —susurré, muy cerca de su cara.

Lo sentí respirar hondo. Esperó un par de segundos y empezó a enderezarse. Nos incorporamos con mucha lentitud. Él trataba de no cargar todo su peso en mí. Tironeé suavemente de su brazo para que supiera que podía hacerlo, que no me iba a caer. Logramos dar los pocos pasos que nos separaban del auto en marcha. Lo ayudé a acomodarse en el asiento del acompañante y se lo recliné. El cinturón de seguridad quedaba descartado porque cruzaría sobre su herida. Me demoré observando su expresión contraída, hasta que asintió levemente. Entonces cerré la puerta y me apresuré a rodear el auto y volver a subir tras el volante.

—Vas a tener que aguantar un poco. Ni siquiera tengo registro —dije, tratando de encontrar la marcha atrás.

Su mano cubrió la mía sobre la palanca y la guió sin esfuerzo.

—Gracias —murmuré.

No hacía falta que respondiera. Se había estirado en el asiento, ambas manos cubriendo la herida, los ojos cerrados, todo él concentrado en respirar y controlar el dolor. Y yo sabía por experiencia propia cuánto dolor estaba soportando.

Retrocedí en la entrada de una casa hasta que casi chocamos contra la tranquera, puse primera y retomé la ruta. El kilómetro hasta Llao-Llao me llevó mucho más tiempo que el necesario, por supuesto, pero dos kilómetros después ya me sentía más segura y me animé a acelerar un poco más. No circulaba nadie a esa hora, lo cual en cierta forma era una trampa, así que refrené mi ansiedad y no seguí acelerando. Manejaba manteniéndome muy derecha, la vista clavada al frente, toda mi concentración en evitar al menos uno de cada diez pozos.

—Tu casa… —La voz de Lucas sonó un poco, muy poco, más firme.

—¿No preferís que te lleve a la guardia? —pregunté sin mirarlo.

—No necesito un médico… necesito un rato tranquilo… pero Majo…

—Obvio, no te puede ver así.

¿Obvio? En ese momento mi mente estaba en piloto automático. Se limitaba a hacer lo que había que hacer. Ningún cuestionamiento hasta que se presentara el momento apropiado. Ya tendría tiempo de darme la cabeza contra la pared y empezar a salpicar a amigos y conocidos con agua bendita para saber si eran quien decían ser o alguien más. Mientras tanto, busqué a tientas mi mochila entre los dos asientos y saqué el celular. Era la una de la mañana. Llamé a Ariel tres veces, hasta que se despertó y atendió.

—Hijo, voy a necesitar bastantes gasas, algodón y desinfectante. Si no hay en el botiquín, sacá de la caja en mi ropero. Hilo de sutura y aguja también. Yo estoy bien, quedate tranquilo, pero voy con Lucas herido.

Me sorprendió que Ariel no se sorprendiera. ¿¡Mi hijo también!? Llamé a Julián, otro que se tomó su tiempo para despertarse.

—Juli, tengo un problema. Lucas me acaba de llamar, que se jodió una pierna y no puede salir mañana… No sé, pero seguro que se cayó de una cama ajena. Vos estás libre, ¿no? ¿Podés cubrirlo? —

su respuesta rápida, sin titubeos, me arrancó una sonrisa—. Gracias. El Bolsón, así que nos juntamos a las ocho en la agencia… Gracias, en serio. Hasta mañana.

Cuando dejé el celular, la mano de Lucas sobre la mía me hizo volver a estremecer. Apretó apenas mis dedos y los liberó. Me animé a mirarlo un instante y encontré sus ojos grises entreabiertos, fijos en mí.

—Lucía, yo…

—Cuando estés bien —lo interrumpí, volviendo a atender a la ruta—. No asesino boludos heridos.

—Hum…

Sabía que habría querido asentir con esa sonrisa fugaz típica de él.

O tal vez con una de esas risitas suficientes típicas de él.

Era demasiado, demasiado. Me parecía escuchar cómo crujía mi cerebro en sus intentos desesperados por aprehender la situación. Pero después de las últimas dos horas nada parecía tener pies ni cabeza.

Ariel nos esperaba en la calle, con la tranquera abierta y todas las luces de la casa prendidas. Entré el auto hasta la escalera de madera que subía al porche. Mi hijo abrió la puerta de Lucas antes de que yo llegara a su lado.

—Despacio —dije, viéndolo tomar la mano de Lucas.

Lo ayudamos a salir del auto y a subir los seis escalones hasta la puerta. Lo acostamos en mi cama con mucho cuidado. Ariel ya había dejado todo lo que precisaba para curarlo al alcance de mi mano. Lo mandé a cerrar y apagar todo mientras yo desabrochaba la camisa de Lucas, rota y empapada de sangre. Él había cerrado los ojos de nuevo. Permaneció muy quieto, regulando la respiración.

Fui yo la que contuvo un gemido al ver la herida.

Había creído que el perro que lo atacara lo había alcanzado con sus garras, pero ésas eran marcas de colmillos, y estaban desgarradas hacia abajo. Todavía sangraba un poco, aunque no vi rastros de veneno. Noté que me temblaban las manos cuando empecé a limpiar la sangre. Lucas se estremeció al contacto con la gasa húmeda. Se me hizo un nudo en la garganta, sabiendo los ramalazos ardientes de dolor que debían torturarlo.

Ariel volvió en ese momento. Se sentó al otro lado de la cama y

tomó la mano de Lucas entre las suyas, cerró los ojos, inclinó la cabeza. De pronto su aura se encendió, haciéndose perfectamente visible. Me quedé sin aliento al verlo volcar su energía cálida, reconfortante, sobre Lucas.

—Terminá de curarlo, mamá, por favor —me dijo en voz muy baja.

- 2 -

Obedecí en silencio. Cuando terminé, Ariel me indicó que no lo vendara. Se acercó un poco más y puso ambas manos sobre la herida. La forma en que Lucas se distendió fue evidente. Lo escuché suspirar. Mi hijo me enfrentó sonriendo de costado.

—Tranquila, ma. No es tan fácil voltear a un guerrero como él.

Firmé el acta de defunción de mi lógica.

Así que no tuve inconvenientes en preguntarle: —¿Tenés idea qué pasó, Ariel? ¿Cómo puede estar herido?

Mi hijo hizo una mueca pensativa. Su expresión se hizo atenta, como si escuchara, y asintió.

—Cuando vio a Blas a punto de atacarte, corrió a cubrirte… ¿quién es Blas?

Año sabático para mi incredulidad.

—Otro Caído.

—Ah. Bueno, lo que pasa es que recibió de lleno el ataque antes de… ¿cómo decirlo? Sí, terminar de manifestar su forma sutil. Eso lo debilitó y por eso el perro pudo herir su parte física, igual que el siguiente ataque del tal Blas. Conjurar el veneno le consumió bastante energía, y tuvo que hacerlo herido y mientras peleaba con ese Blas. —Se encogió de hombros—. Eso.

—Ah…

Simple y concreto, sin rastros de asombro. Y sin molestarse por explicarme por qué entendía la situación mejor que yo, ni qué era esa especie de telepatía, ni esos poderes curativos tan desarrollados, ni nada. Decididamente, mi hijo iba a pasar al menos un mes en penitencia sin jugar con la Play. O tal vez dos meses. Qué tanto.

—Gracias, Ariel, ya me siento mejor.

Lucas habló en voz baja, con lentitud, pero igual nos sorprendió a los dos.

—¿Seguro? —preguntó Ariel—. Todavía estás débil.

—En un rato se me pasa. —Entreabrió los ojos y le sonrió—. ¿Por qué no nos preparás unos mates?

Ariel se paró, sonriendo también, y se volvió hacia mí.

—Pero que no hable mucho. Necesita descansar.

Apagó la luz del techo, dejándonos en la media luz de mi velador, y cerró la puerta al salir de la pieza.

Me quedé todo un minuto mirando sin ver la puerta cerrada. Un violento escalofrío me sacudió. Fue el momento en que, sin previo aviso, me vino a la memoria todo lo que viviera en los últimos seis meses. Como destrozar a martillazos un cerámico pintado para hacer un collage con los restos y descubrir que el collage es el verdadero diseño original del cerámico. Me cubrí la boca con una mano al encajar en ese rompecabezas la noche de la fiesta de disfraces.

Me volví hacia Lucas lentamente, con miedo de lo que pudiera encontrar. Noté que la herida ya había empezado a cicatrizar sola. Me obligué a mirarlo a la cara. Él esperaba. Ver esa expresión serena, paciente, en esta otra cara, que en realidad era la misma, me desarmó por completo.

Me tendió una mano. La tomé y apreté mi frente contra sus dedos, inclinada hacia él. Un momento después la liberó con suavidad para apoyarla en mi cabeza como hiciera tantas veces cuando yo necesitaba serenarme. Las lágrimas brotaron sin que pudiera evitarlo. Esa caricia, esa mano que amaba, volver a sentirla después de lo que había pasado…

—Te dejo el mate listo en la cocina, ma. Hasta mañana —dijo Ariel al otro lado de la puerta—. Cualquier cosa llamame.

La mano de Lucas resbaló por mi pelo y bajo mi mentón, instándome a enfrentarlo. Su cara, borroneada por las lágrimas, era la misma que me acompañara en sueños noche a noche, hermosa, etérea. Y yo conocía esa sonrisa rebosante de ternura. La había visto una vez, el amanecer de la fiesta. Meneé la cabeza, aturdida y emocionada.

—¿Por qué…? —pude articular.

—Porque tenía un miedo atroz a perderte —dijo con suavidad, una inflexión nueva en su voz que mezclaba a la perfección al ser sutil y al ser humano—. Así por lo menos podía compartir una parte de mi vida con vos.

La calma, la seguridad… la aceptación… Esa evidencia de sus emociones me apabullaba aún más que las mías.

—¿Podés entenderlo? —preguntó—. Y lo que es más importante:

¿podés perdonarme?

—¿Adónde me llevabas?

Mi brusco cambio de tema no pareció sorprenderlo, como si esperara que evadiera su última pregunta. Sonrió apenas.

—A Villa Tacul, a tratar de explicarte todo esto. Cuando supe que estabas con Blas, yo…

—¿Cómo lo supiste?

—Por él. —Cerró los ojos, su cara contraída de furia casi tanto como en El Dutch—. El hijo de puta me hizo sentir cómo te besaba, y… —se interrumpió para no perder la calma.

—¿Cuándo supiste que era el Caído?

—La noche que me despertaste. —Al parecer estaba dispuesto a contestar todas mis preguntas—. Él liberó al perro en la casa del Gutiérrez.

—¿Vos estabas ahí?

—Sí.

—¿Te jode si fumo?

Su risita era un cocktail explosivo de la comprensión de Raziel y la suficiencia de Lucas Pefaure. Hacía que la cabeza me diera vueltas.

—Si traés el mate.

- 3 -

Lucas me pidió que lo ayudara a erguirse un poco para poder tomar mate. Me senté en la cama a su lado, cruzada de piernas, y vaciamos el termo mientras lo interrogaba. Tal como yo esperaba, respondió a todas mis preguntas. Completó los huecos que yo tenía en su historia como exorcista y como Caído, habló de su vida humana, de su incertidumbre para el futuro. Y mientras hablábamos, su herida seguía cicatrizando a una velocidad asombrosa. A las tres de la mañana sólo quedaban unas manchas oscuras donde los colmillos se hundieran en su carne. Yo trataba de manejar la sensación de incongruencia absoluta de escuchar a Raziel sosteniendo la mirada de Lucas. Nunca la iba a superar del todo.

Al fin se terminó el agua del termo, y mis preguntas más urgentes.

Lucas se cerró la camisa y cambió de posición con un suspiro.

—Dijiste que tenías miedo —dije, y alcé la vista hacia él—. Miedo a perderme. Y por eso no me explicaste lo que pasaba.

Asintió sin inmutarse.

Fruncí el ceño. —¿Qué se supone que significa eso?

Me tomó una mano y la apoyó en su mejilla un momento. Me enfrentó con una mirada frontal, despejada. Me estremecí.

—Te amo, Lucía —dijo en voz muy baja—. Estoy completa e irreversiblemente enamorado de vos. Y mi egoísmo no soporta la idea de que no estés en mi vida.

Tal vez huelgue decir que me quedé helada, sin aliento, boquiabierta, varias cuadras más allá de todo límite que pudieran tener mi asombro y mi entendimiento a esa altura de las cosas.

Mi corazón desbocado decía que era verdad. Estaba siendo sincero. Muy sincero. Demasiado. Sentí las oleadas de frío y calor en todo el cuerpo. Su boca dibujó una sonrisa triste en la pausa eterna que siguió a sus palabras. Yo no entendía. No entendía por qué no saltaba a abrazarlo con todas mis fuerzas. Por qué no lloraba de felicidad por haber escuchado las palabras que condensaban mis

fantasías más descabelladas. Por qué sentía ese peso repentino y frío en el pecho, ahogándome.

Presionó suavemente mi mano para atraer mi atención.

—¿Te puedo pedir algo, aunque no seas del fanclub? —preguntó, siempre en voz baja.

Su broma me ayudó a reaccionar. Sólo un poco. No sabía si terminaría de reaccionar antes del próximo milenio, y éste recién empezaba. Alcé las cejas, pregunta para Raziel, el dueño indiscutido de mi corazón, y advertencia para Lucas Pefaure, el vanidoso más seductor que conociera en mi vida.

—¿Me dejarías abrazarte por última vez?

La resignación en su acento fue primero un buen sacudón. Enseguida se transformó en el equipo de rescate que venía a sacarme del precipicio del que había quedado colgando. En cuanto sus brazos me estrecharon, mi cara hundida en el hueco de su cuello y en el perfume de su piel, supe que la única cuerda que me sostenía se estaba deshilachando. Un solo hilo estaba soportando todo el peso, y no aguantaría mucho más. Él advirtió mi súbita tensión y me permitió volver a sentarme.

—Gracias —murmuró.

Me obligué a ignorar su serena resignación, que amenazaba tocarme el alma y dejarla hecha un trompo.

—Mi primo Facundo llegó ayer de Inglaterra —dijo, y el cambio de tema me sorprendió—. Estaba pensando tomarme unos días para ir a verlo a Buenos Aires. Imagino que Julián me puede cubrir sin problemas. —Sus labios se curvaron en otra sonrisa triste que alimentó mi urgencia por salir corriendo—. Y cuando vuelva, me decís si querés que hablemos de esto de nuevo. ¿Te parece?

—Necesitás dormir —lo interrumpí.

Me paré y empecé a juntar mate-termo-cenicero lleno-cigarrillos. Tenía que salir de esa habitación, cerrar la puerta, poner distancia entre él y yo. El último hilo se estaba por cortar.

—¿Y vos? —terció, sorprendido.

Me detuve antes de salir y giré para enfrentarlo. Era Raziel. Pero también era Lucas Pefaure. Y Lucas se merecía que me cobrara una pequeña venganza. Sonreí de costado.

—Yo también tengo bolsa de dormir.

Todavía reía por lo bajo mientras yo cerraba la puerta desde

afuera.

Un rato después, me sobresaltó la mano de Ariel en mi hombro. Había tirado la colchoneta y la bolsa en el único lugar libre de su pieza, junto a su cama. No creía haberlo despertado al acostarme. Me había tendido de espaldas a él, la cabeza escondida dentro de la bolsa, llorando sin ruido.

—¿Qué pasa, mamá? —Su mano buscó mi cabeza y se apoyó en mi pelo—. ¿De qué tenés miedo? —preguntó sorprendido.

Tomé su mano y la besé. Me hice un ovillo en la noche que retrocedía. Cuidado con lo que buscás, solía decir un amigo mío. Porque lo podés encontrar.

—Del amor —murmuré.

VIII - Demasiado Bueno, Demasiado Breve

Vuelo Sin Alas

Mi vuelo fue demorado una y otra vez, obligándome a perder todo el día en Aeroparque. Tal vez tendría que haber mandado a Aerolíneas al diablo e irme por mis propios medios, pero algo me retenía en tierra, atado a esa espera capaz de crisparle los nervios al más tranquilo. Y tenía un solo nombre para ese algo: miedo. Durante esas dos semanas había guardado el celular cada vez que lo sacara para llamar o escribir a Bariloche. Sólo me mantuve en contacto con mi hija. Me prohibí preguntarle por Lucía y Majo tampoco dijo nada, lo cual me frustraba tanto como me aliviaba.

Pero en algún momento embarqué, y poco después estaba en el aire. Aterrizamos cuando la noche se cerraba sobre el lago y las montañas. Mientras esperaba mi equipaje, me acerqué a la pared de vidrio que me separaba del hall de entrada. Ni rastros de Mauro, a pesar de que le había dejado el auto con la única condición de que me fuera a buscar al aeropuerto. Eso me pasaba por suegro complaciente. Más le valía que estuviera en la oficina, porque no pensaba pagar un remís hasta mi casa.

Al fin pude salir de esa pecera. Me detuve a saludar a los conocidos que esperaban pasajeros, varios se ofrecieron a llevarme. Decidí darle una última oportunidad a Mauro. Apenas me aparté dos pasos de ellos lo sentí. Directamente en el pecho, haciendo que mi corazón se acelerara sin previo aviso, mientras su tibieza se arremolinaba a mi alrededor como pidiendo permiso. Miré a ambos lados, no evité la sonrisa que se me estiró hasta las orejas. Ahí estaba, al otro lado de las puertas automáticas, el cigarrillo en una mano, la otra contra el vidrio, los ojos claros fijos en mí. Las puertas se abrieron cuando se adelantó a mi encuentro.

Crucé el hall en tres pasos, en trayectoria de colisión directa. Cayó en mis brazos abiertos y escondió la cara contra mi pecho agitado, sus dedos crispados en mi espalda. Hundí la nariz en su pelo oscuro con una inspiración temblorosa. La besé estrechándola contra mi cuerpo, con miedo de que fuera un sueño. Cuando fui capaz de apartarme de ella, estábamos solos en el hall. Le acaricié

la cara con ternura, su sonrisa una invitación a mi paraíso privado.

Ella sólo asintió.

Primera Plana

—¿Adónde mierda se metió esta pelotuda? ¡El avión ya aterrizó! ¡Lucas me va a matar!

Majo le dio un mate a Mauro sonriendo, sin responder. Reconoció los pasos de su padre antes que entrara al local y giró para enfrentarlo cuando llegó a la oficina. Lucas se detuvo directamente frente al escritorio de Mauro, una mano en la cadera, la otra extendida palma arriba hacia él y una mirada torva.

—Me debés el remís desde el aeropuerto —dijo—. Mis llaves.

Majo miró más allá de él y vaciló antes de hablar.

—¿No te encontraste con Lucía?

Mauro se retrepó en su asiento, desconcertado. Su asombro activó la alarma de sobrecarga cuando la expresión de Lucas se suavizó de inmediato y asintió, sonriéndole a su hija.

—Fue a comprar cigarrillos. —Volvió a enfrentar a Mauro—. Pero me tuve que volver en remís.

Majo saltó a echarle los brazos al cuello y Lucas la estrechó riendo con ella.

—¡Me alegro tanto, papá!

Él señaló a Mauro sin soltarla. —Quedás a cargo hasta el lunes.

—Pe-pe-pe…

—Las llaves de mi…

—¡Basta! ¿Alguien me puede explicar qué carajo está pasando?

Majo le dio a su padre las llaves del auto y se puso en puntas de pie para besarlo en la mejilla.

—Besos a Lu. Pásenla lindo.

—Tal vez nos veamos más tarde. Cuidate, nena. Te quiero.

—Yo también.

Mauro vio salir a Lucas a paso rápido y enfrentó a Majo ceñudo. Su expresión se distendió cuando ella le sonrió.

—Lucía fue a buscarlo, amor. Mejor que no los contemos este fin de semana.

Mauro abrió y cerró la boca, incapaz de articular sonido, los ojos saliéndosele de las órbitas. Ella le acarició la cara con dulzura y

asintió.

Lucía fumaba en la vereda, de espaldas a la galería. Sabía que su cobardía era imperdonable, pero todavía no se sentía preparada para enfrentar a nadie. Ni siquiera al espejo. El perfume de Lucas la rodeó un instante antes que su brazo, sintió el roce del beso en su pelo.

Aceptó ir a cenar a una parrilla que era un punto de reunión clásico para residentes, y apretó los dientes al advertir que Lucas saludaba a más de cuatro conocidos que los devoraban con miradas curiosas. Trató de dejarse contagiar por la tranquilidad de él, que actuaba como si fueran a cenar juntos todas las noches. Imaginó los titulares del día siguiente: “Batman y el Guasón cenan juntos en tradicional parrilla.” Nada qué hacerle, la compañía y el Malbec bien valían salir en primera plana.

Mientras comían, Lucas le contó de su estadía en Buenos Aires, y que su primo Facundo, playboy incorregible, lo había tenido de fiesta en fiesta hasta el amanecer casi todas las noches. Rieron juntos cuando ella comentó que ser mujeriegos debía ser una cuestión de herencia familiar.

—El azar no existe, sólo la genética —sentenció cuando él quiso protestar.

—En ese caso, los Pefaure tenemos otra marca genética: las marquemonas.

—¿Las qué?

—Marquemonas: feromonas que atraen a las Márquez. En una de las fiestas, Facundo terminó con tu hermana menor, Julia.

Lucía se quedó boquiabierta y Lucas le explicó que él no la había visto hasta la mañana siguiente, cuando se la encontró en la cocina del departamento de su primo, que todavía dormía a pierna suelta.

—Es muy parecida a vos, y con escucharla hablar cinco minutos supe que debían estar emparentadas. Nos reímos mucho al confirmarlo.

Fue una cena distendida y agradable. Lucía jamás se había imaginado que pudiera tener tanto para charlar con Lucas, ni que le resultaría tan fácil sentirse cómoda con él. A cada momento tenía que recordarse que el que estaba ahí, frente a ella, no era solamente el amigo de su socio. Y que ésa era la razón principal de que ella

estuviera ahí con él. Sin embargo, no echó en falta sus conversaciones con Raziel en ningún momento. “El amigo de su socio” resultaba una compañía inteligente y divertida, y ella tuvo que reconocer que habría pasado un muy buen momento cenando con Lucas aunque no hubiera sabido de su mitad sutil.

Cuando quisieron acordarse eran más de las once.

Lucas pidió la cuenta y se inclinó un poco hacia ella, bajando la voz.

—¿Vamos al Dutch?

Lucía se envaró, tomada por sorpresa. Él se reclinó en su silla con una sonrisa fugaz, dándole su tiempo para responder. El Dutch, viernes a la noche. Todos los amigos y conocidos de los dos estarían ahí. Parecía imposible, pero en esas dos semanas de cuestionamientos y ansiedad, Lucía jamás se había planteado semejante escenario. Lo que había tenido en juego a la hora de tomar una decisión involucraba cosas tan profundas e importantes para ella, que no se le había ocurrido imaginarse con Lucas en sociedad. Iban a salir en los medios nacionales. Lo enfrentó con el ceño un poco fruncido y se perdió en la mirada brillante, honesta de esos ojos grises. Asintió sin darse cuenta de que estaba sonriendo.

Hubo un momento de incertidumbre dimensional absoluta. El movimiento de la puerta del Dutch al abrirse pareció generar una onda expansiva de alteración espacio-temporal que fue alcanzando a todos los presentes y chocó contra la pared opuesta en cuestión de segundos. El tiempo se ralentizó mientras las cabezas giraban hacia la entrada y sus dueños quedaban inmóviles, sus expresiones de sorpresa congeladas, sus alientos en suspenso, gestos y palabras interrumpidos.

Lucía vaciló. La mano de Lucas en su espalda ejerció una breve presión, instándola a dar otro paso. El tiempo trató de volver a fluir como un arroyo obstruido, buscando las brechas que le permitieran seguir adelante. Sólo la mitad de la concurrencia quedó paralizada de asombro un momento más, mientras Lucas entrelazaba sus dedos con los de Lucía, que se detuviera a saludar a Gabriel, y la guiaba escaleras abajo.

Lucas nunca se había mostrado abiertamente con una mujer desde que enviudara. Una cuestión de códigos hacía que sus

conquistas quedaran siempre puertas adentro. Y si el hecho en sí de llevar de la mano a Lucía no era suficiente, su expresión disipaba cualquier duda: por más que lo intentaba, no podía evitar que su sonrisa fuera innegablemente triunfal al acercarse al grupo de amigos en el rincón de siempre.

El primero en reaccionar fue Julián, que los saludó con un abrazo breve y estrecho a cada uno. Había tenido una charla con Lucía días atrás y era el único al que verlos juntos no lo tomó del todo por sorpresa. Él y Lucas sonrieron juntos viéndola tratar de reanimar a Eugenia, que luchaba por no caerse redonda ahí mismo.

—A cualquier otro se la pelearía —le dijo Julián a Lucas, hablándole al oído con la excusa de la música fuerte—. Igual no bajes la guardia. Nunca se sabe.

Durante la primera media hora tuvieron que soportar una dosis generosa de chistes y comentarios intencionados. Hasta que llegaron Mauro y Majo. Entonces Lucas adoptó su rol de suegro, para gran diversión general, mientras Mauro trataba en vano de acorralar a su socia y exigirle las explicaciones pertinentes. Lucía se sorprendió de que Inés no le cuestionara nada. Por cariño y por respeto, había tratado de hablar con ella mientras Lucas estaba en Buenos Aires, pero ella tampoco estaba en Bariloche. Al encontrarla ahí intentó una explicación apresurada, pero su amiga meneó la cabeza con sonrisa sincera.

—Está todo bien, Lu. Me di por vencida con Lucas en el brindis de Año Nuevo, cuando vi cómo te miraba.

—¿Cómo me…? ¿Qué?

Eugenia codeó a Inés resoplando. —Siempre la misma tarada. Tiene a Julián Avañe atrás y no le da ni la hora. Y cuando tiene a Lucas Pefaure pendiente de ella, se acuerda de empezar a salir con Julián. Si te parece.

—Dicho sea de paso, Julián volvió a quedar vacante.

—No por mucho tiempo.

—Por supuesto, dame un par de horas.

—¡Lerda! A mí media hora con él me alcanza.

Lucía reía aliviada cuando sintió la mano que se deslizaba por su cintura. El cuerpo de Lucas fue una presión tibia contra su espalda, su voz un susurro y una caricia en su oído.

—¿Vamos?

Un escalofrío delicioso la recorrió de pies a cabeza y giró hacia él, asintiendo. Hubo una nueva pausa generalizada cuando Lucas la besó. Ella sintió que las orejas se le iban a caer de tanto que le quemaban. No era justo que usara las marquemonas de forma tan descarada. ¡Y delante de todo el mundo! Despedirse de todos les llevó otros diez minutos, pero al fin salieron del centro, con la luna brillando entre el lago y la Vía Láctea.

—¿Tenés equipo de camping? ¿O buscamos el mío? —preguntó Lucas de pronto, manejando por la ruta a una velocidad normal y razonable.

—¿Equipo…? —Lucía empezaba a desear que terminara esa temporada de vivir boquiabierta y veinte minutos atrasada con el resto del mundo.

—Carpa, bolsa de dormir… Ah, sí, bolsa tenés. —Rió por lo bajo —. Calentador, linterna, esas cosas. Había pensado en el Brazo Tristeza. ¿Qué te parece? Sin caminos terrestres, sin señal de celular…

Los puntos suspensivos sugerían un mundo de cosas que hicieron que volviera a ponerse colorada como un tomate. Entonces recordó que la última vez que visitaran la “bahía de Raziel” en el Brazo Tristeza, como ella la llamaba, había sido antes de Navidad. Parecía mentira todo lo que había sucedido desde entonces. Cuánto habían cambiado las cosas en esos meses. Y cómo, en el fondo, nada había cambiado realmente.

Lucas rió por lo bajo.

—Ladrame un poco, por favor, o te pido documentos. ¡Ouch!

Lucía apartó su puño del brazo de Lucas para sacudir un dedo amenazante cerca de su cara.

—Algún día me voy a acordar que sos Lucas Pefaure y entonces…

—Te vas a afiliar al fanclub.

—¡Dios! ¡Tipo vanidoso!

—Pero adorable.

La risa de él era alegre y contagiosa. Pasó un brazo por los hombros de Lucía y la apretó contra su costado. Ella reía también.

Donde Terminan las Preguntas

Tenía que ser un sueño.

El más increíble, el más hermoso, el más pleno que hubiera tenido jamás.

Era imposible que fuera realidad.

Afuera amanecía, y el pálido resplandor cobrizo que alcanzaba la carpa se diluía en el resplandor de plata que llenaba el interior.

Él dormía envuelto en un brillo de estrellas, distendidas las facciones perfectas, una mano fuerte y delicada sobre el pecho, la respiración profunda y pausada, algunos mechones de pelo cayendo sobre su cara, fluctuando entre el oro y la nieve. No era completamente Lucas, no era completamente Raziel. Desaparecida toda necesidad de ocultamiento, la parte sutil asomaba en el descanso de su cuerpo físico.

Yo seguía despierta, tendida de lado junto a él, incapaz de abandonar la contemplación maravillada del portento que tenía a mi lado. Un portento de belleza y amor que me cortaba el aliento cada vez que conseguía hilar un pensamiento coherente. Porque este ser noble y sublime, que también era este hombre hermoso y dulce, me amaba. Y cada vez que cobraba consciencia de eso se me cerraba la garganta, y tenía que taparme la boca para no romper a reír y llorar al mismo tiempo.

Si la primera noche que pasara con él me había conmovido, se me habían perdido las palabras para ésta. La mezcla enervante de lentitud y ansiedad, la increíble sensibilidad que despertaba en todo mi cuerpo, la avalancha de emoción que me hacía temblar entre sus brazos, las interminables oleadas de placer que me dejaban agotada. Su atención infinita, su deseo, su plenitud, su propio placer.

Más tarde me había abrazado con fuerza y me había besado con una intensidad que había llevado mi corazón al borde de la renuncia definitiva. De pronto su pelo había cubierto mi cara y el brillo de su aura me había hecho abrir los ojos. Articular palabra sosteniendo la mirada de esos ojos de luz era todo un mérito de mi parte.

—Me siento un poco hereje —dije, acariciando su cara.

Él había sonreído con esa ternura que me desarmaba. Y al responder su voz no era completamente humana, demasiado armoniosa, demasiado cristalina.

—El hombre celebra a la mujer que ama. El ser sutil celebra a su compañera y amiga.

Al ver mis lágrimas volvió a sonreír y se inclinó para besar mis ojos.

—No sé qué habría sido de mí si no te hubiera encontrado —susurró.

Era demasiado. Me refugié en su pecho temblorosa, él me estrechó en silencio.

Sí, demasiado.

Lo miraba dormir sin luchar con la sonrisa que me bailaba en la cara, en el corazón, en el alma.

Este amor sorprendente e inesperado que…

…me encontraba con sólo volver la cabeza.

Ahí estaba.

Silencioso.

Sin necesidad de abrir los ojos ni despertar del todo.

Él *sabía*…

Sus labios frescos contra mi piel, su perfume envolviéndome, sus manos…

Y yo…

…Irresistible…

IX - Malos Augurios

Una Señal en el Cielo

- 1 -

—Me gustaría contarte lo que hablé con tu hermana en Buenos Aires.

Eran las seis de la tarde del sábado, y previendo una velada larga junto al fuego, estábamos haciendo una buena provisión de leña. Volvíamos con sendas brazadas de leña cuando hizo el comentario. Lo enfrenté interrogante y él asintió, ofreciéndome la mano para sortear un tronco caído. Me costaba conciliar ese tono grave y desapasionado, esos gestos típicos de Raziel, con el hombre que caminaba a mi lado.

—Me refiero a Blas —agregó—. O si lo preferís, a Zorael.

Me detuve al escuchar ese nombre. Él esperó a que me recuperara de mi sorpresa lo indispensable para seguir caminando. Apartó unas cañas para dejarme pasar.

—¿Le dijiste a Julia quién eras? —pregunté incrédula.

—Conociéndote, me resultó fácil advertir sus sospechas cuando quedó a la vista que yo estaba tan al tanto de tu vida. Preferí allanar la cuestión desde el principio.

Entonces me contó que después de desayunar juntos en casa de su primo, lo dejaron durmiendo para seguir la conversación en un café, y después en un restaurante, y en Plaza Francia, y en otro café… Habían amanecido juntos. Julia no había desaprovechado la oportunidad para interrogarlo a fondo, y una vez que su curiosidad estuvo mínimamente satisfecha, le expuso sin rodeos el tema que, al parecer, seguía teniendo en ascuas a toda mi familia. Él conocía el caso sólo de oídas, porque había ocurrido varios miles de años antes de que él naciera, pero sí podía confirmar el nombre del heraldo Caído que rondaba Bariloche, demonizado.

Julia no podía creer que yo no le hubiera dicho nada sobre los hallazgos y teorías que la familia manejaba desde enero, pero se encargó de ponerlo al día sin obviar detalles. Fue él quien prefirió

obviar ciertos detalles, para no alarmarla de más. Escuchándolo, recordé lo que Blas me había dicho esa noche en El Dutch, después de besarme. Lucas se limitó a alzar las cejas.

—Por si te quedaban dudas —dijo.

La tarde fue oscureciéndose mientras charlábamos, ríos de mate por medio. Prendimos fuego, preparamos una cena temprana, seguimos hablando. Durante las semanas en las que yo me había encerrado a cal y canto en el dolor de mi separación de Raziel, aquéllas que estaban más enteradas consideraron que ya tenían información suficiente y que era momento de empezar a prepararse. Mi abuela Clara había tenido dos o tres visiones significativas, mi prima Lidia volvió a frecuentar a su ex novio geólogo, mi tía Rosalía se hizo cargo con sus cinco hijas de una especie de guardia virtual, suscribiéndose a un montón de revistas científicas y esotéricas online. Un total de cuarenta cazadoras, desde Tierra del Fuego hasta el Mar Caribe, se habían asignado alguna tarea específica relacionada con el tema, mientras el resto de la familia permanecía a la espera, todas listas para cualquier eventualidad. El artículo que había compartido con mi hermana Guadalupe desde el sanatorio parecía haber resultado bastante más que curioso y anecdótico. Yo me resistía a atribuirle tanta importancia al asunto, pero ese anochecer tuve que rendirme a la evidencia.

—Puede ocurrir en cualquier momento, porque Blas considera que ya estás lista. ¿Qué sentiste cuando te besó?

Me encogí de hombros poniéndome colorada. Lucas meneó apenas la cabeza.

—Ahí tenés la mejor prueba —terció sin inmutarse—. Esa noche te comenté que él mismo me hizo saber que estaba con vos, y me obligó a sentir lo que estaba pasando. Creeme, la energía que puso en esos besos habrían matado a cualquier humana común y corriente.

Torné a mirar el fuego pensativa mientras la noche terminaba de cerrarse a nuestro alrededor. Intenté evocar lo que había sentido para entender a qué se refería. Pero lo único que recordaba era deseo, un deseo repentino y urgente, arrollador, que parecía quemarme las entrañas, que me paralizaba. Muy distinto a lo que había sentido la noche anterior con Lucas, aunque la intensidad tenía cierto punto de comparación. Lo que Blas me había provocado

era instintivo, animal, crudo. Pero deseo al fin. Alcé la vista y encontré a Lucas sentándose junto a mí con una rama seca en la mano.

—Te voy a mostrar —dijo.

—¿Qué…?

Su otra mano me sujetó la cara y se inclinó para besarme. Creo que tardé dos segundos en quedarme sin aliento, mientras él empezó a brillar más y más, hasta encandilarme a pesar de que tenía los ojos cerrados. Mi corazón golpeaba con furia mi pecho, su perfume volvía a intoxicarme, perdía noción de mi cuerpo. Era como flotar en un fuego blanco que también ardía en mi interior. Le eché los brazos al cuello para evitar que se apartara. Necesitaba seguir saboreando esa luz ardiente, seguir respirándola. Sin ella quedaría vacía, torpe y pesada como una piedra, ciega, entumecida. Un destello dorado a mi izquierda estuvo a punto de distraerme, pero nada hubiera podido separarme de esa fuente de placer y plenitud hasta entonces desconocida. Nada salvo el propio Lucas. Sus labios se cerraron sobre mi boca, el brillo rutilante que nos envolvía a ambos menguó hasta desaparecer, su mano aflojó con suavidad mis brazos en torno a su cuello.

—Mirá la rama —susurró.

Obedecí con desgano y me eché hacia atrás sorprendida. La madera ardía con llamas que se alzaban siseando, despidiendo una lluvia de chispas. Él la arrojó a la fogata y me enfrentó muy serio.

—Eso es lo que le pasa a un cuerpo común que recibe de golpe el caudal de energía que acabo de volcar en vos.

Fruncí el ceño y abrí la boca, sin lograr articular palabra. Él desvió la vista meneando la cabeza.

—Todo lo que te enseñé, la forma en que aprendiste a usar la Cruz… Todo lo que creíamos que era por tu bien… —Gruñó por lo bajo—. En realidad no hicimos más que simplificarle las cosas.

—Sin vos, en este momento no estaría viva.

Fue evidente que calló para evitar una discusión que no nos habría llevado a ninguna parte. Pero yo no estaba dispuesta a dejarlo cargar con culpas inútiles. Le sujeté el mentón y lo hice enfrentar mi sonrisa, mi corazón de nuevo tranquilo, ya sin temor al amor que lo colmaba. Me perdí una vez más en su mirada.

—Acá estamos —le dije—. Y no me pidas que me arrepienta de

nada, mucho menos de haberte encontrado. Con vos a mi lado, no tengo miedo de enfrentar lo que sea.

Su reacción me desarmó, por completo inesperada: sus hombros se aflojaron y los ojos grises brillaron húmedos. Me abrazó con fuerza, apretándome contra su pecho. Lo abracé también y permanecimos así, en silencio hasta que un olorcito desde la olla nos devolvió a patadas a la realidad.

- 2 -

Seguimos charlando mientras comíamos. Mi hermana Julia y él habían terminado acordando un plan de acción conjunto, que hasta contemplaba la eventualidad de que yo lo rechazara. Mientras mi familia seguía con su vigilancia desde lejos, él se encargaría de la marca personal.

—Siempre sacrificado, vos —bromeé.

Su sonrisita suficiente en medio de esa conversación sobre demonios y apocalipsis me resultó todavía tan extraña. En momentos como ése no podía evitar quedarme mirándolo, todavía tratando de aprehender que detrás de esa cara que conocía hacía años estaba la estrella viva que viera en el Saltillo de Las Nalcas. Ya fuera porque Lucas estaba acostumbrado a que las mujeres se quedaran mirándolo como idiotas, o porque Raziel consideraba demasiado importante nuestra conversación para interrumpirla, siguió hablando como si nada.

—Las visiones de tu abuela Clara señalan que los primeros días de mayo van a ser cruciales —dijo, reclamando la parte racional de mi atención.

Así que no debía sorprenderme si me aterrizaban en casa un par de docenas de mujeres a fines de abril, con la excusa de visitarme cuando yo tenía poco trabajo en la agencia, para esperar la crisis.

—Fantástico —gruñí.

—Presentación oficial de la pareja real —terció, riendo suavemente—. Así lo llamó tu hermana.

—Qué graciosa. Espero que tus marquemonas alcancen para tenerlas tranquilas, porque no creo que me alcance la paciencia para todas. O podrías llamar a tu primo para que nos dé una mano.

—No. No voy a compartir el estrellato con él.

—Tipo vanidoso.

—Pero adorable.

Me correspondía desviar la vista bufando. Lo hice y me olvidé lo que iba a decir. Señalé el cielo sorprendida: una lluvia de estrellas fugaces caía hacia la cordillera. Lucas dejó de reír y se incorporó

con brusquedad, lo seguí intrigada hasta la orilla del lago. La última estrella fugaz se perdió tras las montañas pero él no varió su actitud alerta. Esperé a su lado en silencio.

—Mierda —masculló al fin.

—¿Qué pasa?

Sacudió la cabeza y me indicó que volviéramos al campamento. Siguió comiendo con los ojos clavados en el fuego.

—No eran estrellas fugaces —aventuré, cansada de esperar que hablara.

No pareció haberme oído.

—¿Lucas…?

—Disculpá, ¿me hablaste? —Vio mi expresión e hizo una mueca —. Hoy es 12 de abril, ¿no? La próxima lluvia de meteoritos es el 22 y no se ve desde Bariloche.

—Así que eso que vimos era…

Suspiró meneando la cabeza de nuevo y se tomó todo un minuto para componer su respuesta.

—Por regla general los demonios no vuelan: les resulta más fácil y seguro moverse a través de la corteza terrestre, aunque sea más lento. —Me miró para corroborar que lo sabía. Asentí—. Y por regla general los ángeles no se muestran: son demasiado sutiles para que el ojo humano los perciba. Ver un ángel implica cierto esfuerzo por ambas partes. El ángel tiene que hacer que su cuerpo no vibre tan rápido y moverse con una lentitud exasperante. El humano tiene que tener el ojo entrenado, la iniciación adecuada y mucha práctica.

Enumeré para mis adentros las alternativas y lo enfrenté interrogante. Asintió con otra mueca.

—Ahí está el problema. Si no puede ser ninguna de las tres cosas, puede ser cualquiera de las tres. Si eran meteoritos, puede señalar un evento celeste importante. Elegí tu película de cine catástrofe. Si eran ángeles, no vimos más que a los líderes de un ejército de miles, cuya estela de energía podría dejar alguna impresión en nuestras retinas, que no son del todo normales. Y si eran demonios… Bien, no era ninguno que vos y yo podamos enfrentar por nuestros propios medios.

—Vos… ¿Vos tampoco podés ver ángeles?

—No. Al caer me densifiqué. Estoy en mejores condiciones que un humano iniciado, pero no mucho más. Además, ninguno de

ellos… —Vaciló, como siempre que tocábamos el tema, y se encogió de hombros—. No les interesa pasar a saludarme precisamente.

—¿Volvemos a casa?

Mi pregunta surtió el efecto deseado, distrayéndolo de la tristeza que había nublado sus ojos.

—¿A casa? —repitió sorprendido—. ¿Para qué? —Se abstrajo por un instante—. Allá está todo en orden.

—Pero allá tenemos internet y señal de teléfono. Puedo enterarme si mi familia sabe algo que nos pueda orientar.

—¿Te animás a quedarte sola un rato?

Fue mi turno de mostrarme sorprendida. Señaló los cerros con gesto vago.

—Me gustaría ir a ver qué onda. Si te quedás, puedo ir y volver más rápido.

Se paró antes de escuchar mi respuesta, tomó el plato vacío de mis manos y juntó todo al lado de la carpa.

—Voy a hacer un sello de protección. Por las dudas —explicó, extendiendo los brazos en cruz.

Normalmente los sellos corrían por cuenta mía, así que me quedé sentada a sus pies, con curiosidad por ver cómo los hacía él. Su aura comenzó a incrementarse y su parte sutil se manifestó con una rapidez que me desconcertó. En un momento estaba mirando a Lucas, en polar y shorts, y al instante siguiente era Raziel el que estaba parado delante de mí con los brazos abiertos, el pelo larguísimo, su uniforme oscuro, su belleza sobrehumana, su brillo deslumbrante. No importaba que lo supiera y lo entendiera a la perfección. Jamás me iba a acostumbrar a esas transiciones instantáneas.

Una línea de luz blanquísima corrió alrededor del campamento hasta cerrar un círculo perfecto, de unos veinte pasos de diámetro. Raziel tenía los ojos cerrados y sus labios se movían en silencio, los brazos todavía abiertos y las palmas vueltas hacia arriba. La luz se tiñó de un dorado más cálido conforme se alzaba, y pronto estábamos dentro de una cúpula de oro estremecido. Miré alrededor asombrada, no sólo por la velocidad con que había terminado el sello, sino también por la belleza de ese domo de energía que vibraba como si fuera líquida.

Raziel bajó los brazos y la cúpula desapareció. Sólo quedó el

círculo en el pasto, apenas iluminado, hasta que se extinguió también. Él se agachó a mi lado mirando el bosque con una sonrisa breve.

—No sería extraño que se acerquen duendes o algún otro elemental. El sello los atrae —dijo—. Por favor, esperame sin salir del círculo.

Era increíble cómo cambiaba su tono, su forma de expresarse. Asentí con docilidad y él puso su mano en mi cabeza a modo de despedida. Al instante siguiente ya no estaba ahí. Alcancé a distinguir su silueta contra el cielo estrellado. Se desvaneció sin dejar rastros. Prendí un cigarrillo suspirando. Confiaba en su rapidez, pero eso no iba a evitar que cualquier espera se me hiciera larga.

- 3 -

Tal como me advirtiera, no estuve sola mucho tiempo. La energía del sello atrajo a algunos elementales que vivían cerca. Era la primera vez que veía duendes del bosque desde mi funesta experiencia en Península San Pedro, y me llevó un par de minutos relajarme cuando se detuvieron en el límite del círculo. Eran una familia completa: madre, padre y media docena de retoños de pocos centímetros de alto. Conseguí sonreír para invitarlos a acercarse. La hembra vino a sentarse conmigo frente al fuego mientras su esposo cuidaba a los hijos, que correteaban siguiendo la línea del sello con sus risitas agudas. Por norma social entre los duendes, los hombres no se inmiscuyen cuando las mujeres conversan, aunque nosotras apenas cruzamos palabra más allá de los saludos de cortesía.

Poco después se nos unieron dos dríades que vivían en el coihue que cobijaba la carpa. Se mostraron en una rama baja y se descolgaron con su gracia de bailarina para acercarse a nosotras. Una de ellas, con una cabellera larguísima de un verde musgo brillante, se tomó un momento para estudiar la leña que habíamos apilado a un costado. Comprobó que era toda madera muerta, que habíamos levantado del suelo, y me sonrió con aprobación.

Preguntaron por Raziel y les expliqué el motivo de su ausencia. Tanto las dríades como los duendes habían visto las estrellas fugaces, pero no los preocupaba demasiado. Aunque notaban una tensión en la tierra que les provocaba cierta aprensión.

—La Madre soporta el dolor sin quejarse —dijo la hembra duende—. Siempre ha sido así. Pero hace unas semanas que da la impresión de… de… —No encontró cómo expresarse.

—La están hiriendo muy hondo —completó una voz profunda desde las sombras.

Una silueta ondulante avanzó desde el lago, su cuerpo líquido destelló al acercarse al fuego, y tuve mi primer encuentro con una ondina. Se detuvo a distancia prudencial de la fogata e intercambió cabeceos de saludo con sus vecinas.

—¿Hondo? —repetí, con la esperanza de que tuviera más

información.

—Más profundo que los manantiales más profundos —asintió—. Cerca del fuego primigenio.

Volcanes. Imposible no pensarlo.

—¿Ustedes saben dónde? —pregunté.

—Acá no —respondió una de las dríades, y movió la mano hacia el sur.

La dirección que había tomado Raziel.

—¿Creen que uno de los volcanes puede entrar en erupción?

No los más cercanos, en eso coincidieron todas. Pero era imposible aventurar qué estaría pasando más lejos. Un silbido sobre nuestras cabezas interrumpió nuestras conjeturas. Una súbita ráfaga de viento aplastó el fuego.

—No lo apagues —dijo una dríade alzando la vista—. Es seguro.

Las llamas iluminaron una silueta traslúcida, casi invisible, que descendió entre la hembra duende y la ondina. Era un silfo. El lugar parecía contar con una población elemental bastante densa, y pensé con vergüenza tardía en la intimidad que había creído que gozábamos la noche anterior.

El silfo comentó que habían visto a Raziel volando hacia el sur y varios de sus hermanos lo habían seguido. Se mostró sorprendido de que Raziel hubiera considerado necesario un sello para protegerme, cuando todos los oscuros habían pasado de largo y él les iba siguiendo el rastro. No precisé que me explicara a qué se refería. Ahí estaba la respuesta de las estrellas fugaces. *Tan lindas que se veían*, pensé con ironía. Así que habían sido demonios. Y por lo que el propio Raziel dijera, de los realmente poderosos. Empecé a desear que ya estuviera de vuelta.

- 4 -

De pronto estaba ahí, inclinado sobre mí, y comprendí que me había quedado dormida sentada frente al fuego. Me ayudó a erguirme y apoyarme contra un tronco. Tras él se escuchaba un rumor quedo de voces. Él se irguió y giró hacia los elementales que rodeaban a tres silfos altos y ahusados, atorándolos de preguntas. Cuando los enfrentó, todos se despidieron y se alejaron, todavía conversando. Un minuto después estábamos solos. Bueno, era una forma de decir. Nunca más iba a poder sentirme sola en el bosque.

La mano que se tendió hacia mí para ayudarme a ponerme de pie era completamente humana: el que estaba parado a mi lado volvía a ser Lucas. Se empeñó en acompañarme hasta la carpa como si pudiera perderme y se quedó afuera apagando el fuego. Poco después se acostaba a mi lado en la bolsa de dormir con un suspiro. Deslizó un brazo bajo mi cabeza y me apreté contra su costado en silencio, esperando que hablara. No lo hizo, perdido en pensamientos que le fruncían un poco el ceño.

—Eran demonios —dije al fin, luchando por mantenerme despierta. No quería dormirme sin saber qué había averiguado.

—¿No hay nadie de tu familia en Esquel?

Su pregunta me tomó desprevenida. —El tataranieto de alguien, con eso alcanza. Nunca hubo actividad demoníaca en esa zona, y un varón puede manejar los fantasmas y cosas así que puedan aparecer.

—Por eso Blas está acá. —Asintió en la oscuridad de la carpa, me estrechó un momento y me besó la frente—. Nada qué hacerle, sólo podemos esperar.

—¿Qué tal si me contás qué viste?

—Los seguí hasta cerca de Esquel y ahí se desviaron hacia el oeste. Entraron en un cerro. Hay mucha energía en movimiento ahí abajo, están revolviendo todo. No sería extraño que aparezca un volcán de la nada un día de estos.

Me apoyé en un codo para erguirme un poco y descansé una mano en su pecho. Su segundo suspiro alimentó mi ansiedad.

—Arayda —murmuró—. Sé que Miguel la selló en esa zona. Deben estar abriéndole camino.

—¿Y allá arriba nadie piensa hacer nada al respecto? —No resultaba una idea tranquilizadora.

Me armé de paciencia en la pausa que siguió. Sabía que él trataba de poner sus ideas en palabras de la forma más clara posible. Finalmente me explicó que los demonios que había seguido eran, para traducirlo a jerarquías militares, coroneles. Nada que yo hubiera visto ni quisiera ver en mi vida. Estaban ahí para dirigir los trabajos de sus tropas y encargarse de algunas tareas que sus subordinados no tenían el poder de realizar. Y por lo que él sabía, lo único que había en esa zona que pudiera despertar tanto interés era la diablesa. De modo que no podía haber muchas dudas de que semejante movilización de recursos apuntaba a liberarla de su larguísimo encierro.

—Cualquier persona con un mínimo de sensatez se pondría a prenderle velas a Miguel, para que baje con sus huestes y los limpie ahí mismo, antes de que puedan terminar su labor —dijo—. Lo que ningún humano tiene la capacidad de comprender es la proporción que alcanzaría semejante enfrentamiento.

—Es cierto. El último levantó una cordillera —asentí en voz baja.

—Exacto. A pesar de que no es una zona muy poblada, los muertos se contarían por centenares. Pero una erupción volcánica, que parece ser lo que están preparando, aunque significa una catástrofe, no deja de ser mucho más controlable. Cabe la posibilidad de que no haya víctimas en absoluto, y si las hay, tal vez no alcancen la docena. Por mucha que sea la energía que se está acumulando ahí abajo, Uriel no va a permitir que provoque una explosión que queme todo en kilómetros a la redonda.

—¿Uriel como en el Arcángel Uriel?

—Sí, una de sus tareas es mantener la atmósfera lo más equilibrada posible. Lo que llamamos desastres naturales son formas controladas de rebalancearla cuando no quedan otras alternativas.

—Ah… —Repasé todo lo que había dicho—. Esperá. Estás diciendo que van a dejar que la diablesa escape.

—Sería la mejor manera de destruirla de una buena vez, sin que los humanos paguen demasiado las consecuencias.

Calló y volvió a estrecharme contra su costado, mientras yo trataba de poner la situación en una perspectiva que jamás llegaría a entender. Entonces sentí que luchaba por controlar su propia ansiedad. Tuve la odiosa certidumbre de que tenía miedo. Odiosa porque lo conocía, y sabía de sobra que él nunca temía por sí mismo. Antes de que pudiera hacerle otra pregunta, me empujó para que me tendiera de espaldas y se estiró sobre mí.

—Creo que no te voy a dejar dormir esta noche —dijo en voz baja, en un tono que no tenía nada de sutil.

—Pero no me explicaste… —conseguí decir mientras sus labios resbalaban por mi cuello.

—¿Hmmm?

Mi camisa voló al rincón opuesto de la carpa. Besé la mano que me acariciaba la cara como un soplo.

—Si se escapa… —musité entre sus dedos.

Su ropa le fue a hacer compañía a la mía.

—¿Quién?

Definitivamente, era mucho más fácil hablar con él cuando su parte sutil mantenía sus hormonas bajo control. Así resultaba imposible mantener a raya a las mías. Su beso terminó de borrar cualquier recuerdo de lo que acabábamos de hablar y rodamos juntos hacia un costado.

—Lucas…

No sé si logré decirlo, pegando mi cuerpo al suyo y aferrándome a él.

—Te amo —susurró agitado en mi oído.

Sueños de Fuego

- 1 -

Caía, caía.

Nada.

Sólo sombras.

Y seguía cayendo.

Hasta que algo blando y tibio me detuvo.

Una tenue línea rojiza, tan lejos.

Aire cálido. ¿Dónde estaba?

Permanecí inmóvil, tendida de espaldas, viendo cómo la línea se convertía en una nube y me rodeaba, creciendo, acercándose.

El aire era cada vez más cálido.

La nube cubrió las sombras.

Parecía que estaba acostada en una cama con un dosel que reflejaba un ocaso muy lejano.

Y el dosel se convirtió en llamas.

Y el aire se hizo irrespirable.

Entonces apareció él.

Se abrió paso entre las llamas que no lo quemaban. El pelo larguísimo ondeando en un viento inexistente, su mano extendida hacia mí, sus labios perfectos sonriéndome.

—*Arayda*…

El terror me despertó. Estaba cubierta de sudor, el corazón desbocado, jadeando para tratar de llenar mis pulmones. La cabeza me daba vueltas. No sé en qué momento me largué a llorar, aturdida, temblorosa.

Entonces un destello al otro lado de la ventana me distrajo de la horrenda visión que todavía flotaba ante mis ojos, en las sombras de mi habitación. Las llamas, el aire ardiente y Blas, Zorael, el heraldo Caído, llamando a su amada con sus ojos de fuego fijos en mí.

Me obligué a mirar hacia afuera, aunque todavía no era capaz de contener las lágrimas, y me quedé boquiabierta. Era como si una fuente de oro se hubiera abierto en el techo, y yo veía la cortina de luz líquida desde adentro. Me arrodillé en la cama, frente a la ventana, demasiado confundida para entender lo que veía. ¿Estaba prisionera? ¿Blas me había atrapado? ¿Me retendría ahí hasta que la diablesa viniera a ocupar mi cuerpo? ¿Es que no había manera de escapar? ¿Estaba tan definitivamente condenada?

—Tranquila.

Su voz me alcanzó al mismo tiempo que el peso leve de su mano en mi cabeza. Quise hablar y lo que brotó de mis labios fue un gemido. Me desmoroné entre sus brazos, contra su pecho, tratando de desahogar el miedo que me quemaba las entrañas. Raziel me sostuvo en silencio, sentado al lado mío en la cama. Se mecía con suavidad, como si me acunara, sus labios de viento contra mi frente afiebrada.

—Yo hice el sello —dijo en voz baja cuando dejé de temblar un poco.

Me atreví a mirar de nuevo hacia afuera. Claro que era suyo. Era idéntico al que hiciera en el Brazo Tristeza una semana atrás. Aferré la pechera de su uniforme cuando su brazo se separó de mi espalda. Pero no intentaba irse, sólo acariciarme el pelo.

—Me está rondando —murmuré en un hilo de voz, cerrando los ojos con fuerza—. Estas pesadillas… ¿Por eso el sello?

—Para que te deje descansar. Pretende que tu participación sea voluntaria para minimizar los riesgos. Si opusieras demasiada resistencia, podrías morirte antes de que Arayda tome control total de tu cuerpo. Y ella necesita un cuerpo vivo.

Asentí estremeciéndome de pies a cabeza. Estaba agotada y crispada al mismo tiempo. Aquella espera me estaba destrozando por dentro.

—No sé… —Deglutí y traté que mi voz sonara un poco más clara, aunque él no lo precisaba—. No sé cuánto más voy a aguantar esto.

Su mano bajo mi mentón me instó a alzar la vista, y enfrenté esos ojos admirables de hielo y humo que brillaban apenas en el dormitorio a oscuras.

—No puedo seguir así, Raziel, esperando sentada que me venga

a buscar.

Él asintió y supe que me comprendía a la perfección. Como siempre. Volví a apoyar la cabeza en su pecho.

—Tal vez deberíamos llamarlas —dijo tras un largo silencio.

—¿A quién?

—A tu familia. Tenés razón, esta espera pasiva se hace insoportable. Con ellas acá, podríamos al menos distraerte.

—No necesito distraerme. Necesito hacer algo.

—Un plan al que no le encuentres objeciones, por ejemplo.

—Por ejemplo.

—Y preparativos.

—Sí.

—Vamos a estar ocupados.

—Seguramente.

—Entonces deberíamos aprovechar el tiempo.

Su voz fue cambiando mientras hablaba. Se hizo más expresiva, y de pronto no había ninguna pechera de uniforme contra mi mejilla, sino la piel cálida del pecho de Lucas. Lo pellizqué. Él enredó los dedos en mi pelo, riendo por lo bajo. Estaba descalzo, y sin más ropa que los shorts que usaba para dormir.

—Podrías haberte vestido para visitarme.

Su otra mano se deslizó por mi pierna.

—Podrías haberte vestido para recibirme.

Era increíble. Ahora que había logrado calmarme un poco, barría la pesadilla, el miedo, para arrancarme una sonrisa.

—¿Saliste de tu casa un poco apurado?

—Digamos que sí.

—Eso significa que…— Mis labios rozaron su piel cuando hablé.

—Me estás desconcentrando, Lucía.

—Ahorrate el tonito exorcista. No va a funcionar.

—Si vos lo decís.

Al instante siguiente me tenía de espaldas sobre la cama y me sujetaba las manos más allá de mi cabeza. Se inclinó hacia mí con esa sonrisita suficiente que yo empezaba a adorar.

—Mierda, creo que me afilié —murmuré.

Se inclinó un poco más, su boca a centímetros de la mía, alzando apenas las cejas.

—¿Te afiliaste…? —Se apartó lo indispensable para que no

pudiera besarlo—. Disculpá, no te entendí. ¿Podrías decirlo un poco más fuerte?

El muy maldito gozaba el momento a lo grande. Tipo vanidoso. Apreté los labios porque no le iba a dar semejante gusto.

—Prometeme que vas a tratar de dormir. —Su voz volvía a estar cerca del tono sereno y grave de Raziel. Vio mi expresión de sorpresa y asintió. Su acento fue de nuevo el de Lucas Pefaure, el galancito carismático—. Tengo una excursión a las ocho de la mañana. Vos viste, esa bruja con la que laburo me da estos exclusivos, así que me tengo que ir.

—No creo que esa bruja se enoje si te quedás.

—¿Vos decís? No puedo guiar en shorts a los pasajeros de su novio.

—¿Hasta las seis? Y con Joaquín no pasa ni pasó nunca nada.

—Ya quisiera él. Lástima que le gané de mano. —Me guiñó un ojo y soltó mis manos.

Me metí en la cama apurada y le hice lugar. Meneó la cabeza.

—Hasta mañana, amor. Que Dios te bendiga.

—Si la bruja no puede dormir y te manda a Esquel en vez de San Martín por sonámbula, va a ser tu culpa.

Suspiró sonriendo.

—¿Un ratito?

Se acostó a mi lado riendo por lo bajo.

—¿Te afiliaste…?

—Hasta mañana.

—Bruja.

—Pero adorable.

- 2 -

Entre sus brazos, los dos muy juntos, pude volver a pensar en las pesadillas, y en lo que él dijera, sin que se me revolviera el estómago de miedo.

—¿Cómo es cuando te poseen? —pregunté en voz baja— ¿Perdés la consciencia o…?

—Depende de tu fuerza interior —respondió en el mismo tono.

—Se me ocurre que sería como un palco a mi propia mente.

—Y tu propio cuerpo, sí. Algo así. Aunque sólo sea por un par de minutos.

—¿Entonces me voy a convertir en ella?

—No.

Tal como aquella noche en la carpa, sentí que su corazón se aceleraba un poco. Pero ahora fue como si escuchara lo que callaba. No me iba a convertir en ella: iba a dejar de existir. La diablesa tomaría control de mi cuerpo y mi identidad simplemente se desvanecería, engullida por la de ella. Pero antes de que eso ocurriera, tal vez… Era tonto abrigar demasiadas esperanzas. Sin embargo…

Aquello no tenía ni pies ni cabeza. O sea: ahí estábamos, sabiendo perfectamente lo que iba a pasar y sin hacer nada para evitarlo. Me sacaba de quicio.

Los demonios pronto terminarían sus trabajos subterráneos y alguna montaña en el área chilena vecina a Esquel se convertiría, de la noche a la mañana, en un volcán furioso y destructivo. Entonces, flotando en el flujo expulsado en el inicio de la erupción, el núcleo de energía que era la diablesa Arayda escaparía de su prisión. Raziel suponía que habría todo un séquito de altos oficiales del inframundo esperándola, ya que estaría demasiado débil para valerse por sí misma y procurarse un receptáculo, y dada su jerarquía no aceptaría asistentes de rango bajo. Entonces nuestro amigo Blas la guiaría hasta mí y la ayudaría a poseerme.

Así terminaría el primer capítulo del apocalipsis de turno. El resto quedaba a cargo de nuestra imaginación. Y como dice Terry

Pratchett, lo malo de los horrores inimaginables es que son muy fáciles de imaginar.

El plan de Raziel y mi familia era evitar que la diablesa llegara a poseerme, al menos hasta que recibiéramos algún refuerzo desde arriba. Pero me bastaba observarlo cuando hablaba del tema para darme cuenta de que no abrigaba demasiadas esperanzas de que pudiéramos lograrlo.

No estaríamos solos, se empeñaba en asegurar. Era lógico esperar asistencia de arriba, aunque no supiéramos qué forma tomaría. Basándose en su experiencia, suponía que San Miguel y sus huestes aguardarían la erupción para enfrentar ahí mismo al grueso de las tropas del inframundo que saldrían del volcán. Una forma de minimizar los daños en los alrededores. Y entonces irían tras el cortejo de bienvenida para dar cuenta de la diablesa y sus amigos. Fin del episodio. Otro apocalipsis frustrado para consignar en los anales. Si corríamos con suerte, no tendríamos que lamentar ninguna víctima fatal.

Yo no coincidía con esa afirmación. No hacía falta ser un gran estratega para entender que la mejor manera de terminar con la diablesa era dejarla ocupar su vehículo y destruirlo cuando estuviera atrapada en él, antes de que tomara control y recuperara la fuerza. Y el vehículo era yo. O al menos mi cuerpo, si para ese momento su alteza ya me había comido el alma.

Maldita la gracia que me hacía.

Esa noche, acurrucada con mi cabeza en el pecho de Lucas, empecé a considerar que era tiempo de hacer mis propios planes. Primero y principal estaba el hecho de un pelotón de demonios muy poderosos viniendo a buscarme. No me los imaginaba llegando en remís y tocando timbre, precisamente, sino dejando un rastro de destrucción a su paso. O sea que no podía quedarme a esperarlos en casa y dejarlos destruir medio Bariloche en el trámite. Así que tenía que buscar un lugar apartado y deshabitado, donde no causaran demasiados estragos.

Y tenía que contar con la obstinación recalcitrante de mi familia a la hora de entregarme. Sabía que se iban a negar de plano. Mi capacidad de ser cabeza dura no es azar sino genética. Si íbamos a apostar a que desde arriba no permitirían este apocalipsis, habría que apostar fuerte. A todo o nada. De modo que después las

cazadoras seguirían siendo tan necesarias como siempre, y que masacraran a un par de docenas perjudicaría a todo el continente. Así que además de evitar que los demonios dejaran Bariloche en ruinas, también tenía que evitar que mi familia se sacrificara en vano. Algo que desgraciadamente iba muy de acuerdo con nuestra forma de ser. Ahí tenía un hueso duro de roer. Tenía que haber una forma de que me atraparan sólo a mí.

—Dormí, amor —susurró Lucas, besándome la frente.

Asentí, tratando de parecer a punto de hacerle caso.

Él, por supuesto. ¿Cómo lo detendría? ¿Cómo conseguiría que sobreviviera? Recordaba muy bien lo que sintiera al verlo herido, y desfallecía de sólo pensar en su muerte. Me acarició el pelo con suavidad.

—Si trataras de relajarte…

Su voz fue de pronto una punzada dolorosa en mi pecho. No quería separarme de él. No quería perderlo. ¿Dónde encontraría el valor de hacer lo que correspondía sabiéndolo muerto o herido? Entonces supe que él era mi precio. No importaba cómo, no importaba a qué costo, él tenía que salir vivo. Aunque maldijera mi recuerdo por el resto de su vida humana y sutil. Respiré hondo. *Vos lo sabés, ¿no?,* pensé. *Aunque nunca rece, ni prenda una vela, ni nada. Vos sabés que tenés que salvarlo, ¿no, Dios?*

- 3 -

Guadalupe me mandó el comunicado oficial: en cuatro o cinco días llegarían a Bariloche un total de veinticinco cazadoras, listas para quedarse el tiempo que fuera necesario hasta que la crisis terminara. Bien, era 24 de abril, así que más me valía armar todo rápido. Arreglé con Mauro que me tomaría una semana para recibir a mi familia y apalabré a Pedro y a César para un traslado el 30 de abril. Después me senté con mate y cigarrillos delante de un mapa de la zona a buscar el mejor lugar para irme.

De todos los que Raziel y yo habíamos considerado, no sé por qué me atraía especialmente la cabecera del lago Steffen. La temporada de rafting ya había terminado, no había pobladores cerca, se podía llegar en vehículo y habría lugar de sobra para montar cuantas carpas fueran necesarias para nuestro campamento de guerra.

Mi sesión solitaria de estrategia fue interrumpida por la llegada de Ariel. Cuando vio el mapa, se plantó al otro lado de la mesa con las manos en las caderas y una expresión demasiado seria para un chico de su edad.

—No sé qué estás preparando, pero yo voy.

Le expliqué lo menos que pude: la visita masiva de mi familia se debía a que todo indicaba que en los próximos días habría mucha actividad demoníaca en nuestra zona, previendo que Raziel y yo no podríamos solos con todo.

—Entonces decidido: yo también voy.

Chiquilín terco. Era la herencia genética, por supuesto. El propio Raziel había sugerido que su presencia podría ser útil, en caso de que alguna de nosotras resultara heridas. Fue una cena más bien turbulenta porque me negué de plano. Pero para los postres ya tenía la batalla más que perdida, y la di por terminada antes que llegara Lucas y quedara superada en número.

Dos días después empezaron a llegar mis familiares. Se alojaron en hoteles céntricos e hicieron sus preparativos, a la espera de que arribaran todas y pudiéramos irnos. El lugar que yo eligiera fue

aprobado sin objeciones. La última en llegar fue la mismísima abuela Clara, que había sido nombrada por unanimidad algo así como comandante en jefe de nuestro pequeño ejército privado.

Mientras tanto, yo empezaba a ponerme nerviosa cada vez que caía la noche. Porque apenas cerraba los ojos, el mismo sueño volvía a acosarme. Aunque no fuera siempre idéntico, era el mismo en esencia. Caía en una habitación cuyas paredes eran de fuego, donde invariablemente me encontraba con Blas en su forma demoníaca. Ya no me llamaba por el nombre de la diablesa sino que usaba el mío. Me hablaba con dulzura, me estrechaba entre sus brazos oscuros y fuertes, me besaba asegurándome que todo iría bien.

Lo peor no era el miedo visceral que me provocaba el cuarto en llamas, el calor, el aire irrespirable. Nada era peor que el contacto con el Caído. Tal como me pasara en El Dutch, anulaba cualquier resistencia y me intoxicaba de deseo. Estaba cada vez más cerca de someterme. De nada servían las explicaciones de Raziel. Sí, Arayda era poderosa en la legión de la Lujuria, así que era lógico que luego de entregarse a ella en cuerpo y alma, su amante hubiera adquirido parte de ese poder. Era lógico que despertara mis instintos más básicos y los alimentara con generosidad, que me hiciera probar lo que podría saborear a manos llenas si me dejaba poseer voluntariamente.

Daba lo mismo. Me despertaba cada noche jadeante, exacerbada, sintiéndome ansiosa como una perra en celo. Sucia. Desesperaba de hallar la forma de seguir resistiéndome. Pasaba horas llorando después de cada sueño, hasta que el agotamiento me ayudaba a hundirme en un sopor profundo y sin imágenes, que tampoco me proporcionaba alivio ni descanso. Lucas masticaba una impotencia cada vez más rabiosa, consolándome en silencio.

Evité encontrarme a solas con mis hermanas o con la abuela Clara. No quería hablar de lo que pasaba más de lo estrictamente indispensable. Por si me quedaban dudas, todas ellas confirmaron sus intenciones: estaban ahí para evitar que yo fuera poseída, y todas y cada una de ellas estaban dispuestas a morir si era necesario.

Los preparativos me dieron una excelente excusa para dejar las relaciones públicas a cargo de Lucas. Sus marquemonas obraban

magia de la buena y tenía a todas encantadas, revoloteando a su alrededor como adolescentes alborotadas. Mejor. Prefería aislarme un poco. No quería arriesgarme a que ninguna de ellas se diera cuenta antes de tiempo de lo que me proponía realmente. No estaba de ánimos para polémicas.

El 30 de abril, un miércoles soleado y tibio de otoño, Pedro y César cargaron a todas mis parientas con sus petates y salimos todos hacia el Steffen. Ariel y yo íbamos con Lucas en su auto. Tras alguna reflexión, habíamos decidido que sería mejor contar al menos con un vehículo, en caso de que hubiera que movilizarse con mucha urgencia.

Montar el campamento llevó menos tiempo y trabajo de lo que Lucas esperaba, aunque a mí no me sorprendió la eficiencia de mis parientas. Dos horas después, con todas las carpas armadas y las tareas asignadas, parecía que habíamos pasado un mes ahí. Se juntaba leña muerta, se preparaba una cena temprana, un grupo se había ido a caminar hasta la cascada cercana. Las más audaces intentaban nadar sin morir de hipotermia y más allá, dos de mis tías habían organizado a las más chicas, tres primas y seis sobrinas iniciadas en los últimos dos años, y dirigían una práctica de esgrima. La abuela Clara y la abuela Solita, las dos mayores del grupo, conversaban en voz baja en la orilla del lago, un poco apartadas del resto. Tejiendo crochet.

—Parece que estuviéramos de vacaciones —sonrió Lucas, saliendo de nuestra carpa—. ¿Y Ariel?

—Se fue a caminar. —Frunció el ceño al escuchar mi tono y me encogí de hombros—. No me gusta cómo lo mira la hija de mi prima Almendra. Es dos años mayor que él.

—Y la hija de Almendra también fue a caminar.

Asentí gruñendo por lo bajo. Me abrazó riendo. En ese momento mi prima Celeste lo reclamó desde el sector de práctica, con todas las demás sonriendo tras ella.

—Te dije que llamáramos a tu primo —gruñí—. Andá. No se van a quedar tranquilas hasta que les des el gusto.

—Mi trabajo acá es darle el gusto a una sola cazadora —susurró en mi oído.

Me pudo, por supuesto. Nos besamos y nos quedamos mirándonos un largo momento, ajenos a los reclamos de las más

jóvenes. Lo aparté antes de ponerme emotiva. Se dejó apartar con docilidad. Ahogué un suspiro viéndolo alejarse. Por más que me lo prohibía a cada instante, sentía con una lucidez dolorosa que lo más probable era que ésas fueran mis últimas horas a su lado.

La tarde pasó tranquila. Comimos temprano y dimos por terminado el día. Me tragué una rabieta cuando mi querida prima Almendra invitó a Ariel a dormir en su carpa, con ella y con su hija Abril. También eran mis últimas horas con él. Aunque Lucas consiguió hacerme sonreír al notar las ventajas de tener la carpa para nosotros solos.

Esa noche estuve a punto de tomar pastillas para dormir. Me detuvo el temor de que si no evitaban mi sueño, tal vez me costara más despertar de él. Le hice jurar a Lucas que me despertaría apenas empezara a agitarme.

- 4 -

No caí. Sencillamente estaba ahí. Y no sentía miedo, ni el aire me quemaba la garganta. Extraño. Se me ocurrió apartarme por primera vez del centro de la habitación y acercarme a una de las paredes. Las llamas no parecían irradiar calor. Me animé a tocarlas: no me quemaron. Hundí la mano, luego el brazo hasta el codo, no tocaba el otro lado de la pared. Sólo ese fuego raro que ardía sin quemar. Entonces supe que Blas estaba detrás de mí. Sin necesidad de enfrentarlo, sentí cómo me observaba y percibí su sonrisa complacida. Dio un paso hacia mí. Extraje la mano del fuego y la alcé a medias para detenerlo. No quería que me tocara.

—Sabés que lo voy a hacer—dije sin volverme.

—Sí.

—Y sabés mi única condición.

Nunca se la había dicho. No me daba oportunidad de hablar en mis sueños. Sólo quería comprobar que me leía la mente. Giré para enfrentarlo. Respondió en un tono aburrido.

—Sí, sí, todos salen vivos, empezando por tu novio.

—¿Realmente tenés el poder para asegurarme que va a ser así?

—Sí.

Me permití una sonrisa tensa.

—A la primera amenaza para cualquiera de los míos, me mato. Y vos, tu diablesa y sus amigos se van a quedar haciendo gárgaras.

—¿Vas a permitir que esos amigos se enojen? Son gente de poca paciencia.

Me acerqué hasta detenerme a un paso de él, todavía sonriendo.

—Otro intento de apocalipsis no es ninguna novedad. Si nosotras no lo detenemos, los de arriba tampoco lo van a permitir. Pero vos y tu novia sacan las de perder.

Su garra se posó con suavidad en mi mejilla y el pulgar me acarició la boca. Aguanté la oleada de deseo que me provocó.

—Mostrame cómo va a ser —dije antes de arrepentirme.

Pasó un brazo por mi cintura y me apretó contra él, su otra mano sujetando mi cara. Cuando me besó, sentí que aspiraba mi

aliento a través de mi boca. Me obligó a estarme quieta y siguió absorbiendo. El pecho me dolía como si fuera a estallar, y en el preciso instante en que me desvanecía, tuve la sensación de que el suelo cedía bajo mis pies y caía por un túnel oscuro y estrecho, que terminó abruptamente en una oscuridad absoluta. Estaba de pie y apretada entre lo que parecían ser dos paredes de piedra, helada la posterior, muy caliente la de adelante. No tenía espacio para hacer el menor movimiento. Apenas podía respirar. Entonces sentí claramente una presencia ahí conmigo, y la pared frente a mí se hizo más blanda y tibia. Distinguí una claridad rojiza delante de mí.

—Tomátelo con calma, no te me vas a morir ahora —bromeó Blas.

Su voz fue un susurro junto a mi oído. Y con un escalofrío de shock comprendí que ese lugar apretado, asfixiante, era mi propio interior. Y él estaba ahí, conmigo, dentro de mi cuerpo.

La pared de adelante, ahora blanda, adquirió una consistencia similar a la tela. Era como estar aplastada contra un acolchado. Pero el acolchado se movía, y me envolvió. Me quedé sin aliento. Imposible describir lo que sentí: estaba experimentando mi cuerpo físico a través de él, tal como él lo sentía. Hasta alcancé a vislumbrar algo que parecía un pensamiento y que no me pertenecía.

Traté de hablar pero no pude, no tenía ningún control sobre mi garganta o mi boca. Tampoco pude hilar una idea. Y de pronto, tan repentina como llegara, la sensación de estar aplastada, envuelta e inmovilizada, desapareció. Blas se apartó de mi sonriendo y habló con tono ligero.

—No creo que Arayda pueda ser tan gentil. Vas a tener que perdonarla. Después de un encierro tan largo, tal vez no esté del mejor humor.

Entonces reparé en un detalle que hasta entonces pasara por alto. O tal vez esos segundos en contacto directo con su mente lo había expuesto.

—¿Preferirías que ella no me devorara? —Mientras lo decía, me pregunté por qué había usado esa palabra en particular, “devorar”, en vez de poseer. Y adiviné que era cómo él lo llamaba.

Se encogió de hombros. —Me caés bien.

Aun en sueños y en semejante situación, reí por lo bajo. En

realidad, los dos largamos la misma risita al mismo tiempo. De pronto me sentía tranquila.

—Mi princesa nunca tuvo un cuerpo físico como éste. Si pudieras mantenerte viva un tiempo, podrías ayudarla a adaptarse. No quisiera que se lastime a sí misma sin darse cuenta.

—Al final sos el novio modelo.

Volvimos a reír por lo bajo y él frunció el ceño.

—Ahí va el pesado del rubio —gruñó.

La habitación onduló a mi alrededor. Comprendí que por algún motivo, Lucas estaba tratando de despertarme. Sujeté la mano de Blas. No quería despertar aún. Necesitaba saber más. Él besó mi mano con una de sus sonrisitas temibles.

—Hasta mañana, cazadora.

Me soltó y todo se volvió negro.

Abrí los ojos agitada. Lucas me sacudía suavemente, llamándome con acento urgente. Cuando vio que estaba despierta me observó un momento más, inclinado sobre mí, todavía sujetándome. Su pregunta me sorprendió.

—¿Lucía…?

Asentí. —¿Qué pasa, amor? —susurré.

Su alivio alimentó mi sorpresa. Me abrazó con fuerza, me besó el pelo.

—¿Qué soñaste?

Mierda. No podía mentirle, pero no quería contárselo todo.

—Más o menos lo de siempre, ¿por qué? ¿Qué pasó?

—Tu aura. —Se apartó para verme mejor—. De repente cambió por completo. Se hizo idéntica a la de Blas.

Tironeé para que volviera a acercarse tratando de pensar una respuesta.

—¿Qué soñaste? —insistió.

—Estaba ahí. Las paredes de fuego, las toqué y no me quemó… y apareció Blas y me abrazó, y… —Tenía que arriesgarme—. No me acuerdo nada más.

Me dejó esconder la cara en el hueco de su cuello. La forma en que me tenía abrazada revelaba miedo y angustia. Y mucha rabia.

—Por Dios, que termine de una buena vez —gruñó.

La Entrega

- 1 -

Nos despertamos temprano.

Afuera el campamento bullía de actividad y voces. Al fin y al cabo, no se puede esperar que tantas mujeres juntas, por muy cazadoras que sean, no charlen mientras hacen sus cosas.

Apenas nos asomamos, Ariel llamó a Lucas para ir a no sé dónde con no sé cuántas y Abril, la hija de mi prima Almendra. Los despedí masticando mis celos y busqué café, mate o cualquier bebida caliente. Mi hermana Guadalupe me hizo señas desde una fogata a pocos pasos de la playa. Fui a su encuentro desperezándome. Apenas tuve en la mano el tazón humeante de café con leche, apareció mi hermana Julia. Me di cuenta de que me tenían flanqueada.

—La abuela Clara te espera —dijo Guadalupe, tratando de atemperar la orden.

Asentí resignada. Me acompañaron adonde se sentara la abuela Clara, con su aspecto tierno y frágil, a pocos pasos de la orilla del lago, de espaldas al campamento. Mis hermanas amagaron a dejarnos solas y las detuve con un gesto. Me tragué la bronca cuando miraron a la abuela Clara en busca de autorización.

—Quiero que se queden —dije, sentándome en las piedras, y prendí un cigarrillo.

Ella asintió sonriendo y les indicó que se sentaran con nosotras.

—Va a ser esta noche, antes del amanecer —dijo sin preámbulos, sus ojitos oscuros clavados en los míos.

Sostuve su mirada en un silencio obstinado y ella largó una risita como el gorjeo de un pájaro.

—¿No quieres contarnos lo que tienes en mente, Lucía?

—¿Para qué? ¿Para que se opongan?

Mis hermanas nos observaban sorprendidas.

La abuela Clara meneó la cabeza. —Para que busquemos la

mejor manera de secundarte.

Alcé las cejas, poco dispuesta a creerle. Julia quiso hacer una pregunta y Guadalupe la silenció de un codazo.

—Si sabés lo que quiero hacer, ya sabés qué me gustaría que hagan ustedes. ¿Me vas a decir que estás de acuerdo?

—No, pero no nos dejas demasiadas alternativas.

Mis hermanas seguían la conversación como si fuera un partido de tenis, aguantando la curiosidad lo mejor que podían.

—¿Qué tiene de malo que no quiera que maten a nadie? —pregunté.

—Ninguna vida vale tu alma.

—Es tu forma de verlo, no la mía.

—¿Podrían hablar claro, por favor? —exclamó Julia impaciente.

La abuela Clara las enfrentó con su sonrisa maternal. —Lucía está dispuesta a entregarse para ser poseída, a cambio de que nadie de los que estamos acá salga lastimado ni muerto. Y ya se puso de acuerdo con el Caído para que así sea.

Mis hermanas me enfrentaron horrorizadas, pero una mirada mía bastó para que se abstuvieran de hacer comentarios. Me volví hacia la abuela Clara.

—Voy a necesitar ayuda con Lucas. Tienen que contenerlo.

—¿Tú crees que podríamos?

—Abuela…

—Está bien, podemos intentarlo.

—¡Abuela!

Rió abiertamente, un sonido cálido y amable de su boquita desdentada.

—Nuestras Cruces lo queman —dije—. Si hacen un cerco, pueden detenerlo lo suficiente.

—¿Lo suficiente para qué? —intervino Guadalupe.

—Para que yo me entregue.

—¡Claro! ¿Y después? —bufó Julia—. ¡Nos va a comer crudas!

—El después no va a ser muy largo, creo. —Miré a la abuela Clara por confirmación, ella asintió—. Y si entre veinticinco no son capaces de tener quieto a un Caído, no sé para qué carajo vinieron.

—Está lindo, acampar en el Steffen —terció Guadalupe.

Estuve a punto de mandarla al diablo, hasta que entendí. Me permití una sonrisa tensa. Era su forma de decirme que me

secundarían, y obligarían a las demás a hacer lo mismo.

—¿Por qué, Lucía? —insistió la abuela Clara, reclamando mi atención.

—Blas… Zorael me lee la mente. No del todo, pero bastante. Así que no esperes que te conteste.

Las tres se tomaron un momento para digerir el dato.

—¿Puedo contar con ustedes, entonces?

Asintieron sin entusiasmo y me puse de pie.

—Bien. Voy a buscar más café.

Apenas me había alejado un par de pasos cuando la abuela Clara habló a mis espaldas.

—Ariel y Abril hacen una linda pareja. —Giré sobre mí misma pero ella ignoró mi mirada asesina—. Alguien tiene que hacerse cargo de esta zona cuando tú no estés. Abril es la segunda hija de Almendra. Es una buena candidata.

—¿Una buena…? —repetí, y apreté los dientes.

Se caía de maduro. No sería la primera vez que el hijo de una cazadora se casaba con otra, que tomaba el lugar de su suegra cuando llegaba el momento. Y en mi caso, el momento estaba a sólo horas de distancia. Volví a darles la espalda y me alejé hacia la fogata.

La comprensión cabal de lo que se acercaba hizo que casi me volcara el café hirviendo encima. Alcé la vista y miré a mi alrededor. El bosque de coihues y cipreses, el lago, los cerros, el sol colándose entre las ramas. El calor amigo del fuego en mis manos y mi cara. El olor de la tierra, del humo de leña, de las plantas que nos rodeaban. Sentí una aguda punzada de angustia en el pecho.

¡Dios! ¿Voy a ser realmente capaz de dejar todo esto?

No tenía muchas alternativas. Si no lo hacía, lo más posible era que todo eso dejara de existir de forma rápida y violenta. ¿Y si igualmente sucedía? ¿Y si algo salía mal? ¿Y si los refuerzos en los que depositaba toda mi confianza no llegaban a tiempo? ¿Y si…? Por un instante sentí las rodillas flojas y un principio de mareo. Cerré los ojos, respiré profundo, luché por hacer a un lado el miedo. No era momento de ponerse sentimental.

—Ya sé que no sos demasiado ortodoxa, pero rezar ayuda.

Enfrenté a Guadalupe y vi la pena en sus ojos. Los míos se llenaron de lágrimas. La dejé abrazarme en silencio.

—Hoy las necesito más que nunca a vos y a Julia —le dije—. Son las únicas a las que le puedo confiar lo que más quiero en el mundo: Ariel y Lucas.

—Acá estamos, Lu. Pero no los dejes. Ellos no nos necesitan a nosotras sino a vos, ¿entendés? Viva y entera por muchos años más.

—Haremos lo posible.

Esbozó una sonrisa extraña, asintió. —Estoy orgullosa de vos.

—No me hagas llorar, estúpida.

- 2 -

Irónicamente, las horas comenzaron a eternizarse para mí, aunque tratara de mantenerme ocupada. La espera me estaba matando. A media tarde convencí a Lucas que fuera a “echar un vistazo” a Esquel con la excusa de que era el único que podía traernos información de primera mano. Me di cuenta de que se dejó convencer a pesar de sus ganas de mantenerme cerca y vigilada. Sabía que le estaba ocultando algo y que no tenía sentido discutirlo, porque estaba a la vista que yo no pensaba soltar prenda. Toda mi parentela se reunió para verlo irse. Llenaron el aire con sus exclamaciones cuando mostró su forma sutil y desplegó esas alas hermosas de luz. Al verlo alzar vuelo, aguanté el vacío en mi estómago y las ganas de llorar. ¿Volvería a verlo así? ¿O ésa era la última vez?

Julia apoyó una mano en mi hombro, la vista todavía alzada.

—La verdad, entiendo que estés tan empeñada en salvarlo —dijo.

Asentí suspirando y acepté el cigarrillo que me convidaba.

Raziel volvió mucho antes de lo que esperaba, y sus noticias sólo confirmaron lo que la abuela Clara y yo ya sabíamos. Los trabajos para liberar a la diablesa se concentraban en revivir un volcán inactivo y no había podido acercarse mucho. Toda la zona estaba rodeada por varios cercos de energía muy poderosos, lo cual indicaba que nuestra espera estaba por terminar. Esas barreras no eran todas de energía del inframundo, dijo. La exterior, que rodeaba y cubría la montaña en un radio bastante más amplio que las demás, era sin duda obra del Arcángel Uriel, y su propósito debía ser proteger el pueblo cercano y mantener la erupción bajo control. Era de suponer que el lugar ya estuviera vigilado estrechamente por un buen número de guerreros escogidos de San Miguel, aunque él era incapaz de verlos. Tantas medidas de seguridad, y la energía acumulada sobre y bajo tierra, ponían nuestros relojes en una cuenta regresiva imposible de definir, pero indudablemente corta.

La abuela Clara dispuso que cenáramos temprano y nos

fuéramos todos a dormir. Hubo propuestas de montar guardia, pero ella aseguró que no era necesario.

Después de cenar, Ariel se me acercó a avisarme que esa noche volvía a quedarse con Almendra y Abril. Apreté los dientes y traté de poner cara de ofendida. Lo abracé y me costó soltarlo. No quería dejarlo ir. Pero tampoco podía hacer una escena. Él sólo sabía que estábamos esperando "actividad demoníaca", no que era la última vez que nos veíamos.

—Tranquila, ma. Ya te prometí que no voy a tratar de hacerme el héroe —dijo, palmeándome la espalda—. Me voy a mantener a cubierto mientras dure la pelea.

—Más te vale —murmuré, tratando de sonar gruñona como se suponía que sonara.

—Y a vos más te vale que no tenga que curarte, ¿entendiste?

—Huf. Lo que me faltaba. Con la abuela Clara basta y sobra para mandonearme, ¿sabés?

Se fue a dormir riéndose de mí y sentí que se me rompía el corazón. No quería que las demás me vieran así. Les hice un gesto de despedida y traté de irme a la carpa. Pero la abuela Clara me detuvo. Dibujó una cruz en mi frente con su dedo y sonrió.

—Te vi viva, Lucía —dijo en voz baja—. No me hagas quedar mal. Que Dios te bendiga.

Llegó el segundo momento más duro de ese día interminable: me quedé a solas con Lucas por última vez.

Lo besé sin darle oportunidad de hablar y lo empecé a desvestir en silencio. Lo acaricié con suavidad, con una ternura que dolía muy profundo dentro mío. Hasta que me sujetó la cara con ambas manos y esperó a que lo enfrentara en las sombras que nos rodeaban. Encontré sus ojos llenos de ansiedad, sus labios luchando por dibujar una sonrisa en su cara tan hermosa.

—Por favor, que no sea una despedida, Lucía.

Las lágrimas que había estado aguantando todo el día me desbordaron. Le eché los brazos al cuello.

—Decime que mañana me vas a hacer el amor —susurré con voz temblorosa—. Y pasado mañana. Y el día después. Decime que me vas a abrazar hasta que me duerma y me vas a volver a abrazar cuando me despierte.

Él asentía, estrechándome con fuerza.

—Siempre, mi amor, siempre. Y te voy a hacer renegar con mis fanfarronadas, y voy a volar bajo para que te dé vértigo, y te voy a besar delante de todo el mundo para que te mueras de vergüenza. Lo que quieras, pero con una sola condición.

Logré separarme de él para tomar sus manos fuertes y delicadas en las mías.

—No voy a ser la presidenta de tu fanclub.

Pretendía hacerlo reír, aunque fuera un poco. Pero en su cara sólo encontré una mueca de tristeza.

—Con que vuelvas viva me alcanza.

Me envaré, sorprendida.

—Adivino lo que vas a hacer, y sé que no tengo manera de impedirlo. Pero si es verdad que me amás, quiero que me lo demuestres sobreviviendo. —Quise hablar y él meneó la cabeza para acallarme—. Cuando Arayda te posea, no pongas ninguna resistencia. Que tu presencia no le resulte molesta. Haga lo que haga, no intentes evitarlo ni trates de recuperar el control. No le des motivos para que te devore. Concentrate en seguir viva y conservar la consciencia de tu identidad. Es la única forma de que sobrevivas el exorcismo. Cuando llegue el momento, yo te voy a ayudar a superarlo.

Lo escuchaba boquiabierta. ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Cómo sabía tanto? ¿Cuánto sabía realmente? El volvió a acariciarme la cara, me besó los ojos. Se acostó a mi lado y me cubrió con la bolsa de dormir antes de abrazarme de nuevo.

—No te preocupes. Si me resfrío, al menos esa perra se liga una peste.

Esta vez aceptó mi intento de humor, aunque fuera tan negro.

—Mirá que un estornudo suyo puede prender fuego todo el bosque.

—¿Me alcanzás el suéter?

- 3 -

Fue el 2 de mayo del 2008 a las 3.26, hora argentina.

Se sintió como si el suelo se moviera un par de centímetros hacia el este y los retrocediera hacia el oeste. Clack-clack, un sacudón seco, breve. Pero fue suficiente. Un momento después estábamos todas fuera de nuestras carpas, armas en mano. Nadie dijo una sola palabra. Se prendieron un par de fogatas y todas se congregaron alrededor mío. Vi a Ariel a pocos pasos, pero me resistí a llamarlo. Permanecí junto a Lucas en medio de aquel círculo erizado de espadas y Cruces, todas las miradas vueltas hacia arriba y hacia el sud.

Un minuto después vimos una estrella rojiza que cruzaba sobre nuestras cabezas desde el norte. Blas se posó en la orilla del lago a diez metros de nosotros, una burbuja enorme, rojiza y opaca, tras él. Me permití admirar la disciplina de mi familia. Ninguna bajó las armas ni emitió el menor sonido al verlo, aunque percibí el temor que corrió entre ellas.

—Qué recibimiento, tantas mujeres juntas —dijo con su típica ironía, sin alzar la voz, que todas escuchamos con claridad—. ¿Vamos a hacer muy largo el trámite?

Apreté por última vez la mano de Lucas, prohibiéndome mirarlos, a él y a Ariel, y me adelanté sola. Me sorprendió un poco que todas me abrieran paso. La abuela Clara estaba en primera fila y me detuvo cuando llegué a su lado.

—Tiene a alguien encerrado en esa burbuja —susurró.

Asentí sin mirarla, entregándole mi katana. Saqué la Cruz de mi cintura, un fulgor brillante en la oscuridad del bosque.

—Creí que nos habíamos entendido —dijo Blas.

—Yo también, y jamás mencionamos rehenes.

—Una medida de seguridad. No por vos, sino por tu novio.

Se corrió un paso al costado y las paredes de la burbuja se hicieron traslúcidas. Oí el gruñido de Lucas al mismo tiempo que reconocí a Majo. Parecía desmayada o dormida, prisionera de la burbuja. Un rumor de aceros me indicó que Lucas había tratado de

adelantarse y le habían cerrado el paso.

—Julia, Lupe —llamé sin volverme.

Mis hermanas me flanquearon al instante para avanzar conmigo. Me detuve a tres pasos de Blas y señalé a Majo con la cabeza. En mi mano, la Cruz llameó y tomó su forma de espada. A su luz noté que a Blas le faltaba el brazo izquierdo, y ese lado de su cara estaba arruinado por cicatrices, el párpado cerrado y estirado hacia abajo. Me alegró ver que no había salido ileso de su último enfrentamiento con Raziel.

—Cualquiera diría que no confiás en mí —dijo.

—Te parece —repliqué con frialdad.

Intercambié una mirada con Julia y asentí. Admiré la decisión con que mis hermanas se acercaron a Blas. Él hizo desaparecer la burbuja, dejando a Majo acostada sobre las piedras frías. En el preciso instante en que Guadalupe se inclinaba sobre ella para constatar que estuviera viva, estalló un alboroto a mis espaldas. Giré con rapidez. Lucas… No, Raziel se adelantaba entre las Cruces que lo amenazaban, ignorando cómo chamuscaban su uniforme al rozarlas. Sólo se detuvo cuando puse mi hoja de luz bajo su cuello.

—Quieto, Caído —advertí con un gruñido amenazante, cargado de violencia, mirándolo a los ojos que llameaban fijos en su hija.

—Está viva —dijo Guadalupe.

—Tráiganla —ordené—. ¡Ariel! Encargate de ella.

—Sí, mamá.

Su voz sonó mucho más cerca de lo que hubiera querido en esa situación. Guadalupe y Julia pasaron a mi lado, cargando a Majo entre las dos. Raziel encontró mis ojos, furioso.

—Atrás —susurré.

La Cruz relumbró como para subrayar mi amenaza. Mis parientas se adelantaron para volver a rodearlo y él permitió que lo hicieran retroceder. Volví a enfrentar a Blas. Me tendió la única mano que le quedaba. Fui a su encuentro sintiendo que el corazón me latía con tanta fuerza que me pulsaban los dedos y las mejillas.

—La Cruz, cazadora —dijo cuando llegué a su lado.

—Por si preparaste otra sorpresa.

Soltó otra risita y cabeceó en dirección a mi familia. —¿Ningún adiós sentimental?

Si llegaba a volver la vista, me iba a venir abajo. Meneé la

cabeza. Él me rodeó la cintura con su brazo.

- 4 -

Se elevó con una rapidez que me cortó la respiración. Nos alejamos hacia el sur sobrevolando el curso medio del Manso, que traía poca agua tras el verano de sequía y calor tan intenso. Sólo un minuto después descendíamos en un islote diminuto y lleno de árboles en mitad del cauce, que en ese lugar corría entre altos acantilados coronados de alerces, sin orillas por varios kilómetros. Había elegido bien el lugar, para que yo no pudiera recibir ningún auxilio humano.

En el islote ardía una pequeña fogata y una mujer se adelantó para recibirnos: la brujita. Blas me depositó en el pasto y señaló la Cruz, todavía en mi mano. La tiré al agua sin vacilar. Si tenía tanta suerte de volver a necesitarla, mi familia me proveería otra exactamente igual. Me señaló a la chica.

—Ella te va a ayudar a prepararte. Apúrense, no tenemos mucho tiempo.

Seguí a la chica entre los árboles hasta una tienda enorme que hacía pensar en árabes nómades, oasis y camellos. Me hizo entrar y cubrió la puerta con un tapiz liviano, profusamente bordado. La tienda estaba decorada con gusto marcadamente oriental, con una multitud de almohadones de fundas muy trabajadas, alfombras gruesas, lámparas de cristal que quemaban aceite aromático, cortinados de gasa o algo similar.

La chica me indicó que me desvistiera y abrió un arcón de madera con gemas incrustadas, de donde sacó un vestido blanco y vaporoso, de falda hasta el piso, sin mangas, el corpiño adornado con bordados de plata y perlas. Volcó agua en una jofaina de porcelana blanca, me la acercó con varios paños igualmente blancos.

—¿Por qué hacés todo esto? —le pregunté mientras me desvestía y me lavaba. El agua estaba tibia, a la temperatura justa, y olía a rosas.

Mantuvo la vista baja con la excusa de estirar el vestido sobre un diván sin respaldo, alisando cada arruga. —Hubiera podido estar

en tu lugar ahora, pero vos me arrebataste la posibilidad hasta de intentarlo. Así que es un honor estar acá. Mi señor Zorael me trata bien, me recompensa siempre, y me prometió que podría asistir a la princesa Arayda.

Su acento decía más que sus palabras. Estaba violentamente enamorada de Blas, cuyas recompensas debían ser éxtasis y moretones por dosis iguales. Y servir a Arayda no le importaba si era el precio de seguir cerca de él, aunque debía odiarla en secreto. Me ayudó a ponerme el vestido, que parecía hecho a medida para mí, y se puso a cepillarme el pelo mientras yo me peleaba con los mil cordones del corpiño.

En ese momento entró Blas a paso rápido.

—¿Listas? Ya vienen.

Me sorprendió la ansiedad en su voz, siempre controlada y burlona. La chica salió apresurada y él se acercó a mí sonriendo de costado. Su garra se deslizó con inesperada suavidad por mi cara.

—No hagas tonterías, cazadora. Sería una pena que lo arruinemos todo ahora.

Por suerte mi miedo se acordó de saltarme al cuello y no alcancé siquiera a pensar lo que hubiera querido contestarle. Me tomó de la mano y me condujo hasta el diván.

—Esperá acá y no te asustes mucho, porque son feos en serio.

Salió. Me quedé ahí sentada, sola, las manos cruzadas con tanta fuerza que se me entumecieron, temblando de pies a cabeza. Me pregunté por mi hijo, por Lucas, por mi familia, aunque eso aumentaba mi angustia. Cualquier cosa con tal de no pensar nada que pudiera ponerlo en guardia. Se me ocurrió rezar, como dijera Guadalupe, pero las oraciones se me atragantaban.

Una ráfaga ardiente golpeó la tienda y el aire se llenó de un olor insoportable a azufre. El hedor me provocó una arcada. Algo grande e ígneo se acercó a la tienda. Blas apartó el tapiz de la entrada y lo precedió hacia mí. Era…

En general se describe a los archidemonios como monstruos antropomórficos espeluznantes, con ojos de fuego, garras engarfiadas, cuernos retorcidos, colmillos de jabalí, más de dos metros de altura, y el ancho y el porte de un pilar de los All Black. Una descripción acertada, según pude comprobar. Pero que omitía el contexto que escapaba a lo visual. Todo él era un torbellino de

muerte, maldad y oscuridad. El aura horripilante de Blas era límpida por comparación. Entre sus garras sostenía con mucho cuidado una esfera, del tamaño de una pelota de fútbol. Parecía cubierta de barro seco, y a través de las grietas se escapaban fulgores de un fuego claro que ardía en su interior. No necesité preguntar qué era.

El archidemonio se detuvo a observarme con mirada crítica, y algo que en virtud de la cordura llamaré mueca escéptica. Blas lo invitó a acercarse más, con un gesto de respeto pero no de sumisión. Era evidente que no le debía obediencia. La bestia volvió a avanzar hacia mí. Blas apareció de la nada a mis espaldas y su garra se cerró en mi hombro cuando hice un gesto instintivo de echarme hacia atrás.

—Más te vale que sirva, Caído —gruñó el demonio—. Nos vienen siguiendo los pasos y no hay tiempo para segundos intentos.

—Toda tuya —replicó Blas con frialdad.

Entonces sentí como si tiraran de mi cara y mis ojos quedaron atrapados por las brasas en los del demonio. Todo lo demás se desdibujó a mi alrededor hasta que sentí el fuego en el pecho. Abrí la boca en un vano intento por llenar los pulmones que ardían. Blas me sostuvo con firmeza. El demonio inclinado hacia mí se borroneó mientras yo seguía boqueando, mis manos contra la garganta. El diván desapareció bajo mi cuerpo y todo se oscureció.

X - El Cielo No Basta

La Cadena Maldita

- 1 -

Majo estaba bien, Blas sólo la había dejado inconsciente. Ariel y una de sus tías, que era médica, se cercioraron de que no estuviera lastimada y aseguraron que no corría ningún peligro. Pero teníamos que sacarla de ahí. Dos cazadoras se ofrecieron a llevarla en mi auto. Troqué el desmayo de mi hija por un sueño profundo, del que no despertaría hasta la mañana, y mandé a Ariel con ellas. La excusa era evitar que se perdieran buscando mi casa. Él se dio cuenta de que lo quería alejar de una posible batalla, pero aceptó la promesa de que podía regresar. Iban a tardar al menos tres horas en ir y volver. Y yo sabía que para entonces todo se habría resuelto.

Apenas estuvieron en camino, busqué a Julia. Ella y su hermana Guadalupe conferenciaban con su abuela Clara y un par más de mujeres mayores. Sus expresiones al enfrentarme no dejaban dudas sobre qué estaban discutiendo. A una seña de Clara, volví a tener a todas las cazadoras rodeándome con sus Cruces y sus espadas.

—Si vas, no regresarás —se me anticipó—. Y el sacrificio de Lucía será en vano.

—No pretenderán que me quede de brazos cruzados —repliqué—. Tengo que encontrarla antes de que sea demasiado tarde, antes de que se sacrifique realmente.

—¿Todavía está viva? —inquirió Guadalupe sorprendida.

—¡Claro que está viva! —No hice el menor esfuerzo por controlarme—. Pero no sé cuánto va a aguantar compartiendo cuerpo con esa diablesa. ¡Por eso tengo que encontrarla antes!

—Y hacerte matar al pedo, tratando de salvarla. Qué poético —se mofó Julia.

—¡Mujeres ignorantes! ¿Qué saben de estas cosas? —Me di cuenta que estaba gritando porque todas retrocedieron un paso y alzaron sus Cruces—. ¡Apártense!

—Si la amas realmente, respetarás su decisión —dijo Clara sin

inmutarse.

Los sentí al mismo tiempo que una de las mujeres gimió. Alcé la vista hacia el sud. Sí, se acercaban. En cuestión de minutos Arayda habría poseído a Lucía, y yo seguía perdiendo el tiempo.

La mujer ahogó un grito. —¡Son horribles, horribles! —gimió.

Clara dejó que alguien consolara a la mujer y sostuvo mi mirada sin pestañear. Supe que no iba a dar el brazo a torcer. Evalué mis posibilidades de alzar vuelo antes de que me quemaran vivo con sus Cruces. Podía lograrlo, pero llegar herido o debilitado era peor que no ir.

—¿Viste mi muerte? —le pregunté a quemarropa.

—Vi tu alma sutil arder en un fuego infernal.

—Pero no me viste muerto.

—¿Hay alguna diferencia?

La habría sacudido gustoso. Conseguí dominarme, aunque no mucho.

—¡Claro que hay diferencia! ¡Una cosa es desprenderme de mi parte sutil y otra morirme! ¡Puedo perder lo que queda de ángel en mí y seguir vivo como humano!

Julia bajó su Cruz y se adelantó, mirándome de lleno a los ojos.

—¿Y vos harías eso por ella? —preguntó muy seria—. ¿Renunciarías a tu esencia angélica, a toda posibilidad de ascender y recuperar tu lugar? ¿Por salvar a Lucía?

—¿Quién de ustedes se considera amiga personal de Lucía? —Mi cambio de flanco las sorprendió. Se miraron, murmuraron, pero nadie dijo esta boca es mía—. Y sin embargo acá están, dispuestas a dar su vida por defenderla, ¿no? Entonces, ¡por Dios! ¿Cómo no lo haría yo, que soy su compañero?

Volvieron a mirarse, varias bajaron sus Cruces. Julia seguía con los ojos clavados en mí. Se hizo una pausa breve y tensa.

—¿Y cómo crees que se sentiría Lucía si hicieras algo así? —terció Clara.

—*¿¡Te pensás que me importa!?* —exclamé, fuera de mí—. ¡Lo que me importa es que siga viva como para sentir algo!

Un gesto de Julia acalló a Clara cuando quiso replicar. Apoyó una mano en mi pecho y asintió.

—Déjenlo ir —dijo alzando la voz.

Le lanzó una mirada perentoria a Clara, que suspiró meneando

la cabeza. A un gesto suyo, todas bajaron las Cruces. Julia me enfrentó con una sonrisa tensa.

—Que Dios te bendiga, Raziel. Y que te permita traerla de vuelta.

Puse mi mano en su cabeza con gratitud. Al instante siguiente estaba en el aire. Pero no llegué muy lejos. Ya fuera un típico gesto de despedida de Blas o una orden de los guardianes de Arayda, una docena de demonios destructores volaba a toda velocidad hacia el campamento.

- 2 -

Les salí al cruce y derribé a dos o tres antes de que los restantes siguieran su camino, dejándome atrás. Tuve que ir tras ellos, porque las cazadoras no podían hacer nada contra criaturas tan poderosas. Permití que mi apremio y mi angustia se transformaran en furia, dejándola fluir para aprovechar la fuerza que me daba. Allá abajo, entre las fogatas encendidas, vi que las cazadoras se preparaban para dar una batalla que ya tenían perdida.

El viento en mis oídos moduló un sonido que me sorprendió comprender.

—*Estamos cerca, Raziel.*

Reconocí con un escalofrío la voz de Yael, mi antiguo hermano de armas. Me apresuré tras los demonios, sin detenerme a darle la importancia debida a que era la primera vez desde que cayera que uno de ellos se comunicaba conmigo. Había asuntos más urgentes. Si Yael y los demás estaban en camino, a distancia suficiente para que yo lo escuchara, significaba que las cazadoras sólo necesitaban resistir uno o dos minutos. Alcancé al destructor que iba en retaguardia y lo ataqué. Al mismo tiempo me concentré en Julia, la única que podía esperar que me oyera.

—Hagan un escudo. Junten sus Cruces y recen el Padre Nuestro —le indiqué en silencio.

Sentí su sobresalto, pero tuve que devolver mi atención al demonio que enfrentaba. Era más duro que los anteriores, me estaba retrasando. Vencerlo me costó un par de heridas superficiales, nada de cuidado. Me lancé en picado en el preciso momento en que los destructores restantes formaban un círculo en el aire sobre el campamento. Del grupo oscuro que eran las cazadoras en tierra surgió una luz muy tenue que empezó a extenderse en derredor. Me tragué una maldición: el escudo no iba a ser suficiente. El miedo al ver a esos demonios voladores minaba su determinación. No tenía tiempo de tratar de comunicarle a Julia que los refuerzos ya estaban en camino. Ataqué a un demonio para distraerlo, lo herí de gravedad. Busqué al más cercano mientras los

demás atacaban el débil escudo que protegía a la familia de Lucía. Tampoco tenía tiempo de hacer un sello para cubrirlas. Me dejé caer por debajo de los demonios hasta las copas de los árboles y extendí los brazos, expandiendo mi aura cuanto pude. Los rayos de los demonios la atravesaron, pero llegaron al escudo de luz sin fuerza suficiente para dañar a las cazadoras.

Sentí la mordida de la debilidad. Me estaba exigiendo demasiado y no podía alcanzar mi límite tan pronto: todavía quedaba lo más difícil. Entonces vi las estelas luminosas que se acercaban. Los demonios también las vieron, y se olvidaron de las cazadoras para enfrentar a sus perseguidores. Me permití un momento para recuperar el aliento, antes de alejarme hacia el sud a toda la velocidad que mis alas y mis heridas me permitían.

Allá adelante, en medio del río, hubo una explosión de energía que no tardó en alcanzarme, aturdiéndome. La angustia amenazó con ganarme: Arayda había despertado. Su aura era todavía débil, aunque lo bastante vívida para guiarme a su origen. Y junto con su energía, percibí la de sus acompañantes. *¡Mierda! ¡No creo que pueda hacer nada!* Eran los demonios más fuertes que hubiera encontrado en toda mi existencia. Me resultaría imposible enfrentarlos solo.

Ahí estaban, en un islote minúsculo. Descendí en esa dirección con la decisión tomada. Necesitaba estar cerca de Lucía cuando Miguel llegara a destruir a Arayda. Y si no tenía esperanzas de lograrlo combatiendo, tenía otras maneras. Siempre podía confiar en el retorcido sentido del humor de Blas.

Vi a los demonios salir de una tienda blanca bajo los árboles. Su aura parecía suficiente para envenenar el aire en kilómetros a la redonda. No creía que ninguno tan poderoso se hubiera asomado sobre la tierra desde el último apocalipsis frustrado.

La energía de Arayda seguía siendo débil. Blas estaba con ella. No había rastros de Lucía, pero me obligué a dominar mi miedo por ella. Oculté mi aura al descender entre los árboles. Estaba seguro de que habían percibido mi rastro, de modo que ahora me darían caza hasta encontrarme. Perfecto. Que perdieran tiempo jugaba a nuestro favor. Me propuse estirar la cacería cuanto pudiera.

No contaba con lo reducido del islote y no podía abandonarlo, porque se me echarían todos encima apenas abriera las alas. Me destrozarían y yo necesitaba seguir vivo, al menos un rato más.

Demoré la captura cuanto pude, mientras desde la tienda llegaban oleadas de energía cada vez más intensas: Blas y su amada estaban celebrando el reencuentro, y la naturaleza de Arayda la ayudaba a recuperar fuerzas a través del placer. Su aura era perturbadora, me mareaba, y me dejé atrapar como un estúpido. Reconocí al demonio que me derribó y me redujo a la inmovilidad: Tespiah, jefe torturador del inframundo, experto en la creación de Condenados. No me resistí a que me arrojara al suelo boca abajo y me aplastara la espalda con un pie que recordaba a una pezuña.

En un momento estaba rodeado por otros seis demonios de jerarquía similar. Se demoraron discutiendo si yo era o no un exorcista, hasta que una nueva presencia los redujo al silencio. Era algo pavoroso, y si hubiera estado en mi forma humana, me habría desmayado de puro espanto. Una garra ardiente me aferró el pelo y me levantó la cabeza, obligándome a enfrentar a Ragaesh, lugarteniente reconocido de la Ira. Sus fauces se torcieron en una mueca al observarme y me soltó con una risotada sarcástica.

—Éste no es un exorcista, estúpidos —se carcajeó—Es un Caído.

—Pero el uniforme…

—Y su aura…

—¿No es una avanzada de los que venían detrás nuestro?

—¡Silencio! —Los árboles se estremecieron hasta las raíces con su vozarrón—. Átenlo afuera de la tienda con la cadena de Tespiah. Apenas ese perro dé un respiro a la princesa, se lo ofreceremos.

Así que Blas era “ese perro”. Comprensible: Arayda debía situarlo por encima de todos ellos, que se veían obligados a mostrar respeto por un ser que para ellos estaba por debajo de la criatura más despreciable. Igual que yo.

Me llevaron a golpes y patadas hasta la tienda, amenazándome todo el tiempo con sus puñales. Me cuidé de no darles motivo para usarlos. Estaban forjados con un poder tal que un solo rasguño de cualquiera de esas hojas me habría herido de muerte. Me obligaron a arrodillarme entre dos maitenes a pocos pasos de la tienda y vi que Tespiah desenrollaba una cadena que llevaba en torno a su cintura. Bueno, si eso era todo lo que pensaban usar, tenía una buena chance de liberarme sin demasiado esfuerzo cuando llegara el momento propicio.

Supe que algo iba mal apenas ese hierro me tocó. Me paralizó de

pies a cabeza. Enroscaron esa cadena maldita en torno a mi cuerpo varias veces, apretándome los brazos tras la espalda, y ataron sus extremos a los árboles que me flanqueaban. Se alejaron sin molestarse en volver a mirarme y entendí que no se preocuparan por la posibilidad de que escapara, porque sólo un minuto después me costaba mantenerme consciente. Era como si la cadena absorbiera mi energía sin prisa ni pausa. Por primera vez sentí dolor por las heridas en mi cuerpo sutil. Me debilitaba segundo a segundo. Maldije a Tespiah, a Ragaesh, a todo el inframundo. Traté de concentrarme en no perder el sentido.

- 3 -

Blas salió de la tienda con una sonrisita satisfecha que iba a la perfección con los destellos de su aura sucia. Me vio y se volvió interrogante hacia Ragaesh, que lo instó a acercarse adonde yo permanecía erguido sólo porque la cadena me sostenía.

—Mirá quién vino al baile —fue su saludo, inclinándose hacia mí—. Siempre tan oportuno, exorcista. Vas a ser el postre. Todo un honor, considerando tu estatus. No me lo voy a perder por nada del mundo: tu novia cortándote en pedacitos. Se entiende muy bien con mi señora, ¿sabías? —Enfrentó a Ragaesh, todavía sonriendo—. No lo mencionen delante de mi señora. Yo les voy a decir cuándo entregárselo.

A través del dolor y la fatiga que me abrumaban, tuve el gusto de ver que Ragaesh se tragaba su odio e inclinaba la cabeza ante Blas. De haberse atrevido, lo habría servido a él de postre antes que a mí. Pero tenía miedo de los Generales, en especial la madre de Arayda.

Blas regresó hacia la tienda y se detuvo en la entrada a esperar a alguien que se acercaba con una bandeja. No me sorprendió reconocer a su sierva, la chica que Lucía había sellado a principios de octubre. Sólo sentí lástima por ella, sabiendo que en semejante compañía no le quedaba mucho de vida.

Los demonios se separaron sin ocultar la inquietud que los agitaba. Unos montaban guardia en tierra, otros en el aire sobre el islote. Esperaban que Yael y los otros los atacaran en cualquier momento. Eran lo bastante poderosos para derrotarlos a pesar de su inferioridad numérica, pero el enfrentamiento atraería a todos los exorcistas que hubiera en cientos de kilómetros a la redonda, y finalmente a Miguel, que todavía debía estar ocupado en la batalla del volcán.

Me sumí en un estado fluctuante de inconsciencia que no combatí. Estaba seguro de que tenía que reservar mis escasas fuerzas para un momento que no demoraría en presentarse. Poco después oí un alboroto en la tienda. Desde el interior brotó una

explosión de furia de Arayda que me golpeó, atontándome aún más, seguida por otra de dolor y pánico de la chica. Su impulso vital se agotó retorcido de miedo.

Escuché a Arayda llamando a Ragaesh. El poder que vibraba en su llamada me asustó: se estaba recuperando demasiado aprisa. Ragaesh compareció en la tienda de inmediato. Un momento después amagó a salir arrastrando el cadáver de la chica y se detuvo a responder alguna pregunta. El desaliento me ganó. De no mediar un imprevisto, muy pronto la diablesa estaría en condiciones de venir por mí. Y cuando me devorara, el único capaz de detenerla sería el propio Miguel, pues ella tendría la fuerza necesaria para barrer con un simple gesto de su mano a todos los exorcistas que se atrevieran a hacerle frente.

Al mismo tiempo, en el aire, un choque de energía reverberó en todo el islote, sacudiéndome. Conseguí alzar la vista: Tespiah y otros tres demonios combatían contra una veintena de exorcistas liderados por Yael. No era capaz de ver a mis antiguos hermanos, pero sí a los demonios, y los destellos que originaba el enfrentamiento. Sentí una punzada de dolor cuando varios exorcistas fueron abatidos, no logré alegrarme al ver caer a uno de los demonios. Adiviné más que percibir la llegada de los refuerzos. Miguel debía estar cerca. Intenté experimentar alguna clase de alivio por esa certeza.

Los demás demonios que aguardaban en tierra se dividieron. Unos se elevaron para tomar parte en el combate, otros corrieron hacia la tienda. Sus voces se alzaron clamorosas y un nuevo estallido de furia de la diablesa me sacudió como un latigazo. *¡Por Dios, Miguel! ¡Date prisa!* Blas apareció en la entrada de la tienda. Salió con la vista alzada hacia el cielo, donde se juntaban nubarrones oscuros y el combate proseguía. Levantó vuelo, esquivando con habilidad el cerco de exorcistas en plena pelea.

Me retorcí de dolor. No sabía qué estaba pasando en la tienda, pero la energía que se esparcía en derredor desde ahí era una furia ardiente que lo arrollaba todo a su paso, lacerándome como mil cuchillos de fuego. Y de pronto cesó. Quedé colgando de la cadena, incapaz de sostenerme por mí mismo, agonizante. Siguió una pausa eterna. Allá arriba los demonios estaban siendo eliminados pero ya no me importaba. La escasa consciencia que me restaba indicaba

que no había ningún rastro de Arayda en el islote. Tal vez había escapado. O tal vez su furia había destrozado el cuerpo de Lucía.

La mera idea me arrancó un gemido ronco.

¿Qué me importaban las visiones de Clara? ¿Qué importaba si Miguel y su hueste ganaban la batalla? ¿Qué importaba nada, si Lucía estaba muerta? Arder en el infierno iba a ser sólo un alivio a aquella tortura.

No escuché los pasos que se acercaban vacilantes hasta que vi los pies frente a mí. Me obligué a alzar la cabeza y me quedé sin aliento. Ahí estaba. Viva. Ilesa. Ese cuerpo que yo ansiaba estrechar, cubierto con un vestido blanco que la cubría hasta el suelo, desnudos los brazos cálidos y gentiles, suelto el pelo oscuro. Entonces me miró, y sentí que un abismo sin fondo se tragaba mi alma.

No era Lucía.

No había rastros de mi compañera en el cuerpo de mujer que avanzó casi tambaleante hacia mí. Su aura era una pesadilla de furia y hambre devoradora. Sus ojos de fuego ardieron al verme.

Lucía ya no estaba ahí. La que me enfrentaba con una sonrisa feroz era Arayda.

Me aferró el pelo, obligándome a sostener su mirada detestable. En la otra mano empuñaba una hoja infernal.

Me iba a matar, iba a absorber mi energía, me iba a consumir en su fuego tal como Clara predijera. No me importaba. Casi estaba agradecido, porque tal vez en ese fuego encontraría algún rastro de Lucía.

Pronuncié su nombre con mis últimas fuerzas. Pronto me reuniría con ella en el mar de llamas malditas que era el alma de Arayda.

Entonces algo cambió en sus ojos.

El fuego se extinguió y por un instante volvieron a ser azules como el cielo de verano.

Alzó la hoja para matarme. El dolor que sobrevino abrió el infierno a mis pies.

El Corazón de Arayda

- 1 -

Abrí los ojos y vi que estaba caída en el centro de la habitación de fuego. Miré a todos lados desesperada: no había ninguna salida. Tenía que hallarla, inventarla si era preciso. Me moví con cuidado infinito, con sigilo y suavidad. Era yo, era Lucía Márquez, y tenía que seguir siéndolo un rato más. No quería llamar la atención. Pero necesitaba ver, saber qué estaba pasando ahí afuera. Fui hasta una pared y hundí la mano en el fuego. Las llamas se agitaron hacia mí y retrocedí asustada, viéndolas cobrar la forma de una cara que me sonreía. La voz sonó retumbante, poderosa, ensordecedora.

—¿Te despertaste, pequeña? Zorael me aseguró que te portarías bien. Veamos si es cierto. Mientras lo hagas, seguirás existiendo.

Las llamas formaron una ola gigantesca que cayó sobre mí, cubriéndome. Me hice un ovillo aterrorizada, hasta que sentí el peso aplastante.

—No luches, pequeña. Todavía me eres útil.

El peso era fuego. Me cubría, me envolvía, me traspasaba, quemándome a su paso. Realmente Blas había sido mucho más gentil. Y junto con el dolor insoportable, enloquecedor, empecé a percibir fogonazos de luz, y sensaciones, y… Traté de no debatirme, de aguantar sin poner resistencia. ¿Estaba percibiendo pensamientos? Si hubiera estado respirando, me habría quedado sin aliento. Sabía que todo lo que percibía de mí misma no tenía nada que ver con mi cuerpo, pero luché por hacer el equivalente a relajarme, permitir que el fuego siguiera atravesándome, aguantar el dolor. Era agotador.

Debo haberlo conseguido, porque de pronto fue como si hubiera abierto los ojos, aunque todo se veía distorsionado y cubierto por un velo ardiente. Tuve la percepción inequívoca de movimiento. A través del dolor, comprendí que mi cuerpo se estaba moviendo. Era como si el fuego que era la esencia de la diablesa me mantuviera

aplastada contra la pared trasera de mi consciencia, mi cerebro o lo que fuera. Estaba embutida adentro de un traje junto con otra persona, que lo manejaba. Y ese traje era mi cuerpo.

El dolor quemante recedió un poco, o empecé a habituarme, no lo sé.

Oí voces. Seguía sentada en el diván y ahora el archidemonio estaba inclinado ante mí, o sea ante Arayda, una rodilla hincada y la cabeza cornuda gacha. Blas estaba a mi derecha, a la derecha de Arayda. Todo apestaba a azufre. Era una suerte que mi estómago ya no me perteneciera.

—Van a llegar en cualquier momento, Alteza —decía el archidemonio—. Lo mejor sería buscar refugio.

Arayda miró a Blas, que asintió y se dirigió a la entrada de la tienda. Se apartó para dejar pasar a más bestias espeluznantes y malolientes. El fuego que me envolvía se agitó un momento de forma distinta.

—Sí, apestan —retumbó la voz de la diablesa dondequiera que yo estuviera.

El archidemonio se incorporó y se hizo a un costado sin alzar la cabeza, dando lugar a sus primos, y pronto había una docena de pesadillas dantescas hincando su rodilla ante el diván.

—Estamos a tus órdenes, Alteza —dijo uno con su vozarrón áspero.

—Es un honor ponernos de nuevo a tu servicio —dijo otro.

—Tú pérdida nos llenó de dolor y tu regreso nos llena de gozo.

—Nuestras vidas te pertenecen.

Me di cuenta de que Arayda los conocía a todos y los escuchaba con reticencia. Sentí curiosidad.

Malditos traidores.

El pensamiento me tomó desprevenida. ¿Por qué se me había ocurrido? Mientras el resto de los demonios la saludaba con frases similares, caí en la cuenta de que yo no había pensado nada. Había sido ella, Arayda. Estaba enojada con su séquito de calamidades infernales. No decidí tentar mi suerte, sino que actué por impulso, como cualquiera que ya no tiene un cerebro propio para evaluar situaciones y riesgos.

—¿Te traicionaron?

Mi vista se nubló un instante y tuve un pantallazo de otra cosa.

Fuego, resplandores rutilantes, una lluvia de rocas incandescentes. Y demonios huyendo. Los mismos que ahora tenía delante. Así que habían estado en la batalla en que San Miguel la sellara. Y habían escapado, dejándola sola.

—Conoces mi historia.

La voz ya no resultaba tan retumbante y el dolor ardiente seguía menguando. Asentí, sintiendo el asomo de furia que le provocaba ese recuerdo.

El archidemonio inclinó aún más la cabeza antes de hablar.

—Mi señora, deberíamos irnos de inmediato.

Arayda se volvió hacia Blas. Me sorprendió descubrir que confiaba más en él que en los de su propia especie.

—Él está aquí por amor a mí, no porque se lo ordenaron, como los demás.

También me sorprendía que la diablesa se tomara el trabajo de darme tantas explicaciones, pero bienvenidas fueran. Las imágenes eran cada vez más nítidas, o tal vez me estaba acostumbrando a ver a través de sus ojos, que eran los míos, pero que ya no eran míos. Me di cuenta de que mi terror original se había reducido a un leve temor. Me estaba dejando absorber por completo por la experiencia que estaba teniendo.

Blas asintió con una sonrisa de entendimiento con su amada, que me transmitió el placer que le causaba su complicidad. Mandarían al choque a este atajo de cobardes traicioneros y escaparían juntos. Sí, era lo justo. Tuve una sensación curiosa, como si me hubieran palmeado la cabeza en señal de aprobación.

—Todavía no estoy en condiciones de ir a ningún lado —respondió Arayda con autoridad majestuosa—. Necesito alimentarme. Salgan y monten guardia.

Agitó apenas una mano y todos esos demonios, tan poderosos que cualquiera de ellos hubiera podido arruinar medio planeta, se apresuraron a asentir y se retiraron. Entonces Arayda le tendió la mano a Blas, que se apresuró a tomarla y besarla.

Sentí una explosión de placer y otra de deseo, tan intensas que me aturdieron. Arayda se permitía disfrutar ese momento de reencuentro con su amante, y quería disfrutarlo mucho más antes de ocuparse de cualquier otra cosa. Todo en ella parecía manifestarse en explosiones: furia, deseo, placer. No parecía haber

emociones intermedias ni distintos niveles en lo que sentía. Todo era un estallido arrollador.

Blas se sentó junto a ella en el diván, todavía sosteniendo su mano, y esperó con el ojo sano brillante de expectativa. La mano libre de Arayda acarició el ojo arruinado.

—Pronto sanaremos estas heridas —murmuró.

Lo instó a inclinarse hacia ella. El terror estuvo a punto de matarme cuando se besaron, las llamas que me envolvían crepitando como una tormenta de fuego, el placer y el deseo explotando a mi alrededor como un bombardeo. De pronto sentí un temblor, todo a mi alrededor se sacudía y las llamas destellaron. La escuché reír y esperé el estallido correspondiente, que no se hizo esperar. No sé cómo sobreviví. Blas se mostró sorprendido.

—La pequeña tiene miedo —rió Arayda, y entendí que hablaba de mí—. Todavía no está preparada para nosotros. Tal vez si le permito sentir un poco… ¿Qué piensas? Podría ser divertido.

—Preferiría que este momento de intimidad fuera realmente íntimo. Pero si es lo que mi señora desea, así será.

Trataba de adivinar a qué se referían cuando todo a mi alrededor se volvió negro y frío. Estaba encerrada en un cubo de piedra, sin contacto con el exterior. Palpé las paredes que me confinaban. Imposible salir. Terminé de comprender lo que pasaba y de alguna forma me sentí agradecida. Definitivamente no me interesaba experimentar a esos dos demonios de lujuria pasando un rato juntos. Me senté en un rincón de mi prisión a esperar que terminaran. No me atrevía a pensarlo, aunque deseaba con todas mis fuerzas que su erotismo los tuviera entretenidos un buen rato. Al fin y al cabo, ahí no se estaba tan mal.

- 2 -

Me sobresalté, como si me hubiera adormecido. ¿Dónde estaba? ¿Esos imbéciles todavía no terminaban de abrirme camino en la montaña? Los iba a hacer azotar por un par de siglos, a ver si aprendían el concepto de rapidez. Pero no, ésta no era la prisión donde me habían encerrado. Ésta ni siquiera era yo. ¿Qué era este núcleo de consciencia en el que me había convertido?

Una corriente de dolor me recorrió, ardiente, desgarradora.

Soy Lucía.

Comprenderlo me asustó.

Soy Lucía Márquez.

Cazadora.

Madre de Ariel.

Compañera de…

El fuego se alzó rugiendo y atravesó la piedra que me confinaba, volvió a caerme encima, me envolvió, me ahogó.

Soy Lucía.

Si hubiera tenido garganta, habría aullado de dolor.

¡Soy Lucía!

De pronto volvía a estar embutida en el traje de fuego, retorciéndome de dolor.

Soy yo. Soy Lucía.

Una oleada especialmente agónica me abrumó y anuló toda percepción.

—Eres yo, pequeña. Y yo soy tú. Eres Arayda.

La voz me aturdió como si me golpeara a mazazos.

—Eres Arayda —repitió.

Arayda. Sí, la diablesa amante de Blas. La que tenía mi cuerpo. La que hasta entonces no me había hecho daño en tanto no me resistiera. Me obligué a relajarme cuanto pudiera. El fuego quemaba menos, el dolor menguaba. Me alcanzó una oleada de satisfacción, que sin previo aviso fue magnificándose hasta ser un paroxismo de placer sensual. Me sumergí en esa sensación, la dejé colmarme y llevarse lo que quedaba de dolor. Sí, se estaba mejor así. Siendo

Arayda.

Entonces volví a ver, todavía flotando en ese placer. Arayda estaba recostada en el diván y Blas besaba con absoluta devoción sus dedos, que eran también mis dedos.

—Por favor decime que ya tuvieron sexo —murmuré.

La carcajada de Arayda desconcertó a Blas. Ella liberó su mano para acariciarle la cara, siempre riendo. El estallido de fuego de su risa me zarandeó como un vendaval, pero ya sin hacerme daño.

—Elegiste bien, querido mío —dijo.

Otra vez fue como si me palmearan la cabeza. De haber sido perro, habría movido la cola. La alegría de Arayda se sentía bien.

Blas le besó la mano por última vez y salió de la tienda.

Poco después se apartó el tapiz que cubría la entrada y volvió Blas seguido por la brujita, con una bandeja de carne asada que olía como los dioses. Los ojos de la brujita siguieron a Blas un instante, mientras él regresaba junto a Arayda, y se desviaron hacia la alfombra que cubría el suelo, los dientes apretados. Verla siempre me crispaba. Ya no tenía nervios a cargo para que se crisparan, pero Arayda se dio cuenta de que me pasaba algo. Recordé para ella cuando la viera entregarse a Blas, la noche que la había sellado, y sus palabras esa misma noche. Arayda le indicó que se acercara y husmeó la fuente. Si hubiera tenido boca, se me habría hecho agua.

—Es lo que este cuerpo necesita, mi señora —explicó Blas, con ese acento devoto y grave que usaba sólo con ella—. Apenas repongas un poco tu fuerza, vas a poder alimentarte acorde a tus gustos.

Cómo saboreé esa carne asada, aunque estaba cocida sólo lo necesario para que no mugiera al pincharla. A Arayda también pareció gustarle, y la comió a grandes bocados. Tuve que decirle que la masticara un poco más para que no se nos atragantara o nos cayera pesada. Se detuvo un momento a considerarlo y me hizo caso. El vino también era excelente. Le avisé que anduviera con cuidado para que no se nos subiera a la cabeza. Lo único que nos faltaba era emborracharnos.

Hizo que la brujita se quedara mientras comíamos. La chica permaneció de pie a un costado, atreviéndose a apartar la vista de sus pies de tanto en tanto para dedicarle una mirada fugaz a Blas,

que ni se acordaba que existía.

—¿Quién es? —preguntó Arayda.

Blas le dedicó su sonrisa más seductora. —Tu sierva, mi señora. Me sirvió bien mientras preparaba tu regreso, y ahora sólo desea servirte.

—Hum —murmuré, escéptica.

La chica se adelantó para inclinarse ante Arayda.

—Bienvenida, Alteza, mi nombre es…

Sentí la furia de Arayda al mismo tiempo que su mano impactaba de revés en la cara de la chica, tirándola con brutalidad al suelo.

—No te ordené que hablaras, perra.

Ella alzó la vista llorosa hacia Blas, que observaba la escena con indiferencia. Su reacción enfureció aún más a Arayda. Apartó la bandeja de un golpe, arrojando la carne y el vino sobre la alfombra, y estiró su mano, aferrando el pelo de la chica. De un tirón la atrajo hasta el diván. La chica la enfrentó con los ojos dilatados por el miedo, cuatro trazos rojizos cruzando su mejilla, como quemaduras. Adiviné el impulso que ganaba a Arayda al contemplarla: era hambre, un hambre feroz.

—Ni se te ocurra —advertí—. En mi vida comí carne cruda y nos vamos a descomponer.

Un estallido de risa destelló a través de su furia.

—No pretenderás que me haga vegetariana.

—Mejor vamos de a poco.

—¿Mi señora? —terció Blas, que no alcanzara a entender sus palabras.

Arayda meneó la cabeza sin apartar su atención de la chica y dejó fluir su furia. Eso hizo que el fuego a mi alrededor crepitara y se alzara para concentrarse en torno a sus ojos. Me quedé sin aliento al ver que la chica se revolvía desesperada, tratando de zafarse mientras su cara enrojecía y se llenaba de ampollas. Tuvo suerte de que el corazón le fallara pronto. Arayda la soltó con un bufido.

—Perra engreída —gruñó, y alzó la vista hacia la entrada de la tienda. *¡Ragaesh!*, restalló su mente, todavía furiosa.

- 3 -

El archidemonio apareció como por arte de magia e hizo una reverencia ante ella. Arayda señaló el cadáver de la chica. La bestia se apresuró a agarrarlo por el tobillo y llevárselo a rastras.

—¿Qué novedades hay? —le preguntó Blas antes de que saliera.

El otro se detuvo con una pata ya afuera. Se tomó todo un segundo para tragarse la furia de que el Caído se dirigiera de esa forma a alguien de su jerarquía, y consiguió enfrentarlo sin que le supurara demasiado odio por todos los poros. Arayda encontró placer en su humillación. Yo también.

—Estamos dando cuenta de una avanzada. Los vamos a derrotar, pero no nos queda mucho tiempo. El grueso de sus fuerzas nos va a caer encima pronto.

—Obvio. Somos fáciles de encontrar, con esas auras roñosas como balizas —dije—. Hasta yo podría seguirles el rastro a kilómetros de distancia.

Ragaesh estaba por sacar su otra pata apestosa de la tienda cuando uno de los demonios entró en tromba para caer de rodillas ante el diván. Tras él se agolparon otros dos, agitados y asustados.

—¡Están sobre nosotros, mi señora! ¡Tenemos que huir!

—¡Tespiah y los otros están por ser abatidos!

—¡Por favor, señora! ¡Tenemos que ponerte a salvo!

Me hice eco de la furia de Arayda. Atajo de inútiles y cobardes. Sentí su ira llamear a mi alrededor sin dañarme. La comprendía a la perfección y estaba completamente de acuerdo con ella. Sólo les interesaba salvar sus propios culos sulfurosos. Si las cosas iban mal, no iban a vacilar en volver a traicionarla.

Arayda se incorporó con gesto brusco y se acercó a ellos. Todos agacharon la cabeza hasta tocar la alfombra con sus cuernos.

Blas esquivó al séquito tembloroso y salió. Él evaluaría la situación con acierto y sabría qué nos convenía hacer. Uno de los demonios adelantó una garra hacia los pies de Arayda. Tuve que luchar para no consumirme en la llamarada que se alzó a mi alrededor, un torbellino de furor descontrolado. Era un fuego

oscuro y turbulento que corrió hacia mis brazos, que se tendieron hacia adelante y dejaron que el fuego brotara de mis manos, alcanzando de lleno al demonio. Los demás intentaron huir.

—¿No te digo? ¡Los muy hijos de puta! —gruñí.

Fue un deleite quemarlos hasta reducirlos a cenizas. Destruirlos me provocó un placer embriagador, pero al retirarse me sentí súbitamente débil.

—¿Arayda…? —murmuré, aturdida.

—Necesitamos energía, pequeña.

Pisoteamos las cenizas malolientes y salimos al aire frío y revitalizante de la noche. Nos apoyamos en un árbol.

—¿Hay animales? —preguntó, mirando en derredor.

—Patos, imagino. Tal vez alguna liebre.

Sacudió la cabeza dando un paso vacilante.

—Tranquila, no es tan grave —le dije, tratando de reanimarla—. Sólo necesitamos aguantar hasta que vuelva Blas… Zorael.

—No, no…

Retrocedió hasta la tienda y revolvió las cenizas de los demonios carbonizados. Encontró un cuchillo de hoja labrada con símbolos de poder, alargó la otra mano hacia lo que quedaba del cadáver de la brujita.

—Eso ya no tiene energía, Arayda —objeté, aguantando el asco que me causaba la idea de comer carne humana.

La debilidad me mareó. Teníamos que encontrar algo pronto. Parecía mentira, que por algo tan simple como quemar a esas gallinas quedáramos en ese estado.

Entonces percibimos un destello entre los árboles, muy cerca. Giramos expectantes. Era un aura, un aura viva, límpida, brillante. Energía de la buena. Nos adelantamos en esa dirección, apoyándonos en los árboles para que no nos flaquearan las piernas. La luz estaba cada vez más cerca, demasiado clara para la oscuridad del bosque. Nos lastimaba los ojos, pero seguimos adelante. Necesitábamos esa fuerza.

Y ahí estaba. Encadenado de rodillas entre dos árboles, la cara deslumbrante alzada hacia nosotras. Asquerosamente bello y prístino. Casi parecía un ángel. Tal vez lo fuera, con ese uniforme. Conocíamos ese uniforme. Cuando nos sellaran allá abajo, los seres rutilantes y poderosos vestían ese mismo uniforme. Ángeles. Sentí el

estremecimiento de odio. Tan puro y tan intenso que nos hizo vacilar en nuestro estado de debilidad. Y junto con el odio, la explosión de placer ante la perspectiva de la venganza. Uno de los que nos habían derrotado y encerrado nos daría ahora la fuerza que necesitábamos.

Le sujetamos el pelo largo y blanco para que no pudiera resistirse, con la otra mano alzamos el puñal de Ragaesh, forjado especialmente para matar a estas criaturas detestables, nuestros enemigos jurados. Pero no se resistió. Sus ojos de luz se fijaron en los míos a través del fuego del odio, del hambre, del deseo enervante de revancha. Sus labios se agitaron para formar una sola palabra:

—Lucía…

Su voz fue un llamado irresistible. Me empujó hacia adelante y me sumergí en el infierno ardiente que era el alma de Arayda. Fue como hacer a un lado al otro ocupante del traje. Ignorando el dolor demencial que me torturaba, mis manos se deslizaron por el interior de mis brazos y calzaron en mi carne, en mi piel, como en un guante elástico. Supe sin dudar lo que tenía que hacer. Alcancé a acortar la curva descendente del cuchillo pero no lo detuve: no tenía que detenerlo. Sentí el frío lacerante en mi vientre y que me desplomaba. Antes de consumirme en el fuego, ensordecedor de clamores de furia y sorpresa y terror, pude ver una vez más la cara hermosa, adorada, de Raziel.

Había logrado mi objetivo. Había empujado a Arayda a eliminar a los demonios más poderosos, dejando sólo a Blas, tullido, para defenderla.

Y ahora la dejaba débil y sin vehículo.

Casi había perdido mi identidad por lograrlo, pero eso no importaba.

Porque en el último momento él me había salvado.

Y él sobreviviría.

Raziel.

Mi precio.

Un grito desgarrador llenó la noche.

La Espada de Luz

Lucía no llegó a tocar el piso cuando cayó.

Un torbellino cegador se abatió sobre ella, envolviéndola, ocultándola a mis ojos.

No me di cuenta que estaba gritando con todas mis fuerzas hasta que sentí el peso cálido, firme en mi cabeza. El brillo disminuyó y reconocí a mi señor Miguel inclinado hacia mí. Era su mano sobre mi cabeza. Estaba rodeado por miles de guerreros de luz, de pronto todos perfectamente visibles para mí. Sus manos fuertes y gentiles me sostuvieron cuando entre varios exorcistas me liberaron de la cadena maldita de Tespiah. Me desmoroné en sus brazos llorando, llamando balbuceante a Lucía.

—Yael, Misael, cuiden de su hermano.

El frío me invadió cuando Miguel se apartó de mí y sentí las manos amables de mis antiguos hermanos sujetándome. Quería ver qué había pasado con Lucía, pero Miguel se interponía entre ella y yo. Intentaron apartarme pero me resistí, tambaleante. Acababa de sentir muy tenue, casi imperceptible, el impulso vital de Lucía.

—¡Está viva! —resollé.

La voz potente, arrolladora de Miguel cubrió mis palabras.

—Tráiganlo.

Tres exorcistas se adelantaron, llevando con ellos una figura encorvada y maltrecha: Blas. Mutilado, herido, quemado, apenas se sostenía sobre sus pies. Sin embargo, al llegar frente a Miguel, reunió las pocas fuerzas que le quedaban para erguir la cabeza con orgullo. Miguel no perdió su calma proverbial.

—Zorael, por última vez te pregunto: ¿te arrepentirás de tus crímenes? ¿Harás a un lado tus pecados y aceptarás el perdón?

Blas sostuvo sin pestañear la terrible mirada que lo traspasaba. En el silencio tenso que siguió, sus labios se curvaron en una sonrisa que condensaba a la perfección todo su rencor y toda su soberbia, dejando claro que aceptaría cualquier condena antes que retractarse de uno solo de sus actos.

—Así sea —dijo Miguel.

Los ángeles que sostenían a Blas lo hicieron poner de rodillas. Él obedeció sin dejar de sonreír. Y siguió sonriendo cuando Miguel empuñó su temible espada de luz y avanzó hacia él. Un arco fulgurante cruzó su cuello. La cabeza permaneció en su lugar un instante más antes de rodar por tierra. Sus guardias retrocedieron un paso cuando una violenta llamarada color sangre brotó de su cuerpo, llenando el aire con un hedor nauseabundo a azufre. Un momento después, un puñado de cenizas era cuanto quedaba de Zorael, antiguo heraldo del séquito personal del gran Gabriel, por propia voluntad demonizado y convertido en amante y fiel vasallo de Arayda, hija de la Lujuria.

El viento nocturno dispersó las cenizas.

Entonces me llevaron a un costado, y vi a varios reparadores del séquito de Rafael inclinados sobre Lucía. Volví a debatirme cuando uno de ellos comenzó a extraer el puñal, clavado en su vientre hasta la empuñadura: sacarlo precipitaría una hemorragia que acabaría con lo poco de vida que quedaba en su cuerpo. Pero otros dos extendieron sus manos sobre la herida mientras la hoja era retirada, y de ella no brotó siquiera una gota de sangre antes de cerrarse.

Sin embargo, alcancé a percibir un estremecimiento de dolor en Lucía y su impulso vital se hizo aún más débil. Miguel se paró junto a ella. A mi alrededor se elevaron los cánticos del exorcismo.

—¡Está viva, mi señor! —traté de gritar, pero lo que salió de mi garganta fue un graznido ronco.

Lucía parecía dormida, sus labios congelados en esa sonrisa dulce que era la luz de mis días. Y sobre ella se alzó la misma hoja que incontables milenios atrás había expulsado del cielo al propio Lucifer. Porque su aura seguía siendo la de Arayda. La diablesa aún resistía, prisionera de ese cuerpo agonizante, intentando en vano insuflarle algo de vida con la escasa fuerza que le quedaba.

La punta de la espada de Miguel se apoyó contra su pecho. Una luz incandescente inundó el islote, el río, las paredes de los acantilados.

—*¡NO!*

Mi gritó no detuvo la hoja terrible y certera que se hundió en el pecho de Lucía. La desesperación me prestó fuerzas y me liberé de las manos que todavía me sostenían. Corrí hacia ella, caí de rodillas junto a su cabeza al mismo tiempo que la hoja de luz se retiraba de

su pecho. Y en ella, atravesado de parte a parte por un poder superior al suyo, el núcleo de fuego sangriento que era el alma de Arayda, crepitando con chirridos horrísonos.

Pero en medio de esos chirridos percibí una voz distinta.

Me arrojé sobre la espada con ambas manos tendidas hacia el fuego. El brazo del propio Miguel me detuvo y luché por hacerlo a un lado.

—¡Está viva, mi señor! —sollocé—. ¡Ahí, en medio de ese fuego! ¡Puedo escucharla! ¡Por favor, permítanme salvarla!

—Si este fuego te toca, devorará cuanto hay de divino en tu esencia —replicó Miguel con su voz demoledora.

—¡No me importa! ¡Por favor, mi señor! ¡Te lo suplico!

Seguía de rodillas, las manos tendidas implorantes hacia la hoja de luz y el fuego del alma de Arayda, que empezaba a consumirse. Alcé la vista y sostuve sus ojos tremendos por una eternidad. Hasta que asintió en silencio. Retiró el brazo que me detenía, bendiciéndome en un susurro.

Hundí mis dedos en el fuego, haciendo caso omiso al dolor y al asco. De inmediato las llamas me cubrieron las manos y corrieron por mis brazos hacia el resto de mi cuerpo. Un instante después estaba envuelto en él, dejando que un millón de gusanos infernales desgarraran, arrancaran, devoraran mi carne sutil con una ferocidad famélica. Las fuerzas me faltaban. Tenía que darme prisa, no me quedaba mucha vida.

La descubrí casi por azar, cuando estaba a punto de darme por vencido, abrumado por la debilidad y el dolor. Una frágil hebra de luz blanca en medio de las llamas. La reconocí sin vacilar: era el alma de Lucía. La llamé pero no respondió. Estaba entrelazada caprichosamente con el fuego, casi fundida en él. Conseguí alcanzarla y la sujeté con todas mis fuerzas. La liberé. La apreté contra mi pecho.

Miguel ya podía exterminar a Arayda de forma definitiva. Terminaría con mi vida también, pero no importaba. Mi cuerpo sutil no era más que despojos emponzoñados, irrecuperables, y mi cuerpo humano no podía vivir sin alma. La idea de la muerte era extraña, nueva. No me provocaba el menor pesar si Lucía sobrevivía.

—Está hecho, mi señor —murmuré, entregándome al fuego

infernal que me consumía.

El Jardín Sin Ocaso

- 1 -

Desde chica tuve la certeza de que el cielo, el paraíso, no se parecía a ninguna de las descripciones que dan las distintas religiones, y que se parecía a todas a la vez. Mi idea del paraíso era que cada uno encuentra lo que esperaba encontrar antes de morir.

Yo lo bauticé el Jardín de las Columnas.

Y considerando que nunca me había detenido a pensar cómo creía o quería que fuera el paraíso, tuve que reconocer que me sorprendía mi propia imaginación.

Era un prado de hierba y tréboles florecidos, rodeado por un bosque antiguo que lo cerraba como un muro vivo. En su centro había un espacio circular cubierto de losa blanca y rodeado de columnas altas, también blancas, sin techo. Una cornisa las unía entre sí, como un anillo trunco.

Más allá estaba la Fuente del Principito. La llamaba así porque desde que la vi por primera vez me hizo acordar al pozo de agua que encuentra el Principito en el desierto y la risa de la roldana que lo hacía reír a él. Tenía un piletón semicircular y el agua brotaba desde una cabeza pequeña de león con las fauces abiertas. La fuente estaba contra una pared que limitaba unos veinte metros cuadrados que también tenían piso blanco.

A tres o cuatro pasos, en medio de ese espacio, estaba el estanque, una piscina rectangular. En el agua siempre limpia flotaban lotos blancos en flor. Y más allá del estanque, a otros tres o cuatro pasos en dirección opuesta al prado, se alzaba una línea de columnas iguales a las de la glorieta sin techo, también unidas por un friso en su parte superior. El piso de losa blanca terminaba ahí, en dos escalones que bajaban hasta la arena.

La playa se extendía al otro lado de las columnas. A la derecha, un peñasco enorme y alargado surgía del bosque y se adentraba en el mar, ocultando lo que hubiera más allá. Un poco a la izquierda, a

varios centenares de metros de la orilla, una isla pequeña, circular, cubierta de árboles, interrumpía el horizonte oceánico. Allá arriba, otras dos islas boscosas flotaban en el cielo, con cascadas que se despeñaban por sus bordes sin llegar nunca al mar.

Siempre era de día en el prado y el estanque. Un sol tibio, como de media mañana, que brillaba invisible en el cielo invariablemente azul.

Siempre estaba atardeciendo en la playa. Un ocaso bellísimo con el cielo lleno de colores, el sol cobrizo por encima de la isla arrancaba mil destellos del mar manso, que llegaba con un susurro constante a la playa.

No me sentía sola en el Jardín de las Columnas.
Nunca tenía hambre.
No recuerdo haber dormido.
Tampoco sentía tristeza, ni apremio alguno.
El tiempo no transcurría ahí. Era un ahora eterno.
Y yo simplemente estaba.

Ariel me visitaba seguido. Me alegraba verlo. Charlábamos un rato, me contaba de sus cosas, me decía que me quería, se iba.

También Yael me visitaba a veces. Como todos los exorcistas que existían y existirán, era idéntico a Raziel, y verlo me hacía sentir bien porque era una imagen conocida. Me hubiera gustado que fuera el propio Raziel quien me visitara, aunque no creía que lo dejaran entrar de nuevo al cielo sólo para verme.

Yael y yo casi no hablábamos. Llegaba, estaba, ya no estaba. La mayoría de las veces nos íbamos a sentar juntos a la playa.

—Es un atardecer hermoso —dijo una vez.

—Sí, pero le falta algo…

Debo ser la única criatura del universo capaz de ponerle un pero al paraíso. Por ahora. Cuando se muera mi hermana Julia van a ver lo que es poner peros a nivel profesional.

Estábamos sentados lado a lado, a mitad de camino entre la orilla del mar y las columnas del estanque. Yael me miró en silencio. Me encogí de hombros con los ojos vueltos hacia el agua.

—No sé qué le falta —suspiré.

—Tal vez un final.

Tenía razón, por supuesto.

Lo más hermoso de un atardecer es que en algún momento termina. Los colores cambian. El sol se oculta. Cae la noche. Un atardecer inmutable carece de la belleza intrínseca que le da su naturaleza temporal. Algo con principio y fin. Algo que ocurre y transcurre. Y que termina para no repetirse jamás.

—Pensé que acá conocería a mi ángel de la guarda —comenté—. Me hubiera gustado agradecerle. El pobre las ha pasado peludas conmigo. ¿Por qué nunca viene? ¿Se tomó vacaciones para recuperarse de la experiencia?

—No puede venir. Su labor todavía no termina.

—¿No?

—Tu cuerpo sigue vivo.

Lo enfrenté interrogante.

—La que se tomó vacaciones para sanar y reponer fuerzas fue tu alma, Lucía. Por eso este atardecer no te sirve: todavía estás ligada al fluir del tiempo.

—Ah…

Sus palabras no me provocaron ninguna emoción en especial. Simplemente las asimilé como lo que eran: información veraz. Así que todavía estaba viva. Donde el sol se ponía como corresponde, y caía la noche, y salía la luna, y las estrellas giraban y reían en el cielo hasta el amanecer.

—¿Y por qué estoy acá?

—Porque todavía no has decidido volver.

—O sea que en el fondo soy siempre la misma vieja cobarde.

—Es una cuestión de necesidades, no de cobardía o coraje.

—Ah…

Tampoco entonces experimenté nada específico. La pausa que siguió tal vez duró un par de minutos, tal vez un par de años. Ahí estaba el problema con ese sol que no se ponía, con no necesitar comer ni dormir.

- 2 -

El murmullo dulce del agua en la orilla se mezcló con otro rumor dulce proveniente del bosque. Era música. Un cántico. Las voces eran tan delicadas y armoniosas que parecían instrumentos de viento y cuerdas. Me volví hacia las columnas, atraída por el sonido. Era la primera vez que escuchaba música en el Jardín.

Subí los escalones sin apuro, pasé junto al estanque y crucé el prado hacia los árboles, siguiendo los cánticos. Encontré un sendero angosto que parecía conducir hacia la música. Lo seguí.

Caminé por el bosque sin pájaros ni viento, de hojas perfectas, quietas, invariables. El cántico sonaba más cercano. Finalmente desemboqué en otro prado como el del Jardín. Era un poco más grande, y en su centro se levantaba un pequeño templo circular de piedra gris, con cúpula anillada.

El cántico se escuchaba detrás del templo, aún entre los árboles, pero ya no me interesaba seguirlo. A cada lado de la puerta del templo había dos figuras de luz. Dos exorcistas inmóviles como estatuas, los ojos cerrados, las manos en reposo sobre la empuñadura de sus espadas, que apoyaban la punta en el suelo de piedra. Arael y Misael. Igual que Yael, habían sido hermanos de armas de Raziel.

Me adelanté hacia ellos sin prisa. No se puede estar apurado donde no existe el tiempo. O más bien, es algo más estúpido que las estupideces que entran en mi rango de aceptable, como ponerle peros al paraíso. Pasé junto a ellos sin que hicieran el menor movimiento y crucé el umbral. El templo estaba sumergido en las sombras de una fresca quietud.

Me quedé sin aliento. Lo único que había en el interior del templo era una especie de altar o cama de piedra, y tendido boca arriba sobre él, los ojos cerrados, las manos fuertes y delicadas unidas en el pecho…

Fue la primera sensación real que tuve desde que llegara al Jardín de las Columnas. De pronto el corazón me golpeaba el pecho con un frío quemante, la garganta ardía y mis piernas vacilaron.

Porque el que estaba ahí tendido, inmóvil, extinguida su luz de estrellas que yo adoraba, era Raziel.

Era él.

No importaba que hubiera varios millones de exorcistas, todos exactamente iguales, alineados frente a mí. Reconocería a Raziel entre ellos sin dudarlo. Porque junto con mi hijo, era el ser que más amaba en el universo.

Y el corazón siempre sabe.

Me acerqué con paso inseguro y estiré una mano temblorosa para tocar su rostro hermoso, perfecto, sereno.

Frío, inerte…

Muerto.

La palabra me golpeó como un rayo.

Caí de rodillas junto al lecho de piedra, una mano aferrando su brazo y la otra tapando mi boca para tratar de acallar los sollozos que me sacudían. Lloré hasta que me quedé sin lágrimas, pero eso no calmó el dolor que me desgarraba por dentro. Me hice un ovillo sobre el suelo de piedra, gimiendo con los ojos secos.

Él era mi precio, repetía una y otra vez.

Mi vida no importaba.

Su vida era lo que había que salvar.

Porque a pesar de haber caído, nunca se corrompió.

Porque había acabado por reconocer y comprender el error que lo hiciera caer.

Porque como humano siempre había cumplido su parte con honestidad.

Porque era demasiado bueno, demasiado luminoso, demasiado hermoso para el mundo donde nosotros, humanos torpes y ciegos, tropezábamos con la belleza de su alma hecha carne y no sabíamos qué hacer, más que tratar de poseerlo o rechazarlo.

Porque yo lo amaba.

Y ni el cielo ni la tierra tenían sentido si él ya no existía.

Sin él, lo único que quedaba era vacío y dolor, insoportables, devastadores, inconsolables.

Un roce suave en mi hombro me arrancó de la nada fría en la

que me había hundido. Levanté la vista para enfrentar a Yael, su cara perfecta e inexpresiva inclinada hacia mí, sus ojos de luz brillando sobre mi tristeza.

—Nuestro señor Miguel te llama, Lucía.

Me sacudí su mano del hombro.

—Que se vaya a hacer gárgaras.

- 3 -

Todo reverberó con un resplandor enceguecedor. Cuando logré ver algo a mi alrededor, el templo había desaparecido, y Raziel también. Me erguí para ver dónde estaba pero no reconocí ninguna forma. Era un vastísimo campo de luz. Había varias criaturas reunidas allá adelante. Yael estaba de pie detrás de mí, Misael y Arael me flanqueaban. Traté de hacer a un lado mi pena. Comprendí que no había lugar para negativas al llamado que Yael me transmitiera y por eso estaba ahí. Esperé.

Las figuras reunidas no tenían la menor resemblanza humana. Traducirlas a palabras que representaran formas era igualmente difícil, y me acordé de algunos relatos del Antiguo Testamento. Con que a esto se referían. Las únicas palabras que empezaban a aproximarse a las formas ahí adelante eran árbol, estrella, fuente, rueda, columna. Una de las dificultades era que sus siluetas apenas se diferenciaban de la luz deslumbrante en la que se movían. Sus voces ni siquiera eran sonidos pero los recordaban: agua, viento, fuego, campanadas. Y sin embargo, por algún motivo, yo era capaz de verlos, escucharlos, comprenderlos, reconocerlos.

Eran cuatro Arcángeles.

Varias docenas de ángeles de sus tribus se alineaban formando un círculo a distancia respetuosa. Esperaban, como yo.

Me sorprendía identificar a los cuatro seres que ocupaban el centro del círculo, pero ahí estaban: Miguel, Gabriel, Uriel, Rafael. Radiantes, inconfundibles, tan distintos uno de otro y sin embargo de esencias idénticas. Sentí el impulso incontenible de ponerme de rodillas. No para rezar, sino como reverencia. Su grandeza era tanta que ésa parecía la única actitud posible ante ellos.

Los ángeles que me rodeaban me llamaron la atención. Percibía con claridad incontestable la energía que los vinculaba. Era un fluir armonioso que podía ser considerado como ideas, sensaciones, emociones. Tan difícil, explicar la profunda comunión que los unía. Sin embargo, cada uno de ellos era un individuo único y diferenciado de los demás, dotado de voluntad y albedrío propios.

Estaban ahí porque sentían, pensaban y experimentaban lo mismo de una manera única y personal. Compartirlo era una elección de cada uno. Igual que estar ahí.

Entonces comprendí que no estaba presenciando aquella reunión como simple testigo. Era un alma humana en medio de toda esa luz y ese poder, de pie a mitad de camino entre los Arcángeles y sus séquitos.

Miguel cobró una forma humana, deslumbrante, hermoso más allá de la imaginación más fértil, y agradeció con un gesto a los tres exorcistas que me escoltaban. Su energía me rozó, dejándome sobrecogida. La única comparación posible sería que una montaña descendió con suavidad sobre mí. Inmenso, abrumador. Habría resultado terrorífico de no ser por el caudal de amor y calor con que me envolvió. Era estar en el corazón de esa montaña, acunada, protegida. El lugar más apacible y seguro del universo.

Los exorcistas se inclinaron en una reverencia y retrocedieron, dejándome sola y expuesta. Me sobresalté cuando Miguel me enfrentó. Si su atención dirigida a un punto cercano a mí me había causado esa impresión de montaña, creí que no resistiría que la enfocara en mí. Pero lo que sentí fue un calor reconfortante que me colmó el pecho, y una emoción tan fuerte que tuve ganas de llorar y reír al mismo tiempo.

—¿Darías tu vida por salvar a otros, Lucía?

Su voz me atravesó, entró en cada poro de mi piel y colmó cada una de mis células. No tenía idea de qué estaba hablando, pero la pregunta era lo bastante clara para no necesitar contexto. Perdida en ese rostro deslumbrante, sin saber cómo me atrevía a enfrentarlo así, dejé que la respuesta brotara espontáneamente: sí. Habría querido decirlo, pero no encontré mi voz. Asentí.

Miguel sonrió, o así interpreté el destello que relumbró en su cara.

—¿Entonces por qué no puedes aceptar que otros tengan la misma voluntad de sacrificio?

Su mano descansó en mi cabeza. Me estremecí al reconocer el gesto tranquilizador que Raziel solía tener. Cerré los ojos. Sentí la calma que me inundaba, y sin embargo no desplazó la pena.

—Si te sirve saberlo, Raziel no murió, aunque actuó convencido de que salvarte le costaría la vida. Estaba muy débil. Había

combatido para proteger a tu familia hasta que llegaran los míos, y los demonios habían drenado buena parte de su energía vital. Pero nada de eso le importó a la hora de rescatar tu alma de la diablesa. Como a ti no te importó entregarte para proteger a los tuyos. En todo momento confiaste en que yo llegaría a tiempo, y hasta trataste de quitarte la vida, para no tomar la de Raziel y para que a mí me resultara más fácil destruir a la diablesa.

Lo escuché con la vista baja, fija en su otra mano. Era enorme, dulce, protectora, terrible, todo al mismo tiempo. Asentí tendiendo mis dedos para rozar los suyos. Me permitió tomarlos y apoyar en ellos mi frente.

—¿Por qué sigo tan triste? —murmuré, cerrando los ojos.

—Porque crees que no hay esperanzas para él. Y porque ignoras que sigue vivo como humano.

Abrí los ojos y estaba en el Jardín. De pie en medio del círculo de columnas.

Y Miguel seguía frente a mí, su mano poderosa todavía entre las mías. No había nadie más, sólo él y yo, pero su presencia colmaba el prado, el estanque, la playa, el mar sin olas en su atardecer eterno.

Alcé la vista y me perdí en su sonrisa.

—¿Lucas sigue vivo? —susurré, maravillada—. ¡Entonces hay esperanza!

—Siempre hay esperanza, Lucía.

—¿Puede recuperar su esencia angélica?

—Sí, cuando termine de curarse. Se consumió casi por completo antes de poder liberarte.

—¿Él lo sabe?

—No aún.

Abrí la boca sin articular palabra, la garganta cerrada de urgencia.

—¡Tengo que decírselo! —exclamé al fin.

—Por eso te convoqué.

Sus dedos de luz apretaron apenas los míos y su calor me envolvió por última vez. Bueno, espero que no haya sido la última vez. Pero sí la última vez hasta que me muera en serio. Quiero decir, ojalá vuelva a… pero sin necesitar… Se entiende, ¿no?

- 4 -

Atardecía.

Al otro lado de la ventana, la noche avanzaba desde la estepa sobre el lago.

¡La noche! ¡El sol se había ocultado!

Me senté agitada en la cama y sentí los tirones de las diversas porquerías que tenía enchufadas al cuerpo: respirador, electrodos, suero, sonda. Me las arranqué apurada, aparté las mantas y salté fuera de la cama. Menos mal que alcancé a agarrarme a la mesa, porque mis piernas cedieron apenas les puse un poco de peso. ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente para debilitarme así?

Mientras esperaba que las rodillas dejaran de temblarme, me tomé un momento para mirar bien dónde estaba. Una habitación de hospital. El San Carlos, a juzgar por la vista desde la ventana. Y estaba sola. Si no había nadie cuidándome, quería decir que había pasado bastante tiempo vegetando, estable, y no necesitaba que me vigilaran de cerca.

¡Lucas! ¿Dónde estaba Lucas? ¡Tenía que verlo! ¡Tenía que contárselo!

Vi el roperito al otro lado de la habitación y crucé con paso inseguro hacia él, apoyándome en la cama. *Mierda, voy a necesitar varios asados para recuperarme.* Encontré una muda de ropa mía doblada con prolijidad en un estante. Mejor, porque no quería salir a la calle con la bata de hospital.

Tenía que ir a la oficina. Y a casa, a ver a Ariel. ¡Dios! ¿Cómo iba a hacer todo tan rápido como pretendía, si apenas podía subirme la ropa interior? Escuché ruidos en el pasillo pero no les presté atención, ocupada en embocar una pierna en mi pantalón.

La puerta se abrió de golpe y una pequeña multitud entró en tromba, todos agitados y con cara de película de terror. Los enfrenté sorprendida. Médicos, enfermeras, camilleros. Y todavía se acercaba más gente. Se quedaron petrificados al verme peleando con los jeans. Antes de que pudieran decir nada, el resto de los pasos alcanzaron la puerta abierta.

—¡Mamá! —exclamó Ariel, empujándolos a un costado para pasar. Y ahí estaba, jadeante y sonriendo de oreja a oreja.

—¡Hijo!

Le devolví la sonrisa, terminando de subirme los pantalones. Un momento después estaba en sus brazos, sintiendo su corazón querido contra mi pecho. Le palmeé la espalda riendo con él.

Entonces descubrí la cabeza clara que sobresalía detrás de todas las otras.

—¿Lucas…? —aventuré con voz temblorosa.

Lo vi adelantarse sintiendo un nudo en la garganta, el pulso desbocado. Me miraba con ojos desorbitados, los labios moviéndose sin que brotara ningún sonido. Me abrazó, ahogándome contra su pecho, y lo estreché con las pocas fuerzas que tenía al oír los gemidos roncos que intentaba sofocar contra mi pelo.

—No se preocupen, está todo bien. Si hace falta los llamamos —lo escuché decir a Ariel, y aposté a que estaba empujando a todo el mundo fuera de la habitación.

Se oyeron protestas mientras se cerraba la puerta, dejándonos solos. Lucas se derrumbó, literalmente, y caímos juntos de rodillas, abrazados, llorando los dos tanto que parecía que se nos iba a partir el corazón.

Las sombras llenaron la habitación antes de que pudiéramos calmarnos un poco. Bendita noche que llegaba al fin. Y que se iría cuando correspondía.

—¡Te amo! —susurró en mi oído.

Me aparté un poco de él para verle la cara. El cambio que descubrí me llenó de dolor. El hombre seguro, suficiente, alegre que yo conocía se había perdido en esa expresión arrasada por la pena, pálido, demacrado, los ojos apagados, los pómulos hundidos. Quiso volver a abrazarme pero le sujeté la cara, obligándolo a enfrentarme.

—¡Estás vivo!

Asintió con una mueca que intentaba remedar su sonrisa de siempre.

—Sí, Miguel me salvó.

—Sí, sí, estuve con él. No sé si era el cielo pero no importa. Él me explicó que estás vivo, aunque todavía no te recuperás del todo.

Su expresión me hizo repasar lo que acababa de decir y

comprendí que estaba balbuceando incoherencias. Él me tomó la mano con otra sombra de su sonrisa.

—Tranquila, amor. Lo importante es que despertaste. ¡Estas semanas fueron tan largas! Llegué a creer que no ibas a…

—*¿Semanas?* —La palabra me cayó como un balde de agua fría —. ¿Qué día es hoy?

—2 de junio.

¡Un mes! Me quedé sin habla, mirándolo confundida. Un mes exacto desde la noche en el Steffen. ¿Cómo había podido pasar tanto tiempo? Descansé la espalda contra el roperito frunciendo el ceño, tratando de encajar semejante noticia. Él apoyó una mano en mi cabeza y su gesto me recordó lo que estaba tratando de decirle.

- 5 -

Me vino a la memoria la última sonrisa de Miguel al despedirse de mí.

—¿Serías mi mensajera, Lucía? —había preguntado.

De pronto me di cuenta de que la conversación había sido más larga de lo que yo había registrado, y que sabía más de lo que creía. Enfrenté a Lucas muy seria.

—Quiero que me escuches con atención, porque no sé si lo puedo explicar con claridad —dije, hablando rápido para que no me interrumpiera—. Raziel no murió. Vos seguís siendo Raziel y…

—No, amor, cuando te saqué…

—Sí, sí, te quemaste casi íntegro. Pero Miguel te salvó. Separó tu esencia sutil de tu cuerpo físico para que pudieras seguir vivo como humano. Se llevó tu esencia con él, y allá arriba la puso al cuidado de Rafael para que te cure, ¿entendés? Estabas más muerto que vivo, digamos que todavía estás en terapia intensiva. No sé cuánto tiempo va a llevar, pero…

—Eso ya no importa, Lucía. Lo único importante es que vos despertaste.

Alcé un dedo ante su cara, enojada.

—Lucas Pefaure, otra pelotudez así y te mato.

Él tomó mi mano y la besó, cerrando los ojos con un suspiro. Volvió a sonreír y habló con suavidad, un tono paciente de padre explicándole a su hijo de seis años que antes de ser astronauta tiene que terminar la escuela.

—Todavía estás confundida, amor. No puedo seguir vivo “allá arriba”. Fui expulsado. Eso significa que ninguna parte de mí puede volver a entrar allá, nunca más. Ni hablar de que el propio Rafael pierda tiempo en sanarme. Tal como dijiste, Miguel salvó mi vida como humano al separar mi esencia sutil, que ya estaba consumida. Pero eso es todo.

—¡No! Eso no es todo. Por eso volví.

—¿Qué?

—Yo misma vi tu parte sutil allá, Lucas. ¡La vi! En una especie

de templo, custodiado por Misael y Arael. ¡Eras vos! O sea, Raziel. Y entonces Miguel me llamó, y hablé con él. Volví para traerte su mensaje. Él quiere que sepas que pronto vas a recuperar tu esencia angélica. Y que cuando tu vida humana termine, él va a estar esperándote para recibirte de vuelta entre sus filas.

Otra vez quedó boquiabierto, moviendo los labios sin sonido. Se le llenaron los ojos de lágrimas y me abrazó con todas sus fuerzas. Lo sostuve emocionada, aunque sólo podía imaginar lo que esas palabras debían significar para él.

—¿Y volviste para decírmelo?

Me eché hacia atrás sorprendida pero no me permitió apartarme de él.

—¿Volviste por mí? —lo escuché murmurar.

Asentí contra su pecho. ¿Por qué no le entraba en esa cabeza dura que era tan importante para mí? Lo bastante para soltar la mano del mismísimo San Miguel y abandonar mi paraíso privado por volver a su lado. Sin el menor remordimiento. Conseguí que aflojara un poco su abrazo y pude enfrentarlo.

—¿Todavía no sabés que sos mi vida? —susurré, acariciándole la cara—. Vos, tu amor por mí, mi amor por vos. Sos la razón de que siga viva, lo que me da fuerzas para seguir adelante y luchar cuanto sea necesario. Por eso sobreviví a Arayda. Gracias a tu voz recuperé mi identidad cuando casi la había perdido y pude hacer lo que había planeado. —Sus lágrimas silenciosas me conmovieron mucho más de lo que esperaba—. Perdoname que haya tardado tanto en volver. No sabía lo que te había pasado, lo que hiciste por mí.

Me apoyé de nuevo contra su pecho. Estaba tan bien entre sus brazos. Mucho mejor de lo que nunca estuviera en el Jardín de las Columnas. Él me besó el pelo con otro suspiro, pero éste era de alivio.

—Gracias por volver —murmuró.

Fruncí el ceño. —¿Escuchaste una sola palabra de lo que dije, lo que Miguel me mandó a decirte?

Miré para arriba, vi su expresión interrogante y resoplé. No, no había registrado una sola palabra. Pero no importaba. Había tiempo para repetírselo hasta que lo entendiera y lo creyera.

La puerta se abrió sin ruido y Ariel vino a agacharse frente a nosotros. Le acaricié la cara, le revolví el pelo, sonreí con él.

—Gracias por las visitas.

Se encogió de hombros. —Todo bien. Era un lugar lindo para pasar la tarde.

—Tendrías que habérmelo dicho, hijo.

—Necesitabas vacaciones, ma. —Ariel le palmeó la cara a Lucas. —Mientras este bobo mantenía un poco de moral, no había problemas en dejarte descansar. Además, Anael me mantenía al tanto de tus progresos.

—¿Anael? —repetí.

—Es uno de los ayudantes de Rafael —intervino Lucas.

—Ah…

O sea que mi hijo iba de visita al cielo como si fuera la plaza de la esquina y charlaba con ángeles como si tal cosa. Bueno saberlo.

Lucas pareció caer en la cuenta al mismo tiempo. —¿Todo este tiempo hablando con Anael sobre el estado de tu madre y no se te ocurrió comentármelo?

—No te conté nada porque todo iba bien y no hacía falta. Un poco de confianza, che.

Lucas le pegó sin fuerza en un brazo, con una risa queda que sonaba como un eco opaco de su risita suficiente. Era evidente que en esas semanas la relación entre ellos se había estrechado. Y que yo tenía mucho por hacer para recuperar al tipo carismático y seductor que amaba.

—¿Pueden sentarse en la cama y prender la luz? Porque ya no puedo contener más a los médicos. Medio sanatorio está cuchicheando “milagro”, y aunque sea verdad, tampoco para que lo sepa todo el mundo, ¿no?

—Ay, Dios, nene. Sos mi hijo, no mi padre —rezongué.

Me ayudaron a pararme mientras Ariel reía. Le pedí a Lucas que se sentara a mi lado en la cama. Ariel prendió el velador y apoyó una mano en mi hombro y la otra en el de Lucas.

—Voy a llamar al médico. Mauro y Majo vienen en un rato. Y seguro que el resto de la tropa cae después —dijo.

Lo miré de lleno a los ojos, mi hombrecito amado con corazón de ángel que me había elegido para traerlo al mundo.

—¿Listos para enfrentar la conmoción? —agregó.

—Siempre —respondí.

Ariel salió y apreté la mano de Lucas en la mía. Él me besó el

pelo.

Sí.
Con él a mi lado no le tenía miedo a nada.
Ni ahora ni nunca.

Fin

Marzo 2009
San Carlos de Bariloche, Patagonia, Argentina